

Selecta

Iris Romero Bermejo



Y si tú me recuerdas
Trilogía Alana 2

Selecta

Y si tú me recuerdas

Alana 2

Iris Romero Bermejo

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

*Dedicado a Perla, mi hermana mayor.
Gracias a ti nunca me he sentido sola.*

Prólogo

*En una aldea de Rumanía,
hace trocientos años*

—¡Alina! —me llama madre al otro lado del arroyo—. ¡Regresa!

Dejo el cántaro en la orilla y me remango la falda con las uñas manchadas de barro. Cruzo el pequeño río saltando de piedra en piedra, con cuidado de no resbalar y caer al agua. Solo tengo unos zapatos, y si se mojan, tendré que andar descalza hasta que llegue la primavera.

Madre me espera impaciente, con el rostro desencajado. En cuanto llego a su lado me sujeta del brazo con fuerza y me arrastra a través del bosque, alejándonos de la aldea. Miro al horizonte. El sol se está poniendo.

—Vamos, hija. Tenemos que llegar al círculo de piedras antes de que anochezca.

Fuertemente asida por su mano, sorteo troncos y pedruscos diseminados por el suelo. Los hierbajos me arañan las piernas desnudas, las faldas levantadas y sujetas por mi mano libre me golpean las rodillas sin piedad.

Nos detenemos frente a un círculo de piedras. Estamos en lo alto de una colina. Ya no hay árboles que entorpezcan nuestro paso decidido. El sol descende y va desapareciendo en el horizonte. Nos acercamos y madre me obliga a colocarme justo en el centro del círculo.

Dejo que mi faldón caiga, ya tapándome los zapatos. Respiro entrecortadamente, y a diferencia de mí, madre ni siquiera tiene la frente perlada de sudor. Saca un pequeño cuchillo de su mandil y se hace un corte alargado en la palma de su mano. Empieza a decir unas palabras extrañas, nunca antes escuchadas por mis oídos.

—Madre, me estás asustando —susurro, en un quejido lastimero.

Se acerca con paso decidido, permitiendo que un reguero de pequeñas gotas de sangre indique su camino.

—Alina —dice con los ojos en blanco, tocándome el rostro con su mano herida—, te cedo y traspaso mis poderes, como antes hizo conmigo mi madre y, antes a ella, tu abuela.

Siento la sangre deslizándose por mi mejilla, mis labios, mis ojos.

—Madre...

—Que nadie te imponga su voluntad, que nadie entorpezca tus pasos. Somos estirpe de mujeres poderosas, y tú, mi única hija —dice sonriéndome con dulzura—, un día se los regalarás a la tuya. Perpetúa nuestra herencia, Alina, hija mía, y todas seremos eternas —dice, tendiéndome una pluma negra.

No la cojo.

—No puedo, madre.

Apresa mi mano y me obliga a cogerla.

—Ahora es tuya. Guárdala con celo, ya que es lo único que puedo dejarte en herencia.

Regresamos a la aldea. Antes de eso nos hemos detenido un momento en el arroyo para recoger el cántaro y limpiarnos los restos de sangre seca. En el camino de vuelta hemos mantenido silencio. Pero conozco a madre, está demasiado seria, y una arruga en su frente, casi siempre fruncida, se muestra esta noche aún más marcada.

Una voluta de humo se alza en el horizonte, y cuando atravesamos las primeras casas, veo que es fuego lo que sale de nuestro tejado.

—¡Madre! —grito, señalando la dirección que marca el humo—. ¡Nuestra casa está ardiendo!

Me sujeta con fuerza del brazo y junta su nariz con la mía.

—Tienes que marcharte, Alina. El pueblo reclama justicia —me susurra decidida.

—No entiendo nada.

—Siempre será así —susurra, intentando sonreír—. La gente nos teme, y la muerte nos persigue allá donde vamos.

—Tengo miedo —lloriqueo, intentando abrazarla. Pero ella se revuelve, no hay tiempo para eso.

—Debes huir, hija mía —dice muy seria—. Yo me quedaré para enfrentarme a ellos.

—Pero madre, ¿por qué?

—La esposa del carnicero ha muerto, y me culpan por ello —me explica deprisa—. Siempre será así. Deberás tener cuidado y ocultar tu don. Encontrarás una bolsa con todo lo necesario para tres días bajo el sauce llorón. Vete lejos, y no regreses.

—Huyamos juntas.

Me tiro a su cuello y me pongo a llorar. No me iré. No la dejaré sola. Me separa de sus brazos y me propina una bofetada.

—No seas necia. Mi reputación me precede de aquí hasta la frontera. No podré escapar, pero tú tienes una oportunidad.

—No duraré ni dos lunas sola.

—Ya tienes quince años, Alina. Ya eres una mujer —dice, intentando parecer fuerte, pero con los ojos bañados en lágrimas—. El destino nos llama, y nuestros caminos se han de separar, querida mía. Ahora, vete.

Me empuja y caigo de bruces al suelo de tierra. Se da la vuelta y encamina sus pasos hasta nuestra casa. Me levanto llorando, sin saber qué hacer. Madre morirá esta noche, porque nuestros poderes no sobrepasan la línea de la curación. Poco más sabemos hacer. Corro en dirección al bosque cayendo y tropezado a cada paso. Y la ira empieza a consumirme por dentro. Les odio. Nos culpan por algo tan irremediable como la misma muerte.

Llego hasta el sauce y acaricio la corteza con pesar. Una hendidura en su tronco me revela la bolsa de la que hablaba madre. La abrazo con fuerza, sumida en un llanto tan fuerte que temo despertar a las bestias que invaden el bosque.

Subo a una de las colinas para ver el pueblo desde la distancia. El fuego ha destruido nuestra casa, y los gritos de los aldeanos retumban en mis oídos.

Doy la vuelta con el rostro bañado en lágrimas. Un paso tras otro me interna en el bosque. Pocos de nuestros vecinos se atreven a adentrarse en él. Por suerte, lo conozco como la palma de mi mano, gracias a que madre y yo lo hemos recorrido cientos de veces buscando hierbas curativas.

Un grito aclamado a los cuatro vientos me paraliza y me atraviesa el pecho como si una daga se hundiera con fuerza en mi corazón.

—Adiós, madre.

Con el viento azotando mi melena sin piedad, doy la espalda a mi pasado y presente y miro al horizonte, preguntándome qué será de mi futuro.

Capítulo uno

—Menudo pedazo de maromo se acerca, chicas —nos informa Nerea con un clínex en la mano. Estornuda con un agudo sonido y se vuelve a sonar los mocos—. Jolines, así no hay quien ligue.

Disimuladamente, es decir, girando la cabeza como la niña de *El exorcista*, veo que un morenazo se sienta en la mesa de al lado. Sí, es guapo. Pero tampoco es para tanto.

—Los he visto mejores —comento, distraída, ajustándome las gafas de sol y dando un trago a mi cerveza. La venda en el cuello me molesta, me pica horrores.

—Sí, en tus sueños, no te jode —ataca Nerea, más borde de lo habitual. La alergia le saca esa mala leche que suele tener escondida el resto del año.

—Qué pesaditas os ponéis, de verdad. No hay quien os aguante cuando empezáis a hablar de rabos —se queja Lucía, haciéndose con gracia un moño improvisado. Ojalá Dios me hubiera bendecido con una melena como la suya, espesa, sedosa, tan negra que a veces refleja brillos azulados.

—Por cierto, ¿cómo va la reforma de la casa? —pregunta Nerea con voz nasal. Desde marzo hasta junio parece un trapo. Pero aún así consigue ser la más mona de las tres, la muy hija de Satán.

—Los obreros están tirando toda la parte de abajo —digo, buscando el sol, porque aún hace un poco de frío—. Estiman que en dos semanas han terminado.

—¿Dos semanas? ¿Tan pronto? —pregunta Nerea mientras le hace ojitos al moreno con la nariz como un pimiento y los ojos encharcados en sangre. Bueno, tampoco es para tanto, pero parece que acaba de salir de un *after*.

Me encojo de hombros y me enciendo un cigarrillo.

—Son por lo menos diez personas. Ya sabes, si se encarga el seguro, prefiere llevar toda la mano de obra posible y acabar cuanto antes. Mi madre está como loca, porque yo quiero pintar la casa entera de blanco, y ella dice que tenemos que dejarla como estaba antes.

Ambas fruncen el labio y se lanzan una miradita cómplice.

—¿Qué? —quiero saber, inclinándome en la silla.

—Nada.

—Venga, soltadlo de una vez.

Nerea se aplica brillo de labios y estornuda de nuevo.

—Que después del programa... Deberías darle un toque un poco más alegre.

Por eso de los espíritus. —La miro con hastío, porque están muy pesaditas con el tema—. Que yo solo digo que si vas a tener que vivir ahí...

—Os he dicho mil veces que no hay espíritus. Que me lo inventé para dar publicidad a la casa. Ese vídeo es un montaje, de verdad. ¿Desde cuándo os creéis lo que sale en la tele? —pregunto, luchando por no cruzar los dedos al mentir.

—No sé, Alana... —empieza a decir Lucía.

—Habéis vivido allí, joder. Y no visteis nunca nada —continúo desesperada.

Quiero que vuelvan a vivir conmigo cuando mi madre me ayude a terminar la reforma, pero se niegan en rotundo. Dicen que ni llevando a un cura duermen en esa casa.

—Ahora que lo pienso sí que había cosas raras, pero nunca le dimos demasiada importancia, por el tema de que era una casa antigua —añade Lucía, dando buena cuenta de su gin tonic.

Nerea asiente y se pone a enumerar con los dedos.

—Mucho frío, ruidos en el desván por las noches, los cuadros que parecía que te miraban...

—Eso es un efecto que hacen los pintores en los retratos. No significa nada —argumento, pensando si en realidad es cierto.

—Que no, nena. Que no vamos a volver a vivir ahí —sentencia Lucía, cruzándose de brazos—. Esa casa me pone los pelos de punta. Ya está. Ya lo he dicho.

Bajo la cabeza, derrotada. Es una casa demasiado grande para mí sola. Bueno, para mí, Lili y Ricardo.

—Pero lo que deberíamos decidir con urgencia es qué vamos a hacer con nuestra pequeña empresa —adelanta Nerea, echándose con gracia colirio en los ojos. Parpadea haciendo muecas raras con la boca y vuelve a estornudar—. ¡Joder! ¡Que me arranquen las córneas y me pongan unas de un muerto sin alergia!

—La ladrona de córneas te vamos a llamar —bromeo apagando el cigarrillo—. ¿Qué propones con la empresa?

—Tengo el correo, la página web y mi móvil, que, tonta de mí, lo puse

para las reservas, hasta arriba de mensajes de gente que quiere reservar. Parece que les va el morbo de que haya algo en esa casa. Y me pregunto si no podríamos aprovechar la situación para, no sé... ¿forrarnos, por ejemplo?

Suelto una carcajada y me quito las gafas de sol.

—Cuando dices mucha gente...

—Como doscientos grupos distintos. No sé qué decirles. En la página puse que las reservas estaban agotadas hasta nuevo aviso, así que podríamos retomar el tema en cuanto quisiéramos. Legalmente no, tendríamos que...

—Ya, hacerlo todo de nuevo. Pero no nos llevaría mucho tiempo — respondo animada.

Nos miramos y sopesamos las opciones. ¿Seguir trabajando para no llegar a fin de mes haciendo eventos de mierda? ¿Abrir de nuevo y probar suerte?

—Yo me apunto. En cuanto la reforma esté terminada, claro —digo, levantando mi vaso de cerveza.

Lucía se hace un poco la remolona. Pero va a acceder, lo sé. Porque odia su trabajo, que es el mismo que el mío y que el de Nerea. Las tres lo odiamos a muerte.

—Vale, pero esta vez me dejáis cocinar lo que me salga del higo —dice levantando su gin tonic—. Y quiero una cocina profesional, nada cutre.

—No te pases que eso no lo cubre el seguro. Tendrás una cocina como la que tenías antes —corro a aclarar. Que me la conozco, llega el primer día con el mandil y si no ve diez fogones y encimeras de acero inoxidable me la lía.

—Me apunto. Pero nada de vivir allí. No pienso pasar ni una sola noche bajo ese techo embrujado —aclara Nerea, moqueando.

Pongo los ojos en blanco, porque si de verdad supieran lo que hay emparedado bajo las escaleras no se acercaban ni de coña. Me costó una noche entera levantar la pared yo solita, dejando la cajita con la bruja dentro.

—Pues entonces no hay más que hablar. En tres semanas como mucho deberíamos empezar a dar cenas. Y esta misma tarde empiezo con el papeleo legal —digo sonriente.

Capítulo dos

Llego hasta la plaza y me estremezco un poco al ver el edificio de la vecina.

Aún consigue atormentarme, incluso estando encerrada en una mini cajita emparedada entre dos sólidas paredes. Me da pavor mirar las ventanas, esperando que aparezca de nuevo, asomada por una de ellas, acusándome con un dedo ensortijado y rebanándome el cuello con el filo de su bastón.

Me coloco las gafas de sol y ando con paso apresurado hasta llegar a la verja.

Me quedo un momento quieta, mirando el otro portal. ¿Cuándo empezarán a darse cuenta de que ha desaparecido? ¿Tenía amigos? ¿Otros clientes a los que no intentaba convertir en fantasmas para comérselos? ¿Vecinos?

Ahora que lo pienso nunca he visto salir a nadie de ese portal, a excepción de ella. Me acerco despacio y con miedo hasta la puerta y miro que hay seis timbres, seis pisos. Dos pisos por planta. Tres plantas. ¿Dónde están los vecinos?

Nunca se les oye, nunca me he cruzado con ninguno.

Aprieto uno de ellos y espero, pero nadie contesta. Aprieto otro. Y otro. Los aprieto todos, pero nadie pregunta al otro lado del telefonillo. Me encojo de hombros y voy hasta mi casa.

La puerta abierta de par en par, todo lleno del típico polvillo de las obras, blanco y ligero, que se te pega en la ropa aunque andes en plan ninja sin tocar las paredes y casi levitando. Me cruzo con varios obreros y llego hasta la biblioteca, donde mi madre está dando órdenes. Lo que le gusta mandar...

—Te he dicho que las molduras no son así, eran más labradas, más grandes—regaña a uno de ellos, que tiene un trozo de escayola en la mano—. Y a ver por qué se os ha ocurrido arrancar toda la madera sin preguntar antes. La quería. Y ya la habéis tirado.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Dale un hierro oxidado y un cristal roto y dice que no lo tires porque va a hacer una menina con él. Creo que empieza a sufrir el síndrome de Diógenes, porque se le llevan los demonios cuando ve que alguien tira algo. Lo que sea.

—Mamá, déjalo. Esas molduras están bien. Y te dije anoche que no quería

madera, que lo quiero todo blanco.

En cuanto distraigo a mi madre, el obrero huye por un lado. Creo que le va a decir a su jefe que le mande a la mina, pero que no quiere trabajar en esta obra.

Ya son tres los albañiles que no han vuelto, y sospecho que mi madre es el motivo número uno. El segundo motivo es que los rumores sobre el embrujo de esta casa vuelan, y algunos se han negado a poner un pie dentro. Otros se santiguan nada más entrar. Y eso sí, en cuanto se va el sol, desaparecen como cucarachas cuando enciendes la luz de la cocina.

Por suerte, mi madre es tan práctica que ni se lo plantea. No cree en nada, así que menos va a creer en el espíritu de una niña con el pelo plateado y un camisón eterno. No, ella prefiere creer que son inventos de la televisión. Y también que un grupo de vándalos organizados entró para destruir todo a su paso porque les dio un aire, así, sin motivos.

—¿Dónde vas a poner los libros? Si no tienes estanterías...

—Mamá, no hay libros. Los rompieron todos —vuelvo a explicar una y otra, y otra vez—. No tengo las cosas escondidas, lo que ves, es lo que hay. Es decir, nada. Esto —digo abriendo los brazos—, es un lienzo en blanco. Así que olvídate de lo que había antes, porque no queda nada que se pueda salvar.

Le tiembla el mentón y asiente. Le ha dolido más que a mí la destrucción de todo lo que había aquí dentro. Eso o que yo he tenido tiempo para asimilarlo y ella no. Ella se fue como quien dice ayer con la casa perfecta, recién estrenada, y hoy vuelve y se lo encuentra todo patas arriba. Por eso estoy teniendo paciencia.

Por eso y porque la necesito, porque se le da muy bien eso de organizar y flagelar a los trabajadores.

—Un lienzo en blanco lo que te voy a dar a ti. ¡Madre mía! Y yo tan tranquila en el hospital, es que no te puedo dejar sola —se queja, llena de mierda hasta las orejas—. Por cierto, he visto que hay una pared nueva en la escalera. Ya sabes, en la parte más baja —dice, señalando con la mano su altura, que no le supera la cadera.

—Sí, es para sujetar la estructura de la escalera. No la toques. —Se me queda mirando extrañada, así que continúo con la mentira—. La hicieron justo antes de que tuvieras el accidente, porque vi una grieta. ¡Ni se te ocurra acercarte!

—Vale, vale. Madre mía, cómo te pones.

«Con el corazón a mil por hora», pienso, llevándome las manos a la frente.

Tengo un dolor de cabeza casi constante. Y un cansancio que no es normal. Supongo que mi cuerpo se ha relajado por fin, después de tanto estrés, y ahora me da el bajón.

—Mamá —llamo su atención siguiéndola hasta la cocina—. Hemos hablado mis amigas y yo hemos decidido que vamos a volver a montar la empresa. ¿Qué te parece?

Se sirve un vaso de agua del frigorífico recién estrenado y me sonrío.

—Pues me parece perfecto, qué te voy a decir.

De repente miro por la ventana y veo a un grupito de gente que se acerca hasta la verja y miran la casa con interés. Uno de ellos lleva una especie de micro.

—Voy a salir a ver qué narices están haciendo esos.

Abro la puerta y se ponen a hacerme fotos. Me tapo la cara con las manos y atravieso el pequeño jardín.

—Construida en 1815. La familia Santón vivió en ella hasta que uno de sus hijos, Ricardo Santón, fue hallado muerto en la biblioteca. Si miráis, es el último ventanal de la planta baja, a nuestra derecha —está diciendo el que lleva el micrófono.

Salgo por la puerta de hierro y le sujeto por el codo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Hemos incluido esta casa en nuestro tour de fantasmas de Madrid —me explica, sonriente, apagando el micro. Los turistas se ponen a hacer fotos de todo, hasta de mi madre asomada a la ventana con una pinza rosa flúor en la cabeza.

—Es mi casa, no la podéis ir fotografiando. Yo vivo aquí —digo, enfadada.

Se encoge de hombros y le quita importancia con otra de sus acarameladas sonrisas.

—Entonces conocerás la historia del fantasma, de Liliana Matogrande, la hija...

—Sí, yo también vi Cuarto Milenio esa noche. Ya os estáis largando. Iré al ayuntamiento a preguntar si podéis hacer esto y, si no podéis, llamaré a la policía.

Me pide tranquilidad con una mano y llama al grupo, que le rodea con rapidez.

—Ahora nos acercaremos al Palacio de Linares, donde ya habrán oído...

El grupo empieza a alejarse tirando alguna que otra foto más desde la

distancia. Joder, si van a sacar pasta con esto yo quiero mi parte, qué menos. Me doy la vuelta y admiro la casa. A mediodía es cuando más bonita está, con el sol apuntando directamente al «pico de la bruja», como me gusta llamarlo. Una sombra moviéndose en mi ventana llama mi atención, y veo a Lili saludándome con la mano. Tan pancha, como si no estuviéramos a plena luz del sol con la casa llena de extraños.

—Me cago en to...

Le hago señas para que se vaya al desván con Ricardo, cuando le veo con su levita de marinero sujetando su mano y besándole cada dedo con una parsimonia que me saca de quicio. Dios, qué pesaditos que son...

Atravieso la puerta esquivando varios palets de cemento y subo las escaleras con cuidado. Han quitado los restos que quedaron del pasamanos y varios escalones rotos, por lo que aún es complicado subir al segundo piso. Entro en mi habitación y les veo en mi nueva cama, acaramelados, haciéndose carantoñas y besándose en los labios.

Me siento como la madre de una adolescente moñas que tiene que aguantar al baboso de su novio.

—Sacad vuestro congelado cuerpo de mi cama, por favor. Que por la noche no hay quien se meta entre las sábanas.

—Eres una exagerada, Alana —ataca Lili, levitando con toda la dignidad del mundo. Se plancha con los dedos su camión eterno, como si hace un segundo no lo tuviera subido hasta las nalgas esas tan perfectas que tiene, sin un gramo de celulitis fantasmal.

—No sé qué pasaría si vosotros dos... intimáis —consigo decir, corriendo las cortinas, a ver si va a volver el *tour* y la terminamos de apañar—, pero ya os voy diciendo que no quiero un bombo muerto.

Ambos se miran, confusos, sin entenderme.

—¡Que no quiero un bebé fantasmagórico llorando y levitando por los techos!

Lili se escandaliza y se tapa la boca con la mano. Ricardo se ruboriza también, pero se recompone al segundo, ajustándose la levita con elegancia.

—Mi señora, no osaría sucumbir a tal pecaminoso acto sin vuestro consentimiento previo.

—No voy a dejar que se la metas, por mucho que lo adornes con palabras finolis —respondo de inmediato. ¡Habrás visto! Si es que da igual que tengan treinta o doscientos años, son todos iguales.

—Me refería a pedirle permiso para ganar su mano, mi gran salvadora —

explica, claramente avergonzado, inclinándose con una reverencia. Le gustan mucho, se nota que no tiene un cuerpo hecho de carne y hueso y no se puede herniar.

Lili pega un gritito gutural y se hace la remilgada. Si tuviera un abanico ahora mismo estaría desplegando sus largas y brillantes pestañas por encima de él. No puedo. Es que no puedo con ellos...

—Mi ocaso, mi vida, mi muerte, mi aurora —empieza a recitar, hincando una rodilla en el aire—. Muero por vos desde el primer momento que os vi, tan llena de vida. Me haríais el hombre...

—Muerto —digo medio tosiendo. Los dos me miran con el ceño fruncido—. Es el polvo, que se me mete en los pulmones. Es que yo aún respiro.

—¿Qué decías, Ricardo mío? —pregunta Lili, quitándome la mirada con desprecio.

—¿Aceptarías mi mano como ofrenda eterna y prueba de mi amor infinito?

No tengo anillo ni posesiones que ofrecerte, tan solo mi humilde corazón que ya es esclavo de vos.

—¡Sí! ¡Sí! —grita ella, flotando hasta sus masculinos brazos. Ricardo no está nada mal, la verdad. Me pregunto cómo sería intimar con un fantasma... ¿Me gustaría? ¿Sería siquiera posible?

Un guantazo mental me devuelve a la realidad. Estás enferma de la cabeza, Alana.

—El día de nuestro primer beso, mi amor —dice Ricardo, con un brillo en los ojos que me deslumbra tanto que, por un momento, pienso que debería ir a buscar las gafas de sol.

—Queda muy poco tiempo —comenta Lili, arrugando el entrecejo—. Pero sí, ese debe ser el día.

Ya está. Ya se han prometido. Una niña fantasma consigue estar prometida antes que yo. De puta madre.

Les dejo a lo suyo y salgo de la habitación. Estoy celosa, sí, lo estoy. Y no sé por qué, porque vamos a ver, son dos fantasmas, ¡por el amor de Dios!

Me apoyo en la pared un momento, porque me mareo, cuando una mano atraviesa el muro y me coge por el hombro. Pego un brinco del susto. Miro a mi alrededor, por suerte no hay nadie que lo haya visto. Vuelvo a la habitación y me cruzo de brazos.

—No sé quien ha sido, pero no lo volváis a hacer. Casi me da un infarto.

—No te preocupes, ya volvemos al desván —me asegura Lili, acercándose. El frío que desprende llega hasta mi piel, y en pocos segundos

empiezo a respirar vaho—. Es que tengo que pedirte un gran favor, Alana.

—¿Que officie la boda?

Se miran entre ellos y se sonríen.

—No, es una petición un poco más complicada —dice, moviendo las manos nerviosa.

—Venga, dispara.

—Pues... lo primero es que me gustaría sobremanera recuperar mi muñeca.

Me la regaló mi padre, y la echo mucho de menos. —Baja la mirada y pone la típica cara de niña que no ha roto un plato en su vida y en su muerte—. Y queremos que un sacerdote officie la boda.

—A ver, vamos por partes —digo, pidiendo tregua—. Por un lado quieres la muñeca. Se quedó en el suelo cuando encerré a Madame... A la vecina. Prefiero no decir su nombre, a ver si la vamos a convocar sin querer. Así que me estás pidiendo que vuelva a bajar sola, ahí abajo, ¿a recuperar esa muñeca horrorosa?

Tuerce el labio y entrecierra los ojos.

—Sí.

—Ni de coña —respondo—. No vuelvo a bajar ahí sola ni de coña. Y con la segunda petición... no conozco a ningún cura. No suelo ir a misa los domingos.

—Pues encuentra a uno y tráelo —resuelve Lili, como si pudiera ir por ahí pidiendo a un sacerdote cualquiera que venga a mi casa a casar a dos fantasmas.

—Ni voy a volver a bajar ahí sola de nuevo ni...

Se miran entre ellos con ese gesto que hacen desde que encerramos a la mujer.

Y me saca de quicio, porque no sé qué les pasa.

—Mi señora —intercede Ricardo, adelantándose—, ¿estáis segura que bajasteis sola a salvar a vuestra madre? ¿Nadie más os acompañaba?

Se acerca más y clava su mirada en la mía.

—Claro que bajé sola, ¿quién me iba a acompañar?

—¿Recordáis absolutamente todos los detalles de esa noche? —insiste, cogiéndome una mano que libero al momento, en cuanto se me duerme.

Me pongo a pensar. Saqué a Lili y a Ricardo de su encarcelamiento, y entonces el móvil de mi madre sonó. Pero no era mi madre, era ella, la vecina.

Entraron en dos libros que dejé en casa y entré en el piso de la vecina.

Retrocedo en el recuerdo un momento, porque tengo lagunas. ¿Dónde estaba cuando los liberé, rompiendo la urna de Ricardo y abriendo la cajita de Lili? ¿Yo conseguí abrir la cajita?

Un vacío me atraviesa y me quedo un segundo sin respiración.

¿Qué ha sido eso?, pienso, sujetándome el estómago.

—Mi señora, ¿se encuentra bien?

Me siento en la cama y me pongo a pensar. Tengo espacios en blanco en mi mente. No lo recuerdo todo.

—No soy capaz de recordar dónde estaba cuando os liberé —murmuro, asustada—. ¿Dónde estábamos?

De nuevo esa mirada indescifrable entre ellos.

—¿Dónde estábamos? —repito, empezando a preocuparme de verdad. No es normal que no sepa qué hice hace poco más de una semana. No es normal.

Se cogen de la mano y desaparecen levitando hasta cruzar el techo.

Me muerdo el labio, inquieta, con una desazón muy fuerte en la boca del estómago. La cuestión aquí es... ¿Llevé yo sola el cuerpo de mi madre escaleras arriba y abajo hasta la calle? ¿Llamé yo a la ambulancia? ¿De verdad estaba sola cuando encerré a la bruja en la cajita? Porque sé que así fue, al fin y cabo, pero, es imposible al mismo tiempo.

La cuestión es... ¿Tengo lagunas mentales debido al elevando estrés? ¿Por eso mi mente ha olvidado detalles de esos aciagos días?

Capítulo tres

Tras una mañana ajetreada terminando con los trámites legales para volver a abrir el negocio, me permito el lujo de salir a comer con Nerea y Lucía. Pero empieza la primavera, y eso hay que celebrarlo.

Nos encontramos en una terracita de Alonso Martínez. Compruebo que los puntos de la garganta no se me han abierto y que la venda del brazo sigue en su sitio. Ya empiezan a cicatrizar. Cierro los ojos un segundo y doy gracias.

Gracias, por seguir viva.

Gracias, por haber recuperado a mi madre.

Mientras las espero, porque son unas tardonas, ojeo el móvil distraída, escuchando el barullo que montan las personas sentadas en las demás mesas.

De repente, una voz me suena, me resulta conocida. Me giro en la silla pero no reconozco a nadie. Vuelvo al móvil cuando alguien pasa a mi lado y me tira el bolso al suelo sin querer. Me agacho para cogerlo y unos ojos azules me atraviesan. Me quedo petrificada. Es muy guapo. Y huele a algo conocido, como a suavizante.

—Perdona —se disculpa, pasándome el bolso. Pero en cuanto me quito las gafas de sol entorna los ojos, escrutándome. Pasan unos segundos hasta que ambos reaccionamos—. Disculpa —murmura como aturdido.

Un estremecimiento me recorre cuando clava sus ojos en mis labios y, por extraño que parezca, en mi flequillo. Corro a peinármelo un poco con las manos.

Se incorpora y se sienta con una chica rubia en la mesa de enfrente. El corazón me va a mil, me sudan las manos, me dan ganas de llorar y no sé por qué, quizás estoy ovulando, y cuando se dan un beso tengo que apartar la vista sin entender lo que me pasa. Los ojos me escuecen, quiero llorar. Cuando me doy cuenta, estoy clavándome las uñas en las palmas de la mano.

De acuerdo, el chico es muy guapo, pero vamos, que solo me ha mirado para darme el bolso.

Un mensaje de Nerea diciendo que se asfixia en sus propios mocos. Que no sale al aire libre hasta que no estemos en agosto. Lucía por suerte dice que ya llega.

Doy un sorbito a mi tinto de verano, distraída, o intentando parecerlo,

cuando en realidad no quito los ojos de encima al chico rubio. A través de las gafas de sol, por supuesto, no soy idiota. Ni *voyeur*. Sin embargo él me pilla en varias ocasiones, girando la cabeza para mirarme también. Me empieza a doler la cabeza, y me obligo a destensar la mandíbula.

Me sobresalta una Lucía atacada, diciendo que vayamos a otro sitio, que aquí se ligó a la camarera hace unos meses y que seguro que nos escupe en la bebida.

Me levanto con desgana, y me dejo llevar por mi amiga calle abajo sin poder apartar la vista de él.

Me suena de algo, pero no sabría decir de qué. Es una sensación extraña e incómoda, como cuando has experimentado el verano de tu vida y llega el momento de hacer las maletas. Como cuando aún sigue calentando el sol en septiembre, pero ya nadie se mete en la piscina. Como cuando una comida está tan deliciosa que no puedes parar de metértela en la boca mientras piensas que no la estás disfrutando lo suficiente, y aunque te obligues a tomártelo con calma y saborear despacito, sabes que de nada valdrá, porque se acabará.

Reprimo un sollozo y dejo que mi amiga me arrastre lejos de él y de esa sensación que me empieza a oprimir el pecho de nuevo. Me doy la vuelta varias veces para mirarlo, y en ambas le pillo observándome mientras me alejo.

Tras una comida animada, con Lucía poniendo a parir a todo el mundo, vuelvo a la plaza con una misión nada agradable: debo entrar en la casa de la bruja, bajar al pasadizo y recuperar la muñeca de Lili. No me apetece lo más mínimo, de hecho, preferiría que me clavaran agujas bajo las uñas, pero es lo que hay. Se lo he prometido. Le he dado mi palabra de que recuperaré a la puta muñeca diabólica.

Al y fin y al cabo, ¿qué puede pasar? La bruja está bien encerrada.

Llego hasta el portal pensando que estará cerrado, pero para mi sorpresa abro la puerta sin impedimentos. Voy subiendo las escaleras hasta el primer piso con una desazón en la boca del estómago que no me deja respirar tranquila.

Demasiados recuerdos tormentosos, demasiado miedo condensado en sudor hace muy pocos días.

En el piso se repite, como en un *déjà vu*, lo mismo que en el portal. La puerta se abre sin problemas con un chirrido. Dejo que lo haga completamente, atenta a cualquier sonido extraño o que me indique que no estoy sola. Tras unos interminables minutos me obligo a poner un pie dentro.

—Venga, no seas gallina —digo, para infundirme ánimos.

Atravieso el oscuro pasillo parándome en cada puerta y abriéndola de golpe a ver si va a haber... no sé, se me ocurre que, por ejemplo, un payaso tamaño real con un gancho afilado a la par que oxidado en la mano...

Nada, ni payasos, ni tías lejanas rumanas con sed de venganza. Tan solo el más profundo y desquiciante silencio, donde escucho mi respiración agitada y los pasos inseguros que voy dando.

Corro hasta el salón y me abrazo para evitar que mi cuerpo tiemble. Nada ha sido movido de sitio. Nadie ha puesto un pie aquí. O al menos es lo que parece, porque hasta las cartas y demás basura que estuve toqueteando siguen en la misma posición.

Me acerco a la librería y me asomo por la abertura detrás de la misma. Las escaleras de caracol talladas en piedra se me antojan peligrosas. Y parece que el mecanismo que descubre este pasadizo no se cierra solo, porque está abierto, tal y como lo dejé.

De repente, me tengo que apoyar, porque la sensación de vacío me atraviesa de nuevo. ¿En qué momento toqué por error el libro que me reveló el pasadizo?

Estoy casi segura de que yo no me acerqué a los polvorientos volúmenes.

Debería ir a un psiquiatra y explicarle que mi mente ha bloqueado las últimas semanas, pero claro, a ver cómo le digo que ha sido debido al trauma de conocer a dos fantasmas, a una mancha oscura que me buscaba para comerme y a una bruja despiadada. Si le cuento la verdad me pone una camisa de fuerza y me encierra, para después tirar la llave al mar.

Meneo la cabeza y pongo la linterna del móvil para bajar. Despacio, y con el corazón martilleándome el pecho, llego hasta el pasadizo bajo tierra. En cuanto lo veo me voy de espaldas hasta la pared más cercana. La boca ignora al resto de mi cuerpo y se me escapa un gemido ahogado. El bastón sigue tirado en el suelo, con el afilado puño destellando bajo la luz de mi móvil. La muñeca junto al bastón, como un telele con las piernas retorcidas y la cara de porcelana tapada por los rizos alborotados.

Voy acercándome poco a poco, pensando que esto no es buena idea, que no debería haber bajado. ¿Y si alguien está esperando para cerrar de nuevo la librería y dejarme aquí encerrada? ¿Y si tiene algún secuaz listo para la *revenge*?

Cojo sin miramientos la muñeca de una pierna y pego una patada al bastón, con cuidado de no cortarme. La muy hija de perra estuvo a punto de rebanarme

el cuello con él. Voy a darme la vuelta y volver a las escaleras cuando veo todas las vasijas, espejos, estatuas talladas en cristal... Todo un museo solo para ella.

Debe costar una fortuna lo que hay aquí abajo. Y si alguien lo rompiera, seguro que le molestaría un poquito...

Vuelvo a dejar la muñeca en el suelo y cojo el bastón. Reprimo el asco que me provoca su contacto y lo sujeto bien fuerte con ambas manos. Me acerco a la primera fila de objetos, miro a ambos lados y, como nadie me lo impide, sonrío y empiezo a dar golpes a diestro y siniestro a todo lo que pillo. Giro un poco la cara para que no me salpiquen cristales y demás restos punzantes.

Le pego una buena hostia a una vasija como de barro, más antigua que mi madre. A tomar por culo con la vasija. Unas flores de cristal templado se hacen añicos ante mi perversa mirada, y así con todo lo que se cruza en mi camino. Un espejo y otros siete años de mala suerte. Va, qué más da. Ya no llevo la cuenta, siete años más merecen la pena ahora mismo.

Me paseo entre altos jarrones que voy empujando al suelo a mi paso con el bastón en mi mano derecha.

—Adiós, espejito de mierda —digo, estampando contra el suelo un marco dorado. Me tapo los oídos cuando estalla—. Hasta la vista, jarrón horroroso.

Bye, bye, estatua anticuada...

Y así me entretengo, descargando toda la rabia que llevaba acumulada.

Cuando me empiezo a cansar miro a mi alrededor y me empiezo a reír como una desquiciada. He destrozado todo, igual que hizo ella con mi casa.

Ojo por ojo, bruja despiadada.

Mando el bastón a tomar vientos y cojo la muñeca por el pelo. Entonces, el reflejo del latón brillante de una petaca me deslumbra. Escondida entre los escombros, dentro de un jarrón partido en dos como un coco maduro. Aparto los restos y la cojo. Es pesada, y parece de las típicas de la primera guerra mundial.

Muy chula. La zarando y escucho algo dentro, como si aún conservara un buen trago. Me encojo de hombros y la intento abrir, pero está como atascada. El tapón no gira. Dejo la muñeca y pruebo con las dos manos. Siento el flequillo mojado por el sudor de mi frente.

—Joder con la puta petaca —me quejo, con las manos sudadas. Recojo de nuevo la muñeca y utilizo su vestidito de lunares para que no me resbalen tanto los dedos.

Y por fin se abre con un sonoro chasquido, como si contuviera algo dentro

relleno de gas. Un fogonazo de luz me deja ciega y la dejo caer entre los escombros, más que nada porque utilizo las manos para protegerme los ojos.

De repente, unas carcajadas se cuelan en mi mente. Se me hiela la sangre. Más y más alto. Al final tengo que taparme las orejas para no quedarme también sorda. Me hago un ovillo en el suelo y me maldigo por ser tan rematadamente estúpida.

A ver qué he liado ahora.

Abro los ojos cuando parece que todo vuelve a la calma y veo la petaca, como si nada hubiera pasado. La cojo con miedo y miro en su interior por la boquilla.

No hay nada. Miro a mi alrededor y no se mueve ni una sola mota de polvo, así que cojo la muñeca cagando leches y subo las escaleras de caracol de tres en tres sin darme tiempo a respirar.

Atravieso el pasillo sin mirar ni por dónde piso, tropiezo con la alfombra y caigo de bruces al suelo. El brazo me recuerda que estoy magullada, y el cuello que no debería correr tanto, porque se me abren los puntos. Así que me levanto y salgo por la puerta conteniendo la respiración.

Bajo las escaleras del portal un poco más tranquila, recuperando el ritmo normal de los latidos de mi cansado corazón. Y cuando estoy de nuevo en la calle, miro la muñeca y me dan ganas de tirarla al contenedor.

Casi vuelvo a morir de un ictus nervioso por recuperarla. Bueno, y por hacer el gilipollas.

Me intento serenar, que no se me note que acabo de destrozar un montón de cosas de un pasadizo secreto bajo esta misma plaza. Justo bajo el empedrado que ahora piso. Con pasos inseguros regreso hasta la puerta de mi casa.

Varios obreros me saludan y siguen preparando yeso. Escucho a mi madre gritar en la cocina. Algo como que la posición de los nuevos azulejos no están bien. Pongo los ojos en blanco y subo las escaleras con cuidado de no matarme.

Al entrar en mi habitación, tiro la muñeca al suelo y me dejo caer en la cama.

Estoy exhausta.

Siento una corriente de aire frío y me incorporo, porque ya vienen.

Lili asoma primero la cabeza por el techo y, en cuanto me ve, va descendiendo como una gran dama blanca. Le sigue Ricardo con su porte imperial. En cuanto Lili ve a la muñeca grita y la coge con mimo, lanzándome miradas acusadoras.

—¿Qué? —pregunto de mala gana.

—Casi le arrancas la cabeza, bruta —me recrimina, peinándole un poco los rizos—. Más que bruta. ¿Qué le has hecho a su vestido? ¡Está pringoso!

—Lleva días en un sótano lleno de moho, ¿qué quieres?

Ambos giran la cabeza al mismo tiempo.

—Muchas gracias por traérmela. Eres una buena amiga, Alana —dice Lili volando por el techo. Desaparecen justo cuando mi madre entra sin llamar.

—¡Estos hombres me van a volver loca! —grita, haciendo aspavientos—. ¡Son unos chapuzas! ¡Unos chapuzas!

Me tumbo en la cama y me tapo la cabeza con una almohada. No lo soporto.

Entre todos me va a estallar la cabeza.

—Vete, mamá. Tengo jaqueca —le pido, con la voz amortiguada por la almohada.

—¡Yo sí que tengo migraña! —dice alterada, saliendo por la puerta.

Me meto entre las sábanas y cierro los ojos, esperando que un dulce sueño me lleve lejos. Muy lejos. Justo antes de perder la consciencia la imagen de ese chico me asalta, dejándome sin respiración durante varios segundos. Y es entonces cuando siento que algo en mi interior tira de mí fuera de la cama. Me veo desde fuera, incorporándome y saliendo al pasillo. Atravesando el corredor con la mirada perdida. Solo veo los ojos azules de ese chico desconocido, atravesándome hasta dejarme sin aliento. Bajo los escalones sin mirar casi por dónde piso, lo que me cuesta un tropezón. Llego hasta la doble pared y golpeo el yeso con las manos. Sin entender lo que estoy haciendo, abro el armario a mi izquierda, buscando algo con lo que hacer un agujero, algo con lo que pueda atravesar los ladrillos y el cemento, algo con lo que poder sacar esa cajita plateada.

—¿No decías que te dolía la cabeza? —pregunta mi madre a mi espalda.

Pego un respingo y parpadeo. Separo los labios y tomo aire. Lo había estado conteniendo. Me miro las manos, aturdida, sujetando un paraguas con fuerza.

—Sí, mamá —respondo confusa—. Toma, deja esto en el armario.

Regreso a mi habitación y me obligo a meterme entre las sábanas de nuevo.

¿Qué coño me ha pasado?

Capítulo cuatro

Dos semanas después, la casa está terminada. Me paseo despacio, disfrutando del olor a pintura nueva. El suelo de madera ha quedado espectacular. Hasta me agacho varias veces para disfrutar de su suave tacto. Entro en la cocina y sonrío.

Azulejos blancos simulando ladrillos, encimeras de granito y muebles azules de estilo moderno. Miro al lugar donde antes estaba la salita, con dos sofás y varios tresillos, un mueble bajo para la televisión y una mesita. Ahora no hay nada, tan solo una alfombra que mi madre compró el otro día en Ikea a mitad de precio.

Voy hasta la biblioteca. Entro y me sorprende lo amplia y luminosa que se ve ahora, ya sin madera, todo pintado de blanco. Incluso las molduras que recubren la chimenea tienen un aspecto más fresco, menos apolillado. Paso los dedos distraída por la mesa, que entre mi madre y yo conseguimos arreglar, y llego hasta la ventana. Me cruzo de brazos y pienso que, a pesar de que me encanta esta habitación, ha quedado demasiado aséptica para las cenas de Cluedo.

Tamborileo varios dedos sobre mis labios pintados de rojo y decido que tendré que poner algo de decoración si quiero ambientar la estancia.

Los cuadros cambiantes me vienen a la mente, y durante un segundo pienso en traerlos de vuelta. Pero en cuanto me acuerdo de que la vecina está bajo este mismo techo, desecho la idea de golpe. Me da mal rollito, a ver si va a poder espíarme a través de ellos en su diminuta y cerradísima morada plateada.

—¡Alana! ¡Alana! —grita mi madre, en las escaleras. Me acerco y levanto la cabeza. Está con tres maletas y los brazos en jarras—. ¿Es que no me vas a ayudar?

Suspiro y me deleito pisando los nuevos escalones. Deslizo la mano por la barandilla, recordándome una vez más que mi madre es adulta y puede tomar sus propias decisiones. Como irse de nuevo al pueblo y abandonarme a mi suerte, una vez más. Cojo el asa de una de ellas y empiezo a bajarla con cuidado de no caerme escaleras abajo.

—Te ayudo porque te quiero —empiezo a decir, con cuidado de no

sacarme el hombro. ¿Pero qué ha metido aquí dentro? ¿Los ladrillos que han sobrado de la obra?—. No porque quiero que te vayas.

—Ya he terminado lo que tenía que hacer aquí —contesta, con la voz entrecortada pegada a mi espalda—. Ahora me toca volver al pueblo y ver si puedo retomar mi vida justo donde la dejé. Ya podías haber llamado a mis amigas en cuanto tuve el accidente. Se enteraron un mes después por una prima.

Pensaron que las había dejado tiradas con mis clases en el ayuntamiento y mis horas en la tienda —me recrimina, una vez más.

—Mamá... Ya lo hemos hablado. Lo último en lo que pensé fue en avisarlas.

Estaba bastante ocupada esperando que despertaras —repito como quinta vez, parando un segundo a tres escalones de la planta baja. Me siento débil.

—Pues si me vuelve a pasar algo, por favor, acuérdate de llamarlas para que me rieguen las plantas. Me han dicho que están mustias.

—Mamá... Te necesito aquí. No se te ha perdido nada en el pueblo. Tus plantas me dan igual, como si la casa se ha derrumbado. Yo te quiero aquí, conmigo.

Llegamos a la entrada y me seco el sudor de la frente con cuidado de no despeinarme el flequillo.

—Se me ha perdido mi vida, te lo he dicho mil veces. Y a ti te espera la tuya —termina recordándome con un beso en la mejilla. El pitido de un coche nos alerta. Me asomo a la ventana. Es el taxi que ha pedido—. Bueno, mi cielo, en cuanto llegue, te llamo.

La abrazo una vez más. Creo que van quince veces en lo que va de mañana, y aún son las nueve. Y me he despertado hace media hora.

—Por favor, no te vayas —suplico de nuevo. Debería grabarme y darle al botón en vez de malgastar saliva de esta forma tan humillante. Ella ha estado tan ricamente durmiendo durante dos meses mientras yo luchaba por mi vida y por

la suya, y ahora, en cuanto se ha recuperado y me ha reformado toda la casa dejándose la piel, decide abandonarme, la muy desagradecida. Tener madres para esto...

—Te quiero, pero me voy —concluye, pellizcándose la mejilla.

Le ayudo con las maletas y le digo adiós con la mano, pensando que tendría que haber sacado un pañuelo para darle más dramatismo a la situación y que al menos se sintiera mala persona. Pero no, me sonrío con la cara

iluminada de algo que dicen que se llama felicidad. Yo hace tiempo que no reconozco esa palabra.

Creo que alguna vez la he sentido, pero su recuerdo se me escapa de entre las manos, dejándome con un vacío que soy incapaz de llenar con nada, ni siquiera con la imagen de mi casa recién reformada, ni con el hecho de que esta noche tenemos a los primeros clientes.

Entro y repaso las pistas que coloqué anoche. No tener los cuadros, ni los candelabros antiguos, ni la madera, ni los libros... No tener nada de la casa original me lo ha puesto un poco difícil, pero he tenido que sacar todo el ingenio de mi cansado cerebro para hacer que funcione. Y, cómo no, tengo un as en la manga listo para usar.

Pego un grito y Lili y Ricardo bajan por las escaleras. Él me hace una reverencia de las suyas, pero debo reconocer que en cada una de ellas añade algo nuevo, como un ligero movimiento de muñeca, un juego de dedos... Este chico es un espectáculo en sí mismo. Lástima que no le pueda sacar todo el partido que me gustaría. Más que nada porque tendría en menos que canta un gallo al equipo de Cuarto Milenio poniendo cámaras de infrarrojo y grabadoras modernas en las que no se escaparía ni el pedo que te tiras antes de irte a dormir cuando piensas que nadie lo puede escuchar.

—Mi señora, ¿nos ha llamado a nosotros?

—Sí, Ricardo. Espero que no haya nadie más en la casa, exceptuando a quien vosotros ya sabéis... Y no me refiero a Lord Voldemort. —Me miran sin saber qué estoy diciendo, así que hago un gesto con la mano y me centro, porque si la cagan, esto puede ser un verdadero desastre—. Escuchad bien, porque no lo voy a repetir más. Tenéis que ser discretos, no os pueden ver. Tal y como hemos hablando, participad en el juego justo como hemos acordado. Y, por favor, abortad la misión si aparecen Lucía o Nerea. No puedo hacer esto sola, y las necesito. No quiero que salgan huyendo despavoridas porque una vela se ha consumido en sus narices.

Asienten tranquilos. Creo que tienen bastante claro lo que tienen que hacer.

—¿La palabra clave? —pregunto, poniendo los brazos en jarras.

—Pasamanos —contestan al unísono. Reprimo una cara de asco cuando veo a la muñeca entre los brazos de Lili. Es que me da un repelús...

—Perfecto. Ahora subid arriba y no salgáis hasta que no escuchéis la primera campana —les pido, señalando una campanita que he colgado desde el techo—. Un toque y tenéis que ir al baño, dos toques y a la biblioteca, tres...

—Que sí, cansina —me interrumpe Lili—. Estamos muertos, pero no somos idiotas.

Miro a Ricardo, que está simulando un combate con un adversario imaginario, lanzando estocadas al aire.

—Habla por ti, Lili. Habla por ti —digo, levantando una ceja. Ella me lanza una mirada de odio y le arrastra volando escaleras arriba.

Compruebo la hora. Las chicas están al caer. Subo y me disfrazo de la ama de llaves de La Casa Encantada. Pongo música de ambiente. Enciendo las velas.

Vuelvo a comprobar el reloj. Están tardando, y aunque para esta primera vez hemos encargado un catering, porque no había tiempo para cocinar, deberían estar ya aquí, joder. Espero que no se hayan rajado, porque si es así, las voy a rajar yo a ellas, pero con un cuchillo bien afilado e impregnado en sal, para que les escueza.

El timbre me sobresalta mientras fumo un cigarrillo, tan nerviosa que creo que si lo intentara, podría andar por el techo. Me asomo a la mirilla y las veo pálidas.

Abro y siguen igual, no es un efecto del cristal incrustado en la puerta de la entrada.

—Llegáis tarde.

—Y da gracias de que hemos llegado —dice Nerea con un pañuelo arrugado en la mano—. Hemos venido y vuelto a dar la vuelta como cinco veces.

—¿Y eso?

—¡Porque nos da miedo la casa! —grita Lucía, ya vestida de cocinera y con un pañuelo alrededor de la cabeza muy sexy—. Ha sido una idea pésima esto de decirte que sí. No quiero entrar. Me da miedo.

Tiro de ellas sin miramientos y en cuanto cruzan el umbral se quedan con la boca abierta. Van hasta la biblioteca sin decir ni mu, y cuando entran en la cocina, Lucía reprime un gritito.

—Está preciosa —dice Nerea, echándose colirio. No me ha pasado por alto que su nuevo disfraz de sirvienta es demasiado escotado. Pero no seré yo quien se lo diga, que luego me tacha de celosa. Celosa de esas tetas perfectas embutidas en satén brillante. Miro mi escote y lo que encuentro son pecas y lunares, pero de tetas nada de nada.

Dejan los bolsos en la mesa de la cocina y me ayudan a colocar los entrantes en la antigua biblioteca.

—Menos mal que el catering ha llegado a tiempo —comenta Lucía, zampándose un canapé de salmón—. ¿A qué hora lo han traído? ¿A las seis?

De repente, el frigorífico hace su típico ruido mañanero, y ella se pone más tiesta que un palo.

—¿Qué ha sido eso?

—Es el frigorífico —explico, poniendo los ojos en blanco—. En serio, tranquilizaos de una puta vez.

—De acuerdo. —Se humedece los labios e intenta sonreír.

—Han traído el catering hace una hora —contesto distraída, intentando borrar con saliva un poco de yeso de un interruptor. Mire donde mire se siguen viendo atisbos de la obra recién terminada. Da igual lo que limpies, debe haber polvo residual en el ambiente, esperando que te des la vuelta para volver a posarse justo donde más te duele.

—¿Has notado la presencia de algo paranormal estos días? —quiere saber Nerea, levantándose las tetas.

—Ahora que lo dices, sí...

Se quedan petrificadas y con los ojos saliéndose de las órbitas.

—He notado que te ha poseído el disfraz de Halloween versión *teenager*. ¿De qué vas? ¿De sirvienta putilla?

Me tira un canapé al ojo y me llama de todo menos bonita.

No nos da tiempo a más, porque el timbre suena. Los invitados ya han llegado. Nos empujamos dando saltitos estúpidos y nos pellizcamos en silencio tapándonos la boca. Es que somos retrasadas mentales.

—Tú —le digo a Nerea, pasándole el candil nuevo—. A recibirles. Y tú —señalo a Lucía—, a preparar el primer plato.

Nos ponemos en marcha. La puerta se abre mientras espero a los clientes mirando fijamente el fuego de la chimenea. Me siento tranquila, mucho más segura que la primera cena que dimos. Supongo que será porque ahora los fantasmas son mis amigos y colaboran en el juego siguiendo mis más estrictas normas, y porque ya sé que el juego gusta.

Un grupo mixto de doce personas entra con cuidado, despacio, esperando que algo ocurra de repente. Pongo los ojos en blanco. Seguro que vieron el programa de Cuarto Milenio.

—Bienvenidos a la Casa Encantada —les recibo con una sonrisa auténtica—. Id metiendo en esta bolsita todos los móviles, por favor —les pido, pasando a un chico bajito la bolsa—. No está permitido el uso de cámaras de fotos o vídeo, así que si habéis traído alguna, incluyendo grabadoras, dejadlas

también dentro.

Uno a uno van haciéndolo y se van sentando. El juego ha empezado.

Comienzan a picotear mientras les servimos vino. Cada uno va leyendo la carta con su personaje y se van disfrazando. Cuando los animo a que busquen pistas por la casa, voy hasta el recibidor y toco la campanita. La señal para que los fantasmas entren en el juego.

Me voy a la cocina tranquila, porque Ricardo y Lili saben lo que deben hacer.

Me encuentro a Nerea y Lucía enfrascadas en una conversación profunda y filosófica sobre el significado de la vida mientras emplatan el primer plato.

—Tía —está diciendo Nerea, con la nariz goteando—, el otro día me salió un pelo en la barbilla. Casi me caigo para atrás del susto. ¡Me parezco a mi madre!

Les ayudo con una bandeja cuando unos gritos en el piso de arriba las ponen alerta. Corren a abrazarse la una a la otra y cierran los ojos.

—¿Qué coño estáis haciendo? —pregunto, molesta—. Hay que sacar el pollo del horno si no queremos que se queme.

—Han visto algo, seguro —gimotea Nerea, con un moco colgando—. Es el fantasma, es él.

—Si os da mal rollo no subáis al piso de arriba —digo, esperando que me hagan caso para dejar trabajar tranquilos a los fantasmas—. Pero os recuerdo que vivo aquí. ¿De verdad pensáis que si hubiera algo, dormiría sola cada noche bajo este techo?

Ambas me miran con cara de póker. No se fían. Dicen que me comporté de una manera muy extraña cuando pasó lo de mi madre, y Nerea tiene la teoría de que estuve temporalmente poseída por el fantasma. Hasta me sugirieron ir a un exorcista la semana pasada.

—No hay nada, no os preocupéis —digo, esperando que dejen el temita en paz—. Y ahora, a trabajar.

Pasamos la noche sin contratiempos. Todo sale según lo previsto, milimétricamente perfecto. A las doce terminamos de recoger los platos y nos fumamos un cigarrillo mientras nos tomamos una copa en la cocina. Les voy a decir que se queden a dormir si quieren, pero cuando empiezo a bostezar se van tan rápido que casi no me da tiempo a despedirme.

—¡Mañana por la mañana nos vemos! —se despide Nerea, con un brazo saliendo por la puerta sin mirar atrás.

Es verdad. Mañana hay dos reservas. Una para comer y otra para cenar.

En cuanto la puerta se cierra, la temperatura de la habitación desciende varios grados. Miro a la esquina, y los veo mimetizados con el papel pintado. Me siento en una silla y me enciendo otro cigarrillo. A ver si me decido de una vez a dejar de fumar.

—¿Lo hemos hecho bien, Alana? —me pregunta Lili, haciendo ondear su eterno camisón. Sus cabellos también bailan al son de una música que no llego a escuchar.

—Sí, lo habéis clavado —les felicito, expulsando el humo con gusto.

—Disculpad, gran salvadora. No hemos clavado nada. No nos habéis proporcionado clavos —comenta Ricardo, ajustándose la coleta.

Me levanto y apago el cigarrillo. No tengo ganas de iniciar un nuevo debate sobre la dialéctica del siglo XXI.

—Me voy a la cama —les digo, despidiéndome con la mano.

Subo las escaleras mientras me quito el disfraz. En mi habitación me pongo el pijama y enciendo la luz de la mesita. Me tiro en la cama, contenta, satisfecha con la cena de hoy. Lo que necesitamos es dinerito, y cuanta más gente venga, mucho mejor.

Me meto entre las sábanas y me recorre un escalofrío. Levanto la mirada al techo, esperando que baje Lili, como casi todas las noches, a desearme dulces sueños y a taparme hasta las orejas con la sábana. Es un gesto muy bonito, y de verdad que resultaría agradable si no fuera porque me deja la cama congelada.

Hay noches que sueño que soy yo la protagonista de *Titanic*, la que está encima de la tabla de madera, diciéndole a Jack que despierte, que los botes han vuelto a por nosotros, mientras el resto de la tripulación flota con los ojos blancos y la cara azul en mitad del Atlántico. De verdad que lo paso fatal cuando consigo arrancarle el pito al muerto de al lado e intento hacerlo sonar para que me enfoquen con la linterna. Y me despierto a medianoche soplando con la cara llena de babas gritando: ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Pero no, su cabecita plateada no se asoma por el techo. Encojo los hombros y apago la luz de la mesita. Estiro las piernas y busco las zonas frías de la sábana con los pies. Es una manía que hago siempre, me relaja. Me coloco en posición fetal y cierro los ojos, pensando en las cosas que tengo que hacer mañana nada más levantarme, como recolocar las pistas, echar más leña en la chimenea, reponer las velas...

De repente, algo se mueve en la cama, tocándome una teta justo a mi lado. Me quedo muy quieta, sin respirar. ¿Una cucaracha? ¿Un ratón? No me atrevo a moverme, pero tampoco me quiero quedar dentro de la cama si hay algo

asqueroso y vivo dentro.

Me incorporo y enciendo la luz de la mesita. Retiro las sábanas, lista para dar un salto en cualquier momento. Por favor, que no sea una cucaracha, que me muero de asco. Me veo durmiendo en el sofá de la entrada.

Me fijo en cada pliegue de la suave tela, la tiro al suelo y la meneo, a ver si cae algo. Pero no hay nada. Miro bajo la cama esperando que un payaso me saque los ojos o me regale un globo, pero tampoco hay nada. Tan solo un tanga usado y el calcetín que se me había perdido.

Me froto los ojos con cansancio, porque estoy muerta de sueño. Habrán sido imaginaciones mías, pienso, estirando la sábana y el edredón. Vuelvo a meterme dentro y espero un poco antes de apagar la luz. Como no veo nada, estiro el brazo y llego hasta el interruptor, dejando la habitación en penumbra. Me quedo con los ojos abiertos observando con detenimiento el armario. Apenas veo, solo una tenue luz amarilla de la farola que se filtra por las rendijas de la persiana, casi bajada, me permite distinguir las puertas del armario pintado de rosa clarito.

El cansancio va invadiendo mi cuerpo y los párpados me van pesando. Me dejo envolver en el cálido abrazo del sopor, cuando otro movimiento a mi lado hace que abra los ojos de golpe. Durante unos segundos estoy ciega, tan solo veo puntitos blancos brillantes y, de repente, los rizos de la maldita muñeca de Lili se me meten en la boca.

Me intento incorporar, pero su pequeño cuerpo de algodón me lo impide. Los ojos le brillan con una luz roja que parece sacada del propio infierno, y sus manecitas de porcelana se tiran a mi cuello, estrujándolo sin piedad.

Forcejemos, me revuelvo como puedo, luchando por respirar, por dar una sola bocanada de aire que llegue hasta mis pulmones. Pero ella sigue apretando y apretando mi dolorida garganta, cerrando con fuerza las manitas.

Consigo ponerme de medio lado y, al ver que no soy capaz de soltarme, alejo una mano de mi cuello y pruebo a cogerla del pelo y tirar, a ver si así me suelta.

Los rizos se me enredan entre los dedos, y aunque tiro tan fuerte que parece que se le va salir la cabeza, las asquerosas manos brillantes no dejan de ejercer presión.

Me empiezo a marear. Debo llevar como dos minutos sin coger aire, y la cabeza empieza a palpitarme. Intento levantarme haciendo fuerza con las piernas, pero ella se revuelve sin aflojar lo más mínimo. Y de repente se empieza a reír. Pero no es la voz metálica y chillona que tenía cuando Lili

estaba dentro.

No. Es grave y profunda. Y por un segundo me olvido de que me está intentando asesinar y me la quedo mirando con el ceño fruncido.

—Insignificante mortal —dice con voz de hombre—. Deja de luchar y muere.

Lo que me faltaba. La muñeca ahora se piensa que es travesti.

Manoteo en busca de la lamparita que tengo en la mesita de noche. La base es de piedra. Recuerdo que cuando la compré sudé para llevarla hasta casa. Cierro los dedos alrededor de la base y con muchísimo esfuerzo consigo levantarla.

Doblo el brazo pensando que mañana no lo podré mover, y le pego una hostia a la puta muñeca que la mando de cabeza a los pies de la cama. Se le levanta el vestido y veo que Lili le ha puesto unas polainas de encaje. Le quedan divinas.

Doy una larga y profunda bocanada de aire y me toco el cuello con las manos temblorosas. Siento las marcas de sus deditos en la piel. No me da tiempo a procesar lo que está ocurriendo cuando se incorpora y meneas la cabeza, haciendo que los rizos bailen. Reprimo la dentera que me da ese pelo sintético y pega un salto hacia mi cuello de nuevo, con los brazos por delante. Hago la croqueta y ruedo hacia un lado, haciendo que ella se estampe contra el cabecero. Se queda boca abajo un momento, desmadejada. Pero entonces levanta la cabeza y me mira.

Me levanto y corro hacia la puerta. Por suerte el picaporte gira, así que atravieso el pasillo descalza y semi desnuda. Bajo las escaleras a tientas, porque tengo la horrorosa manía de apagar todas las luces y bajar las persianas de toda la casa.

—¡Lili! ¡Ricardo! —grito como puedo. Creo que me ha roto las cuerdas vocales—. ¡Lili! ¡Lili! —chillo casi sin sacar voz, pensando en lo bien que me vendría ahora mismo el silbato de Rose. Llego hasta la campanilla y la agito con fuerza.

Meneo el brazo haciendo sonar la campana, cuando alzo la vista y veo que la muñeca camina despacio, sin prisas, sabedora que estoy sola y a su *porcelánica* merced. Con sus piernas endeble de algodón y su vestido nuevo. Toco más la campana, pensando que si baja un solo escalón salgo a la calle desnuda, me da igual que las braguitas que llevo estén un poco rotas y roídas en la zona donde todas tenemos pelo.

De repente escucho a mi amiga fantasma gritar mi nombre, y la muñeca, sin

más, se desploma en el suelo. Ricardo y Lili atraviesan la pared y llegan a mi lado con expresión asustada. Me toco el pecho y me obligo a recuperar la respiración.

—Mi señora —dice Ricardo, con la cabeza dada la vuelta por completo.

Parece la niña del exorcista—. Tapaos, no deseo violar vuestra intimidad con mi impúdica mirada.

—¡Déjate de gilipolleces! —grito en estado de shock—. ¡La maldita muñeca ha intentado asesinarme!

Lili se acerca y me coge la mano, mano que retiro ante su gélido contacto.

—Alana, ¿qué quieres decir?

—¡Que la muñeca me ha intentado estrangular! —chillo, señalándola. Ambos elevan la vista hasta ella y Lili se acerca flotando para cogerla—. ¡No la toques!

¡Está viva!

—Eso lo dices porque siempre la has odiado. —Me mira mordiéndose el rosado labio inferior, desoyendo mi advertencia. La coge entre sus pálidas manos y la mece, peinándole los rizos—. Desde el primer momento en que la viste, has querido deshacerte de ella.

—¡Y una mierda! ¡La puta muñeca ha intentado matarme! ¡Me ha hablado!

¡Me ha dicho que iba a morir! —grito, tan nerviosa que siento que llevo el flequillo para arriba.

—Pero ella no haría eso —la defiende, colocándole el vestido nuevo—. No está viva, Alana. Tan solo es una muñeca. Ella es un objeto inanimado.

—¡Inanimado mis cojones! ¡Y de ella nada! ¡Es un tío!

—¿De quién es tío, mi señora? —pregunta Ricardo, sin mirarme, con los ojos cerrados.

—Es un hombre, tiene voz de hombre.

Lili se acerca con ella y yo retrocedo unos pasos. Coge a Ricardo de la mano y me sonrío.

—Has tenido una pesadilla, Alana. Tan solo ha sido eso —susurra con voz melosa—. Está entre mis brazos la mayor parte del tiempo, si fuera una asesina, lo sabría. Lo habría notado —dice tan tranquila. Cómo se nota que a ella no le ha intentado aplastar la tráquea.

Me acerco, mirando de reojo la cabeza de porcelana. Los ojos me miran.

Hasta parece que las comisuras de su diminuta boca se curvan un poco hacia arriba.

—Lili —digo, muy seria y preocupada. Espero que estar en ropa interior

no me reste credibilidad—. Nunca te he mentado... —Hace un gesto con los ojos y corro a corregirme—. Vale, te he mentado antes, pero ahora somos amigas. Te salvé la vida, o la muerte, o lo que sea. Y te juro por mi madre que esa muñeca me ha intentado matar.

—Es imposible. Siempre está conmigo. No me despego de ella. Es el último regalo que me hizo mi padre...

—La muñeca se tiene que largar. Esta misma noche —sentencio, sin ganas de discutir. Si no me quiere creer allá ella, pero la muñeca se va al cubo de basura o al fondo del mar como que me llamo Alana.

Espero que asienta, que diga que confía en mí. Pero lo que hace es tirar del brazo de Ricardo y huir escaleras arriba con la muñeca de las narices.

—De puta madre...

No hace falta decir que me paso la noche en vela con las luces encendidas y meciéndome hacia delante y hacia atrás sentada en la cama y abrazándome el cuerpo hasta que veo salir el sol, repitiendo una y otra vez como un mantra:

«Está viva».

«Es un travelo».

«Está viva».

«Es un travelo».

Capítulo cinco

En cuanto sale el sol consigo cerrar los ojos. Me quedo dormida en posición fetal, temblando, con un tic en el ojo y con los dientes doloridos de castañearlos toda la noche.

—¡Despierta! —grita Lili a mi lado, haciendo que me dé un vuelco el corazón. Creo que no llevaba ni cinco segundos dormida—. Tus amigas están abajo llamando a la puerta.

La miro, desquiciada, buscando entre sus brazos a la muñeca.

—No la he bajado. La voy a dejar siempre en el desván para que no moleste más.

—Qué considerada... —digo con ironía poniéndome una bata por encima. En cuanto la tenga cerca la meto en una bolsa de basura y la tiro al contenedor más alejado de casa. Que se ocupen otros de la muñeca poseída.

—Me gusta tu bata —dice, haciendo que la toca con sus frías manos. Le pego un manotazo a la tela que ya estaba flotando obviando su gélida mirada.

—Ni se te ocurra. Es nueva. Por cierto, ahora mismo no tengo tiempo, pero en cuanto lo tenga, tú yo vamos a tener una conversación sobre esa muñeca.

—Ya la tuvimos anoche —responde con su etérea voz, cruzándose de brazos.

—No, Lili. Me intentó asfixiar, y no voy a dejarlo estar porque sigue bajo este mismo techo. Y te aseguro que esta noche no estará.

Se acerca y pega su delicado rostro angelical al mío. Un escalofrío me recorre entera y empiezo a tiritar.

—Es mi posesión más preciada. No la tocarás.

Voy a contestarle que no pienso tocarla, solo descuartizarla y enterrar los restos donde nadie pueda encontrarlos, cuando mis amigas aporreean la puerta.

—Esto no va a quedar así —aclaro con un dedo levantado, saliendo de la habitación.

Bajo las escaleras despacio, con un dolor en la sien que me deja atontada, tocándome las marcas que me dejaron ayer esas manitas de porcelana.

En cuanto abro entran con un montón de bolsas montando un follón en la cocina. Me acerco ojerosa, pálida y con mal aliento mientras las observo trajinar sacando bandejas nuevas, patatas, cebollas, apio, especias... Voy

hasta la cafetera y me sirvo una taza de lo que quedó ayer. Me lo bebo de un trago, frío y sin azúcar. Lo necesito si voy a tener que lidiar con estas dos.

—Joder, Alana, menudo asco que das —se queja Nerea—. Ve a la ducha antes de que me deprimas con tu imagen.

—No he dormido nada en toda la noche —les explico, frotándome los ojos.

Me miro los dedos y los tengo manchados de negro por el rímel que no me quité.

—Pareces un mapache. Y te recuerdo que en una hora tenemos clientes —me avisa Lucía, enfundándose el pañuelo al cuello. No sé qué le ha dado con el pañuelo, pero es que no se lo quita ni para cagar.

Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos. Una hora. Para prepararlo todo. Las pistas, la comida, los disfraces, los fantasmas... Subo corriendo las escaleras y les llamo a filas. Bajan inmediatamente y les pido que hagan lo mismo que ayer por la noche. Ricardo me hace una reverencia como asentimiento y Lili ni se molesta en dirigirme la mirada. Me digo que lo primero es lo primero, empezando a esconder las pistas.

La comida termina y los clientes se van contentos, más aún porque han conseguido resolver el enigma.

Comemos en silencio, animadas y cansadas, y cuando estamos en la sobremesa Nerea se levanta como un resorte, diciendo que tenemos que volver a ponernos en marcha, que la siguiente reserva llega en menos de dos horas.

Como en una película antigua donde todo va a cámara rápida, limpiamos, recolocamos, metemos la cena en el horno, picoteamos canapés dándonos en la mano las unas a las otras, me tiro un pedo, vuelvo a encender la música, subo a pedirles a Lili y Ricardo que vuelvan a actuar... Acceden pero les noto un poco disconformes. Dos eventos al día resultan agotadores incluso para ellos.

Cuando suena el timbre, me pillan encendiendo las velas. Como sigamos así voy a tener que ir a comprar cada dos días. Eso, o atraco un almacén de cerumen humano.

Nerea abre con el candil y yo les espero en la antigua biblioteca, como siempre. Me tengo que tapar la boca cuando un bostezo me pilla con la guardia baja. Por suerte, aún no han entrado. Y en cuanto asoman las cabecitas por la puerta empiezo con la retahíla. Se me seca la boca y tengo que beber agua cada dos por tres. Las bromas y chascarrillos que repito me empiezan a resultar patéticos y forzados, aunque sus caras me dicen lo contrario, y cuando

se van a buscar las primeras pistas, me voy a la cocina a fumarme un cigarrillo.

—No puedo más, estoy agotada —murmuro, tomándome una copa de vino blanco muy rápido, antes de que vuelvan a bajar—. Dos al día es demasiado.

—Pues no nos queda nada... —suelta Nerea, con la cofia torcida y una gota de sudor deslizándose por su tersa piel—. Tenemos prácticamente completo, comidas y cenas, para todo el mes.

Las tres abrimos los ojos hasta la imposible y nos miramos.

—Nos vamos a forrar —dice Nerea.

—Nos vamos a morir —replica Lucía.

Me siento un segundo y se me pasa por la cabeza, como si me hubiera tocado el ángel de la inspiración con sus alas, que si vamos a este ritmo sin parar, al final pincharemos. Al final daremos un mal servicio. Iremos a lo cómodo. No hay más que mirarme ahora mismo, medio sentada en una banqueta con una copa y un cigarrillo consumido en mitad del juego.

—Tenemos que contratar a alguien —concluyo, apagando la colilla—. Si vamos a ir a este ritmo, necesitamos ayuda.

—Me parece buena idea —dice Lucía—. Yo no quiero estar sin librar ni un día, me niego.

—Vale, de acuerdo. Pero ganaremos menos —nos recuerda Nerea, con voz nasal y con un moquillo colgando.

Me encojo de hombros, dando a entender que el dinero no es lo más importante, y salgo al recibidor cuando los escucho bajar las escaleras. Toco la campanilla para dar el pie a Lili, que tiene que hacer que el fuego de la chimenea se eleve para después consumirse por completo.

En cuanto los clientes salen por la puerta tiro los zapatos a tomar por culo y me sirvo otra copa de vino. Nerea y Lucía me imitan, y las tres acabamos casi tumbadas en la alfombra donde antes estaba el sofá, fumando y bebiendo.

Cuando nos queremos dar cuenta son las tres de la mañana, y al pensar que mañana nos espera un día igual me resigno, porque es curioso, deseas algo con tanta fuerza que cuando ocurre, ya no te queda ilusión, la has gastado toda provocando que suceda.

Las chicas se van y me quedo sola en la cocina, con una copa vacía y una colilla entre los dedos. No quiero subir a mi habitación. No quiero volver a ver a la muñeca. Pero me recuerdo que soy una treintañera, y ella una muñeca rellena de algodón. Así que me meto en la cama y me obligo a cerrar los ojos.

Por suerte, me despierto renovada. Eso sí, he dormido con la luz

encendida y con el amasador de madera bajo la almohada, por si se le ocurría volver.

Son las nueve, y hasta la una no llegan los clientes. Abro la ventana y asomo la cabeza para respirar profundamente. El tema de la muñeca debe zanjarse hoy, porque es como si la sintiera en mi espalda a cada paso que doy.

Y cómo no, la cantinela de todos los días. El chico del micrófono con un grupo de unas veinte personas, acercándose hasta la verja y haciendo fotos de mi casa. Esto es el colmo. Todas las mañanas me recuerdo mentalmente ir al ayuntamiento para preguntar si pueden hacerlo, pero todos los días se me olvida.

—¡Dejad de sacar fotos! —grito desde la ventana. En respuesta siguen a lo suyo, pero me llevo más de una instantánea de mi cara demacrada y sin desmaquillar. Perfecto, ahora dirán que soy la nueva bruja de la propiedad, que me alimento de niños gordos y solo salgo a la calle para dar romero a los turistas —. ¡Es una propiedad privada!

Ni caso. Se hacen los guiris, pero a más de uno le he escuchado hablar en español.

Voy al baño y me doy una ducha relajante. Después llamo a mi madre, y me cuenta que ha vuelto al trabajo, que la casa de la abuela ya está habitable de nuevo y que vendrá a visitarme en unas semanas. Iría yo, pero con el gran número de reservas que tenemos, lo veo complicado.

Me maquillo discreta, ya que soy el ama de llaves. Me pruebo el relleno que compré hace unos días y que aún no he estrenado. Es como un mono blanco relleno de algodón para simular que estoy gorda, con una tripa enorme y una joroba. Me pongo delante del espejo haciendo que ando chepada. Y funciona.

Me pongo el disfraz encima y sonrío ante la imagen que me devuelve el espejo.

Queda muy bien. Ahora sí parezco un ama de llaves de verdad. Me pongo la peluca gris... y bingo. Soy el ama de llaves de la Casa Encantada.

Suena el timbre y, como sé que son mis amigas, bajo con estas pintas para darles una sorpresa. La sorpresa me la llevo yo cuando al abrir, un morenazo de metro ochenta aparece tras la puerta.

Mis manos se van inconscientemente a las tetas de algodón, que casi se juntan con la tripa.

—Buenos días —saluda, mirándome sin saber si esto es una coña. Se nota que no se quiere reír, pero se le escapa. Y menudos labios que tiene, mullidos,

carnosos, brillantes... Por Dios qué sonrisa. Y qué ojos, marrones, como el chocolate fundido—. He venido a la entrevista de trabajo.

—¿Entrevista?

Estoy en blanco, solo puedo mirarle, ya está. Comérmelo con los ojos enajena el resto de mis facultades mentales. Cuando me doy cuenta de dónde tengo las manos las bajo avergonzada. Él se ríe otra vez. Sí, todo esto es muy gracioso.

Cuando le saque los ojos a una rubia que yo me sé, me voy a descojonar también.

—Nerea me dijo que estuviera aquí a la nueve —me explica, cambiando el gesto—. ¿Es esta la dirección de la Casa Encantada?

Me saca la peluca de un tirón y me peino el flequillo con los dedos.

—Sí, perdona. Por favor, pasa —le invito, haciéndome a un lado. Joder, menudo culo.

Como aún no me he tomado mi muy necesario café, mis reflejos son lentos, y me pilla con las manos en la masa. El color sube a mis mejillas de golpe.

—Perdona —me disculpo de nuevo, deseando que me trague la tierra ahora mismo. Parece que a él no le importa, porque me sonrío tan abiertamente que creo que mis bragas se acaban de carbonizar por combustión espontánea—. Pasa a la cocina, ahora mismo vuelvo —tartamudeo nerviosa.

Como respuesta, una carcajada fresca y un guiño. Le veo sentarse en uno de los taburetes con gracia. Cruza las piernas y saca el móvil. Me pellizco la pierna y vuelvo a recuperar la capacidad motora. Subo las escaleras de dos en dos y me saca el disfraz echando espumarajos por la boca. La mato. A esta Nerea la mato.

Cojo el móvil y en dos tonos contesta.

—¡Estoy llegando, estoy justo en la esquina! El metro se ha parado y...

—¿Te has olvidado de avisarme de algo, maldita hija de Satán?

Se parte el culo al otro lado.

—Quería llegar yo antes que él para avisarte. ¡No me mates! ¡No empieces la entrevista sin mí! Quiero comprobar si de verdad es tan guapo como en las fotos que tiene subidas a Instagram.

Me siento en la cama y me llevo dos dedos a la sien.

—¿Por Instagram? ¿En serio?

—Es actor en paro. Y si no le fichamos nosotras, lo hará Hollywood —dice con la voz entrecortada—. Estoy en la puerta. Ábreme.

Me pongo el vestido más mono que tengo sin llegar a parecer una fulana, y

me enfundo unas botas primaverales. Aplico rímel a mis mustias pestañas y un poco de brillo de labios. El flequillo como siempre se rebela, pero lo domo con un poco de saliva. Sí, es asqueroso pero efectivo.

Bajo las escaleras intentando parecer segura y digna, sobre todo digna. Me mira y me sonríe desde la cocina. Tropiezo con la alfombra de la entrada y casi me dejo los dientes en la puerta. Por Dios, llévame pronto, y cuando digo pronto me refiero a ahora mismo.

Abro y le lanzo mi mejor mirada de asesina en serie. Ella se seca la nariz y me da un rápido beso en la mejilla, a modo de disculpa.

—No le he dicho nada a Lucía para que no se ponga en plan bollera reprimida —me susurra al oído.

—Estás para que te internen y tiren la llave —contesto, cerrando de un portazo.

Entra como un relámpago y se tira a darle dos besos. Eso es Nerea, muy profesional...

—Hugo, ¿verdad? —dice, pestañeando hasta la extenuación. Saca pecho y se lleva un dedo a los labios, en plan devora hombres.

—Sí, y tú eres Nerea —contesta relajado.

—Y yo soy Alana —me adelanto, tendiéndole la mano. Por lo visto voy a tener que ser yo la que se ponga un poco seria—. Dime, Hugo —empiezo a decir, sentándome a su lado—, ¿tienes experiencia en juegos de este tipo?

Se atraganta con su propia saliva y empieza a toser.

—¿Juegos?

—Sí, este tipo de cenas con juego —explico señalando a Nerea.

Se le ve un poco desorientado, y me giro hacia mi amiga levantando una ceja.

—Nerea me dijo que estabais buscando a un actor... Por eso he venido. No me van otro tipo de juegos.

Me lo quedo mirando unos segundos con el ceño fruncido, sin entender qué quiere decir. Después miro a Nerea y, porque la conozco casi desde que nació, sé que está tragándose una carcajada monumental.

—Esto es una empresa de juegos de misterio, pistas... ¿el Cluedo? ¿Te suena de algo?

En su cara empiezan a encajar las piezas del puzle. Y suspira visiblemente aliviado. Se pensaba que éramos un par de pervertidas que queríamos liarle para algo turbio y sucio, muy sucio. Para, Alana, que te desconcentras.

—Vale —asiente, pasando sus grandes y masculinas manos por las

piernas.

Da una palmada en la rodilla y clava sus ojos del color del chocolate en los míos —. Muy bien, perfecto. ¿Sueldo? ¿Condiciones? ¿Horario?

—Tendrás que ser autónomo, y Nerea te explicará, si pasas la entrevista, el sueldo y las condiciones. Lo que más me interesa es tu experiencia, porque aquí tendrás que hacer de todo. Servir la cena, interpretar tu papel, recoger cuando se hayan ido. De todo.

Y cierro los ojos cuando me doy cuenta de lo que mal que ha sonado lo último que he dicho.

—Por supuesto. He trabajado de camarero, por eso no hay problema.

Le sonrío, encandilada, y de repente siento un pinchazo en el corazón. Un vacío. La palabra traidora me viene a la cabeza y tengo que levantarme a por un café. Les ofrezco a ellos, que aceptan con un «por favor». Bueno, Nerea con un «ahora mismo», pero se lo dejo pasar porque ha hecho un fichaje estrella.

Aunque sea por la cantidad de reservas de grupos de chicas que nos aseguramos con él. Sí, es sexista, pero es la verdad.

—Perfecto entonces —digo, tendiéndole su taza—. Si quieres puedes empezar mañana. Harás una prueba, y si estás conforme, y nosotras también, esperamos contar contigo.

Da un sorbo contenido y me sonrío. Se le marcan hoyuelos, por favor.

¡Hoyuelos! Me dan ganas de tocarle para ver si es de verdad y no un holograma.

Cuando se levanta para despedirse lucho porque mis ojos no vayan directos a su paquete. Demasiado tarde. Lo he visto. Y la imagen se ha quedado grabada a fuego en mi mente. Lo sigo viendo aunque ahora mismo le estoy mirando a la cara. Tengo que parpadear para alejar ese bulto de mis ojos.

—Te quedarás, ya lo verás —afirma Nerea, tocándose el pelo con gracia. Le pienso afeitarse la cabeza en cuanto se despiste—. Somos muy majas, y te lo vas a pasar muy bien con nosotras. Mañana a las ocho. No faltes.

Carraspeo, porque se está pasando. Menuda golfa está hecha. Le empujo un poco al pasar y le doy dos besos, despidiéndome.

Sale por la puerta con una sonrisa y las dos nos miramos desafiantes, listas para atacar.

—Es mío, perra desalmada —empieza Nerea secándose la nariz con un pañuelo—. Me lo merezco, llevo varias semanas más casta que una monja por

culpa de la alergia.

—Las monjas mojan más que yo —aclaro terminándome el café. Me enciendo un cigarrillo y le tiro el humo a la cara. Tose y se queja—. Has cometido un gran error, y lo sabes —digo sonriendo.

—¿Por? —pregunta abriendo los ojos.

—Porque si es nuestro compañero... no podemos hacer nada con él. Y nada es nada. Ni violarle en el baño, ni tirarte a su cuello a la menor oportunidad.

Me saca la lengua y se mete un chicle en la boca.

—Lo que haga fuera de mi horario laboral no te incumbe en lo más mínimo —avisa, cruzándose de piernas.

Y entonces me empiezo a descojonar. Si ella lo quiere, será para ella, no hay más discusión. Siempre ha sido así. Si le pone el ojo a un chico, ya puedo desnudarme delante suyo con un cartel señalándome las tetas que él solo tendrá ojos para ella. Así que paso de pelear, porque no tiene sentido hacerlo si sé que voy a perder de antemano. Además, más allá de todo eso, algo dentro de mi cabeza me dice que estoy haciendo mal, muy mal, fijándome en él. Es como cuando tenía novio y miraba a otro. La misma incómoda sensación. Como si estuviera engañando a alguien.

Compruebo la hora y pienso que deberíamos ponernos a preparar la comida.

—¿A qué hora vienen el resto de los candidatos? —pregunto, pensando si nos dará tiempo a más entrevistas.

—¿Candidatos? Él es el único. No pensaba crear competencia desleal con un tío así —dice, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Vamos, por favor! ¿En qué mundo vives?

—En uno donde no eres bien recibida.

Subo a disfrazarme de la gorda y vieja ama de llaves y empezamos a trabajar.

Lucía llega justa, pero llega. Ninguna dice nada del chico. Esperamos que mañana se lo encuentre, así en frío, para que no disponga de tiempo para reaccionar.

Me despido de mis amigas cuando hemos terminado de recoger, y ya sola, subo a mi habitación, exhausta, agarrándome a la barandilla y tirando de mi cuerpo, sin ganas de mover ni un solo músculo. Enciendo la luz y pego un salto, porque la condenada muñeca está sentada en la cama, inerte, pero con la cabeza girada, mirándome en un ángulo extraño.

Doy un paso atrás despacio, sin quitarle la vista de encima. No da señales de vida, así que doy otro más. Ya en el pasillo me apoyo en la pared y empiezo a gritar.

—¡Lili! ¡Lili!

Tarda menos de dos segundos en deslizarse por el techo desde el desván.

—Si hay otro evento de madrugada me niego a participar —dice, antes de que pueda abrir la boca—. No es divertido si es una obligación.

—¿Qué hace la puta muñeca en mi cama? —pregunto, al borde de un ataque de nervios—. No tiene gracia. Si la has dejado ahí para gastarme una broma pesada...

—¿Sofía? —pregunta, abriendo sus increíbles ojos grises.

—¿Quién coño es Sofía?

—Mi muñeca. Se llama Sofía.

—Debería llamarse Manolo.

Vuela hasta la puerta y entra, dejando una estela polar a su paso. La sigo de cerca, con miedo. La coge entre sus brazos y me mira con el ceño fruncido.

—Yo no la he dejado aquí, Alana —asegura muy seria—. Como has dicho, no tiene gracia. Si has subido a buscarla y has montado todo esto para inculparla porque quieres deshacerte de ella...

—Lili, te juro por mi madre que yo no la he puesto aquí.

—Si no hemos sido nosotras... Ricardo tampoco ha sido, no me he separado de su lado en todo el día.

—No hace falta que lo jures, sois unos pesados.

—Bueno, pues si no me necesitas para nada más —empieza a decir andando por las paredes—, me voy con mi prometido. Por cierto, debemos empezar a hablar sobre los preparativos para la boda. La fecha se acerca y necesitamos a un sacerdote. Y un vestido.

—Lili...

Se queda con los pies en el techo, boca abajo.

—La muñeca se tiene que ir.

Capítulo seis

Un vistazo a las marcas que tengo en el cuello me recuerdan que un asesino anda suelto con polainas de encaje y con menos de treinta centímetros de altura.

Me paseo por la tienda de bricolaje pensando que es el lugar idóneo para comprar lo necesario si quieres secuestrar a alguien. Bridas, cinta adhesiva, clavos por si se niega a hablar... Me paro en mitad de un pasillo cortando el paso de un viejo barrigón, que me empuja con la tripa mientras se queja ostensiblemente.

Alana, deja de pensar en cosas macabras, por favor.

Encuentro la zona de jaulas para animales. Un dependiente muy feo se acerca de inmediato.

—¿Necesita ayuda?

—En realidad, sí. Me gustaría comprar una jaula. La más resistente que tengan, por favor —pido, mirándolas todas, decidiendo cuál será la más idónea.

—¿Pretende ir de caza? ¿O es para una mascota?

—De caza. Y no quiero que se escape cuando la meta dentro.

—¿Conejos? ¿Perdices?

—Una muñeca.

Frunce el ceño y se acerca un poco más, como si no me hubiera escuchado bien.

—¿Disculpe?

—Quiero cazar una muñeca, y la cabrona es fuerte. Más que usted. Tengo que meterla en la jaula más resistente y a prueba de muñecas diabólicas que tenga por aquí —respondo, ajustándome el bolso en el hombro.

Me mira, seguramente intentando discernir si estoy burlándome de él o si estoy borracha.

—Es para mi hurón —miento, pensando que, si sigo diciendo la verdad, llaman al psiquiátrico más cercano—. Me lo llevo de viaje, y es muy bruto.

Rompe todas las jaulas.

Sonríe y me acompaña a otro pasillo. Uno con jaulas más pequeñas, de apariencia más endeble. Coge una de un estante y me la tiende.

—Esta servirá.

No la cojo. Me cruzo de brazos y empiezo a enfadarme.

—Mi hermano le da al hurón proteínas para desayunar. Y esteroides. Y le cicla. Le pincha en el lomo. Es como Hulk versión rata alargada.

Me vuelve a mirar con cara de pocos amigos. Se está empezando a enfadar.

—Dame la jaula más resistente que tengas y punto. Y no preguntes. También necesito un candado.

—¿Una pistola por si se escapa? —me pregunta, vacilándome.

—Si las vendieras te aseguro que me compraba una —respondo, perdiendo la paciencia.

Me lleva al fondo del pasillo y me señala la jaula de las jaulas. Los barrotes más gruesos que mis brazos y, por suerte, hay varios tamaños. Escojo el más pequeño, porque, total, no le pienso dar comodidades tales como espacio para saltar. Al cogerla, el brazo me falla. Es pesada. Le miro y se encoje de hombros.

Pero nada de prestar ayuda.

—Muchas gracias.

—A ti —responde, alejándose por el pasillo—. Si consigues cazar a la muñeca me lo dices.

—Haré algo mejor —grito para que me escuche—. Te la dejaré como regalo en tu cama, a ver si te hace gracia.

Arrastro como puedo la jaula hasta la caja y pago más de cien euros por ella.

No me importa. Es una buena inversión.

Pido un taxi nada más salir que me deja en la puerta de casa. Y desde allí sigo tirando de ella por el suelo hasta entrar en el recibidor. Tengo la frente perlada de sudor, y los brazos me tiemblan del esfuerzo. Solo me queda media hora antes de que mis amigas vengan a preparar el siguiente evento.

Lili no tarda en aparecer seguida de Ricardo. Con la muñeca en brazos, cómo no. Y eso que había prometido no volver a bajarla.

—¿Para qué es eso? —pregunta ella, flotando a mi alrededor.

—Para la muñeca. Métela aquí dentro —ordeno, con un tono que no admite réplicas.

Arruga sus labios y entrecierra los ojos.

—No.

Me la quedo mirando un segundo, retándonos en silencio. Ricardo va a

intervenir cuando le paro con una mano. Esto es cosa nuestra, marinero...

—Métela ahora mismo —repito, enfadada. Es que esto es el colmo. Prefiere a una muñeca de mierda a mi integridad física. Que sí, que se la regaló su padre, pero es que está poseída, joder.

La abraza y protege entre sus pálidos brazos.

—A Sofía no, cualquier cosa menos ella —dice, haciendo pucheros.

Y con tanta rabia que creo que hasta veo todo con unas gafas de color rojo, me acerco y le arranco la muñeca de las manos. Con una agilidad y rapidez que me sorprenden hasta a mí, la meto de una patada en la jaula antes de que Lili pueda recuperarla. Pongo el candado y lo cierro, girando la ruedecita con los números.

A mis espaldas Lili está gritando cosas inconexas y, cuando la dejo intentar abrir el candado, se da la vuelta y pega su fría nariz a la mía.

—La combinación —masculla, enfadada.

—El día que me quitaron las cuatro muelas del juicio —respondo bravucona.

—Si quiero puedo forzar los barrotes, y lo sabes —ataca con los ojos convertidos en dos finas líneas.

—Entonces sabré que has sido tú. Y tendrás que salir de esta casa, porque serás cómplice de asesinato. Que no se te olvide que la dueña soy yo.

—Esta casa es tanto tuya como de Ricardo y mía —dice, imitándome.

Ricardo se mantiene al margen, tal y como le he pedido, pero muy inteligentemente por su parte, rodea a Lili con los brazos y se la intenta llevar volando al segundo piso diciéndole al oído palabras tranquilizadoras, pero se suelta y vuelve con ganas de discutir.

—¡No tienes derecho a encerrarla! ¡Es mía!

—Intentó matarme —explico con la voz contenida—. Lili, mírame a los ojos y escúchame. Es peligrosa. No sé lo que le ha pasado, y te juro que lo vamos a averiguar, pero algo dentro de ella intenta aniquilarme. Te lo juro. Te lo juro.

Se muerde el labio inferior y se pone a llorar.

—Fue mi única compañía durante años...

—Ahora nos tienes a nosotros —aseguro, tocándole la mano aun a sabiendas de que se me va a congelar.

—De acuerdo, Alana. Confío en ti. Pero no le hagas daño, solo es una muñeca —dice, mirándome con cara de asco—. Tranquila, Sofía, aprovecha para descansar ahí dentro hasta que todo esto se resuelva y Alana reconozca

que está sufriendo alucinaciones.

Pongo los brazos en jarras, los ojos en blanco, y me paseo alrededor de la jaula sin saber qué hacer en realidad con ella. Me sabe mal haber dicho eso a Lili, porque esta era su casa antes de ser mía, al igual que Ricardo, pero debe creerme cuando le digo que esta cosa con rizos y voz de hombre me ha intentado matar. Y lo volverá a hacer si no hago algo para evitarlo.

Compruebo la hora en el móvil y veo que ya no tengo tiempo de llevármela al océano para tirarla al mar, cerca de África, a ser posible. Mis amigas van a llegar de un momento a otro, así que arrastro la jaula hasta el armario empotrado que hay al lado de las escaleras y la dejo entre mis abrigo y bufandas. Pongo una mantita encima para que no se vea, por si a alguien le da por cotillear.

—No intentes escapar —digo al bulto justo cuando suena el timbre.

Abro y suspiro, porque es hora de trabajar.

Y pasan las horas, comprobando cada poco que la muñeca sigue justo donde la dejé, dan las ocho de la tarde y vuelve a sonar el timbre. Nerea y yo nos miramos nerviosas, mientras que Lucía está preparando los entrantes para el siguiente grupo.

—En serio, me voy a tener que empezar a emborrachar si queréis que me tire un mes entero así —se queja, comprobando con una cuchara de madera la salsa de queso azul—. Por cierto, ¿quién llama a estas horas? La siguiente reserva la tenemos a las nueve.

Levantamos el culo del taburete y nos empujamos para llegar a la puerta.

—¡Largo! —grita Nerea, empujándome.

—¡Es mi puerta! ¡La abro yo! —respondo, dándome por vencida cuando veo el escote de Nerea.

Pongo las manos en alto en señal de rendición y se aleja dando saltitos patéticos. Estornuda un par de veces y abre prácticamente frotándose con el marco.

—¿Qué os pasa? —me pregunta Lucía, ajustándose el pañuelo. Me recuerda a las Mamachicho.

—Es el nuevo fichaje —explico, sirviéndome agua en un vaso—. Si nos gusta se queda. Y sé objetiva, que te conozco —aviso, dándole un buen trago.

Lucía me mira con cara de no entender nada, pero en cuanto Hugo entra en la cocina su mirada cambia, entendiéndolo de golpe todo este circo.

—Ya veo... —dice, sonriéndole, cuando el chico se acerca para saludar. Se dan dos besos y me sorprende rodeando la mesa de madera para darme dos

besos también a mí.

Me tengo que poner de puntillas para que no note lo bajita que soy. Al acercarme a su cuello cojo aire para aspirar su masculino olor. Joder. No se puede estar más bueno.

—No hace falta que te estires tanto —dice con esa sonrisa de infarto—. Ya me agacho yo. ¿Cómo te llamabas?

—Alana —respondo en un suspiro.

—Alana, es cierto. Qué nombre más bonito. No lo había oído nunca, es original.

Qué educado y cortés. Es el típico tío que le gustaría a mi madre. Bien vestido, peinado...

—Tu disfraz —dice Nerea, metiéndose literalmente entre los dos. Le pasa una bolsa y le coge del brazo, alejándole—. Puedes subir al baño de la primera planta. Es al final del pasillo a la izquierda.

Nos da las gracias y se aleja. Y dos de nosotras nos quedamos babeando ante la imagen de esa espalda tan bien torneada.

—No te pases ni un pelo —me avisa Nerea con un dedo levantado y los ojos más rojos que el culo de un mono—. Es mío, me lo pedí primero.

Porque la quiero, que si no utilizaba su cara de sartén para freír unos huevos.

—Que sí, pesada, que es tuyo. Pero tendré que hablarle, ¿no? Vamos a trabajar juntos.

Arruga la frente y unas pequeñas marcas de expresión afloran en su rostro, justo alrededor de sus inmensos ojos.

—Ya no me parece tan buena idea eso de que trabaje aquí. Vienen muchas chicas, muchas... jovencitas calienta braguetas —comenta, pensativa, echándose colirio—. Como ya tengo su teléfono, podríamos decirle que no vale para el puesto.

—¿Y si es gay? ¿No lo habéis pensado? —pregunta Lucía. Ella siempre tan positiva.

Nos callamos porque le escuchamos bajar por las escaleras. Aparece radiante con su disfraz de mayordomo. Se me ocurren muchas cosas que hacer con esa pajarita... Y otra vez esa punzada en la conciencia, gritándome que no, que no es para mí. La imagen del chico de la terraza me asalta de repente, dejándome paralizada. ¿Por qué pienso en él? ¿Por qué ayer soñé con sus ojos, con sus manos? ¿Por qué cada vez que pongo la lavadora y huelo el suavizante me entra como morriña?

—Estás perfecto, Hugo. Perfecto —dice Nerea, agarrándole otra vez del brazo—. Ven, que te enseñe la casa y lo que tienes que hacer.

Aprovecho para subir a mi habitación y llamar a Lili y Ricardo. Bajan despacio, dejándose caer desde el techo como si estuvieran colgados por una cuerda.

—Estamos cansados —avisa Lili, haciendo que se sienta en la cama. Cruza sus delgadas piernas y se pone a jugar con sus mechones plateados—. No nos queda tiempo para preparar la boda. Y te recuerdo que tienes que buscar a un sacerdote.

Me pellizco el puente de la nariz con frustración.

—Ya te traje a la muñeca. No pienso ir en plan «cazacuras» por la ciudad.

—Mi gran señora —dice Ricardo con otra inclinación de cabeza—. Hemos visto que un hombre ha entrado en el baño y se ha cambiado de ropa. ¿Quién es?

—Es nuestro nuevo compañero. Nos ayudará con los turnos, porque es demasiado trabajo.

—¿Y cuándo vas a traer a otro fantasma para que nos ayude a nosotros? —pregunta Lili, con ironía—. O nos quitas funciones o me niego a trabajar. ¡Es indignante! Una señorita de mi cuna jamás debería mancharse las manos trabajando. ¡Como si fuera una esclava!

—¡Pero si empezaste tú solita sin que nadie te lo pidiera!

—Eso era porque quería asustarte para que te fueras de la casa, no porque quisiera trabajar —aclara, remilgada—. Hasta que no me prometas que vas a buscar a un sacerdote no colaboro. No habrá fuego, no habrá mensajes en el espejo. Ni ventanas que se abren de golpe, ni cajitas de música, ni...

—¡Lo he entendido a la primera!

Joder, los necesito. Esta empresa es una mierda si ellos no hacen todo lo que hacen. La gente viene porque quiere ver las cosas extrañas que pasan.

—Vale, de acuerdo.

—¿Nos das tu palabra de honor?

—Sí, os doy mi palabra de honor, si es que lo tengo —digo con una mano en el pecho—. Y ahora, al trabajo. Los invitados llegarán en poco tiempo.

Me estoy dando la vuelta para empezar a preparar el juego cuando Lili me llama.

—Alana, ese chico...

—¿Sí?

—Es muy apuesto —dice, como si fuera algo malo.

—Sí.

—¡Mi ocaso eterno! ¿Cómo puedes mancillar nuestro amor con semejante declaración? —salta Ricardo, súper ofendido—. ¿Es acaso ese mortal más apuesto que yo, que abordaría mil naves para poder contemplar tu bello rostro a la luz de la luna? —continúa, arrodillándose a sus pies—. Aunque tan solo fuera por un efímero momento...

—¡Basta ya! —le corto con arcadas. De verdad que no tiene límites. Es tan pasteloso que me sube el azúcar solo de escucharle.

—Alana, ese chico apuesto... ¿Te sientes atraída por él? —pregunta Lili, pasando de Ricardo. Yo creo que le empieza a agobiar un poco con tanta zalamería.

Me encojo de hombros, porque obviamente sí, pero no entiendo a qué viene esa pregunta.

—Él es más guapo.

¿Quién es «él»?

Voy a preguntarles qué coño está pasando, porque no me pasan desapercibidas las miraditas de advertencia que le empieza a lanzar Ricardo, cuando llaman a la puerta. Ambos se esfuman en un abrir y cerrar de ojos, y yo me quedo con cara de gilipollas, porque Nerea abre la puerta sin esperar a que yo le dé permiso.

—Esta es la habitación de Alana. Vive aquí sola —le está explicando Nerea sin soltarse de su brazo—. Pero tiene muchos amigos... —añade de inmediato.

Hugo asiente y me sonrío solo con los ojos. Se deja guiar por mi amiga, que inmediatamente después le lleva a las habitaciones destinadas al juego.

Cuando me quiero dar cuenta ya tenemos a los invitados en casa. En la biblioteca sin libros me apoyo en una silla esperando a que entren. Lili tiene razón, no es divertido si es una obligación. Le quita toda la gracia.

Es un grupo de féminas de nuestra misma edad. Y a medida que van entrando en la estancia, no puedo evitar fijarme en las miraditas que se echan cuando Hugo aparece con bandejas o con bebidas. Es muy mono, es normal que se lo coman con los ojos.

Carraspeo y empezamos el espectáculo. Cuando suben al primer piso para buscar pistas huyo a la cocina a por una copa de vino.

«Como siga así me vuelvo alcohólica», pienso, abriendo la puerta. Veo a Hugo emplatando los segundos, solo, sin Lucía como ayuda.

—¿Dónde están las chicas? —pregunto, tirando del relleno hacia arriba

para poder sentarme en el taburete.

—Han ido a sacar la basura. Decían que se estaba acumulando.

Se mancha un dedo con la salsa de queso y se lo chupa. Pero no en plan sensual, sino rápido y natural. Aprieto las piernas y me ruborizo. Hace demasiado tiempo que no me chupan así.

—¿Te está gustando? —le pregunto, secándome el sudor de la frente. Hace un momento el fuego de la chimenea ha crecido tanto que por un momento pensé que nos comía a todos. Ha sido Lili, como venganza por tratarla como una esclava.

—¿El qué? —suelta, incorporándose de golpe y apoyando las manos en la encimera de madera.

—El trabajo —respondo, confusa. ¿Qué le iba a preguntar si no?

Relaja los hombros y hace un gesto con ellos, como de indiferencia.

—En realidad es un trabajo de camarero, no hay nada que se parezca a actuar.

Excepto por el momento cuando recojo los abrigos y les doy la bienvenida y...

Sí, es el único momento.

Me muerdo el labio sin saber qué decir. Me quito un segundo la peluca y me rasco la cabeza. Esta noche la tiro. Parece que tengo piojos.

—Pero sí, me está gustando. —Y por el tono en el que lo dice pienso que se refiere a algo más. Se queda mirando mis labios demasiado tiempo, más de lo socialmente aceptable—. ¿Te han dicho alguna vez que te pareces a un dibujo de cómic? —Frunzo el ceño y gesticula para hacerse entender—. Manga. Esos dibujos manga de chicas con los ojos gigantes, nariz pequeña, labios jugosos y brillantes.

—No, nunca me lo habían dicho —respondo, avergonzada. ¿Qué quiere decir?

¿Que mis facciones no son equilibradas? ¿Que parezco sacada de un cómic? No sé si tomármelo como un cumplido o mandarle a la mierda—. Espero que no me estés diciendo que estoy tan plana que parece que estoy dibujada en un papel.

Se empieza a reír y yo sonrío.

—No, nada de eso. Ahora mismo eres de todo menos plana —dice, señalando mis gigantescas tetas de relleno.

—Ah, esto. Sí —bromeo, cogiéndomelas con ambas manos—. Me las estoy dejando largas.

Se ríe y se rasca un momento el mentón.

—Por cierto, con respecto al trabajo... —Me preparo para escuchar que no le interesa, que es una especie de pantomima que no va con él—. Quiero trabajar.

Necesito el dinero, y los extra como actor son difíciles de conseguir ahora mismo.

—Genial —celebro con una sonrisa de oreja a oreja—. Pues entonces mañana trabajas todo el día y Nerea libra. Dice que tiene hora en la peluquería.

De repente un grito en el piso de arriba me levanta del taburete. Hugo hace ademán de ir, pero le hago un gesto con la mano y le digo que ya voy yo. Me cruzo en la entrada con Nerea y Lucía, me saludan con la cabeza y siguen a lo suyo, parloteando como cotorras.

Llego hasta el segundo piso y una de las chicas me sujeta con fuerza del brazo. Está sola, las demás siguen buscando pistas en una de las habitaciones.

—¡Una muñeca! ¡Una muñeca ha intentado pegarme! —me grita a diez centímetros de la cara. Me escupe y todo de lo nerviosa que está.

Me seco con disimulo la baba de la mejilla y sonrío, intentando que no se me note que me están temblando las piernas.

—Son... son los efectos especiales, no te preocupes.

—¿Efectos especiales? ¿Es que va a pilas? —pregunta, sin fiarse del todo.

—No, con batería. Es más moderna. Como un robot —añado, para ver si así se tranquiliza.

—Vale, pero me quiero ir. Esta casa me da miedo. Yo creo que lo que decían en Cuarto Milenio era verdad —dice con verdadero terror. De hecho se le empiezan a humedecer los ojos.

—¡Está bien! ¡Todo el mundo abajo! ¡Vamos a servir el segundo plato! —grito, cogiéndola del brazo y bajando las escaleras con ella—. Nada de lo que dijeron es verdad. ¿Te puedo contar un secreto? —Ella asiente, nerviosa, sin saber si salir corriendo ya o esperar a las demás. Conozco esa sensación—. Pagué al programa para que dijeran todas esas cosas. Es marketing.

—Vale, pero me quiero ir —vuelve a repetir. En cuanto bajamos coge su abrigo y su bolso del perchero sin que pueda hacer nada para impedirselo—. Dile a mis amigas que me he ido, y que ellas también deberían marcharse ya.

Y desaparece por la puerta de entrada como en una exhalación. Miro hacia arriba y me empiezo a preocupar. Voy hasta el armario y, en cuanto abro la puerta, me llevo las manos a la boca. La mantita a un lado, la jaula rota, con

los barrotos forzados. La muñeca se ha escapado. Está arriba, intentado matar a las clientas.

Toco la campana y empiezo a gritar.

—¡Bajad todas ahora mismo! ¡El segundo plato está en la mesa! —grito, esperando que me hayan escuchado—. ¡Pasamanos! ¡Pasamanos! —suelto a pleno pulmón para que Lili y Ricardo sepan que algo va mal.

Como en un torbellino, aparecen contentas y animadas. Como niñas buenas me obedecen, y en cuanto las tengo a todas sentadas en la mesa, les informo de que su amiga se encontraba indispuesta y se ha ido. No parece que les importe mucho, porque tampoco hacen amago de irse también. ¡Mierda! Tenía la esperanza de que abandonaran el juego para poder encontrar a la muñeca y mandarla al infierno.

Nerea y Hugo entran con los platos, así que aprovecho para escabullirme y localizar al enemigo de rizos dorados. Subo y voy directa a mi habitación, prácticamente corriendo con un ojo en mi espalda.

—¡Lili! ¡Ricardo! ¡Soy yo!

Atraviesan la pared cogidos de la mano. Muy serios. Demasiado para Ricardo, que siempre está alegre y enérgico.

—La hemos visto en acción —susurra Lili, con esa voz a medio paso entre este mundo y el siguiente—. Ha intentado atacar a una chica. Ricardo se lo ha impedido.

Debe ser la chica que se ha ido medio llorando. Dios, no quiero ver los comentarios mañana.

—Lo único bueno es que ya me creéis.

Se miran entre ellos y veo que esto pinta peor de lo que me pensaba.

—¿Dónde está ahora? —pregunto, pensando que puede estar en cualquier lugar, lista para atacar.

Trago saliva, porque les veo preocupados de verdad. Y si ellos, que ya están muertos, están preocupados...

—Dispara. Suéltalo ya, que seguimos con las invitadas abajo y tendré que volver en cualquier momento.

—No lo sabemos —dice al fin Lili—. Se nos ha escapado. Está en el desván, escondida en algún lugar de ahí arriba —explica, señalando el techo.

Capítulo siete

—Subid ahora mismo al desván y haced guardia en la trampilla para que no vuelva a bajar —les ordeno, con una taquicardia que me retumba en los oídos—. En cuanto todo el mundo se haya ido, iré a buscaros y os ayudaré con ella.

Ricardo se inclina con elegancia y coge a Lili de la traslúcida mano.

—Por mi muerte eterna os juro que ese engendro no escapará.

Bajo las escaleras de dos en dos y me reúno con las invitadas en la biblioteca.

Están empezando con el segundo plato, y no tengo intención de que vuelvan a subir a buscar más pistas. Lo siento por ellas, porque tendrán media hora menos de actividad, pero si supieran lo que se esconde entre los muros de esta casa, me lo agradecerían.

En cuanto la última de las invitadas sale por la puerta me voy a la cocina y les digo que no recojan, que se pueden ir ya.

—Pero si esto está hecho un desastre —dice Lucía, fregando una sartén.

—Ha sido un día largo. Mañana limpiamos.

Lucía y Hugo prometen llegar mañana un rato antes para ayudarme con todo.

Les despido en la puerta con la mejor de mis sonrisas falsas y cierro la puerta despacio, mirando al techo, pensando dónde se habrá metido.

Me quito el disfraz mientras subo las escaleras, y entro en mi habitación un momento para ponerme el pijama. Sí, no parece la vestimenta idónea para ir de caza, pero es lo que más holgado me queda, por si tengo que hacer malabarismos o abrirme de piernas en mitad de un salto mortal.

Llego hasta la trampilla y la bajo despacio, enfocando al techo con la linterna.

Me tiemblan las manos, me sudan y siento escalofríos. Subo con la linterna sujeta por los dientes, intentando controlar los frenéticos latidos de mi corazón.

El maldito desván. Debería tapiarlo.

Pongo un pie dentro y enfoco con rapidez a todos los lados. Me abrazo porque hace un frío que pela. Claro, con dos fantasmas haciéndose todo el día

arrumacos aquí encerrados, me extraña que no haya estalactitas colgando de las vigas de madera.

—Lili —susurro muy bajito—. Ricardo ¿Dónde estáis?

No subía desde la última vez que Lili me atacó. Y no conservo buenos recuerdos de esa noche. Me asalta la imagen de la oscuridad engulléndole las piernas y empiezo a castañear los dientes.

—Lili —repito, chocando con un libro roto. Le pego una patada con el pie cuando una rata se me cruza entre las piernas. Pego un grito que me deja la garganta dolorida. Y dos segundos después tengo a mis amigos fantasmas a mi lado.

—¿Mi señora? ¿La ha encontrado?

—No, Ricardo, era una rata.

—La llamamos Rati, es nuestra amiga —dice Lili, quitándole importancia.

—Pues voy a llamar a un amigo que se llama «Mata ratis» —comento, quitándome el sudor de la frente. Tengo el flequillo pegado. Me miro las manos.

Parece que tengo Parkinson.

De repente un ruido a nuestra izquierda nos hace girar la cabeza, y vemos a la muñeca saltando como un ninja directa a mi yugular.

—¡Ahhhh! —grito, desviándola en pleno vuelo de un puñetazo a la tripa de algodón.

Se queda con la cabeza incrustada en el suelo, moviendo las patitas hacia delante y hacia atrás para levantarse de nuevo. Ricardo se acerca por detrás, pero cuando le está poniendo las manos encima, ella se revuelve, gruñendo como un perro rabioso y se desliza debajo de una cómoda rota.

—¡Que no escape! —grito, enfocándola con la linterna.

Lili señala la cómoda y el mueble empieza a moverse, corriéndose para un lado. Vemos un culo redondo con las enaguas de encaje y cómo se intenta esconder más, haciendo fuerza con sus piernecitas endebles.

—Deja de mover el mueble y muévela a ella —sugiero a Lili.

—Lo he intentado y no puedo —dice, concentrada. Al final la cómoda sale despedida a un lado arrastrando a la muñeca también.

Me lanzo a por ella y la sujeto por el cuerpo. Se me escurre, es como una serpiente.

—Ven aquí... —maldigo, sudando a mares, dejándome las uñas en su tela de florecitas—. Maldita sea, no te escapes.

Consigo que saque la cabeza y se me vuelve a tirar encima. Es como si

pesara más de cien kilos de repente. En vez de ir a por mi cuello, acerca peligrosamente sus manitas de porcelana a mi rostro.

—Te sacaré los ojos, desgraciada mortal —dice el travelo con voz ronca y muy grave.

Me aprieta los párpados y de verdad que por un segundo pienso que me va a sacar los ojos y me los va a dejar colgando. Menos mal que Ricardo se acerca con una bolsa de arpillera y la mete dentro. Se revuelve, empieza a gritar. Le hace un nudo y la deja en el suelo.

—Siéntese encima para que no se mueva, mi gran salvadora —me pide, nervioso.

Lo hago, y de repente siento que me pinchan en el culo. Doy saltitos para que no acierte y pille carne mientras sujeto con fuerza el nudo.

—Hay que bajarla, aquí no se ve nada.

Entre Lili y Ricardo llevan la bolsa flotando. Vamos a mi habitación y preparo la sala de interrogatorios.

Una silla, mucha cuerda, la lámpara de la mesita, un cuchillo por si la cosa se pone fea...

Con mucho, mucho miedo, deshago el nudo dejándome las uñas en el intento e introduzco la mano dentro con los ojos cerrados, como si la estuviera metiendo en una jaula llena de serpientes venenosas, alacranes y tarántulas. Atrapo un pie y tiro.

Forcejeo ridículamente con ella. Yo empujándola con todas mis fuerzas en la silla para poder inmovilizarla y ella revolviéndose hasta el punto que parece que está echando espumarajos por la boca. Los rizos moviéndose como si estuviéramos en un concierto de rock.

—Joder —me quejo, sin respiración—. Esta muñeca está poseída por Marilyn Manson.

Lili y Ricardo me ayudan, y entre los tres conseguimos que se quede sentada y quietecita. Le paso la cuerda como diez veces por su cuerpecito y le hago varios nudos. Empieza a reírse, pero su cara, por completo hecha de porcelana, no se mueve ni un ápice, lo que resulta más aterrador.

Su risa es colérica, enloquecida, ruda y profunda. Me tengo que tapar un momento los oídos porque no lo soporto. Al final le doy un guantazo que me deja la mano dolorida, y por un segundo parece que la carcasa cerca de la frente se resquebraja un poco.

—Lamentarás haber nacido, mortal —me dice, girando la cabeza, fijando sus ojos antaño pintados para ser adorables y que ahora hacen que me quede

más rígida que un palo seco.

—¿Quién eres? —pregunta Lili, acercándose con cuidado. Sus pies están a varios centímetros del suelo, y el bajo de su camisión ondea con suavidad, como si continuamente estuviera sobre un ventilador.

—No os incumbe —replica tajante Sofía versión Manolo—. Liberadme y os dejaré en paz.

—¿Para qué quieres que te liberemos? —pregunto, enfocándole directamente con la lámpara—. No me parece que pretendas ir a vivir a una tienda de muñequitas, feliz y contenta.

—Soy Aragón. Liberadme y no sufriréis daño alguno.

Lili y Ricardo se alejan, espantados, con una expresión de verdadero horror en sus apuestos rostros. Yo me cruzo de brazos y ladeo la cabeza.

—¿Eso no es el nombre de un detergente para la lavadora?

—Insensata mortal. Soy Aragón —continúa en plan *drama doll*—. Azote de mortales, pesadilla de inmortales. Me liberaste de mi cárcel, pero me metiste en esta —dice, señalando con una manita su cuerpo de algodón—. Te mataré y poseeré tu cuerpo. Recuperaré todos mis poderes y el mundo conocerá de nuevo lo que es el infierno en la tierra.

—Yo no te he liberado —digo, pensando de repente en la petaca de la Primera Guerra Mundial. La abrí utilizando el vestido de la muñeca, ahora que lo pienso...

—Lo hiciste, ramera. Y ahora solo me queda salir de este ridículo cuerpo.

Pero para ello he de derramar sangre y arrebatar una vida, escoria lastimera.

—¡Oye! ¡Que yo no te he insultado! —grito, indignada.

—Alana —dice Lili, llamando mi atención—. ¿Me acompañas un momento al pasillo? Ricardo se quedará vigilando.

Salimos y cierro la puerta a mis espaldas.

—Es el peor asesino que la ciudad conoció —explica, con pánico en los ojos—. Se decía que hacía sacrificios humanos para conseguir poderes. Era un brujo despiadado.

—¿Le conociste? —pregunto, arrepintiéndome por haberle dado un guantazo hace unos minutos. Ahora querrá clavarme un cuchillo entre los ojos.

—No, era de la época de Ricardo. Él me hablaba de sus fechorías. Cientos de personas murieron bajo sus manos. Y recuerdo que mi padre decía su nombre cuando quería asustarme. ¿Cómo se te ocurrió liberarle? ¿Sabes acaso lo que has hecho? —me recrimina, enfadada.

—Oye, que yo lo hice sin querer. Me puse a romper las cosas en el pasadizo secreto de la vecina y de repente encontré una petaca. La intenté abrir, pero como se me resbalaban las manos utilicé el vestido de tu muñeca. ¡Era lo que me pillaba a mano! —aclaro cuando me lanza una mirada acusatoria.

—Es el fin —empieza a decir volando en círculos—. Has desatado la peor plaga que esta ciudad ha conocido. Es poderoso, y su poder crecerá en cuanto se cobre la siguiente víctima.

—Eso no va a pasar. Si Madame Ardelean le encerró en esa petaca, puedo volver a por ella, decimos las palabras que nos enseñó Ricardo...

—Sí, debemos intentarlo. Debemos encerrarle de nuevo.

—Vale —asiento, pensando que lo que menos me apetece en el mundo es volver a entrar en la casa de la vecina. Y menos a estas horas. Pero tampoco es que quiera dormir teniendo a ese asesino en mi habitación—. Vuelve dentro y no la dejéis escapar. Regresaré en poco tiempo.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también»

—canto entre gimoteos ridículos un rato después, bajando las escaleras de caracol del piso de la vecina.

Llego al enorme pasadizo. Tuerzo el gesto cuando veo el estropicio que formé la última vez que estuve. Si tan solo hubiera cogido la muñeca, en vez de hacer el *mongolo*, no estaría aquí de nuevo lamentando mi penosa existencia.

Salto entre restos de barro, cerámica y cristales y la encuentro, brillando bajo la luz de la vela. La cojo y doy media vuelta, corriendo como si no hubiera mañana.

Regreso a casa y, en cuanto entro en la habitación, una corriente de frío me atraviesa entera.

—Aquí está —digo, señalando la petaca. Quito el tapón y acerco la boquilla a la muñeca, que empieza a girar la cabeza como la niña del exorcista—. ¿Quién dice las palabras?

—Tú, dilas tú —dice Ricardo.

—De acuerdo... —Suspiro y cojo aire. Las recuerdo perfectamente. Las tengo grabadas a fuego en la mente—. Fon paterim dam tu sem. Fon paterim dam tu sem...

Y entonces la muñeca se empieza a descojonar en nuestra cara. Los pies de Lili empiezan a convertirse en humo y siento que la petaca tira de ella, succionándola sin remedio.

—¡Que se lo coma a él! —grita, sujetándose a Ricardo con sus pálidas manitas y una expresión horrorizada en su atractivo rostro—. ¡No a mí!

Intento dirigir la boquilla como fantasmas hacia la muñeca, pero el hechizo que he lanzado no parece funcionar con ella, así que, con un gran esfuerzo, bajo los chillidos histéricos de Lili, pongo el tapón en la boquilla de la petaca y le doy varias vueltas para cerrarla de nuevo, justo cuando sus pies ya estaban demasiado cerca del orificio.

—¡Mira que eres torpe! —se queja Lili, abrazada a su prometido.

Me obligo a respirar de nuevo, porque había estado conteniendo la respiración, y me llevo las manos al pecho, allí donde mi corazón galopa agitado.

—¿Por qué no funciona? Si con la vecina... —pregunto furiosa—. ¡Con Madame Ardelean funcionó!

—Si crees que vas a encerrarme de nuevo en esa inmunda prisión, es que os he sobreestimado —dice revolviéndose, intentando escapar—. Solo una bruja consiguió capturarme, y por el infierno juro que en cuanto la encuentre le daré la muerte que se merece. Decidme dónde está esa a la que llamas vecina. Exijo venganza.

Madame Ardelean. Está hablando de ella. Es la bruja, la única que por lo visto pudo con él. Y la tengo encerrada en una cajita de plata y escondida entre dos paredes. Emparedada de por vida.

—No sabemos de qué bruja nos estás hablando —miento, tocándome el flequillo con nerviosismo—. No podemos dejarte escapar, porque como comprenderás, no puedes ir derramando sangre por ahí, no estamos en los ochenta.

De sus ojos salen volutas de humo, como si se estuviera quemando por dentro.

Lili y Ricardo se alejan varios metros más, y casi en la pared se abrazan de nuevo.

—No mientas, estúpida. Tu lengua te ha traicionado. Tú la encerraste, tal y como has dicho. Y tú me has liberado. ¡Soltadme y decidme dónde la tenéis escondida!

—¡Que no, pesada! ¡Pesado! ¡Ya no sé ni lo que digo!

—Ni estas cuerdas ni esa estúpida jaula me retendrán, insignificante escoria.

Tienes una última oportunidad para salvarte. Libérame y te perdonaré la vida. —Gira la cabeza y es como si me taladrara con la mirada—. Impide mi

liberación y desearás no haber nacido.

—A ver, Perlan, digo Aragán, deseo no haber nacido como cinco veces al día, así que no sería una novedad. —Me callo cuando las cuerdas empiezan a quemarse, convirtiéndose en cenizas en pocos segundos.

—Deberías quedarte callada si lo único que vas a decir son sandeces — dice, soltándose de golpe, con la cuerda partida en dos.

Corro a sujetarla de nuevo cuando se lanza a por mi boca. Mete sus manitas dentro y siento que me quiere asfixiar de nuevo. Tengo la boca abierta hasta lo imposible y con sus deditos tocándome la campanilla. Empiezo a emitir un ruido parecido al que hacen las focas en celo, cuando Lili y Ricardo vuelan en mi ayuda.

La sujetan del vestido y tiran con fuerza hasta que aterrizo en el suelo con el culo. La muñeca sale volando por los aires hasta quedar enganchada como un gato a las cortinas.

Maldigo y me cago en todo, levantándome de un salto y corriendo hacia ella tirando todo a mi paso. Ella trepa por la tela como si fuera una araña, con movimientos mecánicos y sincronizados. Llega casi hasta el techo y empieza a caminar sobre él, intentando huir.

Lili y Ricardo no se atreven a flotar hasta ella, se nota que les da mucho miedo, así que, como no hay tiempo, cojo la almohada y me subo en la cama. De un salto la golpeo con ella, y la maldita muñeca cae sin remedio a mis brazos. En cuanto la tengo, me tiro a la cama y la mantengo aprisionada con mi endeble y pequeño cuerpo. Se retuerce, me pellizca. Me pongo a chillar y cierro los ojos, porque parece que quiere hacerme un agujero en el estómago y salir a través de mi espalda. No sé cómo, pero me está mordiendo.

—¡Id a buscar la olla exprés! —les ordeno, pegando botes en la cama. Es ella, que me impulsa con tanta fuerza que me va a sacar volando por la ventana.

—¿Qué es una olla *resplés*? —pregunta Ricardo a Lili.

Por suerte, mi amiga fantasma es más espabilada. Pone los ojos en blanco y desaparece atravesando la pared.

—¡Ricardo! ¡Trae esparadrapo, o cinta adhesiva! ¡Lo que sea! —grito, sujeta a la colcha y soportando los meneos que me está metiendo la maldita muñeca.

Está como ido, sin capacidad de reacción. Le lanzo una mirada asesina y vuela a través del techo.

—¡Te sacaré los ojos si no me liberas! —dice Manolo bajo mi cuerpo. Me

empieza a morder, no sé con qué dientes, y empiezo a chillar de dolor. Creo que me está arrancando la piel del abdomen.

Estoy pensando seriamente eso de dejarle libre y que se dedique a asesinar por las calles de Madrid, porque no me quiero quedar sin intestinos, cuando Lili regresa triunfal con la olla. La deja a mi lado en la cama con la tapa abierta y se retira volando. Ricardo aparece con cinta aislante, que me acerca con miedo, como si le fuera a pegar la peste.

—Muchas gracias —consigo decir entre bote y bote.

Vale, ahora tengo que ser rápida. Y lo tendré que hacer yo casi todo, porque estos dos pánfilos no se quieren ni acercarse a medio metro. Con una mano cojo la cinta y empiezo a sacar un poco con los dientes, lo justo para empezar a inmovilizarla. En un rápido movimiento me pongo de lado y le pego la cinta en la cara de porcelana. Me siento en la cama y empiezo a darle vueltas y vueltas a la cinta sobre su diminuto cuerpo.

Comienza a decir palabras que no entiendo, y escucho a mis espaldas los gemidos asustados de Lili. Menuda ayuda que me están brindando...

Cuando hay más cinta que muñeca pongo todo mi peso en ella, porque intenta salir volando, y la meto en la olla de un golpe. Cierro la tapa y la giro, dejándola encerrada. La olla empieza a moverse. Se cae de la cama chocando con el suelo y salto para que no se escape por la ventana. Me arrodillo con la cinta aislante en una mano, y comienzo, con mucha dificultad, a envolver también la olla.

—¡Traed la jaula!

Sigo envolviendo y dándole vueltas y más vueltas a la olla hasta quedarme sin cinta.

La jaula llega volando hasta posarse a mi lado. Le doy las gracias a Lili y meto la olla dentro, cerrando la puertecita y echando el candado y el cerrojo. Me dejo caer hacia atrás en el suelo y me obligo a respirar de nuevo.

Me toco el abdomen y los dedos se me manchan de sangre. Me incorporo y veo que, tal y como me temía, me ha arrancado la tela del pijama y parte de la piel, dejándome una herida del tamaño de mi mano con un aspecto muy feo.

Lili se acerca para comprobar el estado de la herida, pero cuando Ricardo se aproxima también, empieza a flotar hacia los lados de una manera muy extraña.

—Oh, misterioso elixir... —empieza a decir, mirando mis dedos rojos—. Fuente de vida y causa de muerte. —Lili y yo nos lo quedamos mirando con el labio torcido y le vemos poner los ojos en blanco y desmayarse. Tal cual. Se

queda levitando en posición horizontal con los brazos desmadejados y los pies colgando.

—¿En serio? ¿Un fantasma que se desmaya con la sangre? Lo que me faltaba por ver —digo, tumbándome de nuevo en el suelo.

—Es que es muy impresionable —le defiende Lili propinándole pequeños golpecitos en su masculino rostro.

—Ya veo.

Me incorporo y voy hasta el baño para limpiarme la herida. Se me saltan las lágrimas cuando me echo un chorro de agua oxigenada. Y aunque no debería tapármela, me da tanta grima verla, que la escondo con varias gasas y esparadrapo. Ojos que no ven, estómago que no siente.

Vuelvo a la habitación pensando qué hacer con la muñeca. ¿Dónde la meto?

¿Dónde la escondo?

Ricardo recobra el sentido y se hace el digno en cuanto me ve.

—Disculpad, mi gran salvadora. Es ver sangre y que me quedo traspuesto.

—Nadie es perfecto —murmuro, acercándome a la jaula—. Se va a escapar.

Encontrará el modo de hacerlo.

Ricardo se acerca y se toca el mentón, pensativo.

—Traed sal, velas e incienso. Mucho incienso —me ordena de repente.

—¿Para?

—Conozco un conjuro que le mantendrá encerrado. No es permanente, pero nos dará tiempo —nos explica, muy seguro de lo que está diciendo. Ambas le miramos con serias dudas, por lo que hace una reverencia imposible y nos sonríe—. He pasado años observando y aprendiendo de la bruja, mis amadas señoras.

Me sé algún que otro truco —añade, guiñándonos un ojo y sonriendo con cara de pillo.

De acuerdo. Bajo a por todo. Por suerte tengo unas barritas de incienso sin usar. Las compré para el juego pero me provocan náuseas, así que nunca las he usado. Subo con todo en los brazos y lo dejo caer encima de la cama.

—Primero rodea la jaula con un círculo de sal generoso —me indica, flotando casi en el techo. Cojo un puñadito y hago lo que me pide—. Grandioso. Tenéis manos de diosa —dice, callándose al segundo siguiente ante la mirada de Lili.

—Aquí la única diosa que hay soy yo —aclara, retirándose de un golpe de

cabeza su melena plateada.

—Por supuesto, mi atardecer eterno. Bien, ahora coloca las velas justo encima del círculo de sal. Deben estar encendidas en todo momento, si no es así, el hechizo de protección se deshará.

Asiento con la cabeza y, muy concentrada, voy dejando los cirios blancos justo encima de la sal. Con un mechero voy encendiendo una a una todas las mechas. Corro a cerrar la ventana para impedir que una corriente de aire apague alguna sin querer.

—Y por último, cuatro puestos de incienso. Uno en el norte, otro en el sur, uno en el este y otro en el oeste.

Utilizo la brújula del móvil y coloco el incienso con precisión. Lo enciendo, y un hilo de humo asciende despacio. Arrugo la nariz, porque odio el pestazo que desprende. Pongo los brazos en jarras y suspiro.

—Si conseguimos mantener este hechizo, no podrá escapar —dice triunfal con otra reverencia.

—Sí, pero mantener todas las velas encendidas, y reponer constantemente el incienso es una ardua tarea. No podemos mantener esto mucho tiempo. Tenemos que encontrar otra forma de acabar con el tal Aracrán —digo, empezando a preocuparme.

—Aragán —me corrige Lili—. Podemos hacer turnos, y nunca perder de vista el círculo —dice taciturna—. Pero estoy con Alana, debemos buscar algo más definitivo.

Ricardo se encoge de hombros, yo bajo la mirada y Lili se toquetea el pelo, inquieta.

—En esta ciudad sabrán qué podemos hacer. Sus coetáneos le conocían, como lo hice yo en su momento —dice Ricardo ajustándose la levita.

—¿Sus coetáneos? —pregunto, sentándome en la cama agotada—. Están todos muertos.

Ricardo sonrío y los ojos de Lili empiezan a brillar.

—No todos.

Capítulo ocho

—¡Jack! ¡Jack! —grito, despertándome de golpe.

El amanecer aparece sin previo aviso. Me incorporo en la cama tiritando, absolutamente congelada. Lili y Ricardo en una esquina, levitando, cogidos de la mano y sin quitar los ojos de encima a la jaula.

—Lo siento, creo que al final me he dormido —me disculpo, frotándome los ojos con fuerza. Anoche quedamos en que los tres haríamos guardia para que ni una puñetera vela se apagase. Me seco la baba de la comisura del labio y me rasco los ojos con fuerza.

—No te preocupes, no necesitamos dormir —me asegura Lili con una sonrisa sincera.

Me levanto y me llevo una mano a la herida del abdomen. Espero que no se me infecte. A saber si me ha pegado la rabia.

—Necesito café. Bajo a la cocina —murmuro con los dientes doloridos.

Seguro que los he estado castañeando en sueños. No es buena idea eso de dormir con dos fantasmas en la misma habitación.

Toco el pomo de la puerta y está congelado.

—No se preocupe, mi señora. Nosotros nos quedamos vigilando —me asegura Ricardo, sujetando la mano de Lili.

Bajo los escalones con cuidado, con un dolor de cabeza horroroso y la garganta seca. Compruebo la hora en el móvil. No son ni las ocho de la mañana.

He debido de dormir menos de cuatro horas, y mi cuerpo empieza a protestar.

Después del necesario café e ibuprofeno me visto en otra habitación y a eso de las nueve salgo a comprar. Necesitamos más velas, incienso como para una catedral y un candado. El más grande que encuentre. Si voy a seguir con el juego temático, y debo hacerlo por varios motivos, como que necesitamos dinero y que, si vuelvo a cerrar, mis amigas me hacen pedacitos, debo impedir el acceso a mi habitación.

A pesar de estar muy preocupada, sonrío y cojo aire con fuerza. La primavera ha llegado por fin. Se nota en el aire, en los iluminados ojos de la gente con la que me cruzo. Los rayos de sol pintan las calles de alegría, y la

promesa del verano a la vuelta de la esquina me dibuja una sonrisa en los labios.

Cruzo dos manzanas y llego a la tienda. Cargo dos bolsas hasta arriba y me despido con la mano de la dependienta. Voy mirando al suelo, distraída en mis pensamientos, cuando me paro en un paso de cebra y me quedo sin respiración.

Es él. Ese rubio de la terraza. El que me tiró el bolso al pasar. Con su cara en un cartel publicitario, junto con varios más. Con unos guantes de boxeo y sin camiseta. Casi dejo caer las bolsas al suelo de la impresión.

Cruzo cuando el semáforo se pone en verde y me acerco a la pared. Dejo las bolsas en el suelo y paso mis dedos por su rostro con el corazón encogido. Una mujer se para un momento a mi lado para ver qué estoy haciendo, y se aleja moviendo la cabeza y murmurando insultos.

Me tengo que sujetar el corazón, porque se me quiere salir del pecho. Esos ojos. Es como si me hundiera en ellos y me ahogara. Entreveo un brazo tatuado.

Y que me parta un rayo ahora mismo si no he visto antes esos dibujos. Sin pensármelo dos veces, arranco el cartel y lo doblo con cuidado. Lo meto en una de las bolsas y sigo andando, cabizbaja, con un profundo vacío en el estómago, como si me hubieran arrancado el corazón.

Es una locura, lo sé. Pero según dice el cartel, el tal «Golden Boy» compite esta tarde a las ocho en el Puente de Vallecas. Y no sé por qué, pero tengo que ir.

Necesito verle de nuevo. Porque desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, mientras me tendía el bolso, no he dejado de soñar con él. Con sus labios, con esos ojos penetrantes, con sus masculinas manos.

Paro en el banco de la plaza y me siento un momento, con el móvil en la mano. Llamo a Nerea. Son las nueve y media, seguro que está dormida, pero me da igual. Es importante.

—¿Sabes qué hora es? —dice en cuanto contesta.

—Hora de levantarse, perra dormilona —contesto, cruzando las piernas —. Oye, necesito que me acompañes a un sitio esta tarde a las ocho.

—¡Pero si es mi día libre! —protesta con voz de dormida.

—Por eso. Pásate a las siete a buscarme. ¡Te quiero!

Y cuelgo. Mejor no le doy más explicaciones, porque como le diga que vamos a ver un combate de boxeo, una de dos, o salta emocionada porque vamos a ver a tíos buenos, o me dice que no piensa poner uno de sus finos pies

en un antro así.

No le digo dónde vamos hasta que estemos en la puerta y no pueda escapar.

Entro en casa y saco el papel doblado. Lo despliego y admiro de nuevo su rostro, su sonrisa canalla, esos hoyuelos. Sin saber lo que estoy haciendo, vuelvo a guardar el papel, doblándolo con esmero y tranquilidad, y salgo de casa como en trance. Voy hasta la parte trasera del jardín y abro el armario de los materiales sobrantes de la reforma. Encuentro un martillo lleno de cemento. Lo cojo sin pensar del mango y regreso a la entrada. Cierro la puerta y una corriente de aire me atraviesa. Llego hasta la doble pared y levanto el martillo sintiendo los latidos de mi corazón golpeándome sin piedad en el pecho. Justo cuando voy a golpear el yeso, el martillo sale volando y desciende hasta el suelo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunta Lili, atravesando el armario.

Parpadeo y respiro de nuevo.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo? —repite, acercando su perfecto rostro marmoleo.

Giro la cabeza y observo la pared. Bajo la mirada y veo el martillo. Un estremecimiento me recorre entera y de repente siento ganas de llorar, porque un vacío en mi interior amenaza con ahogarme. Me tapo la cara con las manos y empiezo a sollozar.

—No lo sé —balbuceo—. No sé lo que me pasa.

Frunce los pétalos que tiene por labios y posa su gélida mano en mi hombro.

—No permitas que sea más fuerte que tú —susurra, sabedora de que algo malo me está sucediendo. Ya es la segunda vez que me ocurre.

—Es como si me hipnotizara —intento explicar secándome las lágrimas a manotazos—. Como si perdiera el control de mi cuerpo.

Asiente y entorna los ojos.

—Quiere escapar. Quiere que la liberemos. Pero no te preocupes —añade, hincándome las uñas en la piel—. No permitiré que seas tan estúpida. Yo te cuido las espaldas, no lo olvides.

Tras dejar en mi habitación la remesa de velas e incienso, le pido a Ricardo que se quede dentro custodiando la jaula y a Lili que se prepare para el juego.

Salgo cerrando con la nueva cadena y el candado. Me guardo la llave en el

bolsillo y empiezo a preparar las pistas para el juego de la comida.

Me tengo que tomar dos cafés más antes de que lleguen Hugo y Lucía, porque los párpados se me caen.

Suena el timbre y bajo corriendo las escaleras. Ya me he puesto el disfraz, pero sin el relleno ni la peluca. Hoy no estoy para tonterías. Abro y me encuentro con los ojos marrones de Hugo.

—Buenos días —saluda, lanzándose a darme dos besos—. Veo que te has puesto muy guapa.

Levanto una ceja en señal de clara discrepancia, porque apenas me he maquillado y parezco el fantasma de la casa por las ojeras que tengo, pero le agradezco el cumplido y vamos juntos a la cocina.

—Esta tarde os abandono —aviso para que se vaya haciendo a la idea—. Tengo un asunto pendiente, y no puedo faltar. —Asiente tranquilo y se sirve un café—. Así que en la comida vas a estar conmigo todo el rato, para que veas cómo es el juego. Y por la tarde tú interpretarás mi papel.

—Sin problemas.

Vaya, la verdad es que es un encanto. Me gustan los hombres que no se amilanan por nada.

—Si quieres, mientras llega Lucía, te empiezo a explicar dónde coloco las pistas.

Subimos las escaleras despacio, yo un paso por delante y él demasiado cerca.

Vamos a la primera habitación. Me acerco a la cajita de música y le doy la vuelta para que vea la primera pista.

—No te preocupes. Las dejaré colocadas antes de irme. Solo te lo explico para que no te sientas perdido —le digo, inclinada sobre la mesita. Se acerca con la intención de coger la cajita y verla más de cerca, pero lo que en realidad termina haciendo es aproximar sus labios a los míos, casi rozándome con ellos.

Me retiro y me retoco el flequillo, nerviosa. Empiezo a sudar y un hormigueo me recorre el cuerpo. Hace mucho que no me besan. Ya no me acuerdo de cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que alguien lo hizo.

—¿Qué haces? —pregunto, cruzándome de brazos.

Se encoge de hombros y sonrío. Y por Dios, qué sonrisa. Tiene los labios suaves, sedosos y de verdad que dan ganas de comérselos.

—Perdona, no me he podido contener —se disculpa, incorporándose y pasándose una mano por el pelo, como avergonzado.

Arrugo la nariz, confusa. ¿Es que le gusto? Juraría que estaba interesado en mi amiga.

—Pero Nerea...

—¿Qué pasa con ella? —pregunta, mirando con interés la cajita de música.

—Pensé que entre los dos iba a haber algo —digo, sintiéndome estúpida. Suelta una carcajada y se acerca, inclinándose por encima de la mesita.

—Me gustan más las castañas.

Hago un ruido desde el fondo de la garganta e intento concentrarme en algo que no sean sus ojos del color del chocolate fundido. Creo que he perdido la capacidad de tontear con el sexo opuesto, y no sé en qué momento ha pasado, pero me siento como una quinceañera a la que nunca han invitado a salir. El silencio se instala entre nosotros, y al menos yo me pongo más tiesa que un palo.

A él, por el contrario, se le ve relajado, disfrutando de la situación.

—Mira —empiezo a decir para cambiar de tema, señalando el baúl—. Ahí va la segunda pista. Y entre esos libros hay tres más.

Voy a decirle que detrás de la cortina está una de las más importantes cuando se acerca en dos pasos y me coge la mano. Alzo la barbilla, porque es bastante más alto que yo.

—No te preocupes por las pistas. Tú solo dime lo que tengo que decir en cada momento y saldré del paso. Además, estaré contigo en la comida, y aunque no lo creas, tengo una memoria excelente.

Trago saliva y retiro la mano despacio, sin saber si en realidad me gustaría seguir sintiendo el tacto de su piel o no.

—Pues entonces vamos a la cocina, porque Lucía debe estar a punto de llegar.

Salgo pitando escaleras abajo. Me llama cuando estoy pisando el último escalón. Le espero, y juro que intento no mirar esas piernas en movimiento.

—¿Hay un candado en tu habitación?

—Sí, no quiero que los clientes entren por error. Y bajo ningún concepto entréis cuando yo no estoy en casa.

—Hecho —dice guiñándome un ojo, sin hacerme sentir culpable por lo borde que me he puesto.

Lucía aparece cargada de bolsas y nos ponemos a preparar la comida. El disfraz se me ha dado un poco de sí por llevar el relleno, así que mientras corto el pan inclinada en la mesa de madera, pillo a Hugo mirándome el

escote. Me tapo enseguida y el color me sube a las mejillas.

—Lucía, esta noche os abandono. Pero no te preocupes, que mañana tienes el día libre —añado deprisa para que no me estampe un tomate en la cara.

Le echa una mirada a Hugo por encima de las pestañas y me pone cara de acelga.

—¿Sabrá lo que tiene que hacer?

—Sí, lo sabré —responde él, con la sudadera remangada pelando patatas.

Y continuamos trabajando en silencio, concentrados en lo que estamos haciendo. Lucía pone música en su móvil diciendo que somos unos muermazos y reprimo una sonrisa cuando veo a Hugo moviendo un poco los hombros siguiendo el ritmo de la canción Vale ya, deja de pensar en Hugo. Y entonces me acuerdo de que casi nos besamos en la habitación. Un calor abrasador me recorre las piernas hasta llegar a las mejillas. ¿Por qué no le he besado?, pienso, rayando una zanahoria. Joder, es guapísimo. Y en el fondo, que trabajemos juntos me da igual. Entonces, ¿por qué cada vez que pienso en besarle, la imagen de ese boxeador rubio me asalta y me deja noqueada?

Por suerte, los clientes llegan puntuales. Con Hugo como mi sombra personal, vamos avanzando en el juego y sirviendo la comida. Es listo, se queda con todo a la primera.

Unas horas más tarde nos despedimos de las clientas y nos ponemos a recoger la mesa. Se me escapa una carcajada cuando veo un papelito con el nombre y el teléfono de una de ellas, justo debajo de una copa.

—Hugo —le llamo divertida—. Toma, esto es para ti.

Le tiendo el papel y lo coge mientras se saca la pajarita por la cabeza. Lo mira y lo deja de nuevo en la mesa.

—No estoy interesado —suelta, terminando de cargar una bandeja con las copas sucias.

Me pongo una mano en la cintura y me acerco a él.

—Es de la morena que llevaba el vestido azul. Es la que se sentaba ahí —digo señalando una de las sillas—. Era muy mona, y no dejaba de ponerte morritos.

—¿Estás celosa? —pregunta divertido, con la bandeja en la mano.

Le voy a decir que no cuando me callo, porque puede que sí que esté un poco celosa. Como no le contesto se echa a reír y se aleja por el pasillo.

Termino de recoger y subo a mi habitación para comprobar que todo va bien.

Lili y Ricardo en la misma esquina, como estatuas sin quitar la vista de

jaula. Un solo vistazo me indica que las velas y el incienso no han dejado de quemarse.

Abro el armario y busco mi vestido amarillo. Mi preferido. El que siempre reservo para ocasiones especiales. Me desnudo delante de ellos, porque sé que Ricardo se tatará los ojos en cuanto vea carne.

—¡Deja de pervertir a mi prometido! —grita Lili, enfadada. Ricardo con la cabeza girada y los ojos cerrados.

—Pero si no me va a mirar, joder —me quejo, subiéndome unas medias transparentes y calzándome unas botas militares. Rebusco hasta encontrar la chaqueta de cuero y mi pañuelo verde—. Me voy a ir en un rato. Que nadie entre en la habitación. Ricardo, no quites los ojos de la jaula. Lili, haz tu trabajo en la cena sin que nadie sospeche nada raro.

—Estamos cansados de vigilar y trabajar todo el día —se queja, frunciendo los pétalos rosados que tiene por labios. Mataría por parecerme a ella. Por tener ese pelo tan especial, esas mejillas talladas por un artista, esos ojos grises inmensos enmarcados por las pestañas más tupidas y largas que he visto en mi vida.

—Lo siento, pero es lo que hay.

Salgo por la puerta sin mirar atrás mientras un cojín se estampa en ella, ya cerrada por completo a mis espaldas. Cierro el candado y me guardo la llave en el bolso. En el baño me maquillo deprisa, aplicando rímel, rubor y los labios rojos. Me miro en el espejo y me veo muy guapa. Tengo uno de esos días que no sabes por qué, porque no has hecho nada especial y apenas has dormido, pero el pelo se te ve más brillante, los ojos más grandes y los labios más hinchados. Y no, no estoy colocada.

Brinco por las escaleras hasta que un agudo dolor en el abdomen me recuerda que debo tener cuidado con la herida. Me obligo a bajar más despacio cuando veo que Lucía sale por la puerta.

Hugo está en la cocina, comiendo lo que nos hemos reservado antes, medio de pie medio sentado en una banqueta.

—¿Sabes dónde ha ido Lucía? —pregunto, buscando un plato limpio.

—Dice que había quedado para comer con una chica, una tal Miriam, creo. Me ha dicho que te diga que a las siete está aquí.

—¿Miriam? ¿Su ex?

Se encoge de hombros y sigue comiendo.

Joder, ha caído en la trampa de nuevo. Miriam es mala persona, juega con ella.

Parece que intuye que Lucía ya la ha olvidado, y vuelve para atraparla en su red de araña.

Me lanza una mirada y sigue con su plato. Me siento enfrente con los canelones recién sacados del horno y cojo un tenedor, hambrienta. Huele que alimenta. Mastico cerrando los ojos un momento. Lucía es una diosa en la cocina. Cuando los abro le vuelto a pillar mirándome las tetas.

—¿Qué haces? —pregunto, con la boca llena—. Deja de mirarme —digo, avergonzada.

—El amarillo te favorece. Estás muy guapa —dice, dando un gran trago de agua. Su cuello se mueve al tragar, y tengo que tragar yo también, porque hasta ese gesto tan tonto me recuerda lo atractivo que es.

—Gracias —respondo, limpiándome con una servilleta que huele fatal. La alejo al momento poniendo cara de asco. ¿Limpiamos en esta casa las servilletas de tela? ¿Por qué tenemos servilletas de tela?

—Yo no te gusto, ¿verdad, Alana? —afirma de repente, sin venir a cuento—. No pasa nada, de verdad. Pero si eres lesbiana, como Lucía, dímelo ya para no hacerme ilusiones.

—¿Lesbiana? No soy lesbiana —respondo al segundo.

Afloja la tensión de los hombros y muerde un poco de pan con fuerza.

—¿Entonces? ¿No te gusto?

Le voy a decir que claro que me gusta. No soy ciega. Hasta las ciegas se derretirían al tocarle la cara, los brazos, escuchar su tono de voz masculino, su culo firme... Pero algo me lo impide. No puedo decirle que me gusta como no puedo, por mucho que me encantaría, ponerme a volar. Las palabras se me atraviesan en la garganta.

¿Qué coño me está pasando?

Como no le contesto y no hago más que marear un trozo de queso de un lado a otro del plato, se levanta y se sirve una Coca-Cola del frigorífico.

—Perdona, no quiero incomodarte —se disculpa, sentándose de nuevo—. Me gusta disfrutar un poco de la vida.

Suelto una risotada nada femenina sin querer. Toma, ¿y quién no?

—Eres muy guapo... y lo sabes. —Alza la mirada y entrecierra los ojos, esperando el «pero». Está claro que va a haber un «pero»—. Pero no sé qué me pasa. Estoy como atontada.

—No te sigo.

—Da igual, es difícil de explicar con palabras —contesto haciendo un gesto con la mano, para quitarle importancia.

—Normalmente estas cosas es mejor no decirlas —empieza a decir, levantándose—. Hay cosas en la vida, que es mejor hacer directamente. —Se acerca y se inclina. Me planta un beso en los labios sujetándome la nuca con una mano y la mejilla con la otra.

Me suelta de repente y tengo que sujetarme a la mesa para no caerme para atrás. Más directo no se puede ser. Joder. Qué labios. Saben mejor de lo que me pensaba. Creo que va a volver a por más cuando se vuelve a sentar y termina de comer. Tranquilo, relajado, como si el mundo girara solo por él.

—Eres un rompe enaguas de cuidado —susurro, divertida—. Y yo que me pensaba que eras sensible.

—Puedo ser sensible si quieres.

—No me pienso acostar contigo —le aviso, mordiéndome el labio.

—Yo tampoco pienso pasar aquí la noche —bromea masticando con fuerza—. Hace demasiado frío.

Me levanto a por un cigarrillo y le ofrezco uno. Lo rechaza. No fuma.

—¿Te importa? —pregunto por educación ya con el mechero encendido.

—Estás en tu casa.

Y de repente la atmósfera a nuestro alrededor se vuelve densa. La tensión sexual se respira entre los dos. Y no sé él, pero yo tengo que acallar mi conciencia cada nanosegundo. ¿Y qué pasa si me acuesto con él? No sería la primera vez que lo hago con alguien prácticamente desconocido. Tengo treinta años, mi propia empresa, mi casa. ¿Acaso es algo tan descabellado? Nos gustamos, somos adultos... ¿Por qué no? ¿Qué me lo impide?

Y de nuevo la imagen de ese rubio me golpea con fuerza.

¡Pero si a mí no me gustan los rubios!

—Creo que voy a salir a que me dé un poco el aire —murmuro, saltando de la banqueta.

Abro la puerta y me voy al columpio. Me siento y empiezo a moverme de adelante a atrás con el cigarrillo entre los labios. Alana, me digo, no puedes desaprovechar la oportunidad de agenciarte a este maromo moreno. Está buenísimo. Y por lo visto le gustas para un meneo, o para dos. Déjate de tonterías y lázate a la piscina. Olvida por un rato a la muñeca poseída y vive la vida.

El chirrido del columpio me relaja y me da dentera a partes iguales. La puerta se entorna y aparece con el disfraz medio desabrochado, sin la pajarita, con los cordones de los zapatos sueltos.

—Tenemos una hora —dice, acercándose con seguridad. Aprieto las

piernas, porque no voy a poder negarme. No ahora, cuando para las cadenas y se agacha para besarme.

Me coge en vilo y volvemos a entrar. Se va bajando los pantalones por el camino. Me deja caer en la alfombra de la cocina mientras se saca la parte de arriba del disfraz.

—¿Dónde tienes la pajarita? —le pregunto, mientras nos besamos con urgencia, como si el mundo se fuera a acabar. Me obligo a no pensar que esto va demasiado rápido, convenciéndome de que estas cosas pasan, que no pasa nada, que es algo normal cuando dos personas se atraen.

Se la saca del bolsillo y me la enseña mientras le despeino con los dedos.

—Póntela.

Desde que le vi la primera vez con el disfraz pensé que si me acostaba con él, sería con la pajarita puesta. Y soy cabezota, qué le vamos a hacer. Cuando se me mete una cosa en la cabeza, y lo que no es la cabeza...

Me saca el vestido, las botas y las medias de un tirón, y mi sujetador va a parar al suelo al segundo siguiente. Le abrazo la cintura con las piernas y me dejo envolver en su calor. Me va a quitar las braguitas mientras nos besamos cuando la imagen de ese chico me vuelve a atacar sin piedad.

¿En serio?

¿En serio me tiene que estar pasando esto?

Voy a decirle que pare, que no me apetece, cuando la cabeza de Lili asoma por el techo. Pego un grito y me tapo las tetas con el brazo, empujándole para que se quite de encima.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —pregunta, incorporándose.

Me escurro como una lagartija y me pongo en pie, desnuda, tan solo con las braguitas puestas.

—No puedo, Hugo, lo siento, pero no puedo.

Corro escaleras arriba y me meto en el baño buscando mi albornoz. El frío que precede a Lili me avisa de que se acerca. Atraviesa la puerta y me empuja contra la bañera sin miramientos.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Mancillas tu honor con ese don nadie! ¡Con ese plebeyo! —empieza a gritar, agitando las manos.

—Baja la voz, loca de los cojones, que nos va a escuchar —digo, cerrándome el albornoz, intentando parecer digna.

—No le puedes hacer eso a... —Y se calla. Como siempre hacen. Me esconden algo, y me enerva.

—¿A quién? ¡A quién! —Al final levanto yo también la voz—. No puedo

besarle sin sentirme culpable. ¿Quién es «él»? ¿Me lo vais a decir de una vez?

Aprieta los labios y se pone a llorar, despacio. Lágrima a lágrima, el suelo se va humedeciendo.

—No puedo... —gimotea, lanzándose a mi cuello para darme un gélido abrazo—. Lo siento, amiga mía, no sabes cómo siento todo esto.

—¿Qué sientes? Dímelo, por favor, porque es como cuando tienes algo en la punta de la lengua y no eres capaz de sacarlo. Y es una sensación horrible.

—Me separo de sus brazos y le cojo las manos. Las mías se me quedan dormidas al momento, pero no me importa. Más dormido tengo algo en mi interior, y necesito que despierte.

Me suelta como si le molestara mi contacto. Se da la vuelta para irse, pero vuelve de nuevo, seria, sin una lágrima en su perfecto rostro.

—¡No puedo! —grita, señalándose la garganta—. Es tan frustrante... ¿No recuerdas nada? ¿Cómo es posible que no lo recuerdes?

Me arañó las mejillas con las uñas, desesperada. ¿Qué cojones tengo que recordar?

—Espera —dice, poniendo ojos de loca—. Se gira hacia el espejo del baño. Se empaña al segundo. Y con uno de sus dedos empieza a dibujar algo—. ¿Y bien? ¿Te suena?

Me acerco y veo una bola por cabeza, una línea gruesa con dos más finas haciendo de torso y brazos y dos líneas más para las piernas. Giro la cabeza y me la quedo mirando con los ojos entornados, observándola por encima de las pestañas. Ella mantiene sus ojos abiertos, expectante, como si acabara de pintar la puta Mona Lisa.

—¿En serio? ¿Pretendes que esto me recuerde a alguien? ¿Es que acaso alguien tiene este aspecto, sin cuello, sin ojos, sin boca, sin orejas...? ¿Quieres que siga?

Se encoje de hombros mientras salgo por la puerta.

Vuelvo a mi habitación y compruebo que todo está en orden: Ricardo sin pestañear haciendo guardia frente a la jaula y mi cama deshecha, como siempre.

—Ricardo, he de irme —le digo, estirando las colcha con las sábanas arrugadas debajo. Soy un desastre—. Ve cambiando el incienso y las velas.

—No os preocupéis, mi gran señora, este alma impía no escapará —me asegura sin mirarme siquiera, sin apartar sus profundos ojos traslúcidos de los barrotes de la jaula—. Se mueve, ya se ha deshecho de la cinta aislante, y ahora está intentando abrir la tapa de la cazuela.

—Olla exprés —aclaro colocando las almohadas.

—Eso mismo.

—¿Cómo lo sabes? No se ve nada, y al menos yo no oigo nada —digo, incorporándome con la bata abierta. Como no me mira no me molesto en atarla.

—Se le ve un pezón, mi dama. Tápese o Lili vendrá y le sacará el corazón —dice tan tranquilo, sin pestañear.

Hago lo que me pide y me siento en el borde de la cama cruzando las piernas.

Estoy preocupada por varios motivos, y el principal está justo delante de

mis ojos.

—No podemos mantenerle encerrado mucho más, ¿verdad? —digo con un escalofrío recorriéndome la espalda.

—No. Nuestro tiempo se agota. Mañana debemos visitar a alguien, y me ha de acompañar, mi señora —dice, mirándome por primera vez desde que la muñeca está encerrada—. Es de vital importancia, necesitamos ayuda.

Trago saliva y asiento en silencio.

Un mensaje de Nerea que vaya saliendo ya, así que bajo para vestirme de nuevo. Me cruzo con Hugo en la biblioteca. Está preparándose para el juego de cara a la chimenea, leyendo algo en un cuaderno. Me quedo apoyada en la puerta, deleitándome con la curvatura de su espalda, sus anchos hombros, su pose desenfadada.

Siente mi presencia y se gira, sonriendo de oreja a oreja.

—Qué susto me has dado. Estoy repasando lo que tengo que decir. Lo acabo de apuntar para que no se me olvide.

Entro y me siento en una de las sillas, ya más tranquila.

—¿Hacemos como que no ha pasado nada? ¿Volvemos a ser amigos? —le pregunto, mordiéndome una uña.

Se sienta en la silla de enfrente y me coge la mano. Su calor me reconforta y me envuelve, y no me entiendo, porque en cualquier otro momento ya me estaría tirando a sus brazos.

—No tendría que ser tan lanzado, perdóname. Te prometo que te dejaré en paz. No te quiero faltar al respeto, más que nada porque eres mi jefa —bromea con cara de pillo.

—No te preocupes, no te voy a despedir por intentar conquistarme. —Me levanto y cojo el bolso—. Me voy, Nerea debe estar al caer. Lucía llegará en poco rato. Si tenéis cualquier problema, me llamáis al móvil.

Estoy saliendo por la puerta cuando le siento en mi espalda.

—Alana, se te olvida esto. —Y me planta un beso en los labios. Agarra mis pequeñas caderas y tira de mi cuerpo hasta que nos quedamos pegados. Me aparto un poco cuando el hueso de su cadera se clava en mi estómago. Abre los labios y su lengua busca la mía con desesperación, pero de nuevo esa sensación de culpabilidad. Así que le pongo una mano en el pecho y me separo.

La puerta se cierra de golpe a nuestras espaldas. Damos un respingo y yo frunzo el ceño, sabiendo que Lili anda cerca.

—Menudas corrientes de aire hay en esta casa... Te irás acostumbrando.

Me voy. Luego nos vemos —digo, despidiéndome con una mano, con el corazón agitado y con sentimientos demasiado encontrados.

¿Me gusta Hugo?

¿Cómo puede no gustarme?

Capítulo nueve

Nerea me recibe en la calle con un chillido tan agudo que me dan ganas de amordazarla un rato.

—¡Ay, qué nervios! ¿Dónde me llevas? ¡Me encantan las sorpresas!

«Ya veremos si te gusta», pienso, sonriendo falsamente y agarrándome de su brazo.

—¿Es el *Encuentros*? ¿Al final me vas a acompañar? —continúa, dando palos de ciego.

—El *Encuentros* es para gente degenerada como tú, no me metas en tu mismo saco —respondo, taconeando por el empedrado de la calle y sintiéndome cada vez más estúpida por ir con Nerea a un combate de boxeo.

Vamos hasta el metro y se niega a bajar las escaleras.

—No vamos al *Encuentros*, ¿verdad? —dice, decepcionada—. Me he depilado para la ocasión.

—¡Pero si te hiciste el láser con cinco años! Aún jugabas con muñecas y ya tenías la ingles brasileñas perfectas, zorra.

—Siempre hay que estar preparada, Alana. Nunca se sabe cuándo tienes que abrirte de piernas.

La empujo escaleras abajo y casi se mata con los taconazos que lleva. Chilla y protesta, pero consigo que pasemos los tornos sin más percances. Nos sentamos en el andén a esperar el siguiente tren y le cojo la mano. Se la levanto para comprobar su manicura perfecta.

—¿Cuándo te has hecho esto?

—Son monísimas, ¿a que sí? Esta mañana. Necesito más días libres, no me estaba dando cuenta de lo mucho que había descuidado mi aspecto —dice, mirándome por encima de sus largas pestañas.

Me la quedo mirando con cara de acelga revenida. ¿En serio?

—Te voy a llevar a un sitio —empiezo a decir bajito, para que me preste atención—, y me tienes que prometer que no vas a montar un espectáculo ni nada parecido.

—¿Perdona? ¿Por quién me has tomado? Yo no soy Lucía, tía, yo me sé comportar en cualquier ambiente.

Media hora después, en el Puente de Vallecas, justo delante de la puerta

donde nos tienen que vender las entradas:

—¡No pienso entrar ahí ni muerta! ¿Me has oído? ¡Ni muerta! —chilla, haciendo que varios grupos de chicos vestidos de negro, con mil piercings, tatuajes y porros en la mano, se nos queden mirando.

—Baja la voz —susurro, pellizcándole el brazo—, estamos llamando demasiado la atención.

—¿Que yo llamo la atención? —pregunta indignada señalando su pecho con un dedo—. Mira a esa, que parece que ha cogido una bolsa de basura y se ha envuelto con ella.

La susodicha nos lanza una mirada de advertencia que no me pasa desapercibida. ¿En qué momento, por el amor de Dios, se me ocurrió traer a Nerea?

—Yo voy a entrar —le aseguro, plantándome—. Si me quieres acompañar perfecto, y si no, ya nos vemos mañana en casa.

Me doy la vuelta y ella tira de mi brazo, impidiéndome dar un paso más.

—¿Te has vuelto loca? No puedes entrar ahí —dice, con ojos de desquiciada—. Acabarás violada en un baño por tres gordos llenos de tatuajes carcelarios.

Pongo los ojos en blanco y pido una entrada.

—Que sean dos —suelta Nerea desde atrás con cara de hastío. Hace una pompa gigante con su chicle y se revuelve la melena rubia—. Me debes una que vale por muchas, que no se te olvide.

Le doy un beso en la mejilla y entramos. Bajamos a un sótano oscuro, con pasillos alicatados hasta el techo de azulejos cutres y feos y empezamos a oler el sudor. Sí, un olor concentrado de gimnasio multiplicado por mil, empeorado por el ambiente tan húmedo que hay.

—Alana, ¿qué estamos haciendo aquí? —pregunta, agarrándose de mi brazo—. No es divertido. Me da miedo.

—Es solo boxeo, no te preocupes. —Pero se cruzan varios chicos con cresta y malas pintas y pego un respingo—. Vengo a ver competir a un amigo. En cuanto le veamos nos vamos, te lo prometo.

—¿Qué amigo tienes tú que yo no conozca? —me pregunta con la barbilla bien alta.

No le contesto y la empujo por el pasillo sin tener en cuenta los centímetros de sus tacones.

Llegamos hasta una sala bastante grande con un ring en el centro. Alrededor sillas y sillas plegables, y casi todas llenas de gente ya sentada con

un mini en la mano y bastante entretenidos bromeando, pegándose, armando jaleo.

—Creo que necesito una cerveza —dice, alejándose hasta una esquina donde un pequeño puesto está sirviendo bebidas. Vuelve al segundo con dos minis y con cara de asco—. Seguro que está caliente.

Vemos dos asientos libres al fondo, y corremos para no perder el sitio. Las luces se apagan y se ilumina el ring. Un hombre sube, micrófono en mano, para dar la bienvenida y decir cosas que no entiendo. La gente aplaude, y cuando nos queremos dar cuenta, porque no hacemos más que beber y beber y mirar todo por encima del vaso de plástico, el primer combate comienza.

Nerea me coge la mano cuando uno de los chicos le da a otro un golpe en la ceja y la sangre salpica el suelo. Tengo que mirar para otro lado cuando se empiezan a pegar, y como no entiendo de boxeo, no sé ni quién está ganando ni quién va perdiendo. Solo sé que se dan de hostias y que hasta las que parece que se cubren me duelen hasta a mí.

La gente a nuestro alrededor no hace más que gritar, animar, opinar si le tiene que dar con la derecha o con la izquierda... Cuando me quiero dar cuenta el combate termina y parece que los jueces declaran vencedor al que tiene la cara como el jorobado de Notre Dame, con la frente hinchada, la nariz torcida y un ojo a la virulé.

—¿Cuándo sale tu «amigo»? —me pregunta Nerea al oído simulando dos comillas con los dedos.

Me encojo de hombros. Cómo le digo que he venido a ver a un chico que no conozco de nada, solo de una vez que le vi un segundo en una terraza, y después en un cartel publicitario en la calle, al lado de otro cartel anunciando un grupo de cantantes latinos, todos disfrazados como de campesinos. Pero que sueño con él todas las noches, que hasta hay momentos en que le veo despierta, como si su imagen me atormentara constantemente.

Y como si le hubiera convocado con el poder de mi mente, veo su rubia cabeza avanzando por uno de los pasillos. La gente le da palmaditas en el hombro al pasar y algunos le dicen cosas al oído. Disimulo porque tengo a Nerea al lado, pero si estuviera sola, me llevaría dramáticamente una mano al corazón, porque se ha saltado un latido.

Sube pasando a través de las cuerdas y la gente le vitorea.

—Joder, cómo está el rubiales —me susurra mi amiga al oído, algo achispada.

Yo también empiezo a notar los efectos del alcohol, porque siento

hormigueos en las palmas de las manos y cierta flojera en las piernas. —Me resulta familiar...

Voy a decirle que mi supuesto amigo es él, cuando las palabras se me quedan atoradas en la garganta. Es como si algo más fuerte que mi voluntad se impusiera. Serán los nervios, será la cerveza, que me está subiendo más rápido de lo normal.

Empieza el combate y no le quito los ojos de encima. Su contrincante es un mulato con los músculos muy marcados. Empiezan fuerte, rápido, lanzándose golpes sin descanso ni respiro. Cuando me quiero dar cuenta me obligo a relajar el cuerpo, porque poco a poco he ido tensando los dedos y la mandíbula.

Le doy otro sorbito a mi mini caliente y acepto la mano de Nerea. Si con el combate anterior lo había pasado mal, presenciar este se convierte en una verdadera agonía. Pego grititos cada vez que le asestan un golpe en la cabeza, y cuando hace una mueca de dolor se me encoge el estómago.

—Parece que el bombón va ganando —comenta Nerea, concentrada, sin quitarle la vista de encima. Por lo visto, algo, o en este caso alguien, ha conseguido llamar su atención. Y en cuanto pienso que ella se puede sentir

interesada por él, los celos se avivan y despiertan en mi interior. Ni de coña. Si tengo que sacarle los ojos a una de mis mejores amigas lo haré, pero no pienso dejar que se acerque a él.

A nuestro lado un grupo de chicos le anima. Le asesta un par de golpes certeros al mulato y la sala entera empieza a ovacionarle. Es bueno, y a pesar de no entender de boxeo, está claro que va a ganar.

Suena una campana y paran. Cada uno se sienta en una esquina, y lo que parece que son sus entrenadores corren a darles agua y a secarles el sudor. De repente, me fijo en los tatuajes de su brazo. Como si yo misma se los hubiera tatuado, porque me resultan demasiado familiares. Sin saber lo que estoy haciendo, me levanto y empiezo a acercarme al ring. Voy atravesando uno de los pasillos, apoyándome en los respaldos de las sillas de plástico, sin poder quitar la vista de sus ojos, fijos en las palabras de su entrenador.

Cuando me quiero dar cuenta estoy de pie, agarrada a una de las cuerdas. Si alargara el brazo podría tocarle. Y casi siento el impulso de hacerlo cuando un hombre me dice que tengo que alejarme. No quiero separarme más, de hecho necesito acercarme un poco, porque desde aquí aún no estoy lo suficientemente cerca de él.

El pesado del hombre me sujeta por el codo para llevarme hasta una

esquina.

El boxeador rubio se levanta, porque parece que se ha acabado el tiempo de descanso. Es un segundo, un fugaz instante, pero gira la cabeza y nuestros ojos se encuentran en la pequeña distancia que nos separa. Frunce el ceño exactamente igual que la primera vez que nos encontramos en la terraza, y de nuevo, se queda mirando mi flequillo despeinado. Abre la boca, parece que va a decir algo, pero la cierra al segundo siguiente.

La campana rompe el silencio y el combate comienza de nuevo. Mientras yo lucho por quedarme cerca y no perderme detalle, él esquiva el primer golpe algo desorientado, dirigiendo su mirada una y otra vez hacia mí. Tengo que irme hasta la esquina, más que nada porque el hombre amenaza con expulsarme, y me quedo cruzada de brazos con ganas de llorar, sin saber qué coño me está pasando.

Nerea llega hasta mi lado y me da el bolso.

—¿Qué haces? ¿Quieres que nos vayamos ya?

No le contesto, porque el chico rubio se lleva el primer golpe de lleno en la mejilla. Su cabeza se ladea hacia un lado y yo reprimo un gemido histérico. No pienso volver a presenciar algo así, lo estoy pasando fatal. ¿En qué estaría pensando viniendo aquí?

En vez de atacar, como estaba haciendo antes del descanso, baja los guantes y me busca de nuevo entre el público. Eso le cuesta otro golpe más, esta vez bajo las costillas, lo que hace que se incline de dolor. Me acerco corriendo hasta quedarme al lado del ring, moviendo la cabeza sin saber por qué, pidiéndole en silencio que no pelee más, que abandone. Que es peligroso. Que no le conozco, pero que no quiero verle sufrir de esta forma tan absurda.

Se incorpora sin dejar de taladrarme con esos ojos azules tan intensos que tiene, y recibe un puñetazo en la sien.

Cae al suelo mientras yo empiezo a gritar. La sala entera grita que se levante.

Nerea me arrastra hasta la pared más cercana, preguntándome si estoy bien. Yo solo puedo mirarle, ver cómo se intenta levantar, pero los brazos no soportan su peso, volviendo a tocar el suelo con la mejilla. El árbitro se acerca y, con un movimiento del brazo, para el combate.

Nerea me saca a rastras en contra de mi voluntad. Salimos por un pasillo por el que no habíamos entrado, y de repente estamos perdidas.

—Joder, por aquí no es la salida —se queja, tirando de mi brazo.

Suelto una lagrimilla traicionera liberándome de su mano y apoyándome en

una pared de azulejos sucios. ¿Qué me pasa? ¿Qué cojones me pasa?

—Eh, Alana, ¿estás bien?

—Sí —respondo, secándome la lágrima con el dorso de la mano—. No sé qué me pasa, creo que me tiene que venir la regla.

—Anda, vamos a salir de este antro de mala muerte. Te voy a llevar a un sitio donde se te van a quitar todos los males —me promete agarrándose a mi brazo.

Empezamos a andar por el pasillo sin saber hacia dónde vamos en realidad.

—No pienso ir al *Encuentros*.

—¡Joder! No hay manera de engañarte —se queja, dejando el mini vacío en el suelo—. No sé dónde estamos. Demos la vuelta, a ver si vamos a encontrar el sótano de los horrores por error.

Me cuesta andar, es como si mi cuerpo no quisiera alejarse de él, como si cada centímetro que pongo de distancia entre nosotros fuera una verdadera agonía.

—Nerea, no me encuentro bien —gimoteo, llevándome las manos al estómago. Algo me lo atraviesa, como si fuera un clavo ardiendo. Será la herida fruto de la muñeca diabólica.

Al final capto su completa atención. Para y se acerca con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre? Me estás asustando, porque tú nunca lloras —comenta ajustándose el bolso en el hombro.

—No puedo explicarlo, cuando mi mente tiene listas las palabras, mi boca las sabotea —intento decir sin saber lo que he dicho en realidad. Me siento confusa, como mareada.

No sé qué cara pongo, pero me da un beso en la mejilla y me agarra con fuerza el brazo.

—Seguro que la cerveza que nos han servido es del mercado negro de vete tú a saber qué país. Yo también estoy mareada. Creo que la mezcla de sudor, sangre, alcohol y humedad de aquí dentro nos está colocando.

Volvemos sobre nuestros pasos y al fin encontramos el pasillo correcto, cerca de la salida. No hago más que mirar hacia atrás, por si le vuelvo a ver, pero una manada de personas nos sigue, armando un jaleo colosal.

Cuando el aire fresco me golpea en la cara suspiro de alivio. Me estaba empezando a agobiar ahí dentro.

—Bueno, ¿dónde vamos ahora? Necesito una copa para matar todas las neuronas que hayan registrado lo que acabamos de presenciar —comenta,

encendiéndose un cigarrillo.

Le voy a decir que me siento agotada a pesar de no haber corrido una maratón, cuando un grupito de chicos dicen su nombre a escasos metros de nosotras.

—¡Anda! ¡Pero si son mis compis de la Universidad! —celebra contenta—. Ven —dice haciéndome una seña con la mano—, vamos a saludarlos.

Voy detrás de ella cuando alguien me toca en la espalda.

Me giro despacio.

Y me quedo sin respiración cuando me encuentro con el boxeador rubio a escasos centímetros de mí. Con una ceja un poco hinchada, el pelo empapado, no sé si de sudor o agua, con las botas que llevaba en el ring y los mismos pantalones cortos, pero con una sudadera puesta, medio abierta, dejándome apreciar parte de su torso desnudo. Y por un segundo, mis dedos me dicen que saben qué tacto tiene su piel, a pesar de no haberle tocado nunca.

—Te he visto durante el combate —dice despacio.

—Sí —consigo susurrar con taquicardia. No sé qué hacer con las manos.

—Te vi el otro día en una terraza —añade, con un brillo misterioso en la mirada, paladeado cada palabra.

Asiento con la cabeza y me peino el flequillo.

—Creo que nos conocemos... —dice, ladeando su atractivo rostro—, pero no sé de cuándo, ni de qué.

A mí me pasa lo mismo. Está claro que nos conocemos de antes, quizás cuando éramos niños y compartíamos clase en el jardín de infancia. Quizás nos hemos visto en algún evento, quizás... La mente se me embota cada vez que intento averiguar de qué me suena, pero es como si mis labios ya supieran a qué saben los suyos, y como si mis dedos ya conocieran la sensación de atravesar los dorados mechones de su pelo.

Alarga una mano e intenta tocar mi flequillo, como si lo quisiera peinar. Me retiro, me echo hacia atrás en un acto inconsciente, porque una alarma, una advertencia de peligro se instala en mi estómago. Parece que a él le pasa lo mismo, porque su cara se transforma en una máscara mezcla de confusión y dolor, retirando la mano con rapidez.

—Perdona —se disculpa, subiéndose por completo la cremallera de la sudadera—. ¿Cómo te llamas?

Voy a decírselo cuando las palabras se me quedan atascadas antes de salir.

Quiero decirle mi nombre, mi dirección, mi talla de sujetador, las posturas que más me gustan en la cama. Todo. Pero algo me paraliza.

Se acerca un paso más, salvando la distancia que nos separa.

—Yo me llamo...

Y se calla. Frunce el ceño y veo una cicatriz reciente en su frente. Siento el impulso de tocarla, pero algo me frena antes de mover la mano.

Nos quedamos en silencio, atravesándonos con la mirada.

Y el mágico momento se rompe cuando un grupo de chicos llega de improviso y le rodea. Como es más alto que la mayoría, aún puedo verle el rostro, que no deja de mirar el mío, a pesar de que todos intentan llamar su atención. Entonces la misma chica que estaba con él en la terraza se hace hueco entre los demás, llegando hasta su cuello y dándole un beso en los labios. Seguramente es su novia. Un pinchazo en el corazón. Celos, los mayores que he sentido en mi vida.

Más aún que cuando cualquiera de mis ex me confesaba que me engañaba con otra.

Él vuelve a buscarme con la mirada, pero yo estoy enfadada sin motivo. Me doy la vuelta y empiezo a poner un pie delante de otro para alejarme. Llego hasta Nerea temblando.

—Venga, vamos. Pablo monta una fiesta en su casa, y estamos invitadas — me dice contenta.

Pablo. Uno de sus antiguos compañeros, gracioso y simpático. Le voy a decir que no me apetece, que prefiero volver a casa cuando todos los chicos que antes hablaban con Nerea nos rodean. Me hago un hueco entre sus cuerpos y veo que el boxeador se ha ido. Ya no le veo.

Reprimo un gemido y me toco el corazón un segundo. Es el tiempo que me conceden, porque instantes después ya están tirando de mis brazos dos desconocidos diciendo que tienen ron y tequila, pero que si prefiero un gin tonic podemos comprar ginebra y tónica de camino a casa de Pablo.

Capítulo diez

Abro un ojo y veo que no estoy en casa. Me doy cuenta enseguida, porque el asqueroso olor a incienso no me inunda las fosas nasales. Maldigo en silencio y abro los ojos incorporándome al mismo tiempo.

—Mierda...

Estoy en una cama desconocida, con alguien a mi lado. Sigo vestida, y mi acompañante también lo está, por lo que sospecho que no hemos intercambiado fluidos.

Me llevo una mano a la cabeza, gimiendo de dolor. «Buenos días, maldita resaca», pienso, saliendo como puedo de la cama.

Abandono la habitación recuperando el bolso, que tenía tirado en el suelo en una esquina, y atravieso el pasillo en silencio, casi de puntillas. Muchas puertas a los lados, todas cerradas. Desemboco en un gran salón de concepto abierto, con una cocina moderna al final. Los recuerdos de anoche empiezan a florecer en mi aún adormecida mente, porque recuerdo haber pensado hace algunas horas, cuando el alcohol aún me provocaba risas y frenesí en vez de náuseas, que debería haber tirado la pared de mi cocina para que la planta baja se viera más amplia.

Vale, estoy en la casa de Pablo. Y sí, bebí hasta perder el conocimiento para no pensar demasiado en un boxeador de ojos azules que tiene novia.

Busco mi móvil en el bolso y llamo a Nerea. Su móvil suena en una de las habitaciones. Cuelgo y la puerta se abre, dando paso a la versión *destroyer* de mi amiga. Lleva puesto el vestido de anoche, pero todo arrugado y con un pezón fuera, pelos de loca y el rímel corrido.

—Jolines, Alana, solo son las nueve de la mañana —se queja, con la voz tomada y ronca—. Creo que voy a vomitar...

Se da la vuelta y acierta abriendo la puerta del baño. Segundos después el sonido de sus arcadas me provoca náuseas, así que me siento en el sofá y me tapo los oídos.

Joder, qué ascazo.

Busco desesperada una cafetera en la encimera de granito de la cocina, pero nada. Todo es tan aséptico que no me sorprendería si me dijeran que aquí se realizan intervenciones quirúrgicas los días laborables. Nada, ni una

botella vacía de ron, ni un vaso a medio beber. Juraría que anoche todo esto era un desastre, y ahora, hasta parece que acaban de pasar la bayeta por el fregadero.

Mis sospechas se confirman cuando una mujer entra en el salón. Me da los buenos días muy bajito y se pone a limpiar las ventanas.

—¿Café? —pregunto, con la boca tan seca que tengo que despegar la lengua del paladar.

Deja lo que está haciendo, y con una sonrisa, se acerca para abrir uno de los cajones. Saca una cafetera moderna de esas que funcionan con cápsulas, y un instante después, tengo una taza humeante entre las manos. No le doy un beso porque literalmente apesto.

Nerea sale del baño chocándose con las paredes del pasillo y con el bolso bajo el brazo.

—Vámonos, necesito mi cama —me pide, con los ojos casi cerrados.

Apuro mi taza y la dejo en el fregadero, pidiéndole perdón a la mujer y dándole las gracias desde la puerta de entrada.

Pedimos un taxi y le damos dos direcciones. Primero deja a Nerea, que me dice que descansará tres horas y vendrá a casa para el evento de la comida.

Pongo los ojos en blanco, porque o sucede un milagro, o sé que no veré a Nerea hasta la noche, eso con la suerte de mi lado.

Cuando pago al taxista rememoro todo lo que pasó ayer. El boxeador intentando hablar conmigo, las ganas de besarle todo el rato pero temor al mismo tiempo...

Abro la puerta de entrada y Lili me recibe con una cara que no me gusta un pelo.

—¿Dónde has pasado la noche, desvergonzada?

Me llevo una mano al flequillo y cierro los ojos. Dios. ¿Por qué? ¿Por qué a mí?

—Salí con Nerea y se me fue de las manos —explico, culpable de todos los cargos, dejando el bolso en el suelo. Me saco las botas y las dejo tiradas en la entrada, sin fuerzas para nada más que para arrastrarme hasta la cocina a por mi segundo café del día.

—Mientras tú estabas de fiesta, Ricardo y yo hemos tenido que custodiar la jaula por ti —me recrimina y recuerda, dando vueltas a mi alrededor mientras enciendo la cafetera—. Como no sabía a qué hora llegarías, he preparado yo misma las pistas del juego, he tenido que limpiar y ordenar el desorden y el caos de la cocina, he tenido que...

Levanto una mano implorándole silencio, porque la cabeza me va a explotar.

—Y tenías una cita con Ricardo, por si se te ha olvidado —continúa sin sentir ni una pizca de piedad por mi estado.

Joder, es verdad, teníamos que buscar a «alguien» que nos ayudara con la muñeca poseída.

—Perdóname, Lili. Soy estúpida. —Es lo único que consigo decir.

Compruebo el móvil. En dos horas, Hugo y Nerea deberían estar aquí. Es el día libre de Lucía, así que la histeria se instala en mi cuerpo en menos de dos segundos. No sé cocinar, no sé ni freír un mísero huevo.

Busco el teléfono del catering que utilizamos para emergencias y suspiro de alivio cuando me atienden. Les pido un menú completo con entrantes incluidos para nueve personas. Me aseguran que lo tendrán listo en tres horas. Perfecto, una hora antes de que lleguen los invitados.

Dejo el café a medio beber en la encimera y paso de Lili, que me persigue escaleras arriba congelándome el cogote. Abro la puerta de mi habitación un instante para comprobar que Ricardo es una estatua que no parpadea en un rincón, con los ojos abiertos hasta lo imposible sin dejar de mirar la jaula, el incienso y las velas. Una milésima de segundo frunce el ceño, lo que me indica que está molesto conmigo. Pero el pobre es tan educado que seguramente no me dirá nada al respecto, ya tiene a Lili para escupirme a la cara por él.

Entro en el baño y cierro la puerta, dejando a mi cabreada amiga fantasma en el pasillo.

—Ni se te ocurra entrar, necesito intimidad para cagar.

Son las palabras mágicas para mantenerla fuera.

Abro el grifo de agua caliente de la antigua bañera de patas y me desnudo despacio, pensando que, en cuanto salga, me tomaré un Ibuprofeno. O dos.

Una hora más tarde ya estoy disfrazada y lista para esperar a Hugo. Nerea me ha mandado un mensaje diciéndome que le envíe a un cura para que le dé la extremaunción. De puta madre, solo somos dos trabajando. Mejor dicho uno y medio, porque hoy no me considero una persona completa.

Suena el timbre. Termino de encender la última vela en la antigua biblioteca y abro la puerta.

—Buenos días —me saluda sonriendo Hugo, tan guapo como siempre. Aspiro su perfume de Jean Paul Gaultier, y mis hormonas se revolucionan un poquito—. Menuda cara tienes, me parece que anoche estuviste de fiesta... —comenta guiñándome un ojo mientras me da un ligero beso en la mejilla. Entra

y pasa directamente a la cocina, donde deja su disfraz encima de la mesa de madera. Yo me contengo para no tocar el rinconcito de piel donde aún siento sus labios.

La imagen de un rubio de mirada intensa me asalta, como siempre que estoy con Hugo, pero en esta ocasión me enfado. Incomprensiblemente con él, porque tiene novia, pero sobre todo conmigo, por obsesionarme de esta forma con alguien simplemente por ser muy, pero que muy atractivo. No pienso ser la típica *groupie* que va detrás de «famosillos». Ni de coña. Además, nunca me han gustado los rubios.

Voy hasta la cocina y me siento en uno de los taburetes.

—Estamos solos ante el peligro —digo, pasándome las manos por el flequillo—. Nerea está en coma y Lucía libra. Así que, ¿cómo lo hacemos?

Se pasa un dedo por la comisura de sus mullidos labios y yo me muerdo el mío en un acto reflejo. Sus ojos se iluminan y los entrecierra, inclinándose hacia delante, acercándose a mi rostro.

—Lo hacemos como tú quieras —responde, con la voz ronca y rota—. En tu

cama, aquí, encima de esta alfombra...

Cojo la servilleta maloliente y se la tiro a la cara.

—Me refiero al servicio de la comida —aclaro, roja como un tomate. Me arden las mejillas—. ¿Yo en la cocina y tú con ellos en la biblioteca? ¿O al revés?

—Me da igual —responde, comprobando el olor de la servilleta de tela y apartándola a un lado—. Anoche me lo pasé muy bien con los invitados pero, si quieres, hoy me encargo de la comida.

—Pues, si no te importa, yo prefiero encargarme de la cocina y de servir los platos, y tú de amenizar y guiar el juego —decido, cerrando los ojos un momento. Odio estar de resaca.

—De acuerdo —accede levantándose. Bordea la mesa y llega hasta mi lado.

Le miro por encima de las pestañas y me muerdo de nuevo el labio inferior—. ¿Qué estuviste haciendo anoche? —me pregunta, sonriendo de medio lado.

Me encojo de hombros y voy a contestarle que nada malo, solo alcoholizarme hasta quedar inconsciente, cuando se agacha y me besa. Es tan dulce que empiezo a derretirme por dentro. Alza una mano y me acaricia el cuello, tocando un punto que conecta directamente con mi vientre.

Un ruido a mi derecha me alerta. Abro un ojo y veo a Lili en una esquina.

Más cabreada que un mono castrado. Y como si ya supiera lo que va a pasar, un trocito de yeso se desprende de la pared y cae sobre la cabeza de Hugo.

Separa sus labios de los míos y se lleva una mano al pelo. Después mira al suelo, donde están esparcidos los restos blanquecinos.

—¿Qué cojones...? —Miramos el techo y vemos el desconchón.

—¡Estoy hasta las narices de los chapuzas de los albañiles! —grito, levantándome y haciendo un gesto con la mano a Lili para que desaparezca—. ¡Mira que les dije que tenían que arreglar la humedad del techo!

No tengo que molestarme en decir más sandeces porque suena el timbre. Es el catering, que trae la comida. Con algo en lo que ocupar nuestro tiempo, nos ponemos a trabajar, y cuando llegan los clientes todo está listo. Subo un segundo a mi habitación para comprobar que el candado está cerrado y la llave, como siempre, en mi bolsillo.

Cuando me acerco con las bandejas de canapés sonrío al ver a Hugo, delante de todos los invitados, actuando a la perfección. Voy dejando platitos por la mesa mientras me deleito en cómo se le marcan los músculos, casi visibles bajo su camisa blanca. La maldita pajarita, que dan ganas de arrancársela con los dientes, y cuando me mira y me guiña un ojo, el rubor se instala en mis mejillas.

Vuelvo a la cocina con sentimientos encontrados. Hugo me encanta. Me fascina su sonrisa, su voz, su forma de moverse. Y me halaga la forma en la que intenta conquistarme. Entonces, ¿por qué siento que está mal? Nunca antes me había pasado, pienso, separando la ensalada en los nueve platos. ¿Por qué no me quito de la cabeza al boxeador? Me ha dado muy, pero que muy fuerte con ese chico, no es normal. Dejo con rabia la pinza en la mesa y me sirvo un vaso de agua.

Miro por la ventana. El sol ilumina la plaza. Y hasta los toques dorados que se reflejan en los adoquines del suelo me recuerdan a su pelo.

—¡Joder! —digo, dejando el vaso con fuerza en el fregadero—. ¡Deja de pensar en él!

—¿En quién? —pregunta Hugo sorprendiéndome por la espalda—. ¿En mí?

—Pensaba que estabas con el grupo... —murmuro, muerta de vergüenza, clavándome la encimera en la espalda, inclinándome hacia atrás, intentando poner distancia entre nuestros cuerpos.

—He venido a ver cómo estabas. —Me sujeta la cadera con fuerza y hunde su rostro en mi cuello—. Qué bien hueles...

Una corriente eléctrica me atraviesa. Sé que ya he vivido esto antes, pero no era Hugo quien aspiraba mi olor. No era él, era otro.

¿Quién?

Alana, ¿a quién buscas sin saber, con una venda en los ojos? ¿Quién es ese «él» que Lili no hace más que nombrarte?

Le quiero apartar, porque estoy confusa, y de repente me entran ganas de llorar. Me falta un trocito de mi corazón, creo que lo he perdido, porque por las mañanas me levanto un poco triste, y por las noches, en la cama, busco entre las sábanas el calor de alguien que no existe.

Pero todo eso se acalla en mi mente cuando acaricia mis labios con los suyos.

Me levanta y me sienta en la encimera, haciendo que nuestros ojos estén a la misma altura. Envuelve mi rostro con sus manos y me besa despacio, muy suave.

Es un bálsamo para mi atormentada mente, aunque destellos de la imagen del boxeador me atacan sin piedad cuando cierro los ojos.

Así que los mantengo abiertos para dejarme querer por alguien real, que está aquí y ahora, conmigo, que puedo tocar y sentir, y que aunque no me persigue en sueños por las noches, por las mañanas llama a mi puerta para que le deje entrar.

Capítulo once

—Basta de tonterías —dice Lili en cuanto abro un ojo—. Vas a ir con Ricardo a buscar ayuda. Así que vístete —me ordena, haciendo que el edredón salga volando hasta el suelo.

Me hago un ovillo en la cama y meto la cabeza debajo de la almohada.

—Aún es de noche —me quejo, empezando a tiritar.

—Mi señora —escucho decir a Ricardo con una vocecilla asustada—. Aragón lucha por escapar. No podremos retenerle por más tiempo.

Rebuzno y me incorporo con fastidio. Estoy hasta los mismísimos ovarios de todo esto. Vale, yo le liberé por error de su cárcel *petacal*, pero es que todo, ¡todo!, me tiene que pasar a mí, jolines.

Lili, de brazos cruzados, levitando a milímetros de mi cara adormecida, Ricardo sin despegar sus ojos de la jaula iluminada por las velas.

—Y que no te vuelva a ver besando a ese plebeyo —me advierte, poniéndome un congelado dedo en la punta de la nariz—. Eres una... eres... ¡No puedo hablar! ¡No puedo!

—Besaré a quien me dé la gana —aclaro, buscando mi bata en el suelo—. ¡Vamos, lo que me faltaba!

—¿Cómo puedes hacerle eso? —pregunta, indignadísima, levitando hasta el techo y con los brazos extendidos.

—¿A quién? ¿A quién? —me pongo a gritar, enfadada. Si no tengo mi café y mi cigarro me convierto en un muñeco de barro rabioso—. ¡Dime de una vez quién cojones es esa persona! ¡Porque no sé de quién coño me hablas! ¡No lo sé!

Cierra las manos en dos puños intentando decir algo, gesticulando sobremanera, sin decir nada.

—¡Es tan frustrante! —grita, dándose por vencida—. Lo intento, Alana, te juro que lo intento, pero no puedo decir más. ¡No puedo! La magia oscura de...

—Mueve los labios sin que sonido alguno salga de ellos—. Es imposible —se queja, volando hasta los brazos de Ricardo. Apoya su cabeza plateada en el hombro del fantasma y empieza a lloriquear lastimera.

Ricardo ni siquiera la mira un segundo. Sigue en plan estatua de granito

mirando fijamente, sin parpadear, a la jaula con la muñeca endemoniada dentro.

—Tranquila, mi amor —dice, consolándola—. Resolveremos este entuerto.

Lo prometo, lo resolveremos.

—Pero mientras tanto, deja de besar a ese plebeyo desgarrado —dice Lili levantando la cabeza y atravesándome con su fría y gris mirada.

Cierro de un portazo y bajo las escaleras murmurando maldiciones. La cabeza a mil por hora, el corazón en un puño.

Voy hasta la pared que levanté yo solita de madrugada. Un pinchazo de temor al pensar en lo que hay dentro encerrado.

—¿Qué es lo que has hecho, asquerosa bruja sarnosa? —digo a la pared, con los brazos en jarras—. ¿Qué cojones has hecho?

El silencio que acompaña a mi pregunta me da todas las respuestas que ya tengo. Lo hecho, hecho está. Al menos conseguí salvar a Lili, Ricardo y a mi madre. Y yo misma no me convertí en un fantasma. Mucho más de lo que me esperaba, dada la difícil situación en la que estaba. Incluso mi sombra ha vuelto, así que no me puedo quejar.

Le saco la lengua a la pared y voy a desayunar.

No he tragado el último trocito de tostada cuando Lili vuelve a buscarme.

—¿Sigues así? —me regaña, cruzándose de brazos—. Ya te estás vistiendo, que Ricardo te está esperando.

Miro por la ventana y veo que aún no ha amanecido. El reloj de la cocina marca las putas cinco de la mañana. ¡Las cinco! Esto no es madrugar, esto es trasnochar.

—Y ver, alma de Dios... ¿A quién quieres que vaya a ver a estas horas?

Flota hasta mi lado y me sonrío con malicia.

—A Elena.

Diez minutos más tarde estoy saliendo por la puerta con el abrigo puesto, el bolso colgado de un hombro y a Ricardo dentro de mi osito de peluche. Ese que me regaló mi madre cuando aprobé quinto de primaria. Ese al que le arranqué un ojo sin querer y tuve que operarle de urgencia, cosiéndole un botón amarillo con las puntadas mal dadas.

Le llevo bien sujeto bajo el brazo, como si fuera un bebé peludo y tuerto.

Sabía que debía tener un bolso grande para ocasiones como estas. Y también sabía que debería guardar las bolsas de plástico de la compra en vez de tirarlas a la basura casi a diario. Es que no guardo ni las muestras gratuitas

de perfume que me regalan cuando compro en la droguería de la esquina. Por temor a convertirme en mi madre, Síndrome de Diógenes incluido de serie, que guarda hasta las hueveras. Por si valen para algo, dice. Sí, mamá, para acumular mierda.

—No te muevas, por lo que más quieras —le susurro muy bajito pisando con fuerza el empedrado de la calle. Rezo para no cruzarme con nadie en mi camino, porque pensarán que soy una chiflada.

Su cabeza marrón gira y me hace cosquillas con una oreja de pelo en el cuello.

—No os alarméis, mi señora. Pasaré totalmente desapercibido —me asegura moviendo alegremente los brazos y las piernas—. Ya no hay heces ni orín invadiendo la calzada...

Me paro en seco y le cojo con ambas manos. Le zarandeo un poco y pongo su ojo y botón a la altura de los míos.

—Cuando digo que no te muevas, me refiero a que ¡NO TE MUEVAS! —chillo histérica. A la mierda eso de no llamar la atención. Si es que lo sabía...

Cuando llevé de paseo a Lili por el metro me las hizo pasar putas, y me juré que una y no más, Santo Tomás. Pero claro, suelo repetir mis errores tantas veces que deberían darme ya un título universitario donde ponga: *Máster de Gilipollas, especialidad Mongolidades, por la Universidad Complutense de Madrid.*

Baja su cabeza peluda y sus labios cosidos hacen un puchero.

—Lo siento, dama mía. Me he emocionado. Llevo siglos encerrado —dice el condenado para hacerme chantaje emocional.

—No me llames así si no quieres que Lili te corte los huevos.

—Mi amada jamás haría semejante barbarie —dice tan tranquilo, moviendo la cabeza en todas direcciones. Pobre Ricardo, qué poco conoce a las mujeres.

—Que te dejes de mover. —Y sigue, como si le hablara a las paredes.

A la mierda. Si nos pilla uno de los Cuarto Milenio de paisano, que se lo lleven y le descuarticen a gusto para estudiar su fantasmagórica existencia.

—Vale, haz lo que te salga del higo. Pero si preguntan, vas a pilas alcalinas.

—De acuerdo, si preguntan diré que soy fruto de los avances modernos.

Paso de contestarle y aprieto el paso. Con este espécimen no se puede razonar.

Por suerte, o por desgracia, son las cinco y media de la mañana, y diría

que ni un alma está despierta aún. Solo me cruzo con varios barrenderos que no levantan la mirada del suelo. El cielo empieza a clarear entre los edificios.

Cuarto de hora más tarde hemos llegado a nuestro destino.

—Es aquí, mi gran salvadora —dice, señalando con su redonda mano sin dedos uno de los soportales de la Plaza Mayor.

Me acerco mirando alrededor. No hay nadie, la plaza está vacía. Se escuchan coches a lo lejos, autobuses circulando. Pero el silencio más absoluto cuando entro en el soportal.

—Aquí no hay nadie —susurro en su oreja peluda.

—Elena está aquí, junto a vos —me informa despacio provocándome un escalofrío por la espalda—. Elena, muéstrate ante nosotros.

Y de repente la imagen de una mujer se va formando frente a mí. Con un pañuelo en la cabeza, una camisa blanca con las mangas algo abultadas, falda hasta los pies y un delantal sucio. Sus ojos hacen que dé un paso atrás de inmediato, porque me hablan de sufrimiento y dolor. Y nunca me han gustado esas dos cosas.

—Elena, mi señora —empieza a decir el oso, ahora más inmóvil que un muerto, tan solo su voz me indica que Ricardo sigue dentro—. Necesitamos su ayuda y la de todos los que nos la puedan brindar.

—No os conozco —dice el fantasma girando la cabeza a un lado. Su mirada se alterna entre mi cara de pasmo y el ojo de botón de Ricardo—. No os conozco —repite como en una cantinela.

—A mí no, pero compartimos un amigo común —explica Ricardo sin amilanarse—. Eusebio, el tejedor de la calle Desengaño.

Las cejas del fantasma se alzan y asiente en silencio.

—El temible Aragán ha vuelto, y planea derramar sangre de nuevo —continúa mi amigo, sin levantar demasiado la voz.

La cara de la mujer se transforma en una máscara de terror. Por lo visto lo que me contaron es cierto, y el demonio que posee a la muñeca es famoso en la ciudad. Al menos para los fantasmas de esa época.

—Si esa bestia ha vuelto, me temo que Madrid está condenado —se lamenta la mujer, sujetándose el mandil y arrugándolo entre sus estropeadas manos—. Nada se puede hacer, amigo de Eusebio. Por cierto, ¿dónde está el tejedor de Desengaño? No recibo noticias de él desde hace mucho tiempo.

—Eusebio murió en manos de Madame Ardelean. Se lo comió sin piedad —dice Ricardo con tristeza—. Compartimos prisión mucho tiempo, por lo que me habló de vos, y de todos sus amigos de la Plaza Mayor. Sin duda el nombre

de Madame Ardelean le resulta familiar.

La mujer se lleva las manos a la boca en una mueca de dolor.

—He oído ese nombre antes. Prevenida estaba por si aparecía por aquí. Antes se hacía llamar Alina. Alina la bruja. Pero hace varios siglos de aquello. Mucho ha cambiado desde entonces, por lo que he escuchado.

—¿Alina? —pregunto, apretando más y más el cuerpo peludo que tengo entre mis brazos. Reprimo un escalofrío y me comienza a salir vaho por las narices.

La mujer asiente despacio.

—El marido y la criatura de la bruja murieron en manos de esa temible bestia.

Es entonces cuando dejó de llamarse Alina. Al igual que Aragán, que se ha bautizado a sí mismo con distintos nombres.

—¿Distintos nombres? —pregunto, empezando a temblar. Todos los fantasmas desprenden mucho, pero que mucho frío.

—Sí, muchacha, así es. Con sus primeros asesinatos se le conocía como «el hombre del puñal», después vino el rumor de un espíritu oscuro que asolaba el Rastro de madrugada, sorbiendo la vida de todo aquel que se cruzaba en su camino. Le llamaban «el duende». Y varios años después empezaron a aparecer cadáveres de mujeres violadas en el río. Pero todas esas muertes fueron provocadas por el mismo espíritu maligno.

—Necesitamos su ayuda. Es imperativo que nos diga cómo podemos acabar con este mal. Le tenemos encerrado en una jaula con un conjuro de sujeción, pero no sabemos el tiempo que aguantará antes de que escape —dice Ricardo.

La mujer sonrío con lástima. Dirige su mirada hacia mí, y vuelvo a retroceder unos pasos.

—Cuidado, joven, porque si es cierto lo que me cuenta tu amigo, la ciudad vuelve a estar en peligro. Fueron varios años los que nos mantuvo en vilo, cometiendo asesinatos a diario. Y de repente desapareció, sin saber cómo.

«Ella le consiguió detener. Madame Ardelean fue la única», pienso con un estremecimiento.

—Por eso hemos venido —digo, con la piel de gallina—. Porque no sabemos qué podemos hacer.

—Debéis encontrar a Francisca, la lavandera del Palacio Real. Ella quizás os pueda ser de más utilidad que yo. Decidle que vais de mi parte y os prestará ayuda. Buscad el almendro. Eso sí —añade levantando un dedo—, no

le mencionéis a su hijo Antonio.

Ricardo se agita nervioso entre mis brazos mientras asiento con fuerza. Anoto mentalmente no mencionar al tal Antonio.

—Muchas gracias, Elena. Estamos en deuda contigo. Sin embargo no nos queda mucho tiempo. Siento que cada vez se hace más fuerte, y dentro de muy poco no podremos retenerle contra su voluntad —explica el oso muy serio.

La mujer fantasma se lleva una mano al mentón.

—Entrad en una iglesia y coged agua bendita. Rociad toda la jaula donde decís que le tenéis encerrado. Eso os dará algo de tiempo, pero no os descuidéis, no será demasiado.

Y su imagen se diluye, desapareciendo ante nuestros asustados ojos.

Miro al cielo. El sol empieza a despuntar entre los edificios.

—Ricardo, nos tenemos que ir —digo, saliendo del soportal.

Vuelvo sobre mis pasos y salgo de la Plaza Mayor por el Arco de Cuchilleros.

El oso guía mis pasos hasta llegar a la Iglesia de Santa Cruz. Hasta que no toco su puerta cerrada no me permito respirar tranquila. Pero al ver el horario pego una patada de frustración. Hasta las ocho y media no abren, y no son ni las seis aún.

Me siento en los escalones y abrazo al oso porque tengo mucho frío.

—Mi señora... —empieza a decir Ricardo—. Estáis colocando mis pecaminosos ojos muy cerca de vuestros pechos.

Le suelto y le siento a mi lado, en el escalón. Apoyo la cabeza en la balaustrada de la escalera y cierro los ojos.

—Por lo que más quieras, no te muevas hasta que abran la puerta —le pido viendo que la calle comienza a salpicarse de gente.

Creo que me quedo algo traspuesta, porque un golpecito en la pierna me despierta de golpe.

Alzo la mirada y veo a un mendigo mirándome con cara de mala leche.

—Largo de aquí, que este es mi sitio —me dice, dándome otra patada en el pie. En el suelo, a mi lado, un montoncito de monedas de cinco, diez y veinte céntimos. Me seco un poco de baba de la comisura del labio y me levanto confusa.

—¿Qué hora es? —le pregunto, atontada. Lo compruebo yo misma en el móvil y pego un grito al ver que son las diez de la mañana—. ¡Me he quedado dormida!

—¡Y a mí qué me cuentas, puta loca! —me grita escupiéndome—. ¡Largo

de aquí!

Subo las escaleras de la iglesia de dos en dos y entro un poco mareada. Saco mi botella de agua del bolso y vacío el contenido en el suelo, a mi lado, justo delante de la puerta. Nada más entrar me encuentro con una especie de concha gigante con agua dentro. Meto la botella y espero hasta que se llene. Una viejecita entra detrás de mí y se queda parada ante lo que ven sus ojos.

—Debería darte vergüenza. ¡Que esto no es para beber! —me reprende, levantando la voz—. ¡Es que los jóvenes ya no respetáis nada!

Paso de ella, evidentemente. Cierro la botella y me la vuelvo a guardar en el bolso. Voy bajando las escaleras por el lado más alejado del mendigo, que ya se ha agenciado mis monedas, y siento que me falta algo.

Pego otro grito cuando me doy cuenta de que el oso no está donde lo dejé.

¡Me han robado mi osito! Dios...

¡He perdido a Ricardo!

Lili me mata. Lili me asesina mientras duermo.

—¡Ricardo! —empiezo a gritar empezando a ponerme nerviosa. Me pongo a andar mirando al suelo y a la gente que pasa a mi lado, por si alguno me lo ha robado—. ¡Ricardo! —vuelvo a gritar, desesperada.

Me tiro del pelo y me paro en mitad de un paso de cebra. Los transeúntes se chocan conmigo. Doy vueltas para ver si le veo.

—¡Ricardo!

Seguro que me lo han robado. El pobre se habrá hecho el inerte, tal y como le pedí, y algún sinvergüenza se lo ha llevado. Rodeo la manzana corriendo, comprobando las papeleras y los cubos de basura. Vuelvo a la iglesia, y me quedo un rato esperando por si alguien le devuelve.

—Que no lo haya robado un niño... —susurro con las manos en las mejillas—. No le desearía eso ni a peor enemigo.

Un mensaje de Nerea, recordándome que hoy nos toca trabajar a las tres.

Preguntándome si he ido a comprar los ingredientes para el evento de la comida.

¡Mierda! ¡Se me ha olvidado! Si es que no se puede compaginar todo el trabajo que conlleva dirigir una empresa con la destrucción de un espíritu malvado y asesino en serie.

Estoy bloqueada.

Me siento en un banco enfrente de la Iglesia y vuelvo a llamar al catering.

Pido comida para doce comensales y, en cuanto cuelgo, meto la cabeza entre las piernas, porque me falta el aire.

Tras diez minutos de agonía decido volver a casa. Por un segundo he pensado en ir a la comisaría de Sol y denunciar el robo de un osito de peluche. Pero he desechado la idea al segundo siguiente, porque no me apetece que se rían en mi puta cara.

Abro la puerta con el corazón desbocado. Voy hasta mi habitación para rociar la jaula con el agua bendita. Abro el candado y entro. Lili en la esquina, sin quitar la vista de las velas y el incienso.

—¿Cómo os ha ido? —me pregunta nerviosa.

Saco la botella de agua y con cuidado de no apagar las velas, mojo todos los barrotes despacio, con ganas de llorar. Un humo con olor a azufre se eleva desde el hierro mojado hasta el techo.

—Alana —me llama.

—¿Qué? —pregunto, acojonada, pero intentando disimular.

—¿Qué haces? ¿Habéis descubierto algo importante?

—Sí —respondo, escueta, terminando de vaciar el contenido de la botella. Un reguero de agua se mete debajo de mi cama. No tengo intenciones de secar el suelo. A lo mejor también me protege mientras duermo.

—Alana.

—¿Qué? —vuelvo a preguntar, quitándome las zapatillas y cogiendo el disfraz del armario.

—¿Dónde está mi prometido? —Me giro despacio y me quedo mirando sus labios aterciopelados. Empiezan a contraerse en un rictus nada agradable —. Te he hecho una pregunta, Alana. ¿Y Ricardo?

Me encojo de hombros y empiezo a sudar. Abandona la esquina y su misión de no perder de vista la jaula, y se acerca volando deprisa hasta quedar a milímetros de mi cuerpo.

—¿Dónde está mi amado? —vuelve a preguntar. Pero esta vez con una voz de ultratumba que hace que los pelos se me conviertan en escarpías.

—Lo he perdido —reconozco en un hilo de voz. Me abrazo al disfraz y cierro los ojos con fuerza, porque me manda para el otro barrio.

Como la conozco sé que se va a poner a gritar, a romperlo todo, a hacer volar las paredes... cuando llaman al timbre. Pienso que es demasiado pronto para ser los del catering, y tampoco pueden ser mis amigas. Ella llega a la misma conclusión que yo, por la cara que pone, y bajamos corriendo las escaleras.

Bueno, yo corriendo, ella volando.

—Quédate ahí escondida —le pido justo antes de abrir con el disfraz

arrugado en mi mano.

Un hombre de media edad, barrigón y calvo, me sorprende cuando abro. Los brazos le cuelgan flácidos y sin vida, y en una mano llena de pelos lleva agarrado al oso. Se lo quito sin miramientos y lo abrazo en un gesto protector.

—Muchas gracias... supongo —digo extrañada. Sus ojos se mueven sin sentido, como mirando a todos lados. La boca torcida, la baba cayendo por la comisura de sus finos labios.

—¿Dónde está mi amada? —pregunta de repente sin mover los labios, haciendo que pegue un grito y salte hacia atrás.

Da un paso inseguro y después otro, y aunque le intento cerrar la puerta en las narices, es tan corpulento que la madera rebota en su tripa, y se vuelve a abrir hasta que golpea con la pared.

—¡Salga ahora mismo de mi casa! —grito abrazada al oso.

Ni se molesta en mirarme, avanza un pie con torpeza y después otro hasta llegar a la cocina.

—Ocaso eterno, ¿dónde estás? —escucho que alguien dice dentro del hombre.

Meneo al osito y le miro al ojo sano.

—¿Ricardo?

No se mueve, así que lo dejo en el suelo y me voy a acercar con cuidado al señor, cuando Lili me sujeta del brazo, tan escondida en la pared que se ha mimetizado con ella. Solo se le distinguen los ojos grises.

—Creo que Ricardo está dentro del hombre —me susurra despacio.

—¿Liliana? ¿Amada mía? —dice volviendo sobre sus pasos, caminando como si estuviera ebrio.

Lili flota hasta llegar a su lado y yo me escondo entre los barrotes de la escalera.

—¿Ricardo? ¿Estás ahí dentro?

La cara del calvo se mueve y veo que intenta sonreír. Pero cuando consigue que las comisuras de sus labios se alcen un poco en el rostro pego un chillido, porque resulta aterrador. Incluso Lili se echa hacia atrás asustada.

—Este hombre me robó de su lado, mi salvadora —explica la voz del fantasma dentro del cuerpo del gordo. Pero que la cara no se le mueva al hablar resulta inquietante, por no decir otra cosa peor—. Me alejaba por la calle sin poder despertarla.

—¿Por qué no saliste del oso y viniste volando hasta aquí? —le pregunto, levantándome de los escalones.

—No podemos hacerlo, Alana —dice Lili—. Por eso tenemos que poseer objetos para viajar. O, en este caso —añade mirando al hombre con cara de asco —, a personas.

—Es la primera vez que lo hago, mis damas. Resulta hartito complicado mover un cuerpo —se queja Ricardo.

—No hace falta que lo jures —suelto rodeando con mucha distancia la tripa del señor—. Venga, sal ya, que mis amigas y el catering están a punto de llegar.

—Sus deseos son órdenes —dice inclinándose, intentando hacer una reverencia de las suyas. El resultado es que le veo la hucha con pelos... y se le escapa un pedo apestoso.

El hombre cae al suelo de boca con un estrepitoso ruido y Ricardo escapa del cuerpo con rapidez. Me tapo la nariz, porque el olor es vomitivo, y me empiezo a descojonar al ver la cara de mi amigo fantasma, completamente avergonzado.

Juraría que hasta se ha puesto colorado.

—¿Y ahora qué hacemos con esto? —pregunto, señalando el culo peludo del hombre—. ¿Es que no se va a despertar?

Se encogen de hombros, totalmente sincronizados.

—Desconozco los síntomas de una persona después de haber sido poseída por un fantasma —dice Ricardo, levitando escaleras arriba—. Si no os importa, me voy a custodiar de nuevo al rehén.

Ale, y se va tan pancho.

Joder...

Lili le sigue sin tener siquiera la decencia de ayudarme a sacar al hombre, al menos hasta la calle.

—Como siempre, te quedas sola para el trabajo sucio —murmuro remangándome. Me agacho y le intento zarandear un poco para que despierte—. Señor, señor. Hoolaa...

Al menos compruebo que respira, pero es como si estuviera profundamente dormido. Y empieza a roncar.

—Joder...

—Oiga señor, despierte. ¡Despierte! —grito al fin, pegándole una colleja. Ni con esas, no hay forma. Compruebo en los bolsillos de su pantalón que no lleva nada, ni cartera, ni su DNI... Por si acaso, palmeo su camiseta sudada, pero nada, solo encuentro pelos y grasa.

No sé qué hacer. Podría llamar a una ambulancia y contarles que llamé a

mi puerta diciendo que se encontraba indispuesto y de repente cayó inconsciente al suelo. Pero tampoco sé si, cuando despierte, recordará todo esto. Si sabrá lo que le ha hecho Ricardo... Mis amigas están al caer. Los invitados llegan en dos horas.

Subo corriendo las escaleras y llamo a Lili. Con la ayuda de mi amiga fantasma, que levanta su cuerpo y lo hace flotar hasta el piso de arriba sin esfuerzo, le dejamos tendido en mi cama esperando que despierte pronto.

—Lili, avísame en cuanto veas que se va a despertar —le ordeno cerrando la puerta de nuevo y echando el candado—. Hoy no hay trucos especiales, quedaos juntos y avisadme al más mínimo problema.

Me desnudo en el pasillo y me pongo el disfraz. En el baño me maquillo e intento tranquilizarme cuando suena el timbre. Coloco el catering en la cocina y preparo las pistas, inquieta.

Un mensaje de Hugo me hace sonreír. Me desea suerte en los eventos de hoy.

También dice que añora el sabor de mis labios, y me pregunta si podríamos vernos un rato después de la comida. Le contesto que hoy es imposible, que ya nos vemos mañana.

No contento con mi respuesta, me llama.

—¿Hugo?

—No quería llamarte hasta comprobar que estabas despierta —dice al otro lado del auricular, risueño. Le escucho sonreír—. ¿Por qué no podemos vernos hoy? Tenía pensado llevarte a mi bar preferido, aunque solo sea una hora.

«Veamos...», pienso, moviendo rítmicamente los dedos sobre mi labio inferior.

«Tengo a un asesino grillado encerrado en una muñeca diabólica intentando escapar, a dos fantasmas babosos y pesados en una esquina, a un desconocido al que le huelen mucho los pies inconsciente en mi cama porque acaba de ser poseído, y a una bruja emparedada. No, creo que no me puedo permitir el lujo de irme de juerga, aunque solo sea una maldita hora de mierda».

—No puedo. Imposible —contesto impaciente al escuchar el timbre. Deben de ser mis amigas—. Hugo, tengo que colgar. Mañana nos vemos.

—Alana —murmura, claramente decepcionado—. Piensa en mí tanto como yo pienso en ti. Hasta mañana, princesa.

Balbuceo algo sin sentido y cuelgo.

Mis amigas tocan la puerta con los nudillos gritando improperios y vuelvo a la realidad. Durante las tres horas que dura el juego estoy en tensión, subiendo cada poco al piso de arriba para poner la oreja en la puerta, a ver si escucho algo.

Como los fantasmas no vienen a buscarme, entiendo que todo está bajo control.

Cuando despedimos a las invitadas nos sentamos en la cocina a comer. Son ya las cuatro, y yo estoy que me voy a desmayar.

—No sé a qué es debido —empieza a decir Nerea—, pero al grupo de hoy les he visto como un poco decepcionados. ¿Has cambiado algo del juego? —me pregunta con un trozo de pescado muy cerca de sus labios, a punto de ser engullido.

«Es que hoy tengo a los fantasmas de la casa ocupados en asuntos más importantes», pienso, intentando sonreír.

—Qué va, no he cambiado nada. —Devuelvo mi mirada a mi plato, donde trocitos de bacalao flotan en una salsa de pimientos rojos deliciosa. Y, sin embargo, tengo el estómago cerrado.

—Por cierto... al final no me dijiste quién era tu amigo.

—¿Cómo? —pregunto, absorta en la pantalla del móvil.

—Tu amigo. El boxeador. Al final no me dijiste quién era —continúa Nerea, pellizcando un poco de pan—. Aunque lo intuyo, porque te vi hablando con ese rubiales. —Alza las cejas y me guiña un ojo. No sé cómo puede hacerlo, porque debe llevar como tres toneladas de rímel encima.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Lucía, ajustándose el pañuelo—. ¿Qué amigo boxeador?

La imagen del chico me asalta de nuevo, como siempre que cierro los ojos, aunque sea para pestañear. Me levanto con el plato en la mano y lo dejo en el lavavajillas.

—En realidad es el amigo de un amigo. No es nadie —miento mirando a través de la ventana.

¿No es nadie, Alana?

Entonces, ¿por qué no te lo puedes sacar de la cabeza? ¿Por qué has comprobado en tu móvil, mientras comías, que el próximo combate es mañana a las nueve en el Gran Casino de Madrid, en Torreldones?

Empezamos a limpiar y a preparar el evento de la cena. Sí, estamos ganando dinero, pero nos estamos quemando un poco porque no tenemos descanso. Como me da miedo abrir el candado y que alguna de mis amigas

cotillas entre en mi habitación, ni siquiera lo intento. Solo susurro a través de la puerta que, si me necesitan, que me llamen. La cabecita plateada de Lili atraviesa la madera para decirme que no hay novedades.

—El hombre gordo ronca mucho —se queja mirándome a través de sus largas pestañas.

—Pues no le despiertes hasta que todo el mundo se haya ido.

El evento de la cena lo damos por inercia. Los invitados también se muestran algo decepcionados, y aunque intento compensar la falta de efectos especiales con relatos y una sobreactuación por mi parte, es en vano. La gente viene a ver al fantasma de Lili. Aunque sea inconscientemente, saben que no está, que no hace frío, que las llamas de la chimenea no se elevan, que las velas no se consumen.

Que en el baño, el espejo no les deja mensajes, ni la cajita de música se abre. Lili es la verdadera protagonista del juego, y sin ella, esto es una mierda.

Por fin cierro la puerta con mis amigas alejándose por el empedrado de la calle. Suspiro de resignación y subo hasta mi habitación. La estampa es exactamente la misma que esta mañana. Me acerco hasta el hombre gordo y le zarandeo para que se despierte de una santa vez y pueda quemar el colchón.

—¡Señor! ¡Despierte! —grito, enfadada. Me giro y señalo a Ricardo con un dedo—. ¿Qué le has hecho para que esté así? ¡Al final va a venir la policía y me van a detener por secuestro!

—Nada, mi señora. No le he hecho nada —se defiende, con su atractivo rostro impassible. Vamos, que le da igual que este hombre se tire un mes durmiendo en mi cama.

—No, solo le has poseído. Y sin saber siquiera los efectos secundarios. ¡Y le metes en casa, nada menos!

—¡Tú le abandonaste a su suerte! —salta Lili sin soltarle la mano, juntitos en la esquina. Creo que la pintura de la pared se está desprendiendo por congelación—. Menos mal que es un verdadero hombre y ha sabido regresar sano y salvo con su prometida.

«Vale, Alana. Es suficiente», me digo, pellizcándome el puente de la nariz y aplastándome el flequillo. ¿Qué hago? ¿Le arrastro hasta la calle y que se piensen que es un borracho? Bueno, necesitaría ayuda para sacar su culo de mi casa, porque tiene pinta de pesar demasiado. ¿Dejo que se despierte entre estas cuatro paredes, y cruzo los dedos para que no se acuerde de su episodio de posesión *Ricardil*? ¿Me tiro por las escaleras de cabeza esperando quedarme en coma unos cuantos meses y que se apañen sin mí?

Me decanto por la segunda opción, al menos de momento. Es de noche y hace frío. No podría dejarle a la intemperie, tampoco pienso llamar a la policía... Así que solo me queda esperar un día más a que despierte y, cuando eso ocurra, tantear lo que sabe y lo que no sabe. Si sabe demasiado le tendré que, no sé, sobornar, por ejemplo.

Me voy al saloncito de la entrada con una manta y me tumbo echando de menos mi maravillosa y mullida cama. Un mensaje de Hugo, deseándome las buenas noches. Me animo un poquito pensando que voy a verle mañana, pero en cuanto cierro los ojos veo otros ojos, de un azul tan intenso que me quedo sin respiración.

Capítulo doce

Me despierto demasiado pronto porque el cuello me está matando. Intento darme la vuelta, cuando me doy cuenta de que no estoy en mi cama, sino en el diminuto pero monísimo sofá que decidí comprar, seguramente drogada hasta las cejas por algo que soltaban por los conductos de aire en la tienda de muebles.

Me levanto enfadada y voy hasta la cocina a preparar café. El maldito sonido del micrófono y un grupito de gente liderada por el chico delgado de la gorra con un logotipo.

Abro la ventana y me protejo los ojos con la mano.

—¡Largaos! ¡Es una propiedad privada!

Ni caso. Siguen a lo suyo. Eso sí, me acribillan a fotos.

La gélida corriente a la que ya estoy más que acostumbrada me indica que un fantasma anda cerca, así que cierro con rapidez y bajo la persiana.

—El gordo sigue roncando —se queja la cabeza de Lili en el techo—. Es sumamente molesto. ¿Puedo amordazarle?

Pongo los ojos en blanco y subo hasta mi habitación. Abro el candado con la llave que me colgué ayer de uno de mis colgantes y me tapo la nariz, asqueada.

—Lleva tirándose pedos toda la noche —me informa Lili cruzada de brazos, mirándole con odio. Entre los gases del desconocido y el incienso, esto parece una cámara de gas.

—Pues no podemos ventilar, a ver si se van a apagar las velas —murmuro acercándome hasta la barriga del susodicho. Sube y baja acompasada, la garganta tiembla por los ronquidos, un profundo sopor le acompaña.

Le suelto un guantazo con la mano abierta, pero surte tanto efecto como si una pluma se hubiera introducido en su ojete. Nada, no muestra signos de que se vaya a despertar.

—No puede seguir aquí. En tres días se habrá deshidratado... —digo, pensativa—. Debería llamar a una ambulancia.

—Y entonces sabrán que le ha tenido retenido en contra de su voluntad —remarca Ricardo sin despegar los ojos de la jaula—. Eso debería haberlo hecho ayer, hoy ya no es buena idea.

—¡Muchas gracias por el consejo! Un poco tarde, Ricardo —digo molesta.

—Despertará, confíe en mí —me asegura sin mirarme.

—Sí, y a saber lo que vamos a hacer cuando eso pase. Porque a ver cómo le explico que le he tenido en mi cama dos días y una noche.

No me contestan. No me extraña, ya bastante tienen con olerle los pedos.

Cojo ropa interior blasfemando. Me doy una ducha caliente despacio, sin prisas. Algo le pasa a la caldera, porque de repente el agua empieza a salir fría. Y en un destello fugaz, la imagen de ese chico boxeador y yo besándonos, justo aquí mismo, justo en esta situación.

Salgo encharcando el suelo y me tapo con una toalla.

¿Habré soñado con él? Desde luego soy un poco fantasiosa, pero ya me estoy pasando. ¿Qué narices me ha dado con ese chico?

Me pongo el disfraz y me maquillo con esmero. Antes de bajar vuelvo a mi habitación para pedirles que sigamos el plan de ayer: quedarse juntos y avisarme ante cualquier problema.

—Ya estamos hartos, Alana —se queja Lili—. Esto es muy aburrido... A Ricardo se le está quedando cara de estatua. ¡Mírale! ¡Si es que ni pestaña!

—La señora me ha encomendado la misión de proteger la mansión, y eso estoy haciendo, lucero del alba —dice como en trance—. Además, siento que Aragón se hace más y más fuerte. Dentro de poco no podremos retenerle. Hemos de ir a ver a la lavandera del Palacio Real, tal y como nos dijo Elena.

—Vamos mañana, que hoy es lunes y está cerrado.

Cierro la puerta y echo el candado. A la mierda, o acabo en un psiquiátrico o acabo en la cárcel.

Preparo las pistas, repongo las velas, enciendo la chimenea, llamo al catering

para pedirles comida de nuevo... Cuando me quiero dar cuenta suena el timbre.

—¡Holi! —suelta Nerea risueña haciendo pompas con su chicle.

—Oye Nerea —digo empujándola hasta la cocina—. Ha pasado algo...

Me explota una pompa en la cara y empieza a jugar con su dorada y perfecta melena.

—¿Que estás besando a Hugo a mis espaldas? ¿Es eso? —pregunta, haciéndose la digna.

—¿Cómo lo sabes? —quiero saber, sintiéndome mal.

Sonríe y se enciende un cigarrillo.

—Porque ayer me lo intenté montar con él al salir de aquí y me dio largas.

Me dijo que estaba interesado en ti y que ya os habíais besado. Casi me cuelga el teléfono cuando le insinué que eres una mojigata y que conmigo se lo iba a pasar mejor.

Le doy un pellizco de monja indignada.

—¡Au! ¡Era solo para ponerle a prueba, jolines! —dice, frunciendo los morritos rosas—. Somos amigas, y tenía que comprobar que era bueno para ti.

Mi corazón se enternece un poquito de repente.

—¿Así que te rechazó?

—Sí, tía. Fue un poco humillante, la verdad —reconoce, haciendo muecas, tan exagerada como siempre—. Pero lo que está claro es que le gustas, y mucho, porque si me ha rechazado...

Sonrío de medio lado encendiéndome un cigarrillo también. Suelto el humo despacio y busco una taza para tomarme otro café. Se pone a comprobar cosas en su móvil cuando suelta un grito.

—Nos han cancelado la cena de hoy, así que... ¡Noche libre! —celebra triunfal.

Pongo los ojos en blanco. En qué momento absurdo nos encontramos, que nos alegramos cuando perdemos una reserva. Aunque, si he de ser sincera, yo también me siento aliviada.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —me pregunta sonriente cruzando sus largas piernas tan despacio que le veo el tanga transparente y el potorro depilado—. Soy toda tuya.

Tamborileo los dedos en la mesa, pensando una y otra vez en el boxeador.

Hoy tiene combate en Torreldones. Quizás Lucía nos preste su coche...

—¿Te apetece ver otro combate? —pregunto esperanzada.

La sonrisa se le borra de la cara en segundos.

—Ni de coña. Me niego. Voy a decirle a un chico con el que estoy hablando que nos vamos al cine... —dice con la ceja levantada.

—¡Nerea! ¡Por favor!

La verdad es que estoy desesperada por ir, porque he leído que es su último combate. Por lo visto se retira para siempre de la profesión. Por eso es tan importante verle por última vez.

—Que no. Vamos a ver, ¿desde cuándo te gusta ir a esos sitios? ¿Tiene algo que ver el rubio buenorro? ¿Es eso? —pregunta, recuperando de nuevo el brillo en los ojos. Dale una escabrosa historia de amor y desprende purpurina por los ojos.

—No, da igual. ¿Sabes si Lucía tiene planes?

—Ha quedado con Miriam. —Y las dos ponemos cara de acelga. Joder con la ex, parece que vuelve con fuerza.

No podemos seguir con la cháchara porque el timbre suena, y la voz de Hugo invade la entrada. Corro a abrirle la puerta y se lanza a darme un dulce beso en los labios.

—Qué pasa, princesa —me saluda, agarrándome con fuerza por la cintura—. Estás preciosa.

Mis mejillas empiezan a arder y me suelto al sentir que tenemos espectadores.

Mi querida Rapunzel está inclinada en la banqueta a punto de comerse el suelo con tal de espiarnos. En cuanto la miro disimula, o al menos lo intenta.

Entramos en la cocina y nos sentamos.

—La cena de esta noche está anulada —dice Nerea mirando a los ojos de Hugo de una manera demasiado intensa para mi gusto. Aunque dice que lo hace para ponerle a prueba, yo creo que una parte predominante en ella, porque no lo puede evitar, intenta seducirle a toda costa—. Así que tienes vía libre para acompañar a Alana a un combate de boxeo —dice la muy puta, sonriendo de oreja a oreja. Sabe que voy para ver al chico rubio, por eso lo ha dicho.

Hugo me mira y se estira, dejándome apreciar su altura y sus músculos marcados del abdomen.

—Pues encantado de acompañarte —dice sacando su disfraz. Aprieto las piernas cuando veo la pajarita. Maldita pajarita... ¿la estará rociando con feromonas masculinas?

—No es necesario, de verdad... —empiezo a decir, sin saber muy bien qué hacer. No quiero ir con Hugo a ver a ese chico, de hecho, no sé por qué quiero verle de nuevo. No es querer, es como un deseo visceral, una necesidad inexplicable. Es como si me faltara el aire continuamente, y solo consigo tomar aliento de nuevo cuando le tengo cerca.

—Tonterías —suelta Nerea—. Es en Torrelodones, así que tendréis que ir en tu coche, Hugo.

—Que he dicho que no —replico, empezando a enfadarme. Se está poniendo muy pesadita. En qué hora le habré dicho que quería ir.

—Pero Alana, si te vuelves loca al ver... —Hace una pausa sonriendo.

Aprieto los labios para no apretarle la garganta—. Los combates. Hugo, en serio, es una apasionada de ese deporte.

Hugo me mira y se ríe.

—Pues no hay más que hablar. Tenemos una cita —dice, guiñándome un

ojo y poniendo punto y final a la discusión.

Damos la comida y dirijo el juego inquieta, con miedo cada vez que suben a buscar pistas. Una chica me pregunta por qué hay una habitación con un candado. Le respondo que porque encierro a mi perro Panzón, que duerme por el día y ronca como un oso.

En cuanto recogemos, Nerea se escapa por la puerta lanzándome un beso envenenado en la distancia. ¡Será putilla!

—Bueno, princesa —empieza a susurrar Hugo, acercándose hasta llegar a mi lado—. Si el combate es a las nueve, tenemos cuatro horas para conocernos un poco más. —Se inclina y me empieza a besar. Primero suave, despacio, pero después introduce su lengua en mi garganta mientras me coge entre sus brazos.

Cierro los ojos por costumbre, pero los abro de nuevo cuando veo al boxeador.

Siempre visualizo sus ojos, de un azul tan intenso que parecen el océano encerrado. Hugo se da cuenta y se retira un poquito, solo un poco, para darme un cariñoso beso en la punta de la nariz.

—¿Estás bien? ¿Quieres que subamos a tu habitación?

Pego un respingo y me libero de su abrazo.

—¡No! —Me siento en uno de los taburetes de la cocina y jugueteo entre mis dedos con un tenedor sucio—. Estoy cansada... deberías irte a casa.

Creo que mi mirada transmite un poco de pesar, de lástima. No hago más que darle largas. Pero él se mantiene como siempre, optimista y decidido.

—Tenemos una cita, por si no te acuerdas —dice, enseñándome sus dientes blancos. Sería el candidato perfecto para un anuncio de dentífrico.

«Sí, y yo a un gordo inconsciente y a una muñeca diabólica arriba», pienso nerviosa. «Y a una bruja emparedada, que siempre se me olvida. Y a dos fantasmas».

—Hugo...

—¿Y si vamos saliendo ya y paramos a tomarnos algo por el camino? —insiste, posando de nuevo sus labios en los míos. Sus besos son tan suaves, tan dulces, que me cuesta un poco apartarme.

En realidad no voy a adelantar nada quedándome en casa...

—Ve a buscar el coche —le digo, levantándome—. Me preparo y en diez minutos estoy lista.

—Estás perfecta.

—¡Estoy disfrazada! Tú ya te has cambiado, pero yo no.

Sale por la puerta recordándome que tan solo me concede diez minutos mientras subo los escalones de dos en dos. Abro el candado y entro. Todo igual, excepto la cara con la que me mira Lili.

—Creo recordar haberte dicho que no besaras a ese plebeyo —dice con los ojos entornados—. Nosotros custodiando esto —escupe señalando la jaula y el barrigón del hombre—, y tú de besuqueos con quien no debes. ¡No debes! ¡Es que me sacas de quicio!

Sin prestarle atención, escojo del armario uno de mis vestidos preferidos: de punto verde y ajustado. Media manga y largo. Mis botines con tacón y unas medias.

—¡Y se puede saber dónde vas ahora! —grita histérica. Si estos chillidos no despiertan al hombre, nada lo hará—. ¡Estamos en estado de crisis, jovencita!

Con las manos ocupadas miro al hombre, roncando como si no hubiera mañana, la jaula, Ricardo modo estatua y a Lili echando espumarajos por la boca.

—Si no ha despertado cuando regrese —digo señalando al «cuerpo durmiente»—, me ayudáis a sacarlo de casa y le dejo en la calle. Llamo a la policía y le digo que me lo acabo de encontrar así. No podemos esperar más. Si despierta haceos los invisibles y que se largue.

—¿Y si ve la jaula, las velas, el incienso, la sal? ¿No crees que sospechará que ocurre algo extraño? —pregunta mi amiga fantasma, tan puñetera como siempre.

—Si veis que se empieza a despertar le sacáis directamente de casa volando.

Le dejáis con cuidado en la acera. De hecho, si deja de roncar, lo hacéis sin pensarlo dos veces. Y cuando llegue llamo a la policía —decido al fin. No podemos seguir así. Un día más y seguro que empiezan a empapelar Madrid con su cara. No tiene anillo de casado, pero no sé si tiene novia, novio, hijos, compañeros de piso, un trabajo...

—¿Dónde vas?

Miro a Lili y me arrepiento al segundo. Es peor que mi madre.

—Voy a salir con Hugo —informo con la boca pequeña—. Necesito desconectar.

—¿Ah, sí? No me digas... ¿Y acaso nosotros no? —ataca sin piedad—. ¡No somos tus esclavos! ¡No me está dando tiempo a preparar la boda! ¡Eres una desagradecida! ¡No tienes consideración!

Ya está, ya lo ha dicho. Oficialmente, se ha convertido en mi nueva madre fantasma.

Salgo corriendo por la puerta antes de que se quite su translúcida zapatilla de andar por casa imaginaria y me la lance. Echo el candado y me visto en el pasillo. Sonrío cuando compruebo que empiezo a recuperar el peso que perdí en esos días tan aciagos, cuando mi madre era un vegetal no comestible, quizás solo para zombies hambrientos, y me estaba convirtiendo en una Casperina malhumorada.

Decido que estoy lista, cuando pienso en que le voy a volver a ver de nuevo y unas mariposas en el estómago me asaltan. Voy hasta el baño y me repaso el maquillaje. Sonrío a mi reflejo y de repente me doy cuenta de lo patética que estoy siendo. No me estoy poniendo guapa para Hugo, a quien estoy conociendo en realidad, quien me besa, quien me manda mensajes por las noches. No, me estoy adecentando para un desconocido que, además, tiene novia. La imagen que refleja el espejo ya no me agrada tanto, así que apago la luz y bajo las escaleras cabizbaja, pensativa.

No me da tiempo a hilar dos pensamientos cuando el motor de un coche ruge en la puerta. Apago todas las luces y salgo dando un portazo con una mezcla de sentimientos que parece que estoy ovulando. Quien diga que las hormonas no nos condicionan mente, y mucho. Hay días, a una semana de que me baje la regla, que río, lloro, como chocolate y discuto por absurdecas, literalmente todo al mismo tiempo. De ahí el ancestral dicho popular de que las mujeres podemos hacer varias cosas al mismo tiempo.

Abro la puerta del copiloto y me asomo.

—Entra, preciosa —me invita Hugo, con una mano en el volante y otra en la palanca de cambios.

Me siento y me relajo al instante. Música, asiento confortable, acompañante impresionante... ¿Qué más se puede pedir? Cuando mi cerebro me dice que a un rubio con todo el brazo tatuado... le mando a freír espárragos.

—¿Te parece bien si vamos al Casino directamente y hacemos tiempo hasta que empiece el combate? —me pregunta animado.

—¿Nos emborrachamos un poquito a chupitos de tequila? —pregunto, con una ceja levantada.

—Cuando pones esa cara de traviesilla... —Acerca su mano y aprieta mi rodilla—. No sé lo que te haría primero.

Contengo la respiración y se inclina para darme un beso. Le respondo de

buena gana, de verdad, pero las mariposas de mi estómago revolotean por otra persona. Y cada vez soy más consciente de ello. Dicen que el amor no se puede escoger, y mira tú por dónde, mi corazón ha encontrado al candidato más absurdo posible. En tu línea, Alana, como siempre.

Me recuesto en el asiento y disfruto del camino. Hugo no hace más que hablar.

Parlotea sobre los casting que tiene, sobre el trabajo en La Casa Encantada... Yo me abstraigo y pienso en lo mucho que me gusta, a veces, disfrutar del silencio.

Estar a solas con tus pensamientos. Y si eso lo puedes compartir, es realmente maravilloso. Pero claro, alguien así es muy difícil de encontrar. La gente suele rellenar los espacios de silencio con palabras vacías, y cuando eso ocurre, te das cuenta de que no hay conexión. Al menos no una conexión real, profunda.

Jolín... pero es tan mono... ¿Por qué eres así, Alana?

Le observo por el rabillo del ojo y se me escapa una sonrisa. La verdad es que es adorable. Es tierno, amable, guapísimo, simpático... Pero no es para mí. Los dioses no le crearon con la mitad de mi molde. No exprimieron su naranja para mezclarla con la mía. Nuestros cuerpos no encajan a la perfección cuando nos besamos. No somos la pieza contigua del puzle.

Y lo más importante: cuando me abraza, el hueso de su cadera se me clava en la tripa. ¿No es acaso eso motivo de divorcio?

En definitiva, no es para mí.

¿Que cómo lo sé?

Primero, porque sigue hablando aún cuando llevo más de un cuarto de hora sin dar muestras de estar escuchándole.

Y segundo, porque cuando le miro no siento nada. Bueno, algo pecaminoso entre las piernas, no voy a mentir a estas alturas de la historia. Pero, si soy honrada y sincera conmigo misma, desde que me he montado en el coche no he hecho más que pensar en Él, ya con mayúsculas. Que le veré de nuevo, que quizás se acerque a hablar conmigo otra vez, que lo mismo lo ha dejado con la novia, que es posible que me pida el teléfono... No te pones a fantasear sobre estas posibles situaciones con un tercero cuando tienes al amor de tu vida sentado al lado, o al menos a alguien que te gusta de verdad. Y cogiendo el volante de esa forma tan sexy. No. Y en ningún caso con el paquete marcándosele tanto.

Me estoy dejando querer, y es agradable. ¿A quién no le gusta gustar?

En cuanto para el motor, ya en el aparcamiento del Casino, me bajo casi sin desabrocharme el cinturón de seguridad para respirar aire fresco. Estaba temblando sin darme cuenta. Algo me asfixia, me presiona la garganta y no me deja llenar los pulmones. Se acerca por detrás y me envuelve entre sus brazos.

Ahora es otra cosa la que se me está clavando en el trasero, y no es hueso precisamente.

—Qué bien hueles —susurra en mi oído, aspirando mi cuello.

Un nudo en el estómago me enciende de rabia, porque siento esa frase como robada. Ya me lo han dicho antes, y no ha sido él. Pero... ¿quién?

Me aparto y me obligo a sonreír. Él parece no percatarse de nada, porque me coge de la mano y caminamos en silencio. Pagamos las entradas y vamos directos a la primera barra que vemos. Hay besos a los que respondo y otros que rehúso con la excusa de una copa de alcohol entre mis labios.

Cuando llevo tres gin tonics le miro con otros ojos. Ya estoy algo más relajada, disfrutando de sus caricias y dulces besos algo languidecidos por el alcohol que llevamos entre pecho y espalda.

—Deberíamos buscar unos buenos asientos para ver el combate —dice, levantándose de golpe. Su paquete queda a la altura de mis ojos. Parpadeo varias veces y me empiezo a reír.

—¿De qué te ríes? —pregunta, inclinándose a darme otro beso. Joder, qué besucón que es.

—Si lo explico pierde la gracia —digo, arrastrando un poco las palabras.

Le sigo por la inmensa sala llena de máquinas tragaperras, ruletas, mesas de póker... Gente bien vestida gastando su dinero, invocando al cruel dios de la fortuna.

Pasamos por un pasillo y entregamos las entradas a un hombre calvo, con un traje elegante y un pinganillo en el oído.

La sala está casi en penumbras. Sigo de cerca a Hugo, con su mano como única guía, atravesando sillas y más sillas. Para justo delante del ring, en primera línea.

—Desde aquí podremos verlo todo —comenta animado.

Me siento a su lado y entrelaza sus dedos con los míos. A pesar de estar más relajada, los nervios se vuelven a instalar en mi estómago cuando pienso que me queda muy poco para verle de nuevo. No es la situación ideal, porque detesto ver

cómo le golpean, pero quizás en esta ocasión no consigan tocar su atractivo rostro.

¿Se acordará de mí? ¿Recordará que hablamos hace pocos días, o por el contrario los golpes en la cabeza habrán matado esas pequeñas neuronas?

La sala se va llenando de gente. De repente el ring se ilumina y sube un hombre con un micrófono. Después de darnos las gracias por asistir a esta velada, presenta a los primeros boxeadores que competirán esta noche. Mi pecho se desinfla un poco al ver que ninguno de ellos es él.

Hugo, a mi lado, me coge la mano sin darme tregua. Al poco rato siento húmeda la palma, algo que nunca me ha gustado. Intento soltarme para secármela en el vestido de punto verde, pero no hay forma. Cada poco se inclina y me planta un beso en los labios distraído, absorto en el combate. Y me doy cuenta de que esto ha sido una pésima idea. No debería haber venido. Y menos con él. No se me ha perdido nada aquí, no disfruto viendo este deporte, porque me duelen todos y cada uno de los golpes que reciben, y por encima de todo, me estoy obsesionando más y más con ese misterioso chico rubio que hace que no sepa apreciar lo que tengo al lado.

Giro la cabeza y observo a Hugo disimuladamente, aprovechando la parcial oscuridad de la sala. Su mata de pelo oscuro se le enrosca un poco a la altura de las orejas y en la frente, sus negras pestañas enmarcan unos ojos marrones preciosos, de mirada dulce, y sus labios... No me han pasado desapercibidas las miraditas de las camareras cuando estábamos en la barra. Joder, el tío es guapo hasta decir basta. Entonces, ¿qué cojones me pasa? En cualquier otro momento de mi vida habría estado montada en una nube de color rosa dando gracias a Cupido por hacer que este chico se fijara en mí.

Me atuso el flequillo con la mano libre. Sí, la que tengo seca. La otra parece que la tengo metida en una sauna.

¿Será que el estrés por la muñeca de las narices y el gordi durmiente me están pasando factura? ¿Será cansancio? Porque llevo unos meses, desde que entré por primera vez en la casa, que no paro de luchar contra las fuerzas de lo sobrenatural.

¿Será que mi corazoncito se está convirtiendo en piedra?

Estoy buceando en todos esos pensamientos cuando anuncian el último combate de la noche. Mi corazón empieza a latir desbocado, y las piernas me tiemblan. Le voy a volver a ver de nuevo. ¡Le voy a ver!

Por uno de los laterales de la sala, iluminado con un foco y bajo la ovación de la gente, el boxeador rubio se acerca con la cabeza bien alta y una expresión seria en su apuesto rostro. Joder, es bastante intimidante. Se me olvida respirar unos segundos cuando pasa a mi lado sin verme. Sube al ring y

se agacha con elegancia para pasar a través de las cuerdas. Saluda al público. Sonríe. Y como si alguien pusiera treinta kilos en mi pecho, me quedo paralizada ante la visión de sus ojos. Ojos que recorren las sillas y más sillas llenas hasta arriba de gente que ha venido, por el ruido que hacen ahora, seguro que para verle pelear especialmente a él.

—He oído en la entrada que es muy bueno —susurra Hugo en mi oído. Por fin libera mi mano empapada en sudor, que corro a secarme y esconder bajo el bolso, porque tengo los dedos que parece que me tirado una hora en la bañera.

Apresa mi rostro con sus grandes manos para besarme.

Con los ojos abiertos, que ya nunca cierro, veo con una mezcla de sorpresa y horror que el boxeador posa sus ojos en mí. Baja los brazos, que tenía alzados para animar al público y frunce el ceño ostensiblemente. Hugo se separa y de repente no sé qué hacer con las manos. Me sigue mirando. Solo a mí. No sé si saludarle con un simple gesto de cabeza, mover ridículamente la mano un segundo, a modo reina de Inglaterra, o levantarme, subir al ring y darle dos besos, para que no se diga que no soy educada.

—Princesa —me llama Hugo, acercándose a mi oído—. ¿Te está mirando?

Los ojos del boxeador se entrecierran cuando se dirigen a mi acompañante, pero su entrenador le llama tocándole en el hombro, así que se va hasta la esquina a prepararse para el combate.

Su contrincante llega, y en este caso la ovación es menor. No le presto demasiada atención, porque no puedo dejar de mirar al chico rubio. Su entrenador le dice cosas al oído, le pone una cosa en los dientes, parece que le aplica vaselina en las cejas y le ayuda a ponerse los guantes. Él no deja de asentir con la cabeza muy serio, concentrado.

Pero en cuanto se levanta vuelve a dirigirme una última mirada, antes de acercarse al árbitro, que da comienzo a la pelea. Ahora soy yo la que agarra con fuerza el brazo de Hugo cada vez que se lleva un golpe. Me tapo los ojos, pego grititos absurdos, me remuevo en mi asiento. A mi lado, Hugo pasa un brazo por encima de mi hombro y me cobijo en su pecho.

—No te preocupes, están acostumbrados a esto —me intenta consolar, dándome un rápido beso en la frente.

No sé a lo que estarán acostumbrados ellos, pero yo desde luego que no a verlo tan de cerca. El rubio le asesta un puñetazo en la mandíbula que hace que el otro se desplome como un peso muerto en el suelo. El árbitro se acerca al cuerpo caído, y tras esperar unos segundos, proclama vencedor al boxeador rubio.

La gente le vitorea y aclama, en un único rugido ensordecedor que pone en pie a toda la sala. Yo me quedo sentada, inmóvil, observando su brazo tatuado, sus vivos colores que me insuflan algo parecido a vida. Sus músculos marcados. Qué daría por recorrer con mis dedos su piel... Su mata de pelo rubio un poco más larga en la parte delantera, ahora empapada de sudor. Se saca lo que llevaba en la boca y sus labios vuelven a tener el tamaño normal. Su sonrisa me desarma, y siento celos de su entrenador, que le abraza, le palmea en la espalda, le habla al oído compartiendo algo gracioso, supongo.

Hugo me sonrío feliz y me besa. A punto he estado de hacerle la cobra, porque es como si no quisiera que ÉL me viera besando a otro chico. Ridículo, ¿verdad?

Me dejo besar y le devuelvo la sonrisa. Se levanta y tira de mi brazo para que nos vayamos, pero mi culo está pegado al asiento. Aún no, me digo, aún le puedo ver, aún le siento cerca.

Pero entonces el chico rubio se baja del ring por el lado más cercano a nosotros. Hugo de pie, tirando de mi lánguido bracito, y yo sentada, intentando hacerme oír por encima del barullo de la gente, pidiéndole que espere un poco.

El boxeador se acerca hasta quedar frente a mí y mis piernas responden como si estuvieran movidas por un resorte, levantándose de golpe. Mis ojos quedan a la altura de su pecho. De cerca, tan próxima a él, me doy cuenta de lo alto que es. Más incluso que Hugo. El pobre de mi acompañante se pone a mi lado y me coge por la cintura en un gesto algo posesivo.

Pero el boxeador no le mira a él, me mira a mí. Bueno, digamos que mira mi flequillo. Corro a peinármelo un poco, y no sé por qué, de repente me siento ridícula.

Varias personas pasan a su lado y le felicitan escuetamente dándole una palmadita en la espalda, pero él ni se inmuta. Solo me mira. Y yo a él, sin respirar. Sin que mi corazón lata.

—Has vuelto —dice, con la voz ronca, mientras una pequeña gota de sudor le baja por la sien.

—Sí —contesto, entre intimidada y ansiosa. Una parte de mí se quiere esconder, porque me duele verlo, otra necesita tirarse entre sus brazos y aspirar su aroma, porque algo me dice que es delicioso.

—Yo soy Hugo —suelta mi acompañante, alargando la mano, esperando que el otro se la estreche. Como eso no pasa, la vuelve a recoger y se la mete en el bolsillo—. Su novio.

El boxeador rubio y yo fruncimos el ceño al mismo tiempo cuando escuchamos lo que dice. ¿Su novio? ¿Desde cuándo tengo novio? ¡Pero si ni siquiera conoce a mi madre!

—¿De qué te conozco? —me pregunta el chico pasando olímpicamente de «mi novio».

—No lo sé... —baluceo, con ganas de llorar de repente. Un profundo anhelo, una tristeza inmensa me embarga sin saber de dónde viene.

—Bueno, princesa, nos tenemos que ir —dice Hugo, pasándome un brazo por encima del hombro y haciendo que nos giremos, casi dando la espalda al boxeador.

—Espera —dice este, agarrando un momento mi mano. La retira como si le quemara. Y le comprendo, porque lo mismo le pasa a la mía. Allí donde mi piel se ha puesto en contacto con la suya siento una quemazón extraña—. ¿Te llamas...?

Intento decir mi nombre, pero el sonido no se crea entre mis labios cuando lo vocalizo. Me intento soltar del abrazo de Hugo, pero no lo consigo. Lo voy a intentar de nuevo, cuando un grupo de chicos nos abordan de improviso, tirándose encima de él.

Hugo aprovecha el momento de despiste para empezar a alejarme de allí. Me giro y le busco.

—¡Mañana, en la terraza! —me grita desde lejos, haciéndose hueco entre los demás—. ¡A las seis de la tarde!

Ni siquiera me da tiempo a asentir con la cabeza, de lo rápido que me arrastra mi acompañante. Atravesamos el pasillo deprisa, y cuanto más distancia pongo entre nosotros, más se agudiza el peso que me presiona el pecho.

En una de las puertas de salida me empiezo a enfadar. Qué pesadito que está Hugo, joder.

—¡Que me dejes!

Me suelto con un movimiento algo brusco y vuelvo a atravesar el pasillo corriendo, desandando el camino. Pero cuando llego hasta el ring ya no hay nadie. Se ha ido. Le he vuelto a perder.

Hugo me persigue y me coge la mano.

—¿Qué te pasa, Alana? ¿Conoces a ese boxeador?

Estoy mirando al suelo, sin escuchar lo que me dice.

«En la terraza, mañana a las seis», pienso algo mareada. «Allí estaré».

Volvemos en silencio al coche. Ya es más que evidente que no estoy

receptiva, y Hugo me da espacio. Enciende la radio y el coche se llena de música, impidiendo que el silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros me asfixie más aún.

Para delante de la puerta de mi casa sin apagar el motor. Le miro por primera vez desde que salimos de Torrelozanes.

—Espera, por favor —se adelanta a decir—. Déjame que vaya a buscar aparcamiento, y lo que tengamos que hablar, lo hagamos tranquilos y con una cerveza en la mano.

Su mirada triste y tierna me recuerda a un gatito, así que le concedo eso al menos.

—De acuerdo —consiento, quitándome el cinturón de seguridad y bajando del coche. Cierro la puerta y le veo alejarse desde la ventana, desapareciendo al doblar la esquina.

Rememoro el intercambio de palabras que he mantenido con el boxeador y salgo de nuevo. Regreso al armario de las herramientas. Cojo el martillo. Dejo que vaya golpeando la fachada de piedra a mi paso. Llego hasta la doble pared y lo levanto por encima de mi cabeza, sujetando el mango con ambas manos.

—¡Otra vez! —grita Lili, pegándome tal susto que el mango de madera se me resbala, cayendo hasta golpear el suelo de madera.

Me llevo una mano al pecho y comienzo a sudar.

—Lo siento —es lo único que consigo balbucear.

—Menos mal que te vigilo. Eres única para estropearlo todo —refunfuña.

—No lo controlo, me pasa de repente, y si nadie me saca del trance... —empiezo a decir con el corazón agitado.

—Te repito que debes ser más fuerte que ella —dije tajante, desapareciendo de repente.

Derrotada y agotada, voy a por un vaso de agua a la cocina, porque tengo la garganta seca. Subo las escaleras despacio. Quiero comprobar que todo va bien antes de que vuelva Hugo. En cuanto abro el candado, una profunda tristeza me invade, y no sé si el estrés de mi vida está degenerando en una depresión incipiente o es que necesito chocolate con urgencia.

—¿Qué tal todo por aquí? —pregunto, más por educación que otra cosa. Lili de morros en una esquina, Ricardo sin moverse un ápice, tal y como le dejé. El gordi sopa, roncando como un gorila castrado. Arrugo la nariz ante el pestazo que hay aquí dentro. Empieza a resultar vomitivo.

—¿Te lo has pasado bien, pelandrusca? —suelta Lili con su tonito de ultratumba que menos me gusta de todo el repertorio que tiene—. Nosotros

aquí, de perros guardianes, y tú apestando a bebidas alcohólicas. ¡Y este señor no hace más que tirarse pedos! ¿Cómo le puede quedar gas dentro?

—Perdona, Lili. Lo siento.

—Más lo vas a sentir cuando te toque organizar mi boda en unos días. ¡Porque me lo debes! Voy a exigir los adornos más lujosos, un sacerdote con referencias, porque no me vale cualquiera, y...

—Basta, por favor. Te prometo que te daré todo lo que esté en mi mano para el día de tu boda.

Omito que espero que no sea muy pronto, y que hay pocas cosas que estén a mi alcance, porque me tiraría la mesita de noche a la cara.

Me acerco al hombre y le doy una palmadita en la cara. Nada, no hay forma.

No insisto, porque Hugo está al caer y prefiero dejar a este hombre en la calle cuando se haya ido.

—¿Podrías despertarlo de una santa vez, Alana? No soporto el hedor que desprende —me pide Lili, tan señoritinga como siempre.

—Aún no...

Le voy a decir que Hugo va a venir, cuando mi vaso de agua sale volando de entre mis dedos y se estampa, con vidrio incluido, en la cara del hombre.

—¡A ver si así deja de apestar! —grita Lili volando hasta el techo, tapándose la nariz y la boca con la mano.

Le voy a echar un rapapolvo por lo que acaba de hacer, porque vamos a ver, acaba de emparar al hombre, y pienso dejarlo tirado en la calle en la siguiente hora, como muy tarde. Y al hecho del abandono, ahora le tengo que sumar que como no venga la policía a recogerle pronto del suelo adoquinado, se va a pillar una pulmonía, porque, por supuesto, no pienso cambiarle de ropa. ¿Qué por qué?

Porque ni con diez guantes, uno puesto encima de otro, le toco. Ya vi su rabadilla peluda, y aún siento arcadas cuando recuerdo la imagen.

—Un momento —susurro, quedándome quieta y con el oído agudizado al máximo—. Ha dejado de roncar...

Y claro, como la suerte siempre, siempre, siempre, está en mi contra, el hombre se incorpora de repente, tirando el vaso al suelo, rompiéndose en varios pedacitos cortantes.

Pego un chillido y él me responde gritando también.

Lili y Ricardo se esfuman. Malditos cabrones. Me dejan sola, y eso que he oído decir que los jabalíes asustados son muy peligrosos.

—¿Quién eres? —pregunta con voz grave. Mira alrededor y se toca la camiseta mojada—. ¿Dónde estoy? ¿Qué has hecho conmigo?

—Nada. Le juro por mi madre que no le he tocado ni un pelo de la espalda.

Se levanta de la cama, pero tropieza con un cristalito del vaso roto, y cómo no, porque no podría ser de otra forma, ya que una gitana rumana me debió maldecir

con una vida plagada de infortunios antes de encerrarla (espero que quedarme calva no entre dentro de esa categoría), cae con todo su peso, y eso es decir mucho, encima de la jaula.

Las velas se apagan y empiezan a rodar por el suelo. El incienso a tomar por culo también, y el círculo de sal... Cuando se levanta veo que lo tiene estampado en la espalda sudada.

—¿Pero qué es todo...? —empieza a decir, sacándose un palo de incienso de la rabadilla peluda.

Se calla, y yo palidezco por segundos, porque de repente escuchamos una risa atronadora, que, cómo no, sale de la jaula. Los barrotes empiezan a doblarse como si estuvieran hechos de mantequilla, la olla exprés que con tanto cariño me regaló mi madre con la vana esperanza de que aprendiera a cocinar lentejas empieza a palpitar y a dar saltitos. El hombre se aparta empujándome contra la puerta, cuando un fogonazo provoca que cerremos los ojos y nos cubramos el rostro con las manos.

La tapa de la olla rebota en la puerta y me golpea con fuerza en un hombro.

—Pero qué... ¡Qué es eso! —grita el hombre, tapándome la visión con su espalda llena de sal.

Le aparto un poco y veo salir a la muñeca triunfal, partiéndose el culo sin que ningún rasgo de su porcelánica carita endemoniada se mueva. Se acerca un poco moviendo sus piernecitas rellenas de algodón y con todos los rizos desordenados y seguro que con un montón de enredos.

—Ya sois míos, estúpidos mortales —dice el travelo despeinado.

Me dan ganas de cogerla entre mis brazos y quitarle los enredos con la loción especial que tengo para niños de Johnson&Johnson para pelo rebelde, como es mi caso. Y de paso arrancarle la puta cabeza y enterrarla en un pozo a tres mil metros de profundidad.

El hombre me empuja y caigo de bruces al suelo. Intenta girar el pomo de la puerta para escapar. Muy bonito, sí señor, dejás a tu secuestradora a merced de una muñeca psicópata.

—¡No se abre! ¡No se abre! —grita con ojos de cerdito loco, mirándome para que le ayude. Ni me molesto. Si *Perlan*... ¿Cómo se llamaba? Da igual, si ha bloqueado la puerta, no creo que yo vaya a poder abrirla. Me levanto y miro la ventana. Quizás podamos escapar por ahí. Las ventanas ya me han salvado la vida en otra ocasión, y la altura hasta el suelo era prácticamente la misma que cuando salté de casa de la rumana milenaria.

El problema, qué digo, el problemón, es que la muñeca se encuentra situada entre la puerta bloqueada y la ventana, y ya la he visto saltar como un mono, no me engañan los pasitos inseguros que da en nuestra dirección, haciendo un ruido extraño. Pasito a pasito, se acerca hasta nuestros atemorizados cuerpos.

Chin, chin, chin, chin, chin.

—Sangre he de derramar —amenaza cogiendo del suelo el trozo más grande que encuentra del vaso roto. Se ve muy afilado, y un destello me ciega cuando lo mueve, reflejando la luz de la lámpara.

Pero vamos a ver... ¡Cómo coño está cogiendo el cristal! ¡Si sus manos son de porcelana rígida! ¡Si los dedos están pintados!

El gordi y yo nos abrazamos por instinto. Bueno, él me abraza, yo rodeo como puedo su rechoncho cuerpo sin llegar a abarcar toda su barriga con mis escuálidos bracitos.

—Es una alucinación, no es real, no es real... —empieza a decir como en un mantra, pegado a mi cuerpo.

—Ya me gustaría a mí —mascullo, con los dientes tamborileando en mi mandíbula.

Vamos a morir, la muñeca me matará a mí primero, seguro, porque con ese trozo de cristal no atraviesa ni de coña todas las capas de piel y grasa de mi compañero hasta llegar a algún órgano vital. No. Me cortará la garganta y acabará lo que empezó la bruja loca, cerrando así el círculo. Justicia poética, lo llaman.

De repente pega un salto de *assasin* ninja y le clava el cristal en la garganta a mi gordi. Me suelta para intentar aplacar la sed de sangre de Manolo, la muñeca travesti, y caigo de culo al suelo mientras mis ojos observan con pasmo y horror cómo los bracitos diminutos de la psicópata *doll* se mueven veloces, clavando y sacando el cristal afilado del cuerpo del hombre desconocido y apestoso. Va deslizándose poco a poco al suelo y deja de luchar el pobre, dejando caer los grandes brazos a ambos lados de su cuerpo inerte. No respira, ya no grita como un cerdo en el matadero. El

sonido, como el que hace mi madre cuando corta pescado con la tijera, se clava en mi mente amenazando con atormentarme en un futuro muy próximo, eso si salgo con vida de esto.

El cristal entra y sale sin remedio, salpicando todo a nuestro alrededor de sangre.

Clap, clap, clap, clap, clap.

Los rizos se revuelven, se mueven y bailan al son del asesinato, y el vestidito y las polainas se empiezan a llenar de una sangre oscura y densa, casi como el chocolate fundido. ¡Por Dios, Alana! ¡Ya sé que no has cenado, pero no es el momento para pensar en comida! Seguro que el pobre hombre, que el cielo le tenga en su gloria, padecía de colesterol grave, porque su sangre es casi gelatina.

Dios, me ha manchado la alfombra nueva.

Dios, no sé cómo quitar la mancha.

Dios, estoy pensando gilipolleces para no caer en la cruel cuenta de que la siguiente soy yo.

—¡Lili! ¡Ricardo! —empiezo a gritar cuando veo que la muñequita empieza a dar puñaladas más débiles—. ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Mierda, he llamado su atención... Con su cuerpecito encima del cadáver, gira su diminuta cabeza en mi dirección y la ladea, no sé cómo, porque ¡no tiene cuello!, mirándome fijamente. Con su manita libre, llena de sangre, recorre con lentitud y parsimonia su rostro, su vestidito. Su pelo ensortijado. Vamos, que se queda hecha una estampa sanguinolenta.

—Sangre he derramado, y quitado una vida he —dice en modo Yoda—. Ahora, insignificante mortal, tú que me liberaste de mi eterna prisión, ¡dime dónde está la bruja para así poder cobrarme mi ansiada venganza!

Me abrazo a la esquina de la alfombra y niego con la cabeza. Lo que me faltaba. Menudo dúo se iban a montar estos dos si le digo dónde está Madame Ardelean. Mi enemiga número uno ya está bien encerradita, no pienso fiarme y decirle dónde está y que en vez de matarla, se alíen en mi contra.

Lili y Ricardo descienden del techo y sus rostros se quedan desencajados al ver el panorama que estamos teniendo. Ricardo gira la cabeza para no ver el cadáver. La muñeca mueve una manita en su dirección y ambos salen volando hasta una esquina.

—Dímelo, sucia perra de cloaca —dice, enseñándome el cristal.

—No te lo pienso decir —murmuro, acojonada. Pero sé que en cuanto se me eche encima le digo hasta el número PIN de mi tarjeta de crédito.

El picaporte empieza a sonar, como si alguien lo intentara forzar desde el otro lado.

—¡Alana! —grita de repente Hugo, al otro lado de la puerta—. He oído gritos.

¿Estás bien, princesa?

La muñeca vuelve a dirigir su rostro en mi dirección y sé que sonrío. No veo que sus labios se alcen, pero lo sé, la estoy escuchando sonreír.

—La encontraré —susurra poniéndome los pelos de punta—. Y desearás no haber nacido cuando lo haga.

Y se desploma sin más encima de la barriga del hombre. Me levanto con suma cautela, porque a saber, y como no da muestras de vida la muevo con un dedo, que retiro de inmediato. Nada, no se mueve.

Lili y Ricardo se acercan levitando despacio, con miedo. Ricardo prácticamente con la cabeza dada la vuelta.

—Se ha ido, Alana —afirma Ricardo muy bajito sin mirarme—. Ya no siento su presencia.

El picaporte se mueve al otro lado. Es Hugo, que intenta abrir.

—A ver qué quiere ahora el plebeyo ese —murmura Lili, cruzándose de brazos.

—¡Voy! ¡Ya salgo! ¡Baja y abre una botella de vino blanco que hay en la nevera! —le pido, para que me deje pensar un momento qué coño ha pasado.

Acerco el oído a la puerta y le escucho trotar escaleras abajo.

—Hablad bajito, que tenemos un invitado en casa —les pido a mis amigos fantasmales haciendo gestos con las manos.

—No, un invitado no, un plebeyo —aclara Lili, enfadada—. ¿Qué ha pasado, Alana? ¿Cómo ha conseguido escapar? —pregunta con sus enormes ojos grises abiertos hasta lo imposible. Ahora mismo es más ojo que cuerpo.

—Da igual, se ha escapado. Ya tendremos tiempo, cuando sea vieja, de contarte con pelos y señales cómo —susurro—. La cuestión es qué coño hacemos ahora —digo, señalando al cadáver.

Ricardo, que hasta ahora había permanecido al margen, se acerca y me coge con presteza la mano. Se inclina y sus congelados labios se posan en ella con delicadeza.

—Juré protegeros y miraos, al borde de la muerte. Soy un alma impía que no merece permanecer en vuestra presencia. —Pero entonces ve un poco de sangre seca en mi brazo, y empieza a balbucear—. No... Merez... No...

Y se va a desmayar cuando Lili se acerca y le mete una diestra colleja.

—Déjate de tonterías, mi amor. Lo primero es esconder a la máquina de gas —dice, señalando al hombre—. Lo segundo es encontrar a Aragán.

—De acuerdo —asiento, empujando sin miramientos la cabeza del pobre hombre para poder abrir un poco la puerta, que por suerte ya no está bloqueada—. Dejad que me deshaga de Hugo. No tardaré.

Pero antes cojo la muñeca, llena de sangre, y se la tiendo a Lili.

—Toma, tu «preciada posesión» —digo con retintín.

Pone cara de asco y se aleja de la muñeca sanguinolenta.

—Aparta eso de mí. Está mancillada, ya no la quiero.

La dejo de nuevo sobre la barriga del hombre y salgo, cerrando la puerta a mis espaldas.

Bajo las escaleras y entro en la cocina. Corro al fregadero antes de que Hugo me vea. Por suerte, está distraído leyendo la etiqueta del vino, relajadamente sentado en una de las banquetas.

En cuanto el agua que cae sobre mi brazo deja de tener un tinte rojo gelatinoso, cierro el grifo y me seco con el paño maloliente. En serio, tiro ese paño todos los días a la basura, y alguien o algo lo vuelve a rescatar, dejándolo siempre estratégicamente lo más cerca posible de mi mano cuando necesito secar algo. ¿Magia? ¿La misma magia que hace que los calcetines pierdan su pareja o que las cucharillas más pequeñas vayan desapareciendo misteriosamente?

—Oye Hugo —digo, volviendo a la realidad—. En cuanto a lo que ha pasado esta tarde...

—Calla —me interrumpe, dando buena cuenta de su copa—. He de marchar, tengo asuntos que resolver.

Y se va sin más, dejándome con la palabra en la boca. Ni un beso de despedida ni nada de nada. Mi orgullo tocado esperaba tener que luchar un poquito con él para que se fuera, en vez de sentir que tiene tantas ganas de perderme de vista, que le ha faltado poco para salir literalmente corriendo.

Me sirvo una copa y me la bebo de un trago, esperando que el alcohol me temple los nervios que, a decir verdad, tengo bastante alterados. Acabo de presenciar el asesinato de un hombre/máquina de gas inocente. Un asesino psicópata anda suelto, seguramente volando por las calles de la ciudad, buscando a su nueva víctima.

—Pasito a pasito, Alana —me digo, sirviéndome otra copa—. Ahora a enterrar un muerto en tu jardín, mañana perseguir a un asesino al que le encanta la sangre y los objetos punzantes. Y no, no es Edward Cullen. Ni yo

soy Bella.

Me faltan altura y sobreactuaciones y me sobra el flequillo.

Capítulo trece

Un poco piripi, subo de nuevo al escenario del crimen. Ya sí que abro la ventana, porque el pestazo que hay aquí dentro tira para atrás, pero corro la cortina para que nadie pueda vernos desde la calle o desde otras ventanas.

Cuando vuelvo a contemplar el cuerpo del hombre cubierto de sangre, me llevo una mano a la boca y me pongo a gimotear. No quería que ocurriera esto, ha muerto por mi culpa. Debería haberle abandonado cual trapo en la calle, y seguro que así habría tenido una oportunidad. Pero no, insistí en dejarlo dentro de esta casa embrujada, donde viven dos fantasmas y un vivo, y si las matemáticas no me fallan, ganan los muertos. Estaba claro que estaba condenado, el pobrecito. Yo sigo sobreviviendo porque soy tan absurda que creo que la muerte me esquiva.

—Déjate de tonterías, Alana. Ya es noche cerrada, es ahora cuando debes sacar el cadáver —dice Lili en una esquina, tapándose la nariz con la mano translúcida.

—¿Debes? Esto lo vamos a hacer entre los tres —aclaro con rapidez. Vamos, lo que me faltaba.

—Me vais a disculpar, bellas damas, pero yo no puedo... —empieza a decir Ricardo mirando de reojo el cadáver—. Yo... —Y se desmaya. Su cuerpo queda levitando en posición horizontal con los miembros relajados.

Lili le aparta a un lado, creo que perdiendo la poca paciencia que le queda.

—Le llevo volando hasta la puerta de entrada —dice mirándome a través de sus largas pestañas plateadas—, pero en cuanto el señor oloroso cruce el umbral, es todo tuyo.

Asiento, ya que no me queda otra opción.

—¿Sabes si hay una pala aquí dentro? —pregunto, con un escalofrío recorriéndome la espalda.

—Hay una en el desván. Nos vemos en la planta baja. —Levita hasta el techo mientras yo bajo las escaleras. Al minuto veo la pala volar escaleras abajo. La cojo al vuelo y mi brazo protesta por el peso—. Haz el agujero, yo te espero aquí

—dice Lili cruzándose de brazos.

Salgo al discreto jardín delantero con la pala en una mano, con uno de mis vestidos preferidos remangado, y la fuerte convicción de que me condenarán por asesinato. No son ni las doce de la noche, pero por suerte la pequeña plaza que enmarca la casa del terror, es decir, la mía, está vacía. No suele haber mucha gente rondando, es cierto, y eso será lo que me permitirá enterrar el cadáver.

Decido que empezaré a cavar el agujero justo al lado del pasillo de baldosas que conducen a la puerta principal. Aquí la tierra está blanda, y apenas se notará que la he removido en exceso. Suspirando de resignación hincó la pala en la tierra y empiezo. Poco a poco mis escuálidos bracitos se empiezan a hinchar por el esfuerzo. Las gotas de sudor recorren mis sienes y contengo las ganas de llorar para que, cuando todo esto acabe, pueda deshidratarme a gusto.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también...»

—empiezo a cantar entre palazo y palazo. Mantiene mi mente ocupada. Lo que sea con tal de no pensar que las malas hierbas que empezarán a salir justo bajo mis pies estarán alimentándose del pobre desconocido. De sus ojos descompuestos, de sus intestinos inflamados por el gas—. «Na na na na naná, na ná, na ná...»

«Deja de pensar, joder», me recrimino mentalmente, tarareando como una mongola.

Entro cada hora a la cocina para beber un poco de agua. Lili sigue cruzada de brazos, observándome en silencio. A las cuatro de la madrugada estoy frente al fregadero con los labios secos y agrietados, cuando se planta a un palmo de mi flequillo mojado por el sudor, impidiéndome salir al jardín para terminar lo que he empezado.

—Deja de cantar mi canción —susurra con esa voz suspendida entre el plano de los vivos y los muertos—. Es mía.

—Es solo una canción.

—No es solo una canción, es mi canción —responde críptica, como siempre.

Atravieso su cuerpo ignorando que un frío polar me empieza a quemar de dentro afuera, y salgo por la puerta.

—Pues no haberla cantado hasta la saciedad en presencia de mi exquisito y retentivo oído musical —respondo enfadada, agotada hasta tal punto que no parpadeo por miedo a quedarme dormida. Tengo las manos en carne viva por

culpa de mi soberana estupidez de no coger unos guantes, los brazos temblones, pidiendo tregua.

Dos palazos más y creo que el cuerpo entrará.

Lili abre la puerta sin tocar el pomo, desde la distancia, pegando tal portazo que miro a mi alrededor un momento temiendo haber despertado a algún vecino.

Después caigo en la cuenta de que, en todos los meses que llevo viviendo aquí, con la única que me he cruzado ha sido con la bruja, y después de encerrarla en una cajita y emparedarla, con nadie.

—Baja el cuerpo —le ordeno, ignorando sus labios fruncidos. ¿A ver por qué se ha enfadado ahora?

Chasquea los dedos y entreveo a través de la puerta abierta cómo el cuerpo sin vida va flotando como por arte de magia hasta llegar al quicio de la entrada. La muñeca ensangrentada sobre su oronda barriga.

—Todo tuyo —dice Lili, arqueando una ceja, seguro que divertida por ver cómo me las ingenio ahora para arrastrar hasta el agujero a este peso muerto.

Le agarro por los pies y empiezo a tirar. Solo se mueve unos milímetros, y al soltarle, ya sin respiración, como por impulso retrocede de nuevo. En dos horas amanecerá, y necesito al menos veinticuatro, como poco, para conseguirlo.

—Podrías echarme una mano —sugiero, poniendo los brazos en jarras con el vestido rebozado de tierra. Cojo la muñeca y la tiro al hoyo.

—Imposible. Mis poderes no traspasan la puerta.

Frunzo el ceño pensando cómo le puedo mover... Odiaba las clases de Física, igual que Química y Matemáticas. He sido más de letras. Pero recuerdo que, en la asignatura de Historia, vimos por encima los avances de la humanidad. Y el invento de la rueda ilumina la bombilla imaginaria que tengo escondida entre el flequillo.

Así que me coloco y le empiezo a empujar de la barriga, para que se mueva haciendo lo que comúnmente se conoce como «la croqueta».

Se empieza a mover... ¡Funciona! Ya casi está en el hoyo cuando tropiezo y caigo encima de su barriga acribillada por el filo del cristal.

—No... —gimoteo cuando siento toda la cara llena de sangre viscosa—. No....

Escucho a Lili soltar una risita disimulada en la puerta.

—¡Esto es serio, Lili!

Me limpio con la manga del vestido que se va a ir a tomar por culo,

porque será la primera prueba que me incrimine, si es que tener el cuerpo del delito enterrado en mi jardín no es suficiente, claro, y vuelvo a empujarle hasta que cae dentro del agujero.

Por suerte he calculado bien. Sin pararme a pensar lo que estoy haciendo, cojo de nuevo la pala y empiezo a echar tierra encima.

Aunque lucho porque la conciencia y los remordimientos no me paralicen en un momento así, creo que se llama «instinto de supervivencia», empiezo a gimotear, porque, vamos a ver, ¡estoy enterrando yo misma a un hombre que acaba de ser asesinado por una muñeca de porcelana! ¡Y lo he presenciado todo con mis propios ojos!

Una hora después, la tierra ha vuelto a su lugar. He aplanado el suelo como he podido con los pies y la pala, para que no se note mucho que hay alguien enterrado debajo, y he puesto encima la mesita exterior y las sillas que solía tener al otro lado del jardín.

Coloco el último tiesto en una de las esquinas, cuando el sol araña el horizonte.

—Debería llamar a la policía —susurro, cuestionando lo que acabo de hacer.

—Si lo haces, te arrestarán. Nadie creerá que un espíritu malvado le ha matado —dice Lili, tajante.

Me seco el sudor, parpadeo varias veces seguidas, porque creo que me voy a desmayar, cojo una flor de uno de los tiestos, y la sujeto entre mis temblorosas manos.

Estoy cubierta de barro, tierra, suciedad, sangre seca, sudor, ácidas lágrimas fruto de la culpabilidad y baba por la comisura del labio, que se me ha ido escapando con cada empujón que daba para hacerlo rodar.

Ricardo se une a Lili en la puerta, besándole la mano con devoción. Parece que ha recobrado el sentido y vuelve a tener su aspecto normal, más pálido que un guiri.

—Estamos aquí reunidos —empiezo a decir apretando la flor blanca, que creo que es de un geranio, entre mis manos—, para despedir a... —Miro a Lili, que se encoje de hombros—, a un hombre. Desconozco si fue bueno o malo, aunque me robó mi osito de peluche, desconozco también si tenía familia o amigos, si estaba casado, si tenía hijos, un trabajo...

Carraspeo cuando veo a Lili y Ricardo mirarme con cara de acelga revenida.

—El caso es que no sé su nombre, ni dónde vivía... —Lili me hace una

seña con los dedos, simulando que son una tijera, para que acabe ya—. Una muñeca diabólica le ha dado el peor final, matándole a sangre fría, o en este caso con el colesterol alto, y sobre su tumba juro que no descansaré hasta que su asesino pague por el crimen cometido. Que descanse en paz.

Bajo la cabeza, mostrando mis respetos al pobre hombre, y deposito con cuidado la gardenia blanca, ¿o es una hortensia? Joder, no entiendo de flores. La cuestión es que deposito la flor en el suelo, pero antes le doy un beso a los pétalos y escupo a un lado un poco de tierra que se me ha metido en la boca.

Entro en casa seguida de Lili y Ricardo, que me dicen que van a volver al desván, ahora que Aragán ha escapado. Asiento con la cabeza incapaz de decir ni una sola palabra más. Estoy en estado de shock, y sé que me derrumbaré dentro de poco.

Voy directa a mi habitación cuando decido que antes me pasaré por el baño para darme una ducha. Me desnudo y entro en la bañera despacio. Me siento y dejo que el agua hirviendo temple mis nervios y relaje mis doloridos músculos.

Tengo cuatro horas para limpiar la sangre seca del suelo, cambiar las sábanas, recoger los restos desperdigados de la jaula, la olla, la sal, las velas...

Cierro los ojos y doy rienda suelta a lo que he estado conteniendo toda la noche. Me tapo la cara con las manos y empiezo a llorar fuerte, muy fuerte. Me destrozo la garganta en un alarido que me ha asustado hasta a mí, y gruesos lagrimones inundan mis ojos castaños, dicen que del color de las avellanas. Yo siempre he pensado que son del color de las ratas, iguales que el tono de mi pelo.

La cabeza de Lili aparece en el techo, con su largo y lacio cabello casi blanco a un lado de su rostro, cayendo en cascada.

—¿Te ha pasado algo? —pregunta, inquieta—. Por un momento he pensado que te estabas convirtiendo en un hombre lobo.

—¡En cualquier caso sería en una mujer lobo! —gimoteo, descorazonada.

—¿Has visto los pelos que tienes en las piernas? Ni en mi época nos los dejábamos tan largos.

Le tiro una esponja, que rebota en el techo y me da en un ojo. Lo que me faltaba, ahora me empieza a escocer horrores, porque he echado un como un litro de jabón encima.

—¡Acabo de hacer algo horrible, Lili! ¡Acabo de enterrar a un muerto en mi jardín! ¡Era un pobre hombre inocente!

Desciende y entra conmigo en la bañera, hasta arriba de humeante agua hirviendo y posa una gélida y delicada mano en mi rostro, secándome una lágrima, y de paso, congelándome la mitad del careto.

—No llores, Alana, no te sientas culpable.

La mitad de la cara se me ha quedado dormida. Telele. Como cuando vas al dentista y te ponen la encía como un colador de pinchazos, para que encima te revuelvas y retuerzas de dolor en ese asiento tan incómodo mientras te hacen una endodoncia, y después te pasas cuatro horas con la boca tan dormida que cuando intentas hablar parece que te está dando un ictus.

—Gracias —consigo decir, con la boca deformada hacia un lado. Como me haya criogenizado las terminaciones nerviosas y me quede así para siempre, me tiro de cabeza desde el desván.

Capítulo catorce

Suena el despertador del móvil. Abro un ojo y lo cierro de inmediato, con un dolor de cabeza que me taladra los sesos. No he dormido ni tres horas. Cuando terminé de recoger y limpiar todo eran las siete menos veinte. Me quedaría durmiendo todo el día, pero hoy libra Nerea, y nos toca trabajar a Hugo, a Lucía y a mí.

Dios... Me pongo en pie y cojo un ibuprofeno del cajón de la mesita. Me lo trago con el estómago vacío y sin agua. A palo seco. Cojo el móvil y llamo a mi madre.

Dos tonos y contesta.

—¡Cielo! —grita, machacándome el oído—. Estoy entrando en el aula. Ahora no puedo hablar.

—Mamá —empiezo a decir, somnolienta y aturdida, observando con horror la gigantesca mancha de sangre seca en mi alfombra nueva... y blanca. Sí, blanca—. ¿Cómo se quitan las manchas de sangre de las alfombras?

Tengo todo su interés, porque oigo cómo se ajusta el móvil al oído.

—¿Has dicho sangre?

—Sí.

Mi capacidad mental ahora mismo no me permite inventarme una excusa bien argumentada y creíble.

—¿Te ha pasado algo?

—Eh...

—Alana, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. ¿Cómo se quita?

Silencio al otro lado. Voces amortiguadas por su mano.

—Ya, perdona, estaba diciendo a las alumnas que me dieran unos minutos —dice, atropelladamente—. ¿Se puede saber qué te ha pasado ahora?

—No ha pasado nada, mamá... —respondo, tragándome las lágrimas y el remordimiento.

—Mójala con agua fría, y la refriegas con detergente y amoníaco. Si no se va, utiliza agua oxigenada.

—Gracias. Te cuelgo —digo, con un gimoteo que espero que no haya escuchado.

Me pongo manos a la obra, pero después de media hora, la maldita sangre sigue recordándome el sonido del cristal atravesando la gruesa piel. Así que la enrolló y la dejó en una esquina.

Una corriente de aire me atraviesa, y me pongo a tiritar. Pego un grito cuando pillo a Ricardo observándome en la esquina, con su rostro totalmente mimetizado con la pared blanca.

—Debemos salir ya, mi salvadora.

Las pocas neuronas que aún me funcionan hacen un esfuerzo extra para entender lo que quiere decir. Y es entonces cuando me dejó caer en la cama, exhausta.

—El fantasma de la lavandera del Palacio Real —gimoteo, tapándome los ojos con la mano.

—Vístase con premura, Aragán anda suelto.

Mando un mensaje a Lucía diciéndole que empiecen sin mí. Y también que le he dejado las llaves de la casa debajo del felpudo. He tenido que borrar la última parte del mensaje antes, gracias a Dios, de enviárselo:

«Y en mi ausencia no se os ocurra coger la pala que está apoyada en la pared de la entrada. Esta noche he decidido cambiar los muebles exteriores porque me apetecía, no hay nada bajo ellos, no es necesario que lo compruebes. En serio, no te pongas a hacer agujeros en el jardín».

En vaqueros, zapatillas y una camiseta de manga corta, vuelvo a dejar al osito de peluche en el suelo de la entrada, para que Ricardo entre en él.

—Lili. —Deja de besar a Ricardo y me presta atención—. Te ocupas del juego. Haz lo de siempre y, por favor, que nadie sospeche nada raro.

Asiente sin soltar las solapas de la levita azul de su prometido.

—Guárdate ese tonito para tus esclavos.

Pongo los ojos en blanco y paso de contestarle.

—Amada mía, regresaré a vuestros brazos antes de que el sol se ponga, y bailaremos a la dulce luz de la luna, jamás tan bella como vos.

—Ricardo, que tenemos prisa —digo, sintiendo pinchazos en la sien y con un tic en el ojo. La imagen de anoche no se me va a borrar en mucho, mucho tiempo.

De repente, un sonido llama mi atención. Es como el de un tambor en la lejanía. Lili y Ricardo lo escuchan también, porque han dejado de hacerse arrumacos y se han puestos más tiesos que un palo.

—¿De dónde procede ese sonido? —pregunta Lili, frunciendo sus labios rosados.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum...

Es como el sonido que te acojonaba cuando estabas viendo a la Comunidad del Anillo dentro de Moria y venían los orcos, tragos y su puta madre.

«Tambores en la oscuridad. Ya vienen. Ya vienen».

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum...

—¿Qué cojones? —empiezo a decir, acercándome a la escalera.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum...

Como cuando el juego de Jumanji estaba enterrado y llamaba la atención, muy egocéntrico él, temblando y haciendo ruido, para que algún niño incauto y despistado, y por lo general poco popular en el instituto, lo encontrara.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum...

Nos miramos y los tres palidecemos por segundos. Eso quiere decir que yo pierdo un poco la tonalidad por lo general rosácea de las mejillas, bueno, no tengo un espejo delante para corroborarlo, pero Lili y Ricardo se tornan grises.

El sonido proviene de la escalera. Nos vamos acercando despacio, con miedo, hasta que nos quedamos mirando un punto fijo en la pared. Pared que levanté con mis propias manos, ladrillo a ladrillo, investigando cómo hacer cemento por internet.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum...

Es ella.

—¿Cómo...? —balbucea Lili agarrando con una mano a Ricardo y con la otra sujetándome el hombro con fuerza. Me está clavando sus casi invisibles uñas en mi dolorida piel.

—Sabe que Aragón ha escapado —murmura Ricardo—. No puede ser de otro modo. Y ahora ella también desea escapar.

Me libero de las garras de Lili y me alejo un poco. Les miro a través de las pestañas.

—Jamás lo hará. No se lo permitiremos —aseguro, decidida. Casi me cuesta la vida y la de mi madre encerrarla, no dejaremos que ella también sea libre.

Se lanzan una miradita que no me gusta un pelo. Como siempre, secretos entre ellos que no terminan de compartir conmigo.

—Ricardo y yo hemos estado hablando esta madrugada —se aventura a explicar Lili, con expresión taciturna—. Si no averiguáis la forma de detener a Aragón...

Doy un paso adelante.

—¿Sí?

—Pues, que la única opción que tendríamos para salvar al mundo de esa terrible bestia...

Empiezo a olerme por dónde van los tiros, y no me gusta.

—Continúa —le pido, cruzando los brazos.

—Nuestra única opción sería liberarla, Alana —dice muy seria, y muy convencida también, a mi pesar—. Ella fue la única que consiguió atraparlo. Es la única que puede hacerlo.

He visto cómo la muñeca diabólica asestaba una puñalada tras otra al pobre hombre gordo, sé de lo que es capaz. Pero también he visto en acción a Madame Ardelean y, lo que es peor, ella tiene algo contra mi persona. Aragón me ha dicho que lamentaré el día en el que nací, pero es que la vecina bruja literalmente provocó el coma de mi madre y mi conversión a Casper.

—Ni de coña, ¿me habéis oído? Ni de coña la vamos a liberar. Ya tengo bastante con que de vez en cuando parece que me hipnotiza para que abra un puto agujero en la pared.

—Mi señora... —interviene Ricardo, con los hombros caídos—. Os aseguro que ni mi prometida ni yo deseamos que esa malvada mujer regrese, pero os juro que Aragón es mucho peor. La ciudad está en peligro mientras ande suelto.

Sin responderles, me acerco hasta la butaca del saloncito y la arrastro hasta pegarla a la pared. Espero que eso amortigüe un poco el sonido. Solo por si acaso, enciendo la cadena, y la sutil música de ambiente que utilizo para los juegos invade cada rincón de la planta baja. Subo el volumen por si acaso.

Mando un escueto mensaje a Lucía diciéndole que no bajen la música cuando lleguen.

—Vamos, métete en el peluche. Tenemos que ver a la lavandera —digo, para poner fin a la conversación. No quiero ni barajar la posibilidad de volver a ver la cara de la bruja.

Rumbo al Palacio Real, con el osito de peluche bien escondido dentro de una mochila, me pongo a pensar en todo lo que está pasando, y como no me gusta mucho el cariz que están tomando los acontecimientos, me pongo a tararear la canción de Lili.

Atravieso la Plaza de Oriente, uno de mis sitios preferidos de Madrid, y llego a las puertas del Palacio Real. En el arco de seguridad se quedan mirando mi mochila, y cuando pasa el escáner, tengo que comentar, entre risitas impostadas, que es de mi sobrino. Entro y voy a los jardines. El fantasma de la Puerta del Sol me dijo que estaría bajo un almendro.

Por suerte, Ricardo está portándose muy bien, y me ha hecho caso a la petición de hacerse pasar por un puto peluche inanimado. Tanto es así, que

tengo que sacarlo cuando me siento en un banco, sin gente alrededor, y susurrarle al oído:

—Ricardo... ¿Estás ahí?

Mueve ligeramente la cabeza y me guiña el ojo sano. ¿Cómo lo hace? Pero en qué estoy pensando... tengo entre las manos a un osito poseído por un fantasma anticuado y romántico hasta decir basta.

—Voy a buscar el almendro —le informo, con un sueño que se me cierran los ojos. Tengo tales agujetas en las piernas y en los brazos que cuando camino parezco Robocop. Y creo que sigo conmocionada por lo de ayer, porque la realidad se me muestra algo velada, como si estuviera viendo una película antigua.

Paseo por la avenida principal entre abetos y arbustos recortados simulando figuras geométricas, cuando veo un pequeño almendro escondido entre varios pinos muy altos.

Compruebo que no hay nadie cerca, y me acerco hasta su tronco, que se muestra torcido y endeble. Parece un árbol muy joven, recién trasplantado, aún en fase de maduración.

—Está aquí —dice Ricardo entre mis brazos—. Lavandera, muéstrate.

El tronco empieza a temblar y dos nudos del tronco comienzan a moverse, hasta que se abren y se convierten en dos ojos. Una especie de brecha un poco más abajo se contrae.

—¿Quién osa perturbar mi descanso?

Doy un paso atrás y por un momento me siento como Pocahontas. Ojalá tuviera sus curvas, su pelo, y su gracia al saltar desde sitios altos, como cascadas, o en mi caso, ventanas. Ella parecía volar. Cuando yo me tiré, parecía una cagarruta encogida estrepitándose al vacío.

—Somos amigas de Elena, la que custodia la Plaza Mayor. Ella nos ha mandado en tu busca, asegurándonos que nos ayudarías —dice Ricardo con voz solemne.

El árbol parpadea y dirige su mirada a mi alma.

—¿Y tú? ¿También necesitas mi ayuda?

—Sí.

—Decidme pues, y dejadme descansar.

—Aragán ha escapado, mi señora. —Y yo pienso que como Lili se entere de que este va llamando «mi señora» a todo quisqui, le mete una patada en los huevos—. Madame Ardelean le mantenía encerrado, bajo la ignorancia de todos nosotros. Mi amiga, aquí presente, luchó contra la malvada bruja y, sin

pretenderlo, liberó a Aragón.

El árbol se me queda mirando con cara de mala leche. Sí, lo sé, soy gilipollas.

—¿Aragón ha regresado? ¿Y dices que esta muchacha, aquí presente, es la culpable? —pregunta, moviendo la fisura de la corteza.

—Así es —confirma mi amigo.

—Si es cierto lo que me contáis, corréis un grave peligro —asegura tajante—. Su maldad y su bastón de poder son todo lo que necesita para sembrar el pánico y la desolación en la ciudad.

Adelanto un paso, porque ha mencionado un detalle muy importante. No el relacionado con la culpabilidad, ese no. Otro.

—Lavandera... Creo que ya he visto ese bastón. ¿Tenía la cabeza de un animal en la empuñadura? —digo, apretando el cuerpecito blandito del oso entre mis brazos—. Madame Ardelean intentó matarme con él.

—Sí, niña, y un afilado cuchillo también. Ese bastón es del demonio de Aragón. Si decís que esa bruja le consiguió detener, quizás se quedara con él. Es la fuente de todo su poder. Si sabéis dónde puede estar, debéis cogerlo antes de que él lo encuentre, si es que no lo ha hecho ya.

Meto a Ricardo en la mochila a pesar de sus quejas. He de volver al piso de la vecina loca de inmediato.

—¡Muchas gracias, lavandera! —me despido, corriendo y agitando un brazo.

Salgo del Palacio y atravieso las calles de Madrid con taquicardia. Recuerdo haber utilizado el bastón para romper las vasijas y demás mierdas de la bruja en su guarida secreta. Me choco con la gente al cruzar la calle, casi tiro a un viejo al suelo al doblar una esquina, prácticamente voy a ciegas, sin mirar a nada y a nadie, solo visualizo el bastón, y dónde estaba la última vez que lo vi.

Cuando llego a la Plaza compruebo la hora en el móvil. Ya son las doce. Si Lucía y Hugo no han llegado, poco les falta. No puedo arriesgarme a dejar a Ricardo en casa, tendrá que acompañarme al piso de la bruja.

Entro en el portal, que siempre está abierto, y subo las escaleras empezando a sentir el miedo invadiendo mis entrañas. Son varias las veces que he tenido que entrar desde que encerré a la bruja, y la verdad es que no me ha pasado nada malo en ninguna de ellas, excepto liberar al asesino psicópata. Pero eso no cuenta, porque lo provoqué yo solita, sin ayuda de nadie.

Cuando llego a su puerta me agacho y dejo la mochila en el suelo. Saco al

osito, que se revuelve inquieto entre mis callosas y doloridas manos.

—Ricardo, vamos a entrar en casa de la bruja para recuperar el bastón —le informo despacio, para que no entre en pánico.

Asiente con la cabeza moviendo un poco las orejas peludas.

—No toques nada, ¿vale? —le pido colgándome la mochila del hombro—. Cogemos el bastón y nos vamos cagando leches.

—Mi salvadora —dice de pie mirando las escaleras—, ese consejo es más idóneo para usted que para mí.

Carraspeo y abro la puerta despacio. El pasillo en parcial oscuridad, las puertas cerradas a ambos lados, y al fondo, el salón de mis peores pesadillas.

—Andando —digo poniendo un pie dentro.

El osito me sigue de cerca, moviendo con gracia sus rechonchas piernecitas cubiertas de pelo marrón. Al llegar al salón, como si fuera un bebé que acaba de aprender a andar, se acerca hasta mis piernas y alza los brazos, pidiéndome que le coja. Me agacho y le agarro, abrazándole con fuerza.

—Este lugar me trae oscuros recuerdos —murmura, apenado—. Muchos fueron los años que sufrí encerrado, sin saber si mi final estaba escrito en el destino, o si tendría la ocasión de volver a ver a mi ocaso eterno.

—No te preocupes, Ricardo, la verás en pocos minutos —le aseguro mirando la calle a través de las pesadas cortinas de terciopelo.

Me acerco hasta la librería abierta, mostrándonos la puerta secreta y las escaleras de caracol. Empiezo a descender con el corazón en un puño. Como siempre que estoy aquí, pienso que la bruja me está tendiendo una trampa, pienso que me dejará encerrada para siempre bajo tierra.

Voy bajando y bajando. Cada escalón que desciendo es aire que me empieza a faltar en los pulmones. Cuando llegamos abajo, a su estancia secreta, me quedo impactada ante el destrozo que yo solita provoqué. ¿En qué estaba pensando? Se me fue la pinza pero bien.

—Qué lugar tan impresionante —dice Ricardo, alzando la cabeza y observando con interés el techo abovedado y las paredes en forma de nichos—. ¿Rompieste todo esto, mi salvadora? —pregunta, señalando con su mano cuadrada sin dedos el suelo cubierto de cristales, vasijas rotas, restos de porcelana y jarrones de barro más altos que yo, partidos en dos.

—Sí...

No dice nada, cosa que agradezco. Salto en puntillas sorteando el desastre y llego hasta el lugar donde dejé tirado el bastón.

No está.

—Mierda —mascullo apretando la mandíbula—. Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Que el bastón no está donde lo dejé.

Y es entonces cuando escucho la primera palabra malsonante que sale por la boca de Ricardo.

—Mierda.

Rebusco dando patadas a todo lo que encuentro. Aparto jarrones dañados, nuevo con las zapatillas los escombros. Nada. No está.

—¿Seguro que lo dejasteis aquí, mi dama?

—Como tú dirías, Ricardo, tan seguro como que el sol saldrá mañana — respondo, atacada de los nervios.

Me corto con un trozo de porcelana y me empieza a sangrar el dedo. Me chupo la herida, distraída, moviendo los ojos en todas direcciones, rastreando el suelo, las esquinas, buscando el maldito bastón.

Cuando la herida deja de sangrar me giro, de vuelta a las escaleras de caracol.

—¡No podemos abandonar la búsqueda! ¡Hemos de encontrarlo antes que él!

—grita Ricardo.

Aprieto su cuerpecito y le atuso el pelo entre las orejas despacio, recreándome en la suavidad de su tacto.

—Ya está, Ricardo. Se lo ha llevado. Pero no entiendo cómo no sabías que el bastón era suyo. Decías que en tu época era famoso por sus crímenes.

Alza la cabecita y cierra los ojos con pesar.

—Nunca le vi, tan solo le conocía por los rumores que circulaban por la ciudad. Y en ningún momento escuché que poseía un bastón de poder. Parece que únicamente aquellos que sufrieron bajo sus manos conocían ese secreto.

Salimos del portal y le escondo de nuevo en la mochila. Las doce y media. El juego aún no ha empezado. Tengo dos opciones: o vuelvo a visitar al almendro parlanchín, a ver si nos da alguna pista más de lo que podemos hacer, o entro en casa para trabajar.

Me gustaría tener una tercera opción, que sería irme a Punta Cana a tocarme el higo en la playa bebiendo piña colada hasta reventar. Si todo se tuerce hasta un punto insostenible, lo anoto en mi mente como plan b, y me recuerdo mentalmente ir mirando vuelos, a ver cómo están de precio.

Opto por la primera opción, así que desando el camino andado hasta el Palacio Real y regreso al almendro con ojos. Ricardo en mi mochila

preguntándome todo el rato que a dónde vamos. Cuando estoy al lado del árbol mágico, abro la cremallera y le saco.

—¿Por qué hemos vuelto aquí?

—Porque necesitamos ayuda —contesto con la tripa rugiendo de hambre. Sí, mi cuerpo no entiende que no tengo tiempo para comer—. Lavandera, señora lavandera, necesitamos hablar con usted.

Miro la corteza del árbol esperando que salgan los ojos saltones.

—Lavandera —vuelvo a decir, empezando a pensar si lo de antes ha sido una alucinación fruto de la falta de sueño.

—Los vivos no podéis convocar a los muertos —me explica Ricardo—. Solo los muertos podemos hacerlo.

—¿A qué esperas?

Me mira con su ojo botón cerca de mi nariz.

—Lavandera, muéstrate ante nosotros.

Los ojos y la boca rasgada aparecen de repente.

—¿Otra vez vosotros? Dejadme descansar —se queja, poniendo los ojos en blanco. Resulta bastante inquietante que un árbol haga eso.

—No podemos, mi señora. El bastón ha desaparecido, y tememos que Aragán lo haya encontrado —dice el osito muy serio.

—¿Habéis permitido que encuentre el bastón? —nos pregunta, taladrándonos con la mirada. A ver, querida corteza, ¿es que no nos ves? Somos una chica endeble y un osito de peluche, tampoco nos puedes pedir mucho. Como no contestamos, cierra los ojos, claramente exasperada—. ¿Alguna pésima noticia más?

Su tonito empieza a molestarme.

—Hemos venido buscando ayuda, porque queremos resolver todo esto —aclaro, poniendo los brazos en jarras.

—Niña, liberaste a Aragán, y ahora el bastón obra en su poder. ¿Quieres que te felicite por ello?

Joder, es peor que mi profesora de Matemáticas.

Agacho la cabeza y Ricardo me imita.

—No es necesario... —murmuro al cuello de mi camiseta sudada.

—Si es cierto todo esto que me contáis, si Aragán ha regresado...

—Ya ha matado a un hombre —la interrumpo arrepintiéndome al segundo, porque una rama me atiza con fuerza en un brazo.

—¿En qué momento pensabas contármelo? —ruge, claramente disgustada—. Si ha probado la sangre de nuevo...

—No la ha probado, no es un vampiro... —vuelvo a interrumpirla mordiéndome la lengua. Lo mismito me pasaba en clase de Matemáticas. Por eso siempre acababa castigada.

—¿Vas a permitirme hablar? Porque de lo contrario no comparto mis conocimientos con vosotros.

Sus ojos empiezan a difuminarse con la corteza, y Ricardo me muerde en la mano.

—¡Au! ¡Pero si no tienes dientes! —me quejo, dejándole caer al suelo—. Perdóname, lavandera, no volveré a molestarte.

Un grupito de japoneses pasan muy cerca de nosotros, sacando fotos hasta de las papeleras. Cuando se han alejado lo suficiente, el árbol cobra vida de nuevo.

—Escuchadme con atención, y os revelaré todo lo que sé. —Ricardo versión peluda se sienta en el suelo y cruza las piernas. Como no sé si lo que nos tiene que contar llevará dos minutos o dos horas, le imito—. Hace muchos, muchos años, daba mis servicios en el Palacio, lavando los manteles y las sábanas. Mi hijo... —para un momento y parece que sus ojos se entristecen—. Mi hijo era uno de los caballerizos. Le gustaba el juego, la mala noche, hasta que un día no se presentó en las cuadras. Pocas horas después le encontraron flotando en el Manzanares.

—Lo siento mucho —digo, apenada—. Debió de ser horrible —digo pensando si de verdad su hijo «flotaba» en el Manzanares.

—Sí, lo fue. Los responsables de la seguridad de la ciudad no investigaron su muerte, dando por sentado que fue culpa de mi hijo. Su mala reputación le precedía allá donde iba. —De sus globulosos ojos caen dos lagrimones del tamaño de mi mano, y en cuanto tocan el suelo florecen, como por arte de magia, pequeñas y delicadas flores violetas—. Acudí a la única mujer que podía ayudarme. A la bruja Alina.

—Madame Ardelean... —susurro, totalmente concentrada en la historia. Si tuviera un cojín y unas palomitas sería la leche. Para compensarlo me enciendo un cigarrillo.

—Aún no se la conocía por ese nombre —explica arrugando un nudo en la corteza que parece que es su nariz—. No deberías fumar, es malo para la salud.

—Continúe con su relato...

—Alina me recibió en su casa. Le entregué las ropas con las que encontraron a mi hijo, y me aseguró que su muerte había sido a manos de un

espíritu diabólico convertido en hombre, de nombre Aragán. Me dijo dónde podría encontrarle, pero me avisó de que era muy poderoso, y que ni siquiera ella se atrevería a enfrentarse con él.

Otro grupo de japoneses pasan por la avenida principal, así que los tres nos quedamos como estatuas, casi sin respirar, esperando a que pasen de largo.

—Ya puede continuar.

—Desoí las advertencias de la bruja y fui a buscarle a la pensión donde dormía. Solo tenía un cuchillo casi romo y la locura de acabar de enterrar a mi único hijo varón. Era de madrugada, una noche cerrada donde las estrellas no brillaban en el cielo. Soborné al casero y subí hasta su habitación. Le encontré plácidamente dormido, sin un pestillo en la puerta, seguro de que nadie intentaría entrar a hurtadillas para hacerle daño. Eso sí, con el bastón fuertemente asido. La primera puñalada se la asesté en el pecho, directo al corazón. Y las siguientes fueron más desacertadas e inseguras.

—¿Y qué pasó?

—Aragán salió del cuerpo, ya sin vida, riendo como un colegial enajenado.

Me lanzó una maldición, y me aseguró que la bruja también pagaría las consecuencias por haber revelado su localización.

—¿Y qué maldición...?

—Salí corriendo de la pensión con las manos llenas de sangre. No sabía qué hacer, a dónde acudir, porque en casa dormían mis dos hijas pequeñas, y temía que si volvía, las encontraría también a ellas. Así que vine aquí, a Palacio.

Empecé a caminar, y justo donde me veis, los pies comenzaron a convertirse en raíces, las piernas y el torso en un tronco de nudos y corteza, y mi cabello en ramas. Desde entonces estoy aquí, deseando que mi maldición acabe para poder descansar en paz.

Me quedo con la boca abierta y el cigarrillo consumido entre los dedos. Es horrible. Qué digo horrible, súper horrible. Pobre mujer.

—Un tiempo después Alina vino a visitarme. Aragán había matado a su marido y a su única hija para cobrarse su venganza. Me aseguró que le atraparía y que me liberaría de esta prisión.

—Pero... —empiezo a decir, algo confusa—. ¿Alina, es decir, Madame Ardelean, era buena? Me refiero a si era una bruja buena.

—En esos tiempos, sí, pero la muerte de su familia ennegreció su corazón.

Me dijo que tendría que usar magia oscura para poder derrotarlo, y sabía que tendría sus consecuencias. Pero muchos años han pasado de ello, y yo continuo aquí.

—Por lo visto solo consiguió encerrarle, no acabar con él —digo, pensativa—. ¿Le dijo algo sobre cómo pensaba meterlo en una petaca?

Porque, vamos a ver, sí, la historia muy bonita, pero no nos ha dicho nada que sea realmente de utilidad para acabar con el psicópata de Aragán. Ahora que la veo empiezo a tenerle más miedo al asesino grillado, porque no quiero que me convierta en un cactus gruñón.

—Alina me confesó que había encontrado un libro, un libro de hechicería muy antiguo. Y que pensaba utilizarlo para vengarse.

Se calla. Miro al ojo de botón del oso. Él me devuelve la mirada levantando una ceja.

—¿Eso es todo lo que sabe? ¿Que encontró un libro? —suelto, apagando el cigarrillo en el suelo y guardándome el filtro en la mano.

—Me contó que el libro se llamaba «Hechizos y demás conjuros», y que en el capítulo siete había encontrado la clave para derrotarle.

—Hechizos y demás conjuros —repito, para acordarme del nombre. Sí, un título bastante apropiado y clarificador de lo que contienen sus páginas—. ¿Nada más? ¿No sabe nada más?

—No, es todo lo que sé.

Cojo al oso de mala gana y agarro una de las ramitas, moviéndola un poco, como estrechándole la mano.

—Un placer, a ver si somos capaces de destruirle y usted puede descansar de una puta vez.

—Deslenguada... Deja de zarandearme, que se me caen las almendras.

Cuando me he alejado unos metros, Ricardo me pellizca la mano.

—Mi salvadora, debemos regresar a la casa de la bruja.

Me agacho, abro la cremallera de la mochila y le meto dentro.

—Sí, Ricardo. Lo sé. A este paso desayuno a las diez de la noche.

Capítulo quince

Tras otra agotadora caminata atravesando el centro de Madrid, sin nada en el estómago y sin apenas haber dormido, decido entrar en un bar. Sentada en la barra, con un café bien cargado y dos porras a un lado, compruebo los mensajes del móvil.

El único que tengo sin leer es uno donde Lucía se está cagando en mis muertos, porque dice que Hugo se está escaqueando de lo lindo y que ella no puede con todo.

Ya son las dos de la tarde, les quedan al menos dos horas más. Mi amistad por ella me impulsa a aplazar la búsqueda del libro para ayudarles, pero mi conciencia me dice que lo más importante ahora mismo es acabar con el maldito asesino. Por suerte no me comenta nada sobre la nueva disposición de los muebles del jardín, así que por un lado me quedo tranquila.

Ricardo dentro de la mochila en la banqueta de al lado. De vez en cuando tengo que meterle un golpe para que no hable, para que no se mueva. Uno de los camareros me pregunta un momento, en el cual el osito intenta sacar una mano peluda, que qué es lo que tengo ahí dentro. Le respondo que un gato, cerrando la cremallera con rapidez.

—¿Pero no necesita respirar? —dice el hombre, limpiándose las manos en el mandil.

—Métase en sus asuntos.

Pago y salgo pitando cuando Ricardo consigue sacar la cabeza para saludar a una vieja.

Llego a la plaza y corro hasta el portal de la vecina. No quiero que Lucía me vea por la ventana de la cocina y empiece a hacer preguntas como: ¿qué es más importante que la empresa? ¿Por qué tu alfombra enrollada tiene sangre? ¿Por qué hay una mano muerta entre la tierra de tu jardín?

Subo las escaleras por segunda vez en lo que va de mañana. Me tengo que parar un momento en el descansillo, porque me ha dado un calambre en el gemelo. Saco a Ricardo de la mochila y juntos entramos en el piso, andando con cautela, despacio, con miedo de que Aragón ande por aquí buscando el mismo libro que nosotros.

Llegamos al salón sin percances. Subo las persianas. Toso y estornudo

varias veces al acercarme a la estantería, porque aquí tiene suficientes ácaros para luchar en una tercera Guerra Mundial y salir victoriosos.

—Mi salvadora, debemos darnos prisa —me apremia Ricardo, intentando que le coja entre mis brazos.

Le subo a la repisa de la estantería, y entre los dos empezamos a comprobar todos los títulos.

— *Orgullo y prejuicio, Hamlet, Lo que el viento se llevó...* —empiezo a leer en voz alta—. ¿Pero esto qué es? ¿La biblioteca de una bruja o la colección de una dama aburguesada enamorada de la literatura romántica?

Repaso tres veces la biblioteca de arriba abajo, y nada, no está.

Me dejo caer agotada en el sofá, pero en cuanto el polvo asciende para invadir mi nariz, me arrepiento.

—¡Atchús! ¡Atchús! —estornudo con estridencia.

—Nunca la vi con ese libro entre las manos, mi señora —dice el osito, con una mano peluda sin dedos bajo el mentón, en pose pensativa. La otra mano en la espalda, muy estirado y elegante—. Sí fuera yo, lo tendría escondido a buen recaudo. Eso seguro. Donde nadie pudiera encontrarlo.

La bombillita escondida en mi flequillo se alumbra de nuevo. ¡Es cierto!

—Debemos rastrear toda la casa, Ricardo. Las habitaciones, comprobar que no hay trampillas ocultas, bajar a la sala secreta y revisar en todos los rincones.

Está aquí dentro, pero está escondido.

Yo, ansiosa e ilusionada, y él mirándome con la ceja de peluche levantada.

—Lo sé, señora, se lo acabo de decir. Ha sido idea mía.

Creo que Ricardo necesita con urgencia ver a Lili y hacerse arrumacos, porque se le está agriando el carácter por segundos.

Aunque los párpados me pesan, sigo hambrienta y casi en estado de shock por lo que tuve que vivir ayer, creo que es precisamente lo que vi, y lo que he presenciado hace un rato, lo que hace que mi cuerpo saque fuerzas de donde no las tiene y se ponga manos a la obra. Porque no me quiero pasar la eternidad siendo un mini cactus de esos que les pinchan florecitas cutres de plástico.

Ponemos patas arriba el salón, eso sí, con cuidado de no romper ni abrir nada.

Hay un momento que tengo tanta sed que voy a la cocina y veo una lata de coca cola cerrada en la nevera. No la abro por miedo a liberar un espíritu hambriento de carne humana y adicto a las bebidas gaseosas.

Cuando nos aseguramos de que en el salón no hay nada más que polvo, suciedad, hormigas, y básicamente mierda en sus diferentes formas y aspectos, pasamos a las habitaciones.

Con Ricardo sujeto a mi mano entramos en la primera. Giro el pomo y la empujo, esperando que se abra por completo. Enciendo la luz y veo más y más libros, apilados unos encima de otros. Con la ayuda del oso, repasamos todos los títulos hasta que, un tanto desanimados, salimos cerrando de un portazo la puerta.

La siguiente habitación está totalmente vacía, a excepción de una botella de vino cerrada en el suelo, justo al lado de la ventana. No entramos, nos da mal rollito.

La última estancia está hasta arriba de botes de cristal vacíos, apilados unos encima de otros. No tiene sentido, están como formando una figura, pero no reconozco qué es. Quizás su sentido artístico esté mermado al dedicarse a convertir a gente inocente en fantasmas, para atraparlos con una bola de oscuridad y después tragárselos para merendar. O cenar, porque las siete de la tarde es una hora un tanto ambigua. Si estuviéramos en Reino Unido, sería la recena.

Me encojo de hombros y el osito me imita.

—No lo entiendo —empiezo a decir, apoyándome en la pared del pasillo —. No hay cama. ¿Es que no dormía?

—No, se pasaba la noche leyendo *Lo que el viento se llevó* —recuerda Ricardo, cruzándose de brazos.

—¿Todas las noches leyendo *Lo que el viento se llevó*? ¿Durante años? —pregunto, interesada.

Recorro el pasillo hasta entrar de nuevo en el salón. Sorteó los cojines, velas, tapetes, huesos de animales y demás cosas que hemos tirado por el suelo en nuestra primera inspección, y busco el título en la biblioteca. Lo saco y compruebo que es bastante más grande que la versión para coleccionistas de la famosa novela, incluyendo ilustraciones y tapa dura. Lo sé porque mi madre es adicta a la novela romántica.

Me fijo en que tiene una especie de cubierta en papel que no termina de encajar con los márgenes de las tapas. Lo quito, dejando a un lado *Lo que el viento se llevó*, y abro los ojos hasta lo imposible cuando veo que en realidad, lo que tengo entre las manos, es «Hechizos y demás conjuros».

Ricardo, que me ha seguido, se pone a saltar y dar palmas, pero sin sonido, porque sus manos son peludas.

—¡Buen trabajo, mi gran salvadora! ¡Sabía que lo hallaríamos a tiempo!

—La muy listilla lo tenía a la vista de todo el mundo, pero camuflado como si fuera otro libro bien distinto —comento, pasando los dedos por el lomo. Con la cubierta de piel verde, y las letras en dorado, parece verdaderamente un libro repleto de hechizos y demás cosas peligrosas que jamás debería de caer en manos de una quinceañera con ganas de vengarse del mundo *teenager*.

—Vaya al capítulo siete, tal y como nos indicó la lavandera —me anima Ricardo, entusiasmado.

Su alegría es contagiosa, así que el chasco que me pego cuando lo abro es monumental. Está en blanco. Me siento en el suelo y me pongo a pasar, hoja tras hoja, todo el libro. Ni una puta palabra escrita en su interior.

—¿Y dices que se pasaba las noches leyendo este libro? —le pregunto de nuevo, totalmente desilusionada.

Damos dos pasitos para adelante y cuatro hacia atrás. Y es desesperante. Y no, no es la canción de Ricky Martin.

Se encoge de hombros mientras dejo escapar un largo suspiro. Lo cierro y acaricio las letras doradas. Aspiro el olor de la cubierta, de viejo y gastado cuero verde. Vuelvo a comprobar las páginas en blanco, y aunque no soy una experta, está claro que el material con el que están hechas es antiguo.

—Es el libro, Ricardo. Estoy convencida —afirmo, abrazándolo con fuerza—. Ahora solo nos queda averiguar cómo hacer que nos desvele sus secretos.

Estoy segura de que el libro tiene alguna clase de encantamiento para esconder sus conocimientos, y no tengo ni idea de si tengo que bailar desnuda y colocada de maría bajo la luna llena y rebozar mis insignificantes tetas en las páginas para que empiecen a brotar palabras y palabras, o bien sacrificar un carnero en lo alto de una montaña rocosa tapada con una túnica tipo jedi y bañar el libro con su sangre.

—Mi señora...

—¿Qué? —Me levanto y meto el libro en la mochila. Sé lo que me va a decir, lo que ya me han dicho Lili y él antes. Pero ni de coña voy a liberar a la vecina.

Antes muerta que volver a ver su diente de oro.

—Nada —responde de inmediato al ver mi expresión. Nos empezamos a conocer, y no hacen falta palabras para saber lo que nos queremos decir.

—Vamos, entra en la mochila y larguémonos de aquí.

Entro en casa sintiendo que las piernas me fallan. Escucho las voces de los clientes en la antigua biblioteca, y a Hugo con ellos. Así que lo primero que hago es subir corriendo las escaleras y dejar la mochila en mi habitación. El libro lo escondo bajo mi cama, y dejo al osito en el suelo para que Ricardo pueda salir de él.

Lili no tarda en aparecer, y corre a los brazos de su prometido con una sonrisa de oreja a oreja. Como no quiero que nadie nos pille, salgo cerrando la puerta con el candado. Bajo a la primera planta, parándome un momento en la pared de la escalera. Suspiro de alivio cuando compruebo que el tambor ya no suena.

Entro en la cocina y rezo para que Lucía no me tire una cuchara a la cara.

—¿Se puede saber dónde estabas? —grita, despeinada, sudorosa y de muy mala leche—. ¡Como me vuelvas a dejar sola, lo dejo! —amenaza colocando la última copa de nata montada y fresas en una bandeja.

Voy hasta el fregadero y me sirvo un vaso de agua. Dios, estaba sedienta.

Después robo un trocito de fresa de una de las copas, por lo que me gano una colleja.

—¡Au! Perdona, tenía que ir al ayuntamiento a rellenar unos papeles de mi madre —me disculpo, mintiendo sobre la marcha—. No se volverá a repetir, te lo juro.

—En serio, tenemos que despedir a este chico. Es muy raro —comenta un poco más tranquila. Aún así pongo distancia entre las dos, sentándome al otro lado de la mesa. Porque con ella nunca se sabe, es como una serpiente, muerde cuando menos te lo esperas.

—¿Hugo? Pero si es un encanto —digo, extrañada—. Y muy profesional, por lo que he visto.

—¿Encanto? ¿Profesional? —me imita cuestionando mis palabras. Se inclina hacia delante y me mira con cara de loca—. Desde que llegamos esta mañana no ha hecho más que mirar y remirar las pistas del juego. Ha entrado en tu habitación, y cuando me he querido dar cuenta, estaba husmeando en tu armario.

Y ha llegado tarde. Le he tenido que obligar a atender al grupo, porque estaba a lo suyo.

—¿En serio? —Me enciendo un cigarrillo y arrugo la nariz. Puede que esté raro por lo que ocurrió anoche, cuando me dejó bastante claro que sabía que yo no quería nada serio con él. Bueno, en realidad ni siquiera lo hablamos, se largó dejándome con la palabra en la boca.

—Y tanto. No me ha ayudado con nada.

—Pero si está con los clientes ahora mismo... —le defiende, cruzando las piernas.

—Sí, pero está haciendo lo que le da la gana. No está siguiendo tu juego.

Cuando he ido a servir el segundo plato les estaba contando historias raras.

—¿Historias raras?

—¡Quieres dejar de repetir lo que digo! —grita, exasperada—. Sí, cosas de espíritus. Mira, chica, no sé, me he ido porque me estaba cabreando. Que no, Alana, que va a su rollo. No me gusta. Y sabes que tengo un sexto sentido.

—Lo que tienes es animadversión por el género masculino —respondo, quitándole importancia—. El pobre habrá tenido que improvisar.

Me mira con cara de culo y empuja la bandeja hasta mis manos.

—Venga, lleva esto, que vienes muy fresca.

Le diría que llevo desde la madrugada de ayer enterrada en el fango, literalmente hablando, pero en vez de eso sonrío y me llevo la maldita bandeja.

El estómago me ruge de hambre, es como si se me hubiera dado la vuelta y se estuviera comiendo a sí mismo.

Entro en la antigua biblioteca y me encuentro con un Hugo taciturno y ojeroso, hablando sobre asesinatos y cadáveres. Dejo la bandeja en el centro de la mesa mirando los clientes de hoy. Mejor dicho, clientas. Todas le miran embobadas mientras él habla y habla. Bueno, el chico es actor, y lo está haciendo muy bien, todo hay que decirlo. Con la pajarita torcida, la camisa un poco desabrochada... En plan mayordomo atormentado relatando las tragedias ocurridas en la Casa Encantada. Si les gusta a las chicas de hoy, le comentaré incluirlo en nuestros eventos temáticos.

Debe de seguir enfadado por lo de anoche, porque apenas me dirige la mirada.

Voy a volver hasta la cocina cuando me empiezo a marear. La cabeza me da vueltas y es como si fuera perdiendo el sentido del equilibrio. Me asomo por la puerta y le digo a Lucía que terminen sin mí, que me encuentro mal y necesito tumbarme un rato.

No entiendo lo que dice, solo escucho gritos e insultos, pero paso de ella, porque las piernas me fallan. Subo como puedo las escaleras. Me dejo caer en la cama, exhausta, y cierro los ojos pensando que debería haber utilizado el candado para cerrarme por dentro, a ver si me van a pillar las clientas

roncando.

Barajo la posibilidad de hacerlo, cuando pierdo la consciencia.

Me despierto ante el calor de unas manos recorriéndome la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —balbuceo, adormilada. Me seco las babas de la comisura del labio. Un rápido vistazo a la ventana me indica que ya es de noche, porque la única luz exterior proviene de las farolas—. ¿Qué hora es? —pregunto, intentando levantarme para quitármelo de encima.

—Son las doce de la noche —responde Hugo empujándome de nuevo hasta que mi mejilla roza el colchón—. No pretendía despertarte.

¿Seguiré enfadado por lo de anoche?

—¿Y Lucía? ¿Dónde está?

Me sonrío, y por primera vez desde que le conozco, prefiero que mantenga la boca cerradita.

—Se ha marchado —dice, sentándose en el borde de la cama.

—Hugo —digo, intentando levantarme. Pero cuando lo hago, pone una mano sobre mi espalda y me tumba de nuevo. No me hace daño, pero utiliza la suficiente fuerza como para inmovilizarme en contra de mi voluntad.

—¿Dónde está?

—¡Que me dejes levantarme! ¡Quítate de encima! ¡Me estoy agobiando! —grito, enfadada. A ver quién coño se ha creído que es. Primero vacila a Lucía y ahora a mí. Será que no está acostumbrado a que le rechacen, digo yo, y se lo está tomando de un modo un tanto infantil.

—¿Dónde está, Alana? —Cuando dice mi nombre me quedo paralizada. No sé por qué, pero no me ha gustado el tonito que ha empleado.

—¿El qué? —pregunto, revolviéndome para incorporarme.

Me giro de repente y le pego un manotazo en la cara. Eso habría bastado para que alguien normal se diera por aludido, pero en vez de eso, me vuelve a sonreír.

—¡Largo! —le grito, incorporándome y abrazándome las rodillas—. ¡He dicho que te vayas!

Parece que se lo piensa, como midiéndome. Pero unos segundos después se levanta de la cama y sale por la puerta sin mirar atrás.

—Hasta mañana, Alana.

Me ha sonado a amenaza.

—No, hasta pasado mañana. Te toca librar —le recuerdo, molesta—. Y si sigues así, es mejor que no vuelvas.

Y cierra a sus espaldas.

Me quedo un momento sin saber qué pensar. En realidad no me ha hecho nada. La que le ha metido un guantazo he sido yo. Se ha tomado peor de lo que me esperaba mi rechazo.

Y de repente, como si me golpearan la cabeza con una sartén, recuerdo que tenía una cita con el boxeador rubio esta tarde. Me dijo que nos viéramos a las seis de la tarde en la terraza. Supongo que se refería al lugar donde nos vimos por primera vez y me tiró el bolso.

Me levanto de la cama con taquicardia, cojo el bolso del suelo y bajo corriendo las escaleras. Como estoy histérica, paso por alto que mi habitación está patas arriba, y que el salón también. Al igual que el armario que utilizamos como ropero: con las puertas abiertas de par en par, y los abrigos, paraguas, bolsas y demás tonterías que suelo guardar ahí dentro, tiradas por el suelo.

Durante un segundo pienso qué habrá pasado mientras yo dormía, pero tengo algo mucho más importante en lo que pensar ahora. Unos ojos azules como el océano me fustigan una vez más, haciendo que sortee varias bufandas y corra hasta la puerta.

¡Qué estúpida! ¿Cómo he podido olvidarlo? ¡¿Cómo he podido quedarme dormida?!

Estoy agarrando el pomo de la puerta para lanzarme a la calle en su busca, a ver si por suerte es de los que no le importan esperar un poquito, porque es un caballero y entiende que las señoritas necesitamos nuestro tiempo para empolvarnos la nariz, aunque para ello me esté retrasando seis miserables e insignificantes horas, cuando Lili se presenta frente a mis narices, impidiéndome el paso.

Me asusto porque pienso que está enfadada, pero no, para mi sorpresa está sonriendo de oreja a oreja.

—Ya era hora de que te deshicieras del plebeyo —dice, más feliz que una perdiz—. ¿No irás corriendo en su busca para hacer las paces? No lo hagas, ha estado cotilleando por toda la casa. He intentado asustarle sin que me viera, pero no lo he conseguido.

—No, tengo una cita —digo, intentado que se aparte para poder salir.

—¿Pero no le acabas de echar?

—¡No es con Hugo!

—¿Entonces con quién?

—¡Con alguien que no conoces! —grito, atravesándola.

Cierro la puerta y me tapo el lado derecho de la cara para no ver la tumba

del hombre desconocido.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también...»

—canturreo para no pensar si su cuerpo se estará ya descomponiendo. No pienso mirar por Google el tiempo que tarda un cadáver en hacerlo.

Salgo al empedrado de la plaza y empiezo a correr. Llego hasta Alonso Martínez sorteando coches, semáforos en rojo, viandantes y demás impedimentos, que me retrasan aún más.

¿Me habrá esperado?

Mi corazón me dice que sí, mientras que mi mente me llama gilipueñas redomada. Acallo a mi mente y dejo que gane mi corazoncito. Yo le habría esperado, aunque vale, se me olvidó la cita y que me he quedado dormida...

Cuando estoy frente la terraza me llevo una mano a mi entristecido corazón, mientras que mi mente me susurra en tono cruel: «te lo he dicho».

Ni rastro del boxeador rubio. Entro en la cafetería por si acaso, porque a pesar de que ya estamos en primavera, a estas horas hace fresquito. Un par de borrachos apoyados en la barra y poco más.

Salgo derrotada y con ganas de llorar.

Me siento en una de las sillas de la terraza y busco por internet el siguiente combate. Salen varias fotos tuyas en pose agresiva, mostrando los guantes. Abro y cierro páginas antiguas hasta que doy con la adecuada.

Y no dejo caer el móvil de milagro porque, tal y como me temía y ya había leído, el combate en El Gran Casino de Torrelodones, al que fui acompañada de Hugo, era el último en el que competirá mi boxeador misterioso.

Ya nunca le veré de nuevo...

¿Por qué no me ha esperado?

¿Acaso le habría esperado yo?

Capítulo dieciséis

—¡*Abracadabra!* —grito, señalando al libro abierto encima de la cama con una ramita que he cogido del jardín—. ¡*Librerus revelus!* ¡*Guingardium leviosa!* ¡*Abada que rabas!* ¡*Alojomora!*

Me quito el flequillo de los ojos.

—¡Travesura realizada! —digo, sin perder la esperanza. Ah, no, espera, que eso lo decían en Harry Potter para que el mapa del castillo volviera a ponerse en blanco. ¿Cómo era? Ah, sí—. Juro con solemnidad que no tengo buenas intenciones. —Y toco la página en blanco esperando que las letras empiecen a salir. Creo que no eran las palabras exactas...

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me pregunta Lili, cruzada de brazos en el rincón.

—Ha perdido la cabeza, mi ocaso eterno —murmura Ricardo, colgado de la lámpara—. No son más que los balbuceos propios de un demente. Ni siquiera termino de comprender cómo pudo enterrar a ese hombre, con toda esa sangre...

—¡Callaos los dos! —grito, tirando la ramita a tomar por culo—. Tenía que intentarlo...

—Por cierto, Alana. —Lili se planta a mi lado y me escudriña con esos ojos grises tan fríos que tiene—. ¿Quién era tu cita de anoche?

Me acuerdo del boxeador misterioso y se me encoje el corazón.

—No era nadie.

Me dejo caer en la cama en plancha. Levanto la frente para mirar a Ricardo.

Prefiero no pensar en el boxeador, y por suerte Lili no insiste.

—Ayer me dijiste que se pasaba las noches leyendo el libro. —Asiente y me incorporo, cruzando las piernas y cogiendo el libro para ponerlo en mi regazo—. ¿Veías que hiciera algo cuando lo cogía, o cuando lo volvía a dejar de nuevo en la estantería?

Entrecierra los ojos, como intentando recordar. Desciende del techo y se acerca a Lili. Se dan un acalorado beso que hace que tenga que retirar la vista.

—¡Ricardo! —grito, incómoda. Si estos dos siguen así, no quiero pensar lo que acabarán haciendo en el desván.

—Disculpadme, mi salvadora. Mis instintos pecaminosos cada vez son más fuertes, ahora que la boda se acerca —me explica tan tranquilo, como si decir con palabras repipis que está más salido que una esquina fuera a considerarse algo correcto y bien visto.

—¡Me dan igual tus instintos! Necesitamos saber qué hacía la vecina para leerlo —le recuerdo, señalando la tapa de cuero verde.

—Tenía una rutina muy marcada, mi señora —empieza a decir Ricardo, flotando por la habitación—. A las siete escogía una víctima, y tras tragarla sin piedad, se entretenía con las cartas de tarot. A veces venían clientes, siempre después de las ocho de la tarde. No cenaba, pero sí que se tomaba una taza de su té especial. Y cuando el reloj marcaba las doce de la noche, cogía el libro y se sentaba frente a la ventana hasta que amanecía.

—¿No decía unas palabras antes o después de leerlo? —pregunto, intentando averiguar algo relevante de entre los recuerdos de Ricardo que me pueda servir.

—No que yo recuerde. Tampoco la observaba cada día, mi salvadora. Había momentos en los que intentaba evadirme de mi pesarosa situación.

Me levanto y empiezo a dar vueltas por la habitación. Necesitamos leer el capítulo siete como sea, porque un asesino anda suelto.

Escondo de nuevo el libro bajo la cama y me voy al baño para darme una ducha. En una hora llegarán Nerea y Lucía, porque Hugo libra hoy. Menos mal, porque no me apetece nada tener que verle hoy. Espero que mañana se disculpe por su comportamiento de anoche, porque si no lo hace, no me quedará más remedio que despedirle. Además, ha estado cotilleando y revolviéndome la casa.

Se toma muchas confianzas, me parece a mí.

Vamos a ver, siempre he fantaseado con que un tío bueno me pille por sorpresa en plan telenovela, pero cuando pasa en la vida real no tiene gracia, pienso aclarándome el pelo y saliendo de la bañera de patas con cuidado de no resbalar.

Suena el timbre y bajo las escaleras tan solo envuelta en una toalla blanca.

Abro sin mirar, porque pienso que son mis amigas, cuando me encuentro con el chico del tour diario y a todos sus seguidores armados con cámaras de flash.

—¡El fantasma! —grita una mujer del fondo.

—Que no, que lleva una toalla —escucho que dice alguien en uno de los laterales.

Me importa un pepino que se piensen que soy un fantasma, o incluso que me hagan fotos así, pero lo que me está provocando taquicardias abocadas a un infarto prematuro es que han entrado en el jardín sin permiso, y hay varios de ellos pisando la tumba. No tuve fuerza suficiente para aplastar mucho la tierra, así que espero que no se les hunda un pie y se encuentren con una nariz.

—¡Largo! ¿Cómo se os ha ocurrido entrar sin permiso?

—Buenos días, mi nombre es... —empieza a decir el chico de la gorra y micrófono.

—¡Me da igual cómo te llames! ¡Esto es una propiedad privada! ¡Largo! —grito, histérica, señalándoles la puerta de salida con tal ímpetu que por un momento pienso que se me va a caer la toalla.

—Tranquilícese, por favor.

—¡Ni por favor ni hostias en vinagre! ¡Largo!

Doy un paso atrás y cierro la puerta de un portazo. Eso sí, corro a asomarme de puntillas por la mirilla para comprobar que, efectivamente, van saliendo del jardín, y que, afortunadamente, nadie se ha tropezado con una oronda barriga.

—¡Solo le queríamos preguntar si podríamos, pagando por supuesto, entrar a ver la casa! —grita el chico más insistente del mundo utilizando el micrófono para que le escuche bien, a pesar de no saber que le estoy observando.

Entrecierro los ojos y me doy la vuelta en plan malvado de la peli, girando la butaca negra mientras acaricio a un gato hasta arriba de Diazepam para que no salga huyendo... Más dinero, y solo por ver la casa... Siempre vienen antes del evento de la comida, y total, como el chico parece estar más informado que yo acerca de la historia antigua encerrada en estas cuatro paredes... Pero después recuerdo al hombre asesinado, la alfombra manchada de su sangre que aún no he tirado, a la bruja emparedada, y a mis dos amigos fantasmas... y no me parece tan buena idea.

Abro la puerta y le indico que se acerque con la mano. Deja al grupo fuera, esperando.

En cuanto entra, cierro a sus espaldas.

—Como vuelvas a entrar en mi casa —empiezo a decir muy bajito, casi rasgándome la garganta—, como te atrevas a acercarte a la gente a mi fachada...

—Le diría que le corto el cuello, pero claro, no me resultaría muy útil su testimonio en contra del día que un gato vagabundo desentierre la mano del cadáver y me señalen como la principal sospechosa—. Llamo a la policía.

Asiente en silencio y sale cagando leches.

Lucía y Nerea llegan al poco rato. Nerea está mucho peor que estos días atrás.

La alergia primaveral vuelve a atacarla, y la pobre no sabe si intentar respirar por los ojos, porque dice que tiene la nariz absolutamente taponada y las encías y el paladar hinchados.

Lucía sigue molesta por el comportamiento de Hugo, y Nerea no desaprovecha la oportunidad para contarle que nos hemos liado, a lo que Lucía pone el grito en el cielo y me tira el trapoapestoso a la cara. En serio, diariamente tiro ese trapo a la basura. ¿Cómo consigue salir de nuevo?

Sigo molesta con Hugo por lo de anoche, pero no quiero contárselo a mis amigas aún, decido darle una oportunidad para disculparse y hacer borrón y cuenta nueva. Si se lo cuento a ellas... le harán la cruz y será imposible que trabajemos todos juntos.

Damos el servicio de comida y el de la cena sin problemas ni sorpresas. Lili me ayuda, como siempre, y con sus «efectos especiales» nos ganamos a los clientes, que se van contentos y satisfechos.

Estamos recogiendo los platos de la cena mientras que no dejo de darle vueltas al maldito libro. Quiero que se vayan ya para poder investigar un poco más en él. Quizás se pueda leer a través de una vela, o frotando las hojas en blanco con un algodón impregnado en limón.

Literalmente las echo de casa diciéndoles que anoche, sobre esta hora, escuché pasos extraños subiendo por las escaleras.

Ponen cara de susto y dicen que ya nos tomamos una copita otro día.

Entrelazo mis pequeños dedos.

—Perfecto—susurro maquiavélicamente cuando salen por la puerta.

Subo al baño y me desmaquillo. Me fijo en que ya se me empiezan a notar arruguillas debajo de los ojos, pero cuando me horrorizo es cuando me veo unos cuantos pelillos en el bigote. Como si me hubieran crecido varios milímetros de repente. ¡Esos pelos no estaban esta mañana! Madre mía, qué vergüenza. ¿Qué habrán pensado los clientes de hoy, por Dios? ¿Que soy, en realidad, un ama de llaves?

A mi mente viene la imagen de los enanos, peludos y bigotudos de *El Hobbit*, luchando al lado de su jefe enano buenorro. Aunque a mí el que más me gustaba era ese que se enamoraba de la Elfa. Y de nuevo, la bombillita de mi flequillo se enciende.

Corro a mi habitación y abro el candado con la llave que siempre llevo

colgada del cuello. Estoy sola, los fantasmas deben de estar en el desván. En penumbra, sin querer encender la luz, tanteo bajo la cama y saco el libro. Me siento en el alféizar de mi ventana, bajo la luz de la luna. Abro la tapa...

Y ahí está.

Como cuando los enanos consiguen leer el mapa gracias a la luz de una luna muy concreta. Por suerte, no he tenido que esperar a que fuera otoño, o la primera semana de invierno, para poder descubrir los secretos que este mágico libro contiene.

Porque, como por arte de magia, las palabras van apareciendo, sinuosas, de una forma estilizada y elocuente, como si bailaran al son de una melodía delicada. Grabados dorados enmarcan los márgenes, pequeñas ilustraciones preciosas, casi hipnóticas, se muestran ante mis ojos.

Y sin darme cuenta de lo que realmente estoy haciendo, leo en voz alta:

—Excitare corpus exánime animam interire. Iterum surgere ad serve oboedienter futuros. Tu eris mihi servus ad terram banc orationem cum his verbis iterum —recito, ayudándome del dedo para no perderme.

Madre mía, qué difícil... No me entero de nada. A ver cómo encuentro el capítulo siete, y a ver si soy capaz de comprender lo que estoy leyendo. Pero entonces levanto la vista del libro y dejo la mirada perdida un segundo. Quizás no debería haber leído nada en voz alta, recordando lo que pasó en la película de *La Momia*.

Como no hay corrientes de aire, más allá de las que ya provocan los fantasmas, ni tampoco he desenterrado extrañas vasijas con órganos funerarios, me encojo de hombros y paso a la siguiente página. Va mostrando poco a poco los grabados, las imágenes, y otra vez esas letras que no entiendo. Y como si el libro me guiara, en vez de yo a él, siento que mis labios van a empezar a leer de nuevo en voz alta.

Lo cierro de golpe y me seco el sudor de la frente. Hasta que no lo he cerrado no me he dado cuenta de que estaba sudando.

Vuelvo a esconder el libro bajo la cama y enciendo la luz de la mesita. Lili y Ricardo no bajan a desearme buenas noches, así que doy al interruptor y me acomodo entre las sábanas, pensando que mañana les contaré el gran descubrimiento. Eso sí, por si acaso no les digo que he leído una especie de conjuro en voz alta, a ver si les da por insultarme gratuitamente.

Compruebo el móvil y me llevo las manos al flequillo cuando veo que son las tres de la mañana. ¿He estado con la primera página tres malditas horas? ¡Pero si me han parecido tres minutos!

Ufff, mal rollito.

Reprimo el escalofrío que me recorre cuando recuerdo la película de Harry Potter, creo que era la segunda, cuando una niña encuentra un diario, y el asqueroso cuaderno la posee.

¿Y si me pasa lo mismo con el libro?

«Joder, Alana, esta noche estás muy friki. Para de una vez, cierra los ojos, y duérmete», pienso, secándome el sudor del flequillo.

Estoy empezando a perder la consciencia cuando...

Tum, tum, tum, tum, tum, tum...

—¡Me cago en la madre que la parió! —grito, de muy mala leche. Bajo en pijama por las escaleras y, antes de llegar abajo, ya tengo a Ricardo y a Lili a mis espaldas.

—Alana, otra vez —dice mi amiga fantasma retorciéndose las manos—. ¿Qué quiere? ¿Qué es lo que quiere? —pregunta, con los ojos inmensos enfocando a la pared casi tapada por el tresillo que puse delante hace varios días.

—Pues, a ver, déjame pensar... Lo que quiere es que la liberemos. ¡Por eso nos da por culo! —grito, con el sueño pasado—. Dios, qué migraña me va a dar mañana —me quejo, llevándome las manos al flequillo grasiento de tanto tocármelo.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum...

—Mis damas —se aventura Ricardo, haciendo una de sus reverencias—. Parece que sigue una especie de patrón.

—¿Patrón? —pregunto, apoyándome en la pared.

—Que parece que nos avisa de algún peligro. La primera vez que hizo ese ruido fue cuando Aragán asesinó a traición al caballero desconocido y entrado en carnes. Y ahora, vuelve a avisarnos de algo...

Empieza a dar vueltas flotando y me pongo a tiritar. Da igual que tenga la calefacción al máximo todo el santo día y la santa noche. Estos fantasmas, ellos solitos, podrían acabar con el calentamiento global.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum...

—¡No lo soporto! ¡Me saca de quicio! —me quejo, con la boca seca. Estoy pensando en ir a la cocina a por un vaso de agua, cuando alguien llama a la puerta.

Los tres nos miramos angustiados. Lili y Ricardo corren a abrazarse, y yo me uno a ellos, da igual si se me queda el cuerpo congelado.

—Ricardo —digo con dentera—. Ve tú a ver quién es.

—Eh... Mi señora, soy un fantasma...

—Si es que hay ver, ¡qué pronto te inventas excusas absurdas para escaquearte! Da igual, serán los testigos de Jehova.

—¿De madrugada? —pregunta Lili, con un respingo conjunto cuando la puerta vuelve a sonar.

—Su dios no distingue entre días laborables y días festivos. Parece que ahora también les obliga a trabajar las veinticuatro horas.

Otro golpe más, esta vez más fuerte.

Mis queridísimos y leales amigos, además de valientes, me empujan a traición para que vaya a abrir. Me asomo por la mirilla primero, porque no soy gilipollas, pero no veo nada, es como si alguien la hubiera tapado con la mano.

Me giro y niego con la cabeza en silencio. Otro golpe de nudillos hace que pegue un gritito.

—Abre de una vez, Alana. Si es peligroso, conseguiré igualmente entrar por cualquier ventana —susurra Lili.

—Cómo se nota que ya estáis muertos y no tenéis nada que perder.

Agarro el pomo, temblando, y veo cómo se mimetizan en la pared. Malditos cobardes... Abro la puerta y la patata se me para.

El cadáver, el muerto que vi asesinar con mis propios y ahora mismo acojonados ojos, está frente a mí. De pie, lleno de tierra y barro, con la ropa manchada de sangre. Da un paso adelante mientras yo doy tres atrás. Pego un grito esperando que mis amigos fantasmas reaccionen, pero los muy capullos se quedan modo camuflaje bien pegaditos a la pared.

—¡Yo no te maté! —grito, tirándole un paraguas colgado del ropero cuando da un paso adelante—. ¡Fue la muñeca! —aclaro, por si los días bajo tierra le han borrado los recuerdos.

—Ssssooyyy —empieza a decir el hombre, que ya no sé si está vivo, muerto, o qué cojones.

—¡No te acerques más!

Da otro pasito en mi dirección y yo corro hasta las escaleras. Subo el primer escalón y le prometo en silencio a mi fatigado corazón que cuando termine todo esto cogeré el primer billete a Punta Cana para no volver, pero que no me falle aún, que siga latiendo un poquito más.

—Ssssooyyy suuuu esssclaaavoooo —dice el cadáver, acercándose más y más. Espera un momento, ¿ha dicho que es mi esclavo? ¿Es lo que han percibido mis atemorizados oídos?

Se queda a un palmo de mi cuerpo y baja la cabeza, en actitud sumisa. Frunzo el ceño y arrugo la nariz, porque suelta un pestazo...

—Ve hasta esa puerta —le ordeno, señalando la antigua biblioteca.

—Síííí, amaaaa —dice derecho hasta el lugar que le he indicado. Me fijo en sus heridas, con sangre seca y coágulos asquerosos.

¿El conjuro que he leído en voz alta ha hecho que este pobre hombre despierte de entre los muertos para ser mi esclavo, como él dice?

—Ve hasta esa pared —le ordeno ahora, señalando la posición exacta donde Lili y Ricardo están ocultos.

—Síííí, amaaaaa. —Y va tan pancho, arrastrando un poco los pies y con los brazos como muertos, dejando que bailoteen por la inercia del movimiento.

Lili pega un grito. Ah, no, espera, ese grito afeminado ha salido de la boca de Ricardo. Cuando el zombie, porque es un maldito muerto viviente, llega hasta ellos, flotan hasta el techo y me miran con un aire claramente acusador.

—Eso por abandonarme —les digo, mirando un momento al hombre, que se ha quedado de cara a la pared más quieto que una estatua.

—Alana —me llama Lili, mirando con una mezcla de asco y pena al hombre.

—¿Qué? —pregunto, tocándome el flequillo en un acto inconsciente.

—¡Siempre haces eso cuando te sientes culpable! ¿Has tenido algo que ver con esto? —me acusa señalándole. Se nota que me va conociendo.

—He descubierto la forma de leer el libro —reconozco con la boca pequeña.

—¡Eso es fantástico! —exclama Ricardo, bien agarradito a Lili. Su prometida, que tiene más luces que él, le hace callar con un ademán.

—¿Y bien? —pregunta ella.

—Que lo he leído —respondo, encogiéndome de hombros—. En voz alta, en una lengua extraña, como en latín. Un conjuro, por lo visto.

Sus ojos se convierten en dos rendijas tan afiladas que se me corta la respiración. Ricardo aún no ata cabos, porque no se inmuta.

—Eres la persona más estúpida que he conocido jamás —escupe mi amiga fantasma. Por un momento da la impresión de que Ricardo la está sujetando para que no me parta la cara.

Como no la puedo rebatir, intento desviar la atención, así que me acerco hasta el hombre y le pido que se dé la vuelta. Lo hace de inmediato. Me lo quedo mirando y me percató de que algo no encaja, dejando a un lado que le vi

morir y que yo misma lo enterré.

—A partir de ahora deberás parpadear y respirar. Todo el rato —le ordeno pensando qué hacer con él.

—Síííí, amaaaaaa.

Se pone a abrir y cerrar los ojos con fuerza, como si se le hubiera metido una pelusa dentro. Su boca se abre y cierra cogiendo grandes bocanadas de aire.

Madre mía, normal que se tirase tantos pedos cuando estaba vivo. Como siga así le va a dar flato.

—Un poquito más despacio.

—Síííí, amaaaaaa.

Ahora parece que está buceando. El hedor que sale de su boca me provoca una arcada involuntaria.

Pongo los ojos en blanco y pido ayuda a mis amigos con la mirada. ¿Y si le ordeno que se vuelva a enterrar él solito y que se haga el muerto lo que queda de eternidad? No, no podría dormir tranquila sabiendo que el pobre está bajo tierra.

Así que hago lo único que se me ocurre hasta que encuentre la forma de deshacer el conjuro.

—Sígueme.

—Síííí, amaaaaaa —dice, cogiendo aire y expulsándolo con fuerza mientras parece que me está guiñando los ojos, pero por separado. Primero un párpado, y después el otro. Me recuerda a una muñeca que tenía de pequeña que hacía lo mismo cuando la tumbaba.

Subimos las escaleras y le llevo hasta el baño. Lili y Ricardo me siguen en silencio, seguramente alucinando.

—Desnúdate y métete en la ducha. Lávate bien todo el cuerpo, y no salgas hasta que estés reluciente.

—Síííí, amaaaaaa.

Le cierro la puerta y empiezo a darme pequeños golpecitos en la frente con la pared.

—Eso no te ayudará. —Lili se acerca y me coge las manos, que se me quedan dormidas al segundo—. Estás en un buen lío.

Paso de ella y voy a buscar algo de ropa limpia para el muerto. Cuando estoy apartando vestidos y faldas, me doy un guantazo y vuelvo al pasillo, donde siguen mis amigos.

—Subid al desván y buscad algo de ropa de hombre que le pueda valer al

zombie. Y tirad su ropa al fuego.

—¿Zombie? —pregunta Ricardo.

—Vamos, que estáis tardando. —Aunque intento parecer segura y tranquila, en cuanto desaparecen me quedo mirando mis temblorosas manos.

Bajan con un mono marrón gigante.

—Era del jardinero de padre. Es lo único que le puede servir —dice Lili, tirándomelo a los pies.

Esperamos en el pasillo un buen rato, hasta que escuchamos que el agua deja de correr. Abro la puerta despacito y asomo la cabeza. La saco y cierro los ojos, porque le he visto desnudo. Dios, creo que me acabo de convertir en lesbiana. Le paso el mono por la pequeña abertura y le digo que se lo ponga.

—Síííí, amaaaaaaa.

—Mi salvadora, me encantaría saber cómo ha descubierto la manera de leer el libro —dice Ricardo.

—Las letras aparecen bajo la luz de la luna.

Ambos abren los ojos y se nota que les he impresionado. Pero Lili jamás me lo reconocerá. Y menos con nuestro nuevo amigo zombie en casa.

—¿Has encontrado el capítulo siete? —me pregunta ella, con una ceja levantada.

—No. Está en una lengua que no conozco, así que no entiendo nada. Además, es como si el libro te embrujara mientras lo miras, y leí esas palabras como en trance. En realidad no quería hacerlo. ¡En serio! —grito cuando veo la miradita incrédula de Lili—. No creo que lo vuelva a abrir, me da mal rollo.

Ricardo y ella se miran de nuevo, con esa expresión que empiezo a reconocer.

—Mi salvadora...

—Alana...

Y ya están otra vez, intentando convencerme de que liberemos a la bruja.

—¡No vamos a abrir esa maldita pared! ¡Y no vamos a abrir esa cajita!

—Esto se nos está yendo de las manos —continúa Lili, acercándose—.

Alana, te aseguro que soy la primera que detesta la idea de que esté libre de nuevo, pero Aragán ronda por la ciudad seguramente matando. Ricardo me ha contado que se ha hecho con su bastón... Encontráis ese libro, pero mira lo que ha pasado cuando lo has abierto —dice, señalando la puerta del baño—. Ella es la única que puede solucionarlo. Y, después, volveremos a luchar contra ella si es necesario.

—No se va a dejar capturar dos veces seguidas, Lili —niego, cruzándome de brazos—. Y te recuerdo que nos odia. A los tres. Aunque sospecho que yo soy la primera de su lista. Joder, Lili, ¡nos intentó matar!

Baja su precioso rostro y mira al suelo unos instantes. La cascada plateada le oculta las mejillas pero, aun así, veo que el color las inunda, no sé si es por miedo o por rabia.

—Aragán volverá para encontrarla. Y lo hará. La matará, y después irá a por todos nosotros. Pero si la liberamos nosotros antes, ella estará preparada para cuando Aragán regrese —susurra, mirándome a través de sus largas pestañas—. Y con suerte —dice empezando a sonreír— acabarán el uno con el otro. Solo tenemos que estar cerca, para cuando el que haya quedado con vida siga débil.

Aprovecharemos el momento y les daremos la muerte eterna a los dos.

—Veo que lo tenías pensado desde hace tiempo —comento, sopesando sus palabras. No tardo mucho en decidirme—. Pero no, Lili. Lo de la bruja es algo personal, no la pienso liberar, así se me caiga la casa encima.

Abro la puerta y veo al muerto viviente vestido con el mono color caqui, que resalta todas sus redondeces, mirando al infinito.

Madre mía, ahora qué cojones voy a hacer con él...

Capítulo diecisiete

Me levanto de un salto y bajo la persiana, a ver si a los del tour se les ocurre empezar a madrugar más. Voy hasta la habitación de la cajita de música, como me gusta llamarla, y veo al zombie tal y como le dejé anoche: tumbado en una colchoneta parpadeando y dando bocanadas de aire cada cinco segundos.

Voy a llamarle, cuando me doy cuenta de que no sé su nombre. Me restriego los ojos, pensativa.

—A partir de ahora responderás al nombre de Edgar, ¿de acuerdo, Edgar?

—Síííí, amaaaa —responde sin inmutarse lo más mínimo.

«Dios, esto es una puta locura. Y mira que llevo unas cuantas», pienso, mordiéndome el labio.

—Levántate y vamos a desayunar. Y, por cierto, cuando te acuestes, no es necesario que finjas respirar, para que al menos puedas descansar un poco por las noches.

—Síííí, amaaaaa.

La cantinela, ya de buena mañana, me está sacando de quicio. Por suerte, tengo todo pensado para cuando lleguen Nerea y Hugo. Edgar me sigue escaleras abajo moviéndose sin gracia, arrastrando los pies y con los brazos muertos. Bueno, todo su cuerpo está muerto. O eso espero...

Llegamos a la cocina y le observo con detenimiento, de pie, esperando la siguiente orden.

—Siéntate.

—Síííí, amaaaaa —repite, dejando caer su orondo trasero en una de las banquetas. Me acerco para ver más de cerca su piel, un tanto grisácea. Los ojos sin vida, no hay pulso que se pueda ver a simple vista en su abultado y rechoncho cuello.

Voy hasta uno de los cajones y cojo un tenedor. Dios, debo estar loca, pero tengo que comprobarlo. Lo levanto con un ojo cerrado por la grima y se lo clavo en la mano derecha. Pego un gritito cuando veo que ha entrado en la carne, y que se le ha quedado clavado. Pero él ni siquiera se ha inmutado.

—¿Te... te ha dolido, Edgar?

Ni siquiera me mira con esos ojos raros y acuosos que tiene.

—Respóndeme.

—Síííí, amaaaaa.

—¿Te ha dolido?

Ni me mira. Parece que no. Con la nariz arrugada y mirando para otro lado le arranco el tenedor. Compruebo que ni una sola gota de sangre sale de los tres pequeños orificios que se le han quedado marcados en la piel.

Vale, no siente dolor.

—¿Edgar?

—Síííí, amaaaa.

—¿Tienes hambre?

Como si estuviera hablando con una pared.

—¿Te sientes muy muerto? ¿Te pica el culo por las noches? ¿Te da miedo? ¿Estás enfadado conmigo por haberte despertado?

Me doy la vuelta para encender la cafetera. Joder, es como todos los hombres, hay que sacarles las palabras con calzador. Seguro que si hubiera sido una Edgarina cualquiera, ya estaríamos parlotando sobre las ventajas de ser un zombie.

—Los hombres sois todos iguales —comento, buscando una taza. Y por un momento parece que pone los ojos en blanco y mira para otro lado. No, espera, está parpadeando otra vez.

Las ventanas se empañan de vaho. Las cortinas empiezan a ondear. La cafetera comienza a pitar. Aprovecho para servirme el café antes de que se empiece a congelar.

—¿En serio, Alana? —suelta Lili, sacando la cabeza por el techo—. ¿En serio le vas a dejar a la vista de todos?

—Mira, Lili, tenemos que aprender a normalizar las cosas. Edgar es ahora uno más de esta casa —puntualizo, apoyándome en la encimera. Me enciendo un cigarrillo y pienso que si le corto un poco los pelos de la nariz estará mucho mejor.

—¿Edgar?

—Sí, se llama Edgar.

Le viene como anillo al dedo. O en este caso, como muerto al hoyo.

—Vuelvo al desván con mi maravilloso prometido para ultimar los preparativos de la boda. Estaré lista cuando lleguen los clientes, no temas. Y por cierto —dice antes de que su plateada cabecita desaparezca a través del techo—, si... Edgar intenta matarte, no me pidas que no te diga que te lo advertí.

Miro a mi Edgar, que es la primera persona viva o muerta que hace todo lo que le pido. Le estoy cogiendo cariño.

—Edgar jamás haría una cosa así, ¿a que no, Edgar?

—Síííí, amaaaaa.

Le miro de reojo y le veo parpadear y boquear como un pez. Pobrecito. No sabe ni lo que dice.

—Quédate aquí sentado y no te muevas.

—Síííí, amaaaaaa.

Me ducho, preparo las pistas, llamo al catering, me doy cuenta de que esta mañana no he oído a los del tour, enciendo las velas... Y suena el timbre.

—¡Guapi! —me saluda Nerea, dándome dos besos en la puerta—. Jolines, estoy súper enfadada —dice dejando el bolso en el suelo—. Lucía está que no caga con la pesada de Miriam, y de verdad que no la soporto. ¡A Miriam! —aclara cuando me ve arrugar el morro—. Lucía deja que pase las noches en nuestro piso, y aunque obviamente están en su habitación, tengo que verla por las mañanas, y es que no la trago. Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu jardín? Tienes un agujero enorme.

Me quedo paralizada de camino a la cocina. Joder, el puto hoyo. Se me había olvidado por completo.

—¡Ah! ¡Eso! Es que...

Nerea me interrumpe cuando ve las espaldas de Edgar y tira de mi brazo, arrastrándome de nuevo al saloncito de la entrada.

—¿Quién es ese?

—Ven, que te voy a presentar a Edgar —digo, cogiéndole la mano.

Entramos en la cocina y en cuanto Nerea le ve la cara gris y abultada, los ojos acuosos y sin vida parpadear sin orden ni concierto, abriendo la boca para tomar aire y después expulsarlo como si estuviera apagando una vela, y con ese mono de trabajo color caqui... En cuanto le ve me aprieta mucho la mano e intenta sonreír, educada.

—Nerea, te presento a mi primo del pueblo. Edgar, esta es mi amiga Nerea.

—Encantada —dice Nerea, con una expresión de asco y miedo mal disimulada. Adelanta la mano libre para estrechársela, pero la retira antes incluso de darse cuenta que mi «primo» no piensa responder al saludo.

—Edgar es... tímido —explico, poniéndole la cara de «luego te lo explico todo, pero no es un zombie». Edgar, por su parte, ya está bastante entretenido simulando a duras penas que sigue vivo.

Vamos a la antigua biblioteca y mi amiga no tarda en poner el grito en el cielo versión educada.

—Alana —reclama mi atención mientras voy encendiendo las velas de los candelabros—. Tu primo es...

Pobrecita. Me quiere decir que es la cosa más rara, horrorosa, siniestra, asquerosa y vomitiva que ha visto nunca, pero claro, le da corte.

—Edgar es especial. Mi madre me llamó anoche, y me dijo que su autobús llegaba a primera hora. Nerea, se tiene que quedar una temporada, espero que no te importe que esté por la casa mientras trabajamos.

Sus ojos me miran con pasmo, pero claro, ante alguien tan «especial» de la familia de tu amiga... ¿Qué vas a decir?

—Claro que no, Alana. Es tu casa.

Pero cuando volvemos a la cocina, le rodea todo lo que puede, intentando no acercarse mucho.

—Edgar, sal al jardín y tapa el hoyo con la pala.

—Síííí, amaaaaa —canturrea, levantándose con pesadez y torpeza. Nerea pega un gritito y se lleva las manos a la boca. Me mira interrogante y hace gestos con las manos mientras el zombie sale por la puerta.

—¿Qué ha dicho?

Muevo la mano para quitarle importancia.

—Es lo único que dice. Debe ser un trauma de cuando era pequeño. Los médicos dijeron a sus padres que no tenían que hacer caso de sus tics. —Y sigo fregando los platos, vigilando desde la ventana que, en efecto, ha cogido la pala y está cerrando el agujero.

«Yo sí que tengo tics», pienso, con un ligero temblor en el ojo izquierdo.

—¿No será un rollo de esos de sado? —pregunta con su tonillo de perversa y una ceja levantada—. En plan cuero, látigos y collares de perro.

Me giro dejando el agua correr bajo mis manos llenas de lavavajillas de marca blanca.

—¿Estás loca? ¡Que es mi primo!

—Entiendo —murmura, encendiéndose un cigarrillo sin inmutarse lo más mínimo—. ¿Pero es peligroso?

—Qué va, es muy tranquilo. —«Ni te imaginas hasta qué punto», pienso un momento—. Por cierto, Hugo debería estar ya aquí —comento, secándome las manos con la servilleta de tela maloliente.

—Es verdad. Espera, que lo llamo —dice Nerea, buscando el móvil en su bolso.

Maldigo cuando me huelo las manos y lo llevo directo al fuego de la chimenea, saliendo en grandes zancadas de la cocina y atravesando la entrada.

—A ver si vuelves, maldito trapo —susurro, viendo cómo se destruye bajo las llamas.

Llaman a la puerta y recojo el pedido del catering. Lo llevo hasta la cocina y empiezo a colocar los entrantes en bandejas.

—No me coge el teléfono —dice Nerea, ayudándome a servir la sopa de espárragos trigueros en platos individuales.

Una hora más tarde el jardín está perfecto de nuevo. Edgar cubierto de tierra, los clientes a punto de llegar. Y Nerea luchando contra sus instintos, que por la cara que tiene seguro que le dicen que debería salir corriendo de la casa, sobre todo cada vez que se cruza por la casa con un Edgar aturdido. No me da tiempo a ordenarle que se dé una ducha, pero sí que se lave las manos, cuando los clientes llaman al timbre.

Al grupo de hoy le encanta Edgar. Porque piensan que es actor, no que es un zombie de verdad, claro. Le ordeno llevar las bandejas de comida, limpiar los platos y vasos que se van manchando... Lo hace todo sin rechistar, sin decir que está cansado, que se aburre, que quiere cobrar. Por suerte, su atuendo y mi presentación como «el enterrador de la Casa Encantada», les resulta creíble y convincente, y a mitad del servicio hasta Nerea empieza a aceptarle. Supongo que porque se ha dado cuenta de lo eficiente que es, a pesar de sus movimientos torpes y ralentizados.

Por otro lado, Hugo no ha dado señales de vida. No responde al teléfono, no nos ha devuelto las llamadas. Estoy que echo humo. Su cabreo o indignación por lo que ocurrió entre nosotros ya no le sirve como excusa. Esto es trabajo, y no está siendo nada profesional.

—Es raro que Hugo no haya aparecido, ¿no crees? —comenta Nerea, ayudándome con el segundo plato—. ¿Le habrá pasado algo? —pregunta con una expresión de preocupación en su perfecto rostro mientras se ajusta la cofia.

—Lo que le ocurre es que he pasado de él, y su orgullo de machito alfa se ha ido a la mierda —respondo, dándole dos platos a Edgar para que los vaya llevando—. Edgar, lleva esto a la sala y colócalo en la mesa.

—Síííí, amaaaaaa.

—Joder, Alana. Me da penita. Todo el rato llamándote ama —dice Nerea, sonándose los mocos.

—Ya, pobrecito.

Edgar regresa y Nerea le pasa dos platos más.

—Toma, Edgar.

Pero Edgar no lo coge. Claro, aquí su única ama soy yo.

—Cógelo y haz caso de lo que te diga Nerea a partir de ahora —le ordeno, secándome el sudor de la frente. En serio, necesito vacaciones.

—Síííí, amaaaaa.

—Es que le cuesta confiar en la gente que no conoce mucho —me adelanto a explicar poniendo una expresión compungida.

Al final de la velada, frente a los clientes de hoy, termino el juego con la típica frase que repito todos, todos, todos los días.

—¡Gracias por asistir al misterio de la Casa Encantada!

Las llamas se elevan en la chimenea, las velas titilan hasta que se consumen, y la luz se apaga de repente.

Aplausos, felicitaciones y demás.

Cuando Nerea y yo les estamos devolviendo los abrigos, una de las chicas se acerca.

—¿Podemos hacernos una foto con Edgar? Su caracterización es impresionante.

—Es muy tímido, lo siento —respondo con un nudo en la garganta.

Y les expulso de mi propiedad antes de que se les ocurra algo más descabellado aún, como llevárselo con ellos de fiesta.

Por suerte, Nerea sale un rato con la excusa de que quiere ir de tiendas, pero creo que en realidad necesita despejarse un poco. Esta casa sigue sin gustarle mucho, y claramente pasa en ella el tiempo justo y necesario. En otro momento me habría importado, pero lo cierto es que ahora mismo lo agradezco.

Con la ayuda de Edgar termino de recoger y limpiar a eso de las cinco. Y coloco la última pista a eso de las seis. Tengo dos horas antes de volver a ponerme el disfraz. Tiempo suficiente para echarme una siestecita tranquila.

—Edgar, sube a tu cuarto y tumbate en la colchoneta.

—Síííí, amaaaaa.

Me enciendo un cigarrillo y suelto el humo despacio, intentando relajarme un poco. Pero una puñetera voz interior no hace más que gritarme que Aragón está suelto, y que seguro que ahora mismo está descuartizando a alguien. De la taquicardia que me entra me preparo un tila, y para distraer mi mente con otra cosa, cojo el móvil y me pongo a buscar más información sobre el tal «Golden Boy». En las imágenes del buscador salen varias, pero no demasiadas. Sigo

intentando encontrar algo que me permita verle de nuevo, pero no encuentro nada más. Ni su nombre, ni su dirección, ni su talla de calzoncillos. Nada importante.

Aparto el móvil a un lado, enfadada. Pero vamos a ver, Alana de mi vida, ¿qué quieres? Como respuesta, mi mente me increpa más enfadada aún: «Verle de nuevo».

Me levanto y subo las escaleras a pisotones. Voy hasta el baño y abro el grifo del agua caliente, recreándome en el recuerdo de sus ojos. De sus antebrazos. De su espalda torneada. Joder, me estoy poniendo cachonda.

Me desnudo y entro en el agua hirviendo, suspirando. Me recuesto y apoyo la cabeza en la bañera, cerrando los ojos.

Y de repente me despierto sobresaltada, con la cara húmeda, llena de lagrimones descendiendo por mis mejillas acaloradas. Me incorporo y veo a Lili y a Ricardo frente a la bañera. Lili con los brazos cruzados y el pobre de su prometido mirando para otro lado, a cualquier sitio menos a mis pechos desnudos.

—¿Estás bien? —pregunta Lili—. Nos has asustado. De repente has empezado a gritar... Un nombre —termina diciendo cuando veo que le cuesta un poco hablar.

—Me he quedado dormida —balbuceo, aún atontada—. Habrá sido una pesadilla.

Abro de nuevo el grifo del agua caliente, porque empiezo a castañear los dientes del frío que desprenden.

—¿No recuerdas el sueño? —quiere saber levitando hasta casi entrar conmigo en la bañera.

Entrecierro los ojos y e intento recordar. Una profunda desazón en la boca del estómago me obliga a volver a la realidad. Me pongo triste, y no sé por qué.

—No.

Salgo de la bañera y me tapo con una toalla. La espalda de Ricardo me hace pensar si alguna vez habrá visto a una mujer desnuda. Murió joven, aunque en esos tiempos ya debía ser todo un hombre. Pero por su comportamiento avergonzado, no sé si alguna vez ha intimado con una dama. Espero que no estén dándole al fornicio, porque no quiero un bebé de cabellos plateados berreando por los techos.

—Si estás bien, regresamos al desván. Aún nos quedan muchas cosas que preparar.

Le hago un gesto con la mano y un gruñido como respuesta, y me vuelvo a poner el disfraz.

El servicio de cena se me hace bastante largo. Este trabajo era mi sueño, y lo sigue siendo, pero aún no he podido disfrutar de él sin más preocupaciones, tales como que la comida sea de calidad, o que el juego les resulte ameno y entretenido. No, desde que empecé con la empresa he tenido que delegar todas esas cosas a un segundo plano para enfocarme en la vecina bruja, mi madre y su siestecita de dos meses o el espíritu de un asesino suelto por la ciudad, entre otras cosas.

—Joder, Alana, Hugo no aparece —me recuerda Nerea en un mini descanso que nos regalamos entre platos. Da una calada a nuestro cigarrillo compartido y da un sorbo a su vino blanco.

Resoplo, porque se me había olvidado por completo. Hago el amago de alcanzar el móvil, cuando me para.

—Ni te molestes. Le llevo llamando toda la tarde y el teléfono sale apagado —continúa, haciendo muecas con la boca—. Yo le daría por perdido. Si quieres pongo un anuncio y empezamos a hacer entrevistas.

Me da mucha pena que Hugo nos haya dejado en la estocada, y sigo sin entender su exagerada reacción, pero está claro que debemos mirar por nuestra empresa.

—Sí, tenemos que buscar un sustituto cuanto antes —susurro ensimismada mirando al zombie. Ahora mismo está siguiendo a una mosca por la cocina, y parece que la quiere cazar a bocados—. ¡Edgar! ¡Ponte a fregar los platos!

—Síííí, amaaaa.

—Alana, me da penita. Deja que descanse un ratito —suelta Nerea, mirándole con lástima—. Es que...

La dejo con la palabra en la boca y vuelvo a la antigua biblioteca. Media hora después estamos despidiendo a los clientes en la puerta de entrada. No la he terminado de cerrar cuando una Lucía llorona y quejumbrosa irrumpe de lleno en el recibidor dando gritos.

—¡Me ha vuelto a engañar! —grita a los cuatro vientos dejando pasmados a los clientes, que ya están saliendo del jardín—. ¡La odio! ¡La odio!

Cierra la puerta de un golpe y se tira a mis brazos. Su moño deshecho y sus ojos enrojecidos me asaltan sin piedad, y cuando me quiero dar cuenta estamos juntas en el suelo. La acuno como si fuera una niña pequeña, cagándome en los muertos de Miriam, su ex por segunda vez. Espero que no haya una tercera, porque entonces es cuando me la cargo.

Nerea corre a buscar una botella de vino tinto y lo descorcha con los dientes.

Le pasa la botella y Lucía empieza a beber a morro.

—Se... Se estaba duchando —comienza a balbucear—. Ha llamado a su móvil un número oculto, y he respondido, pensando que podría ser importante.

Nerea y yo nos lanzamos una miradita, pero no decimos nada, porque es mejor que se desahogue. Ya le diremos dentro de un año, o quizás de dos, cuando vuelva a recomponer los trocitos rotos de su corazón, que es mejor no contestar a ese tipo de llamadas. Porque cuando buscas, encuentras. Que me lo digan a mí...—. me ha contestado una tía pensando que era ella. Y se puesto a decirme unas cosas, que...

La aprieto todo lo fuerte que puedo entre mis delgados bracitos y le doy un beso en la mejilla. Ella sigue bebiendo a morro como si no hubiera mañana.

—Venga, que nos vamos a dar un garbeo. Aprovechemos que mañana no tenemos reservas —dice Nerea tirando de nuestros cuerpos hacia arriba.

—No me apetece, de verdad. Me quiero morir —lloriquea lastimera. Me dan ganas de meterle un sopapo. Esta no es mi amiga, es un débil reflejo de ella.

—¡Venga! Que tetonas hay en todas partes, joder —suelto, subiendo las escaleras.

Entro en mi habitación como un torbellino. Me saco el disfraz y lo lanzo a tomar por culo, me pongo el primer vestido que encuentro medio arrugado y me calzo unos zapatos de tacón. Corro al baño y me aplico pintalabios rojo como si me dijeran que es el último día de vida en la tierra. Rubor a brochazos y rímel con grumos. Me aliso el flequillo e intento darle un poco de volumen a mi pelo castaño, ya de por sí lacio, con los dedos.

Me miro un segundo en el espejo para comprobar el resultado fruto de las prisas y el cansancio acumulado, y me encuentro con que una putilla barata me devuelve la mirada.

Da igual, esta noche es para Lucía. No pienso ligar.

Bajo las escaleras y me choco con Edgar. Por lo visto me estaba buscando, el pobrecillo. Sus ojos acuosos parecen cobrar un poquito de vida en cuanto me ve.

—Edgar, ve a la cama y duerme.

—Síííí, amaaaaa.

Bajo el último escalón y Lucía me increpa con los ojos desorbitados.

—¿Quién coño es ese? —pregunta, señalando con la botella de vino el

pandero de Edgar tambaleándose escaleras arriba.

—Es el primo de Alana, luego te lo explicamos —dice Nerea, sacándola a rastras por la puerta.

Salgo la última y frunzo un segundo los labios. No he avisado a Lili de que me iba. Y tampoco me gusta dejar a Edgar solo. Pero Lucía nos necesita. Y además, no creo que vaya a pasar nada por salir tres horitas. Pero un aviso en la boca el estómago me alarma cuando giro la llave en la cerradura.

Cruzamos la plaza deprisa, haciendo resonar nuestras pisadas sobre el empedrado del suelo.

—Bueno, ¿dónde vamos? —pregunta Nerea, encendiéndose un cigarrillo. A pesar de no saber que esta noche nos íbamos de parranda, con sus vaqueros ceñidos y sus botas de tacón está impresionante. Y parece que el kit de maquillaje de emergencia, que lleva consigo incluso cuando va a comprar el pan, le saca a relucir sus magníficos pómulos y sus ojos claros. Y qué decir de la cascada de pelo rubio que le cae sobre el hombro.

¡Será puta!

Tras lanzarle una mirada de odio *amiguil*, me encojo de hombros, porque hace tanto que no salgo de fiesta que ya no sé a qué hora pasa el sereno a encender las farolas.

—Hay una pelirroja que siempre me propone vernos en un pub irlandés que no está muy lejos de aquí —comenta Lucía con la boca pequeña. Pero la agranda lo suficiente para engancharse al morro de la botella.

—Pues vamos a por esa pelirroja —conviene Nerea, agarrándose de su brazo—. Y dile que si tiene un hermano zanahorio, que se apunte a la fiesta también.

Pongo los ojos en blanco, porque esta mujer no aprende. ¡Los pelirrojos me los pedí yo para siempre cuando estábamos aún en primaria! ¡Hicimos un pacto con saliva porque la sangre nos daba mucho miedo!

Tras deambular por calles atestadas de jovencitos y jovencitas en plena pubertad, llegamos al pub irlandés. Me quedo mirando su fachada un segundo, porque me resulta muy familiar. Aunque cierto es que todos los pubs irlandeses son muy parecidos.

—Joder, con los putos niñatos —se queja Nerea, espantando a uno que quería tocarle el culo—. Me hacen sentir vieja.

Apuramos el cigarrillo sagrado y entramos. Está hasta los topes de gente.

Vemos una cabellera pelirroja a lo lejos y Lucía desaparece como por arte de magia.

—Pues ya solo quedamos nosotras dos —grito a mis espaldas. Me giro y Nerea también se ha volatilizado. Busco a Rapunzel de puntillas sobre mis zapatos de tacón y la veo poniéndole ojitos a un castaño bastante resultón—. Joder, quien no corre, vuela —murmuro, pensando que cogeré la siguiente marea humana que me lleve hasta la barra.

Llega pronto, y me uno a un moreno pequeñito y con cara de ser simpático.

Me guiña un ojo y me acompaña hasta la barra. Una vez allí se despide con un piropo y se une a la marea humana que parece que lleva a los baños.

Rebusco como puedo en el bolso buscando el monedero, cuando escucho su voz. Abro los ojos y agudizo el oído. Sí. Es su voz.

Me abro paso entre la gente que está esperando delante de mí para pedir una consumición, y llego hasta la barra de madera oscura. Me apoyo en ella y giro la cabeza, buscándole con el corazón retumbándome en el pecho. Una camarera se acerca y me pregunta qué quiero. Chasqueo la lengua contra el paladar. Joder, nunca te atienden hasta que no quieres que lo hagan. Y es entonces cuando tienes que pedir una cerveza con cara de asco.

Le paso un billete de diez euros con mala cara y pego un sorbo. Debo haberme confundido. Aquí hay mucho ruido, música alta, la gente pegando gritos al oído del de al lado. Es imposible que haya podido reconocer su voz, una voz que apenas he escuchado en dos ocasiones contadas, entre todo este alboroto.

Me doy la vuelta y me dispongo a buscar a Nerea para ofrecerle un pacto tácito con la mirada, donde o ligamos las dos, o la puta al río, cuando alguien me toca el hombro por detrás.

Me giro y me quedo sin aliento. Es él. Inclinado al otro lado de la barra. Casi se me escapa la cerveza que tengo en la boca y que aún no he tragado. Me hace una seña para que vaya a un lado. Empujo a la gente y me cuelo entre los grupitos que se piensan que el bar es suyo, y que los corrillos acaparadores de espacio innecesario en locales atestados de gente son un derecho constitucional.

Le veo agacharse para salir de la barra. Cuando vuelve a incorporarse me entra miedo. Un miedo paralizante, de ese que te deja con las palomitas a medio camino entre el bol y tu boca cuando estás viendo una película de terror auténtico, como por ejemplo, *Mujercitas*.

Se acerca y me sonrío. Mis bragas se han ido, ya no las siento entre mis temblorosas piernas. Pone una mano en mi espalda y me guía hasta la puerta. La abre y me deja pasar primero. Corro a peinarme el flequillo en un acto

inconsciente.

En cuanto salgo a la calle de nuevo, suspiro. Odio el ruido ensordecedor de estos sitios. Creo que paso cada vez más tiempo entre esas cuatro paredes embrujadas y me estoy volviendo un poco huraña, en plan ermitaña con pelos en las piernas.

Dejo de pensar en gilipolces producidas por los nervios cuando le veo salir por la puerta. Se pone a mi lado y me lanza una sonrisa de canalla redomado.

Doy un sorbo a mi cerveza por inercia, demasiado nerviosa para hablar. Se queda mirando mi flequillo despeinado y abierto por el centro, y de repente me siento ridícula a su lado.

—Interesante peinado —susurra, con la voz contenida. Algo en mi interior se revuelve. No siento las piernas, y estoy bastante segura de que ahora mismo no me encuentro en el campo de batalla literalmente partida en dos.

Reprimo el impulso de tocarme el pelo, porque si lo hago tantas veces se va a pensar que tengo un TOC.

—Gracias —consigo decir, algo intimidada.

Nos mantenemos la mirada en silencio demasiado tiempo, y cuando no lo soporto más la desvío, observando mis tacones con fijación.

—¿Eres asidua a las veladas? —pregunta, como para intentar romper el hielo de nuevo. Se nota que intenta entablar una conversación, pero mi garganta temblorosa y mi boca seca me lo impiden.

—¿Veladas?

—De boxeo —aclara, cruzándose de brazos. Trago saliva cuando veo sus antebrazos marcados, sus tatuajes invadiendo su maravillosa piel. El mandil algo caído bajo la cadera le da un puntito demasiado sexy. Y es como si mi cuerpo deseara tirarse a sus brazos, besarle, aspirar su aroma, acariciar su pelo, mientras un hilo invisible e irrompible tirara hacia el lado opuesto, separándome de él.

Estaba tan absorta pensando a qué saben sus labios que me quedo con cara de gilipollas un segundo.

—¡Ah! Eso... sí, bueno, lo paso un poco mal cuando os pegáis — respondo, mirándome la punta de mis zapatos. De verdad, Alana, es que eres patética. Se va a pensar que te falta un puto hervor.

—No viniste —suelta de repente mientras se ensombrece su semblante—. A nuestra cita.

Me muerdo el labio un segundo. ¿Qué le digo? ¿Qué lo olvidé?

—Lo siento mucho —es lo único que acierto a decir.

—Supongo que no le haría mucha gracia a tu novio —apunta, pasándose la mano por el pelo y sonriendo de medio lado. Su mirada se ha oscurecido.

—No es mi novio. De hecho, ya ni siquiera nos vemos —respondo de inmediato. No quiero que se piense ni por un segundo que estoy con otra persona. Es como si me sintiera culpable por ello, como si le tuviera que dar explicaciones de mi vida—. No tengo novio.

Una ráfaga de alivio cruza su cara y me hace sonreír. Si le importa tanto será que le gusto, aunque sea un poquito.

—Entonces, ¿por qué no viniste? —insiste, sacándose un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón—. Te estuve esperando un buen rato —confiesa, encendiéndose uno. Sus ojos se iluminan durante un segundo a la luz de la llama del mechero, y un brillo peligroso se cruza en su mirada.

¿Qué le digo? ¿Que soy retrasada? ¿Mongólica? ¿Que tengo tantos problemas paranormales que se me fue de la cabeza?

—Es que no sabía a qué terraza te referías —miento, cruzando los dedos a mi espalda—. Fui a otra, y te estuve esperando. Pero como no aparecías, decidí irme a casa.

Entrecierra esos ojos del color del océano bajo la tormenta. Alarga una mano despacio y me toca un mechón de pelo.

—Mientes —dice como distraído, pero entonces vuelve a mirarme y se me hiela la sangre.

Mierda, me ha pillado.

Le voy a soltar otra excusa más simplificada y creíble como que una muñeca de porcelana intentaba asesinarme, cuando unas manos con la manicura francesa aparecen tras su espalda y le tapan los ojos.

Él se sorprende casi más que yo, y deja caer el cigarrillo al suelo. Una risita de pija y varios apelativos, cada cual más ridículo y vomitivo.

—Mi amorcito, ¿qué haces? —pregunta una rubia de metro setenta con más curvas que una carretera de montaña, tocándole el pecho, los brazos, la cara. Le planta un beso en los labios y juro que me dan ganas de agarrarla por los pelos y arrastrarla calle abajo. Pero como he sido educada para vivir en sociedad, cierro las manos en dos puños y aprieto con fuerza hasta clavarme las uñas en la piel, mientras tenso la mandíbula. Normal que luego me diga el dentista que padezco de bruxismo.

La mirada de sorpresa mezclada con algo parecido a la indignación que le lanza él me reconforta un poco. Solo un poco, porque ella le puede tocar,

mientras yo solo acaricio el vidrio de mi botella.

No pasan ni cinco segundos cuando la susodicha posa sus ojos en mí, y como si fuera un insecto, voy encogiendo y afeando por instantes bajo su escrutadora mirada. ¡A ver por qué me he maquillado como un payaso! ¡A ver por qué me he puesto sin mirar el único maldito vestido del armario mal planchado y que no me saca nada de tetas! Bueno, vale, no plancho nada. Parezco un insecto palo preparado para actuar en una función circense.

—Hola, me llamo Paula —se presenta muy falsa haciendo un golpe de melena.

—Encantada —respondo con la boca tan pequeña que se me ha metido para dentro.

—Oye, Paula, si no te importa ir entrando... —empieza a decir él, empujándola un poco.

—Soy su prometida —añade ella, marcando territorio.

—¡Paula! —grita enfurecido—. ¡Basta ya!

Mi flujo sanguíneo se detiene, para reanudarse con demasiada fuerza y acudir en masa hasta mis mejillas. Me arden de pura rabia. Dicen que los celos son malos, pero lo que creo que aún no ha estudiado la ciencia son los irracionales celos asesinos que ahora mismo me están recorriendo los brazos, las piernas, hasta los ojos arden de furia. Me empiezan a pitar un poco los oídos y por un momento pienso que me voy a caer redonda al suelo. Me tambaleo un poco y él corre a sujetarme por un codo.

—¿Estás bien?

No sé con qué cara le miro, pero me suelta de inmediato.

Un trueno retumba en el cielo, y las primeras gotas nos sorprenden retándonos con la mirada. Estoy enfadada. No tengo muchos motivos, pero al menos sí que puedo echarle en cara pretender tener una cita conmigo cuando está prometido.

Si soy sincera conmigo misma, la indignación que siento ahora mismo supera con creces eso, pero lo que me está inflamando las venas y arterias no lo puedo justificar ni ante mí misma, así que me obligo a respirar hondo un par de veces e intentar sonreír.

—Enhorabuena —digo a la asquerosa con ganas de vomitar.

Me fulmina y remata con otra sonrisa y le da un acalorado beso en los labios.

Tengo que mirar para otro lado si no me quiero poner a llorar delante de ellos.

—Voy dentro, que se me está estropeando el peinado —dice meneando el trasero hasta la puerta.

Lo que hace dos segundos eran gotitas refrescantes empiezan a ser verdaderos goterones. El cielo llora por todo lo que yo no puedo hacerlo, y aunque parezca extraño, cierro los ojos y alzo el rostro un segundo, relajándome con el frescor de la lluvia.

—Oye, no le hagas el menor caso —dice, llamando mi atención—. ¿Nos conocemos de algo? Porque me resultas muy familiar, ya te lo he dicho.

Me lo quedo mirando de arriba abajo, tan enfadada que le daría dos hostias si no supiera que es boxeador, y que como me las devuelva, me manda directa para el otro barrio.

¿Es razonable que esté tan dolida, traicionada, furiosa y celosa?

No.

¿Me importa una mierda lo racional?

Sí.

Es como todos. Se comprometen con una chica mientras van pidiendo citas a todas las demás. Te tocan el flequillo como si hubieran descubierto la octava maravilla del mundo, para después deslizar un anillo precioso en el dedo de cualquier monada que se les cruza.

Así que como no puedo hacer otra cosa, le doy la espalda y empiezo a caminar. Me tropiezo con un tacón y casi caigo de morros al asfalto. Mientras que él seguro me sigue mirando. Por suerte recobro el equilibrio en el último momento y este no pasa a ser el momento más ridículo de mi vida. ¿Por qué el número uno del ranking? Porque estoy haciendo pucheros y porque grumos ingentes de rímel se me están metiendo dentro de los ojos.

—Espera un momento, por favor —le escucho suplicar a mis espaldas. Sujeta mi mano con fuerza y tira de ella, obligándome a darme la vuelta. Forzándome a ver de nuevo esos ojos con los que sueño todas las noches, los últimos que veo antes de quedarme dormida y lo primero que recuerdo al despertar. Maldito.

Maldito seas, como coño quieras que te llames.

Miro un momento a mi alrededor. No hay nadie cerca. Todos los fumadores han olvidado su vicio un segundo para refugiarse dentro. Nosotros somos los únicos que seguimos fuera, plantados en mitad de la calle, mojándonos como dos gilipollas bajo la lluvia.

Otro trueno retumba en el cielo, cada vez más fuerte.

—No sé qué decir —farfulla como avergonzado. Le quiero decir que no

tiene por qué, nada me debe, al fin y al cabo.

—Esto es ridículo, ni siquiera nos conocemos —suelto enfadada, liberando mi mano de un tirón.

—Y aún así es como lo hiciéramos —murmura, ensimismado, observando mi rostro diluyéndose bajo la tormenta. Sus cabellos dorados pegados a las sienes, sus pestañas húmedas.

Se acerca, apresa mis mejillas entre sus fuertes manos y acaricia sus labios con los míos. Una corriente eléctrica me atraviesa y me quedo sin aliento.

Respondo a sus caricias esperando más. No se hace de rogar, porque me sujeta la nuca y me pega a su cuerpo, encajando con el mío como si fuéramos las dos únicas piezas del mismo puzle.

Cierro los ojos y ya no hay imágenes que me asalten ni que me atormenten.

«Estoy besando al chico adecuado», pienso un momento con una chispa de felicidad que se prende en mi pecho y se extiende por todo mi ser. Pero entonces recuerdo que está prometido y le muerdo, apartándole y empujándole con todas mis fuerzas. Se lleva una mano a los labios con una expresión de sorpresa en el rostro, y me enfado tanto que le doy un bofetón.

Tiemblo de la rabia que me entra cuando en sus ojos veo la disculpa y la certeza de que ha hecho algo mal, y ese algo soy yo, no la rubia con la que se va a casar. Ni siquiera se molesta en tocarse la mejilla, que ya empieza a enrojecerse.

Me doy la vuelta y salgo a correr, sin importarme que el suelo esté resbaladizo y que voy con unos tacones que casi nunca me pongo.

—¡Espera! ¡Dime al menos cómo te llamas! ¡Tu número! —le escucho gritar a través de las ráfagas de agua que me golpean con intensidad.

Llego a casa entre llantos y gimoteos absurdos. El único chico que me gusta, y está prometido. Y va y me besa. Así que no es de fiar. Giro la llave en la cerradura y me seco las lágrimas ennegrecidas por el rímel a manotazos. Pero entonces dejo la puerta entreabierta y salgo al jardín, dando la vuelta a la casa para recoger de nuevo el martillo. Entro en el hall decidida a abrir un maldito agujero del tamaño de una sandía en la pared. Meteré la mano. Sacaré al caja plateada. La abriré...

—¡Alana! ¡Detente!

Me dejo zarandear por Lili mientras mojo el suelo de gotas de lluvia, rímel corrido y lágrimas. Parpadeo. Levanto el martillo hasta la altura de mis ojos y los pongo en blanco. Entonces me fijo en mi amiga fantasmagórica, que

tiene una absoluta expresión de terror en su delicado y pétreo rostro de marfil.

—Hugo ha salido hace unos minutos —me informa sin darme tiempo a procesar la información—. No sé cómo ha entrado, pero cuando Ricardo y yo nos hemos dado cuenta, estaba registrando la cocina.

—Espera un momento, que no estoy entendiendo nada —le pido, quitándome la chaqueta, totalmente empapada—. Dices que Hugo, nuestro Hugo, ¿acaba de estar aquí, registrando la cocina?

—¡La cocina, este armario, la biblioteca! —Echo un vistazo rápido a mi alrededor, y en efecto, veo todo tirado por el suelo. Mis bufandas, bolsos, paraguas, papeles—. Después ha subido arriba, y de verdad que te vas a caer de espaldas cuando veas cómo ha dejado tu alcoba.

Atravieso su congelado cuerpo etéreo y subo las escaleras de dos en dos. Se me dobla un tobillo y lanzo los tacones al aire. Atravieso el pasillo y cuando entro en mi habitación, me llevo las manos a la boca. Está todo hecho un desastre.

Siento a Lili en mi espalda, así que no tardo en preguntar.

—¿Y Edgar?

Cierro los ojos con miedo de su respuesta.

—Cuando ha entrado en la otra habitación, ni ha pestañeado —dice con esa voz que traspasa el plano de los vivos—. La ha registrado también, y por suerte, el gordo seboso no se ha movido.

—Lili —digo girándome en seco—. Le ha visto. Ha visto el cadáver. Si llama a la policía...

Niega despacio con la cabeza.

—No ha reparado en él, no creo que vaya a denunciarte. Esa cosa —dice arrugando la nariz—, parecía que estaba dormida.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum.

—¡Joder! ¡Qué pesada que es! —grito, dando un pisotón al suelo.

—¿Deberíamos bajar? —me pregunta Lili, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Ya se cansará de hacer lo que cojones quiera que está haciendo —respondo con hastío, moviendo la colcha de la cama para hacerme un hueco—. Me voy a dormir, estoy cansada.

—¿Pero Hugo?

Tum, tum, tum, tum, tum, tum.

—¡Al diablo con él! —respondo, tapándome hasta las cejas y cerrando los ojos con tanta fuerza que se me doblan las pestañas—. ¡Al diablo con todos!

¿Qué coño hace Hugo entrando sin permiso en mi casa y registrando mis cosas? Me incorporo y cojo el móvil. Busco su número y pulso el icono de llamar. El contestador salta de inmediato. Por lo visto lleva con el móvil apagado varios días ya.

Y, de repente, otra llamada de número oculto. Contesto sin pensar a pesar de las horas que son, porque pienso que es Hugo.

—¿Hugo?

—Buenas noches —dice un hombre cuya voz no reconozco—. Soy el redactor del programa de Cuarto Milenio.

Cierro los ojos con fuerza. ¿En serio? ¿De verdad que no tiene otras horas para llamar? Bueno, pensándolo mejor, quizás sea un vampiro...

—¿Y qué quiere? ¿Cómo ha conseguido mi teléfono?

—Nos gustaría concertar una cita para que pudiéramos tener una entrevista con usted. Nos los ha proporcionado su socia Nerea. Sería muy interesante si nos permitiera entrar en su casa y hacer algunas grabaciones. Podríamos dedicar un programa a los misterios de su propiedad.

Se me huela la sangre. No tenía bastante con los del tour de fantasmas, y ahora llegan estos. Seguro que descubren el alma de la vecina en cuanto enciendan sus cámaras especiales. Y qué decir de los fantasmas. Y qué pasará cuando se encuentren con Edgar...

—Mire, no estoy interesada. En mi casa no hay fenómenos paranormales.

Me tiembla la voz. Seguro que tiene una especie de detector de mentiras conectado al móvil, y ahora debe de poner en la pantalla: «Mentira cochina».

Y cuelgo. Apago el móvil y cierro los ojos, ignorando el tic que me está dando en uno de los párpados.

Capítulo dieciocho

Me revuelvo entre las sábanas sudando. Me despierto gritando, con un brazo extendido.

—Sus sueños la persiguen —escucho decir a Lili muy bajito.

Tiro el edredón de una patada al suelo y abro los ojos. Mis dos queridos fantasmas me observan muy serios. Tengo el flequillo pegado a la frente.

—¡Dejadme dormir! —me quejo, tapándome los ojos con el brazo—. Hoy no tengo que trabajar, tened piedad...

El edredón sale volando por los aires, la almohada donde reposa mi cabeza huye también, y la cama empieza a temblar.

—¡Es el día de nuestra boda! —grita Lili con una voz de ultratumba que me levanta de un salto. Parpadeo confundida.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¡Que es el día de nuestra boda! —repite Lili en el mismo tono—. Y nos debes unas cuantas cosas —añade, bajando la barbilla para mirarme a través de sus plateadas pestañas.

Quisiera llorar, pero ayer agoté las lágrimas que me quedaban. Estoy en rotura de stock lagrimal. Así que voy caminando despacio hasta la ventana y la abro con los hombros caídos. Necesito aire fresco.

Me asomo. Y frunzo el ceño al ver a los del tour escondidos entre los cubos de basura, sacando fotos furtivas de la fachada de la casa. El chico de la gorra ya no la lleva, ni tampoco el micrófono. Ahora luce unas gafas de sol y una camiseta negra sin el logotipo de la empresa. Parecen unos espías cutres.

—¡Escondeos, se ha asomado a la ventana! —escucho que dice alguien.

Pongo los ojos en blanco cuando una de las mujeres de la «visita guiada» se agacha, pero se le sigue viendo el culo.

—¡Largaos o llamo a la policía! —grito, sacando la cabeza.

Pero, de repente, la contraventana se cierra de golpe y por poco no me da en las narices.

—¿Habéis visto eso? —escucho que dice otro hombre.

Cierro la ventana y bajo la persiana.

—Joder, Lili, lo que nos faltaba. Que fueras haciendo alarde de tus poderes sobrenaturales delante de un puñado de frikis caza fantasmas.

—Es mi día, Alana. Nos lo debes.

Ricardo, en una esquina, más pálido de lo normal. Pobrecillo. No sabe dónde se mete.

Me siento en el borde la cama y me atuso el flequillo con ímpetu.

—Vamos a ver, ¿me estáis diciendo que la boda es hoy?

Ambos asienten tranquilos, en silencio. Lili flota hasta llegar al lado de Ricardo y este besa su mano con devoción. Como en un latigazo recuerdo que hay otra pareja, en este caso viva, que también se casará. Un calor inflama mi estómago y casi me sale por la boca.

—¿Y en qué momento pensabais decírmelo? ¡Esto no se dice el mismo día, joder! ¡Os recuerdo que Aragán sigue libre planeando mi muerte!

Lili va a sacarme los ojos, pero Ricardo interviene muy diestro, sujetando a su prometida.

—Mi salvadora, llevamos días avisándole. Pero usted estaba tan ocupada con otros menesteres, que no nos ha tomado en consideración —explica tan tranquilo. No hay ironía en su tono de voz porque en su época aún no la había inventado Risto Mejide. Y por suerte para él tampoco existía la por lo menos noventa edición de Operación Triunfo.

Me tengo que callar porque lleva más razón que un puto santo.

—Pero al menos podíais haber insistido. ¿Tiene que ser hoy?

Lili levanta la ceja y se acerca levitando:

—Ya te estás levantando. Debes conseguir que un sacerdote venga a officiar la boda y adquirir mi vestido de novia. Y te pongo sobre aviso de que me disgustan sobremanera los tejidos baratos.

Me cago en la puta madre que los parió a todos.

—Ni de coña —suelto, levantándome como un resorte—. ¡Cómo quieres que consiga eso hoy!

—Tienes hasta las ocho de la tarde —avisa con la voz tan afilada como un cuchillo jamonero—. Ni un segundo más. Si no traes lo solicitado, vete olvidando de «los efectos especiales» de tu maldito y estúpido juego.

—No vayas por ahí que llamo a un exorcista...

El colchón de la cama se levanta y cae sobre mi cabeza.

—¡Ahhhhhh!

Gateo y me arrastro hasta que consigo salir.

—¡Estás como una regadera, puta loca!—. las ocho —susurra ya en el techo. Y ambos desaparecen rumbo al desván.

Edgar aparece por la puerta sin haber sido llamado. A lo mejor mi grito le

ha alertado.

Me saco el pijama y me desnudo delante de él, sin pudor. Porque ni siquiera me mira a mí, observa con demasiado interés una pelusa que flota por el aire. Me pongo una camiseta, porque ya empieza a hacer calor y unos vaqueros desgastados. En el baño me lavo los dientes maldiciendo a cierto fantasma con aires de superioridad y, en vez de maquillarme, retiro con grandes dificultades y varios kilos de desmaquillante el cuadro impresionista que tengo por cara.

—Edgar, respira —le ordeno cuando le veo a través del espejo del baño.

—Síííí, amaaaaa.

Me sigue escaleras abajo como un perrito faldero, y me tomo el café de muy mala leche. Ni siquiera mi cigarrillo mañanero consigue calmarme. No sé por dónde empezar en mi montaña de preocupaciones y lamentaciones: el extraño comportamiento de Hugo, el beso infiel del boxeador, Aragón, el tambor de la vecina o la acuciante boda fantasmal y sus requisitos imprescindibles, sus *must have* fantasmiles...

Me empieza a entrar taquicardia, así que me obligo a poner la mente en blanco y la dirección de una tienda asequible de vestidos de novia en el buscador de internet de mi móvil. Vale, hay una tienda cerquita, y con suerte quizás encuentre algo bonito y barato que le pueda servir.

—¿Tú también vas a querer un traje para la boda? —pregunto a Edgar, más tieso que un palo—. Edgar, parpadea...

—Síííí, amaaaaaaa.

—Pues venga, que nos vamos de compras —le digo, cogiendo el bolso.

Me sigue, tan obediente como siempre. En cuanto atravieso el jardín un temor atenaza mis entrañas. Dejo la casa de nuevo sola, a excepción de los fantasmas.

Y siempre que obro así, algo malo sucede. Aragón anda suelto, al fin y al cabo.

Cierro la verja del jardín y cojo la mano de Edgar con decisión.

—A ver si te da un poco el aire. Supongo que un paseo te sentará bien —comento, mirándole de reojo. No debería sacarle a la calle, más que nada porque alguien lo estará buscando, pero tampoco me fio de dejarle solo en casa, porque por lo visto hay personas que entran y salen sin permiso y con alevosía.

Cruzo la plaza mirando por el rabillo del ojo el portal de la vecina. ¿Estará Aragón escondido allí, trazando su maléfico plan de asesinar a todo

Madrid?

Camino más deprisa si cabe, llegando hasta el paso de cebra con la respiración agitada. La batería de mi móvil está bajo mínimos, así que intento recordar el camino que he visto por encima en el mapa del buscador.

Pero diez minutos más tarde, estoy perdida entre dos callejuelas. No tengo demasiado sentido de la orientación. De repente, un hombre se cruza con nosotros y se queda mirando a Edgar.

—¡Y tú qué coño estás mirando! —grito cuando se aleja. Vale, Edgar llama un poco la atención con su mono color caqui y su aspecto enfermizo. Pero vamos, qué poca educación tiene la gente.

Dos vueltas más a la manzana y encuentro la tienda. «Boutique Robe de Mariée». Un poco cursi, pero supongo que aquí encontraré algo anticuado y horrible, justo lo que Lili está esperando.

Tras pasamos el umbral de la puerta y entramos en una deliciosa y monísima tienda decorada con gusto y maestría. Lámparas de araña, música clásica, varios modelos preciosos expuestos en maniqués, y dos sofás de estilo colonial dispuestos en la sala. Antes de que acomode mi escuálido trasero en uno de ellos, llega una mujer muy bien vestida y de apariencia simpática. En cuanto me ve sonrío, pero cuando posa sus maquillados ojos en mi Edgar, arruga la nariz y da un paso atrás.

—Joder, qué bien huele aquí dentro...

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?

Pego un respingo y me giro.

—Estamos buscando un vestido de novia para una amiga —contesto, empujando a Edgar para que se vaya tranquilo a una esquina. No quiero darle un orden directa para que la mujer no se piense cosas extrañas y totalmente ciertas cuando él conteste con la retahíla de siempre.

—Perfecto —contesta, juntando las manos huesudas, mirando de reojo a mi Edgar, que se pone a boquear de cara a una de las paredes pintada de rosa palo —. ¿Vendrá su amiga para tomarse las medidas y probarse algunos modelos?

—Eh, no. No puede venir.

—Siempre es más fácil cuando la propia novia está presente —explica, con los labios tirantes.

—Se lo tengo que comprar yo, ella está... —Iba a decir que muerta, pero me muerdo la lengua—. Muy ocupada.

—Entiendo. ¿Qué estilo le gusta? ¿Corte de sirena? ¿Quizás de corte

imperio?

¿Escote barco, escote de corazón? ¿De seda, lino, raso, con encaje?

Es como si me estuviera hablando en chino mandarín. ¡Dame un puto vestido barato y cállate ya, mujer!

—Mire, mi amiga es muy, pero que muy pálida. Delgada y algo siniestra.

También está chapada a la antigua, y digamos que es tradicionalmente... vieja —explico, dando un manotazo a Edgar, que se pone a tocar la pared con uno de sus dedos rechonchos—. No me quiero gastar mucho dinero. El vestido más barato que tenga me sirve.

Se le empieza a levantar la comisura superior del labio y creo que me va a echar de la tienda de un momento a otro.

—¿Medidas? —pregunta, para mi sorpresa.

—Como yo de delgada, pero más alta.

—Es importante conocer su estatura exacta para poder ajustar el bajo —insiste.

—Lo del bajo da igual, no se va a pisar el vestido.

—Pero, si tampoco sé la altura del tacón que llevará ese día...

—Mire —la interrumpo, perdiendo la paciencia. Más que nada porque tengo pocas horas para convencer a un cura de que venga hasta mi casa a officiar una boda absurda—. No pisa mucho el suelo, se lo aseguro. El largo del vestido da igual, créame.

—Señorita, si esto se trata de una broma pesada, os agradecería mucho que no me hicierais perder el tiempo —suelta muy digna mirando con cara de asco a mi orondo acompañante.

—Perdone, no es ninguna broma. Deme el vestido más barato que tenga para una chica, no sé, imagínese a una chica de hace más de cien años.

Se da la vuelta murmurando un «enseguida vuelvo» muy poco educado.

Tamborileo los dedos sobre mis labios mientras espero, observando con deleite uno de los vestidos que están expuestos. De cuerpo ajustado, lleno de pedrería.

La falda, cubierta de plumas blancas tan suaves y esponjosas que parece que va a salir volando en cualquier momento. Si alguna vez me caso, cosa que dudo dado mi historial, me quiero poner un vestido así.

Mi mente vuelve a la realidad cuando la mujer regresa con «algo» entre sus esqueléticos brazos. Lo sujeta por la percha y lo cuelga de una barra. No es blanco puro, más bien tirando a beis. Me acerco y toco el encaje que recubre y perfila todo el diseño. De manga larga y sin mucho vuelo,

prácticamente sin forma ni gracia.

—¿Cuánto cuesta?

—Doscientos euros.

Lo vuelvo a mirar y ya me parece más adecuado y precioso. Sí, es tan anticuado y viejuno como Lili, así que seguro que a ella le encanta.

—Me lo llevo.

—¿Va a querer algún accesorio, como una tiara, diadema, cinturón...?

Le voy a preguntar que si tiene una bata a juego, pero me callo, no quiero que me escupa a la cara.

—¿Un velo? —pregunto girando la cabeza para comprobar que Edgar sigue donde lo dejé, tocando la pared de nuevo—. Edgar...

—Un velo, perfecto. Ahora mismo traigo uno que le viene de perlas a este vestido.

Desaparece de nuevo por el pasillo y le doy un manotazo a mi acompañante.

—No toques nada más —susurro entre dientes.

—Síííí, amaaaaaa —responde con un tono un poco más triste que a lo que me tiene acostumbrada.

La dependienta regresa con una sonrisa. Extiende el velo sobre el vestido, para que me haga una idea de cómo queda el conjunto.

—De acuerdo. ¿Cuánto cuesta?

—Ciento cincuenta euros —responde sonriendo.

—Acabo de recordar que mi amiga dijo que nada de velos, que le recuerdan a los burkas.

Levanta una ceja en señal de clara discrepancia. Ya no sonrío tanto. Mete el vestido en una caja que creo que vale más que el velo, y lo envuelve con un lazo de seda. Salimos a la calle y le doy la caja a Edgar.

—Toma, llévalo tú.

—Síííí, amaaaa.

Madre mía, es el mejor acompañante que alguien podría desear para ir un día entero de compras: no se queja, si se lo ordenas, te dirá que todo te sienta de maravilla, y encima lleva las bolsas.

—Un día de estos nos vamos a ir al Primark de Gran Vía, Edgar. Ya verás qué divertido.

Vale. Exigencia número uno cumplida. Pienso que lo mejor es volver a casa y que se lo pruebe.

Abro la puerta con miedo a que hayamos tenido otra visita inesperada, cuando Lili baja sobrevolando las escaleras con cara de desquiciada.

—¿Es mi vestido? ¡Es mi vestido! —grita, histérica, arrancándole de las pobres manos de Edgar la gigantesca caja.

—Mi ocaso, ¿qué ocurre? —pregunta Ricardo, asomando la cabeza por el techo.

—¡Lárgate! ¡Más que cotilla! —le insulta en un tono que jamás había escuchado hasta ahora—. ¡No te quiero ver husmeando por aquí, que trae mala suerte que el prometido vea el vestido antes de la boda!

—Como digáis, mi aterciopelado amanecer en llamas —susurra él alargando una mano, simulando que la acaricia con delicadeza.

—¡Desaparece de mi vista!

Ni ocaso ni ocase, es el día de su boda, y como toda buena novia, está para que le den un hostión de los buenos.

Mueve los dedos en el aire y el lazo, junto con la caja, se deslizan a un lado para ver por primera vez su vestido. Alza los brazos con gracia, y el tejido sobrevuela el recibidor para llegar hasta ella, quedando suspendido en el aire a pocos centímetros de su cuerpo.

Tengo una lagrimita traicionera avisando con salir sin permiso de mi lagrimal, porque aunque odie las bodas, mi mejor amiga fantasma se casa. Y eso me pone contenta y triste al mismo tiempo.

—¡Es horroroso! ¡Grotesco! —grita, con ojos de loca y la boca fruncida en una mueca de total desagrado—. Lo odio. ¡Lo detesto!

—¡Pero si ni siquiera te lo has probado! —argumento, pensando que quizás debería haberme gastado un poco más. O haber comprado el velo, al menos.

—¿Pero tú has visto estas mangas? Parece de encaje barato y mal confeccionado. Quería uno de princesa, como los que veo en la televisión... ¡Este vestido es para una viste santos cuarentona! ¡No para mí!

—No seas exagerada...

Con un gesto de su mano el vestido se acerca flotando peligrosamente, y cuando me quiero dar cuenta, lo tengo enredado en la cabeza.

—Esconde esa abominación —ordena muy digna, con una ceja levantada—. Es la cosa más ordinaria que he visto.

—No es feo, es un vestido de novia —consigo decir después de sacármelo de encima—. Es lo que me habías pedido.

Se tira a un lado y se queda flotando en posición horizontal, como si estuviera encima de un colchón invisible. Empieza a llorar, primero despacio y casi en silencio, pero como no le estoy haciendo mucho caso, gruesos lagrimones se deslizan por su marmóleo rostro plateado mientras me mira de reojo.

—Es lo que hay, Lili. Es tu vestido.

Dios, me siento como la madrastra malvada de los cuentos infantiles. Como la bruja piruja, como el ogro que en realidad soy.

—¡Ni siquiera es blanco! ¡Es de un marrón asqueroso! ¡Como si hubiera estado todo el día arando las tierras y recogiendo patatas vestida con él!

Llora y llora. Edgar se va hasta una pared y apoya la frente, como si necesitara desconectar. Le entiendo, me están dando ganas de imitarle.

—Es... es el día más... importante de mi vida —gimotea entre hipidos, claramente impostados—. Y, y este... vestido... asqueroso... Con todo lo que estoy trabajando... a, a pesar... de no ser... una plebeya... como tú...

—¡Dios santo! ¡Menudo drama estás montando! —suelto cuando no puedo más—. Mételo en la puta caja, que lo voy a devolver.

Se incorpora de inmediato con la cara seca y una sonrisa triunfal los labios.

—Blanco y de princesa. Y quiero una tiara a juego —puntualiza haciendo con un chasquido de sus delicados dedos para que el horroroso vestido vuelva a su caja.

—Edgar, quédate aquí —le ordeno echando espumarajos por la boca.

—Síííí, amaaaaaa.

Cierro de un portazo con la caja bajo el brazo.

—Me cago en la puta que los parió a todos.

Llego hasta la tienda enfadada por perder un tiempo precioso. En cuanto entro, la dependienta se sonríe de medio lado. Se la borraría de un guantazo.

—Tengo que cambiarlo por uno blanco, de princesa, y con una diadema a juego —escupo sin mirarla. Suelto de mala gana la caja con el lazo desecho y frunzo el ceño.

—Enseguida vuelvo.

Cuando lo tiene todo empaquetado y guardadito, me pide la friolera de mil doscientos euros. Le paso la tarjeta rechinando los dientes, como si estuviera masticando tornillos.

Regreso a casa a pisotones, pensando que ya me he gastado parte de mis ahorros en un maldito vestido que ni siquiera se va a poner en realidad.

En cuanto entro en casa dejo las cajas en el suelo y agarro a Edgar de un brazo. Estoy atravesando la plaza y sigo escuchando los gritos de alegría y entusiasmo de Lili. Menuda peliculera que está hecha.

—Vamos, Edgar, que tenemos que encontrar a un cura.

Le cojo de la rechoncha pero extrañamente suave mano y me pongo a vagar sin rumbo fijo. La batería de mi móvil ha muerto. He preguntado a varias viejecitas por la iglesia más cercana, pero todas me indican la que está cerca de Sol, donde estuve con Ricardo robando agua bendita hace unos días. No me quiero acercar a esa zona, porque fue allí donde debieron ver al extraño desconocido sin nombre que me acompaña ahora, robándome un osito de peluche, para después desaparecer y ser convertido en un zombie rebautizado como Edgar.

Así que me adentro por callejuelas solitarias y desemboco en la calle de la Cruz, donde encuentro una pequeña capilla entre dos edificios un poco más altos. Nos acercamos hasta la puerta, pero al intentar abrirla compruebo con fastidio que está cerrada. En un letrero a la derecha del edificio leo que no abren hasta las seis.

—Pues nada, Edgar, nos toca esperar —le digo, sentándome en el suelo con la pared apoyada en la puerta. Él se queda en pie, impertérrito, a mi lado. Cierro los ojos y me despierto sobresaltada cuando escucho el inconfundible sonido de un cerrojo desliziéndose.

Tiro de Edgar para levantarme y entramos. El silencio más sepulcral nos invade, y de repente un escalofrío me recorre toda la columna vertebral. Esto es la casa del Señor, y estoy entrando con un zombie a mi lado.

Avanzamos por el pasillo central despacio, con miedo a perturbar la atmósfera que se respira. Lo único que desentona son los torpes pasos de mi acompañante retumbando en las paredes.

Está vacía, no hay un alma. Me siento en la primera fila de bancos y empujo a Edgar para que me imite. Nos quedamos un rato a solas con nuestros pensamientos. Bueno, yo estoy con ellos, no sé lo que se le pasará por la cabeza calva a mi acompañante. Le miro un segundo y mi corazón se encoje, porque lo que le he hecho no tiene nombre ni perdón. Seguro que su alma grita, allá donde esté, sin poder disfrutar de su descanso eterno, mientras yo manipulo su cuerpo gracias a un hechizo oscuro.

De repente, una puertecita de la derecha se abre y aparece un viejo vestido con una sotana. Me levanto de un salto, pero antes le indico a Edgar que se quede donde está.

—Síííí, amaaaa.

—Buenas tardes —susurra casi para su alzacuellos.

Va a seguir su camino hacia el altar cuando le intercepto.

—Disculpe —digo muy bajito intentando que no se asuste—. Me gustaría preguntarle algo.

—Por supuesto, hija —responde afable. Es muy pequeño, más bajito incluso que yo. Delgado y canoso. Rondará los setenta años al menos, eso si no se dedica a comer fantasmas como una que yo me sé, y que en vez de setenta, sean setecientos lustros.

—Verá, es un tema un tanto complicado —murmuro, retorciéndome las manos.

Sonríe y me guía hasta el banco. Nos sentamos junto a Edgar, que no hace más que boquear y cerrar primero un párpado, y después el otro.

—Necesito pedirle un gran favor, y de verdad que haría un verdadero acto altruista si accede.

Asiente despacio, tocándose el bajo de la sotana, algo distraído. Quizás empiece a pensar que quiero pedirle limosna, o un sitio donde mi amigo hartado extraño y yo podamos pasar la noche.

—Necesito que me acompañe hasta mi casa y oficie una boda —suelto sin más preámbulos.

Alza la mirada y frunce el ceño.

—El santo sacramento del matrimonio ha de hacerse en la casa del Señor —dice señalando el altar—. Yo no puedo desplazarme, hija mía.

—No lo entiende —digo negando con la cabeza—. Necesito que me

acompañe a mi casa, ahora mismo, para casar a dos amigos míos.

Se levanta del banco y su semblante se oscurece por segundos. Ahora parece un enano gruñón.

—Eso es imposible.

—Por favor —suplico, obligando a mis ojos a escupir algunas lagrimillas de cocodrilo, a ver si así le ablando un poco—. Por favor, se lo ruego... — Me agacho y le agarro un poco la túnica, en plan desesperada total.

—¡He dicho que no! —grita, dándome un manotazo para que le suelte.

Pongo los ojos en blanco. Lo sabía. No suelo ir a misa, aunque sí que hice la primera comunión. Y tampoco he asistido a muchas bodas, solo por parte de la familia de mi madre cuando era pequeña. Pero por lo que sé, estas cosas llevan sus procedimientos, sus trámites, sus tonterías... Sin embargo, yo no dispongo de tiempo, ni tampoco los contrayentes son siquiera personas vivas, así que si tengo que hacer esto, por mucho que me pese, lo tendré que hacer a mi manera.

Lili y Ricardo se casan esta tarde, y mi cometido es llevarles un cura, cueste lo que cueste. Se lo debo. Y lo peor de todo, ellos lo saben.

Me levanto yo también y me cruzo de brazos.

—Me va a acompañar, le guste o no —le aseguro muy seria.

—¡Pero qué estás diciendo, muchacha! ¡Has perdido el juicio!

—Sí, lo he perdido. Solo será un ratito de nada, confíe en mí —insisto.

Se da la vuelta haciendo aspavientos en dirección a la puerta por donde ha aparecido minutos antes.

—Edgar —digo con la voz tomada y un nudo en la garganta—. Pon un banco en la puerta de entrada y atráncala para que nadie entre —ordeno, perdiendo el poco sentido común que me quedaba en el cuerpo.

El cura se gira de nuevo para mirarme. Se acerca con pasos decididos y claramente enfadado. Pero cuando el enorme cuerpo de Edgar se levanta del banco, da un paso atrás, y un brillo de temor cruza sus arrugados ojillos.

—Síííí, amaaaaa.

El sacerdote se santigua sin perder ni un segundo de vista a mi Edgar, que coge sin aparente esfuerzo un banco con una sola mano y lo tira sin miramientos a la puerta. El estruendo me obliga a cerrar un momento los ojos y pedir disculpas al universo en silencio.

—¡Fuera ahora mismo de mi parroquia! ¡Vándalos!

—Si hace lo que le pido, no tardaremos más de una hora, se lo prometo — digo, dando un paso en su dirección, después otro, y otro más, como si

estuviera intentando acorrallar a un gatito asustado. Le paso una mano por la espalda e intento que me siga. Por supuesto, se revuelve agitando la sotana con espasmos encolerizados.

—¡Voy a llamar a la policía!

Suspiro. Un delito más que añadir a mi ya larga lista.

—Edgar, ven aquí.

—Síííí, amaaaaa.

—Mire, señor cura —empiezo a decir llegando hasta la puerta lateral y cerrándola de golpe. Me pongo delante de ella para que no se le ocurra escapar—. Hizo los votos, y supongo que juró servir a la gente.

—Y a Dios por encima de todas las cosas —afirma, sin quitarle ojo a Edgar, que llega hasta mi lado con la barriga por delante.

—Pues dos enamorados quieren que su amor sea sellado por alguien como usted. Y por eso, nos tiene que acompañar, le guste o no.

—Has perdido el juicio —repite.

«Que sí, señor cura, lo perdí hace meses», pienso, levantando una ceja. «Y no creo que lo vuelva a encontrar. Debe estar en Punta Cana tomándose piñas coladas a mi salud».

—Edgar, sujétale. Sin hacerle daño —añado, cuando veo el tembloroso cuerpo del viejecillo.

Subo al altar e inclino un momento la cabeza, pidiendo disculpas de nuevo, si es que alguien me está viendo ahora mismo. Cojo una especie de tapete de raso morado que cuelga del altar.

—Síííí, amaaaaa.

Mi fiel servidor le coge como si fuera un saco de patatas, y se lo carga en el hombro. El hombrecillo se retuerce. La sotana se le empieza a enredar entre las piernas.

—¡Soltadme, almas impías! ¡Esto es un sacrilegio! —Me acerco y le amordazo con el trozo de tela morado—. ¡Uhhmm! ¡Uhhmm! —Sus ojillos me miran con una mezcla de furia y pánico.

—Chssss, tranquilo —le digo, intentando que se calme. A ver si ahora le va a dar un amago de infarto y ya lo que me faltaba—. Le juro por mi madre que le traeré en dos horas a lo sumo, sano y salvo. Perdóneme, por favor. Le aseguro que esto me gusta a mí menos que a usted.

Me muerdo el labio y me quedo mirando una alfombra alargada justo delante del altar. Calculo que mide de ancho un poco más que el hombre.

—Edgar, tráelo hasta aquí —le ordeno, subiendo los tres peldaños que me

separan de ella.

—Síííí, amaaaaa.

Le ayudo a bajarlo al suelo entre seguramente insultos y vejaciones. Y como si estuviera haciendo un rollito de primavera, le envuelvo en la manta. Con la ayuda de Edgar le damos varias vueltas.

—¡Mmeeee mareeoo!

—Suficiente. Creo que se está mareando.

—Síííí, amaaaaa.

Me seco el sudor de la frente y compruebo la hora. Con la tontería ya son las seis y media de la tarde. Bien, es ahora o nunca. Espero que Lili lo tenga todo dispuesto y preparado, porque vamos para allá con el cura.

—Uhhh, uhmmmm —sigue quejándose de nuevo sobre el hombro de Edgar.

Madre mía, ¿cómo he vivido estos treinta años sin él? Es que es útil para todo, incluso para secuestrar a un cura.

—Andando, Edgar.

—Síííí, amaaaa.

Descorro el banco y abro la puerta que da a la calle despacio. Asomo la cabeza. No hay moros en la costa.

—¡Agua! ¡Agua! —digo histérica moviendo una mano—. Vamos, joder. Sal.

Edgar, sal.

Al final tengo que salir yo primero, porque parece que no se entera. Con el corazón en un puño desandamos el camino andado. Compruebo que el viejecillo no disfruta de visibilidad, lo que es una suerte, porque no me gustaría que supiera dónde vivo. Y tampoco se le ve desde fuera. Si nos cruzamos con alguien, parece que trasladamos una alfombra cualquiera, porque Edgar le tiene tan fuertemente sujeto, que parece que el pobre hombre no se puede ni mover.

—¡Uhhmmm! —Toso para que no se les escuche protestar.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue...» —canturreo para sacarme los nervios del cuerpo.

Guío a Edgar por los callejones más solitarios, esquivando a los transeúntes todo lo que podemos. Y los pocos con los que nos cruzamos ni nos toman en consideración. Cuando visualizo la plaza aprieto el paso, obligando a Edgar a seguirme el ritmo.

—¡Vamos, maldita sea! ¡Mueve el trasero!

Se pone a correr zarandeando el pandero y casi se le cae el cura.

—Síííí, amaaaaaaa —¡Uhmhhh!

—Joder...

Introduzco la llave en la cerradura temblando histérica. Compruebo que nadie nos está vigilando, y dejo pasar primero a Edgar.

—Vamos, mete al cura dentro.

Cierro, corro todas las cortinas y bajo las persianas. Presiono el interruptor de la luz y me obligo a respirar con toda la normalidad que me sea posible encontrar en este mundo de locos en el que vivo.

—Edgar, déjale con mucho cuidado en el suelo.

—Síííí, amaaaaa.

Le vuelvo a dar vueltas para liberarle. Cuando lo consigo, le veo más despeinado que si hubiera saltado de un paracaídas y con una cara de mala leche que me da miedo quitarle la mordaza.

—Bien, señor cura —empiezo a decir, agachándome a su lado para asegurarme de que me escucha bien y entiende todo lo que digo—. Ahora le voy a quitar la mordaza, y espero que no intente huir.

Se la quita él mismo, porque, claro, no le he maniatado, y se intenta levantar, pero el pobre lleva tal viaje encima que se cae hacia un lado.

—Espere, le ayudo —digo, bajándole la sotana—. Que se le veía el culo.

Se incorpora entre blasfemias dándome un manotazo para que no le toque.

Nunca he escuchado a un cura decir tal sarta de palabras malsonantes. Se lo pienso contar a mi madre la próxima vez que me regañe por decir «gilipollas».

—¡Arderás en el infierno por lo que acabas de hacer! ¡Insensata! ¡Loca! —me grita, acusándome con un dedo mientras se intenta correr la cortinilla de pelo.

¡Pero bueno! ¡Si lleva peluquín!

—Tranquilícese, por favor —le pido, moviendo las manos en señal de tregua—. Espere que le coloque bien el «pelo» —digo, acercándome. Antes de que llegue a tocarle, me aleja de otro manotazo.

—¿Dónde me habéis traído? ¿Dónde estoy?

Una corriente fría me atraviesa por completo. Tomo aire y lo suelto despacio.

Si no le da un ataque al corazón, vamos bien. Ricardo desciende del techo tan elegante y apuesto como siempre, y se presenta ante él.

—Mis más profundos agradecimientos por acudir a celebrar nuestra boda,

mi señor —casi canta en una elaborada reverencia—. Mi futura señora y esposa bajará en breve. Debemos prepararnos para recibirla como es debido.

El hombre empieza a abrir y cerrar la boca sin que salga sonido alguno. Se empieza a poner rojo, después violeta, y cuando me santiguo, porque le estamos perdiendo, pierde todo el color en la piel y se desmaya ante nuestros ojos. Por suerte, consigo sujetarle antes de que su cabeza golpee el suelo.

El suspiro que doy dura al menos tres minutos.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Ricardo—. ¿Es que no sabía de nuestra existencia?

Me cruzo de brazos y me empiezo a cabrear de nuevo.

—Pues no, mira. Le he tenido que raptar. Y, por supuesto, no le he contado nada de casar a dos fantasmas, porque me hubiera tomado por más loca de lo que ya estoy por hacer todo esto, joder.

Varias son las expresiones que se cruzan por su bello rostro fantasmal, pero después parece que opta por guardar silencio. Me hace una de sus reverencias y se aleja volando hasta la biblioteca.

Miro al suelo y me percató de que está plagado de pétalos blancos. Crean un camino sinuoso hasta la antigua biblioteca.

¿De dónde las han sacado?

—¡Oh! ¡Qué mono! —digo, saltando el cuerpo desmadejado del cura para seguir el rastro de flores perfumadas.

Abro los ojos cuando entro en la estancia. Del techo cuelgan telas blancas formando cascadas. El fuego encendido en la chimenea lanza destellos dorados sobre el tejido, creando una atmósfera preciosa. Las velas titilando, y un gran corazón dibujado... Espera un momento. Han pintado un puto corazón gigantesco en una de las paredes. ¡De las paredes recién pintadas! Joder, les mato. Les remato.

Abro la boca para empezar a gritar, pero la cierro cuando veo a Ricardo colocarse muy gallardo frente a ese gran símbolo de amor eterno. Sujeta una rosa blanca entre sus casi etéreas y masculinas manos, y tengo que reprimir una lágrima. Sonrío. Y mi corazón se inflama de felicidad por ellos. Por su amor. Tan real a pesar de haber muerto hace años. Tienen más vida, más profundidad en sus sentimientos compartidos, que muchos de los que aún respiramos.

Escucho un ruido en la entrada y salgo. Veo al cura intentando levantarse de nuevo.

—Edgar, ponte delante de la puerta —le ordeno, decidida a terminar de

una vez por todas con esta boda. Sí, son fantasmas, pero también tienen derecho a casarse si eso es lo que desean.

—¿Donde me habéis traído! ¡Virgen santísima! ¿Qué es esto? —grita intentando pasar a través del cuerpo de Edgar, sin éxito, claro.

Cae de rodillas y junta las manos en una especie de rezo suplicante.

—Si esto es una prueba para confirmarme en la fe, lo habéis conseguido, Santísimo.

—Señor, levántese, por favor —le pido, tirando de su codo con cuidado—. No es una prueba de fe, es una boda, aunque ahora que lo pienso, es lo mismo. Y debemos ir ya, porque la novia está esperando para bajar.

Gira la cabeza y se me queda mirando.

—¿Estoy soñando? ¿Acaso esto no es más que una ilusión? ¿Una obra del Señor para ponerme a prueba?

—Que no...

Joder, qué pesado. Creo recordar que yo no tardé tanto en asimilar a Lili. Se retuerce las manos y me mira con algo parecido a la culpa.

—Reconozco que por las tardes, cuando no oficio, enciendo la televisión y veo Sálvame. Otros hermanos me han dicho que es pecaminoso y la prueba de que en la tierra aún existe el odio, la envidia, los placeres más carnales...

—¿Que no es ninguna prueba divina, joder! —respondo, ayudándole a ponerse de nuevo pie.

Pegamos un respingo cuando una sonata nupcial invade la estancia. Es Lili, que ya está preparada.

—Señor, vamos —digo tirando de la sotana—. Es la hora.

Entramos en la antigua biblioteca seguidos de Edgar. Echo una mirada rápida para comprobar que la persiana está totalmente bajada. No creo que tuviera argumentos lógicos para explicar lo que está ocurriendo ahora mismo si algún cotilla se atreviera a asomarse.

Tan tan tatán, tan tan tataáááánnnnnnnn Empujo al hombre para que se quede quieto delante del corazón pintado, justo al lado de Ricardo. Le tiemblan las manos, el peluquín se le está despegando debido a las gruesas gotas de sudor que empiezan a descender por su arrugada frente y sus pierrecillas parece que están bailando la sardana sin su consentimiento.

—Virgen santísima... —le escucho susurrar cuando mira a Ricardo más de cerca. Se santigua varias veces y se pone a tiritar.

Yo me hago a un lado cerca de la chimenea. Cojo a Edgar de la mano para que se esté quietecito, como si fuera mi hijo travieso, y miro hacia la puerta,

que, segundos después, es atravesada por la novia.

Levitando a varios centímetros del suelo, con sus delicados pies cubiertos por la inmensa falda del vestido, aparece la novia más espectacular que he visto nunca. Ni siquiera en las revistas que ojeo cuando voy estoy en el baño.

Brilla, destella como un diamante bajo la luz, vestida no sé cómo, con el maldito vestido que me ha costado un ojo de la cara, pero que ahora entiendo, vale hasta el último euro invertido. Sujeta un delicado ramillete de rosas blancas, que no sé de dónde coño han salido, y en su elegante cabecita plateada luce la diadema con brillantitos que me obligó a comprarle bajo amenaza de muerte.

Sus ojos se iluminan al ver a Ricardo. La primera lágrima desciende por mi mejilla. Pero empiezo a gimotear como una estúpida cuando mi mirada se desplaza desde ella, hasta el novio. Si alguna vez me caso, quiero que me miren así, como ahora mismo lo está haciendo él. Es adoración, incredulidad, la más absoluta expresión de felicidad, y por encima de todo, amor. Ese amor por el que daría su vida, su alma inmortal, con tal de cumplir sus caprichos más absurdos.

Yo quiero que alguien, aunque sea una vez en mi fatigosa vida, me contemple de esta forma. Como si fuera su mundo, como si él fuera el mío. Y sin previo aviso, los malditos ojos azules de otro hombre prometido me atraviesan la mente y me hacen desconcentrarme un momento. Parpadeo y aprieto la mano de Edgar.

Lili llega hasta Ricardo y se dan la mano. Mierda, no tengo batería en el móvil. No voy a poder immortalizar este momento único con al menos una única fotografía.

—¡Esperad un segundo! —grito, echando a correr—. ¡No os mováis! ¡Vuelvo enseguida!

Me miran ojopláticos. Todos menos Lili. Ella me lanza una mirada asesina.

Subo las escaleras recogiendo el bolso casi en un salto mortal y voy hasta mi mesilla, donde tengo el cargador. Lo enchufo y veo el símbolo de la batería en verde.

—Vamos, vamos... Carga, maldito seas, carga.

No me quiero ni imaginar qué estará pasando abajo. No soy muy dada a las fotos, soy de las que siempre se olvida de hacer una cuando pasas con el coche por algún paisaje idílico. Prefiero encenderme un cigarrillo y disfrutar de las vistas.

Cuando tiene un tres por ciento, arranco el cargador de la pared sin piedad

y regreso sin aliento. Están justo como los dejé: el cura al borde de un ataque de nervios, Lili atravesándome con la mirada y Ricardo embelesado con la novia.

No hace falta que diga cómo está Edgar, porque sería malgastar saliva.

—Sonreíd —les pido, encendiendo el móvil deprisa, metiendo el código pin y buscando la aplicación de la cámara.

—Síííí, amaaaaa.

Sin flash, porque sería mucho pedir, inmortalizo este momento. Necesitaré la foto cuando me ingresen en un psiquiátrico y tenga que convencerles que no sufro alucinaciones.

El único que no sonríe es el cura, más pálido que los muertos que le acompañan.

Regreso junto a Edgar, que tiene una mueca extraña mostrándome la dentadura. Cojo su mano y le toco los músculos faciales para que vuelvan a su estado de flacidez normal.

—Luego te hago una foto a ti —le digo, para que no se ponga triste.

—Ya puede empezar con la ceremonia, señor —dice Lili muy educada.

El hombre empieza a parpadear de nuevo compulsivamente. Se seca el sudor de la frente. Le tiemblan las manos.

—Eeee... esstamos... aquí reunidos —empieza a decir, tartamudeando.

Temo que se vuelva a desmayar de un momento a otro—. Virgen santísima...

Carraspeo y parece que recupera un poco el color.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de...

—Liliana y Ricardo —apunta el novio en un susurro encantador.

—De Liliana y Ricardo —repite como un autómatas.

Vuelve a secarse el sudor. Sus ojos pasan de una figura fantasmagórica a la otra, y vuelve a santiguarse.

—No puedo hacer esto —murmura para su alzacuellos—. No puedo.

Lili se acerca y coge su mano. Le susurra algo al oído mientras el pobre hombre se encoge, atemorizado. Asiente varias veces temblando.

—De acuerdo. —La novia regresa al lado de su futuro marido y sonríe—. Estamos aquí reunidos para celebrar el santo sacramento del matrimonio.

Liliana, ¿aceptas la mano de Ricardo?

—Sí, quiero.

—Ricardo, ¿aceptas la mano de Lili... Liliana? —Les mira y parece que sigue pensando que esto es una prueba divina, o quizás un castigo por ver

Sálvame.

—Para toda la eternidad —responde, besando con delicadeza la pálida y perfecta mano de su amor.

—Que lo que Dios... Que lo que se ha unido, no lo separe...

—Termine de una vez —suelto, secándome las lágrimas en la manga de Edgar.

—Que no lo separe el hombre. Puede besar a la novia —finaliza santiguándose.

Se funden en un beso de película. Ricardo envolviendo entre sus fuertes y masculinos brazos a su mujer, inclinándola hacia atrás, ambos suspendidos en el aire.

—Edgar, aplaude.

—Síííí, amaaaaa.

—¡Que vivan los novios! —vocífero, exultante. Recojo un puñado de pétalos del suelo y me acerco para lanzárselos. Les atraviesan sin rozarles su etéreo cuerpo, aunque algunos se quedan pegados al vestido de Lili.

Y sin previo aviso, el sacerdote vuelve a perder el conocimiento.

Ricardo mueve la mano y levanta su pequeño cuerpo antes de que se golpee con el suelo. Le deja levitando en posición horizontal, boca arriba, justo en el centro del corazón dibujado en la pared.

—Mi amor, mi florecilla de plata, mi ocaso de luz y oscuridad —recita, apresando el rostro de su amada entre sus manos—, me habéis hecho el hombre más feliz del mundo, y juro por mi alma inmortal que os lo recompensaré por siempre. —La coge en brazos y juntos, ya como marido y mujer, atraviesan el techo en un dulce vals. El vestido de novia no puede cruzar el techo, así que cae sin remedio sobre el cuerpo inconsciente del sacerdote, tapándole por completo.

—Vamos, Edgar, tenemos que devolver al cura, que se va a perder Sálvame.

—Síííí, amaaaaaa.

Envolvemos su cuerpo dormido de nuevo en la alfombra. Recorremos las calles secundarias y más solitarias hasta llegar a la puerta de la parroquia. Entro primero y me aseguro de que sigue desierta. No hay un alma dentro.

—Entra, Edgar.

—Síííí, amaaaaaa.

Le depositamos con cuidado en el confesionario. Edgar me ayuda a colocarle bien sentadito dentro, apoyando su cara en la madera oscura. Me

inclino sobre su rostro, dentro del pequeño espacio, dándole unas palmaditas para que despierte.

En cuanto empieza a parpadear me retiro y cierro la cortina de terciopelo.

—Edgar, ponte aquí delante —le ordeno, colocándole con el culo pegado a la cortina.

—Síííí, amaaaa.

Me arrodillo al otro lado de la madera, y gracias a los agujeritos de la tabla oscura, puedo ver cómo el cura va recobrando el conocimiento.

—A ver, ¿cómo era?... Ah, sí. Ave María Purísima —digo, bien alto, para que me escuche. Le veo mirar a su alrededor con expresión aturdida.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunta, intentando correr la cortina. Se echa hacia atrás con un grito cuando se encuentra con el culo gordo de Edgar embutido en el mono marrón—. ¡Dios santo! ¡Qué queréis ahora! ¡Dejad de torturarme!

Me peino el flequillo y frunzo el ceño.

—Ave María Purísima —repito, casi gritando.

—Hija, esto ya es pasarse de castaño oscuro —le escucho decir quitándose el peluquín para abanicarse con él.

—He dicho, ¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida... —dice, pellizcándose el puente de la nariz—. Dime tus pecados.

Me muerdo el labio y me pongo a pensar. Joder, tengo muchos.

—Esta tarde he secuestrado a un cura en contra de su voluntad...

—Sí, eso suele ocurrir cuando alguien es secuestrado —comenta, abanicándose con ese trozo de pelo totalmente despeinado.

—No me interrumpa, por favor —digo mirándole directamente a través de los agujeritos. Meto los dedos dentro y me sujeto en la madera—. Como decía, he secuestrado a un cura.

—No me diga... —dice como harto de mí, de Edgar, y de su puta madre—. Yo te absuelvo en el...

—¡Espere! Que no he terminado. A ver, le he secuestrado a usted, no hago más que envidiar el pelo de mis amigas, encerré a una bruja que intentaba comerme en una petaca de plata, tengo deseos pecaminosos, como usted dice, cada vez que veo Outlander, emparedé a la bruja —sigo enumerando con los dedos para no perderme—, liberé a un asesino en serie del siglo de la tana, no hago más que decir palabrotas, tuve que enterrar a un hombre que acababa de morir acuchillado por una muñeca, nunca corrijo al camarero cuando me trae

la cuenta y veo que me ha cobrado de menos, robé un libro mágico y desperté al muerto, y sin querer lo convertí en un zombie que hace todo lo que digo.

¿Cuántas mierdas de esas tengo que rezar?

Un ruido seco al otro lado de la tabla de madera. Asomo un ojo y le veo inconsciente de nuevo.

Joder.

Me levanto frotándome las rodillas. Ya podían poner cojines en el confesionario, coño. He visto algunos que lo tienen forradito. Empujo a Edgar para que se eche a un lado, descorro la cortina y le palmeo la mejilla con cuidado.

—Señor, despierte.

Empieza a parpadear. Perfecto.

—Vamos Edgar, que nos largamos.

—Síííí, amaaaa.

Salimos por la puerta de la mano. Le pido que apriete un poco el paso. A ver si el cura va a llamar a la policía, y tras dar nuestras descripciones, no creo que tardaran mucho en encontrarnos. Aunque espero que el secreto de confesión le obligue a llevarse mis secretos hasta el día de su muerte, que espero que sea dentro de muchos años y no en una hora debido a un infarto de miocardio.

De regreso, mirando a cada esquina y encogiéndome cada vez que me parece escuchar la sirena de un coche de policía, tengo una idea que me hace sonreír.

Llegamos a casa. Voy hasta el armario de la entrada, y encuentro los dos únicos libros que sobrevivieron al asalto de la bruja.

—¡Lili! ¡Ricardo! —grito, con los dos volúmenes en la mano.

Aparecen cogidos de la mano. Lili de nuevo con su camisón eterno. Tiro los libros al suelo.

—Meteos dentro, que tengo una sorpresa para vosotros.

Me miran sin saber qué hacer. Lili va a decir algo cuando la callo con un gesto de mi mano.

—He dicho que es una sorpresa.

Se abrazan y entran juntos en un solo libro. Pongo los ojos en blanco. Joder, qué pesados son. Meto el libro en el bolso y me acerco a Edgar, absorto en una mota de polvo flotando por el aire.

—Edgar, mírame —le pido, tirando de sus flácidas mejillas.

—Síííí, amaaa. —Cuando sus acuosos ojos se posan en los míos reprimo

un escalofrío de grima.

—No me mires más, por favor.

—Síííí, amaaaa.

—Ve a tu cuarto y tumbate en la colchoneta. No te muevas, ¿vale?

—Síííí, amaaaa —responde, dándose la vuelta y empezando a subir las escaleras con paso torpe.

—Edgar, a partir de ahora no me vuelvas a responder con eso de «sí, ama», que me está sacando de quicio.

Le veo abrir la boca para decirme algo, que ya sé lo que va a ser, cuando asiente con la cabeza para subir un escalón más.

Salgo de nuevo a la calle con el bolso bien abrazado al cuerpo. Paso sin mirar el portal de la vecina, porque siento que unos ojos me miran desde cualquier ventana. Aragán está suelto, y yo distrayéndome con gilipollices. Pero como decía el loco y sabio de Jurassic Park: «la vida se abre camino».

A dos manzanas encuentro un hotel decente. Entro en el hall y voy directa hasta la recepción. Una chica muy mona embutida en un conjunto de chaqueta y falda de tubo gris me sonríe con unos labios perfectamente maquillados de rojo pasión.

—Me gustaría reservar una habitación doble, por favor.

—¿Para esta noche? —pregunta tecleando en el ordenador.

—Sí, por favor.

Asiente mientras sus ojos recorren la pantalla.

—Tenemos varias disponibles.

—¿Un suite sería posible? —pregunto, ilusionada.

Alza la mirada y me sonríe.

—Por supuesto.

Diez minutos más tarde estoy subiendo en el ascensor con el bolso en una mano y las llaves de la suite en la otra. Introduzco la plaquita de plástico en la cerradura y entro.

Maravillada por las vistas de Madrid desde esta altura, recorro la gigantesca cama con dosel, el saloncito moderno e incluso lo que parece ser un jacuzzi al fondo, para pegar la nariz al cristal y disfrutar de los tejados de mi ciudad.

El bolso empieza a temblar y recuerdo el motivo que me ha traído hasta aquí.

Meto la mano y saco el libro. Lo dejo abierto sobre la cama y doy varios pasos atrás.

—Ya podéis salir.

Primero, como si fuera humo ascendiendo, el cuerpo de Ricardo hace acto de presencia abriendo mucho los ojos. Le sigue Lili, y cuando ya los tengo a los dos fuera y cogiditos de la mano, tengo que abrazarme el cuerpo del frío que desprenden. El gran ventanal comienza a empañarse también debido a los grados que han bajado drásticamente.

—¿Qué es esto, Alana? —pregunta Lili, flotando hasta el salón. Gira y vuela hasta mi lado. Me sujeta las manos con lágrimas en los ojos.

—Habéis trabajado tanto o más que yo todos estos días —les digo, luchando por recuperar mis congeladas articulaciones—. Joder, Lili. Suéltame —me quejo cuando me empiezan a doler los dedos—. Y una noche de bodas debe ser especial.

Ricardo me hace una reverencia de las suyas y se acerca para darme un ligero y gélido beso en la mejilla. Lili le pega un pescozón mientras me sonrío. Voy hasta la puerta frotándome la cara con fuerza, porque ya no la siento, la abro y reprimo una lagrimilla traicionera.

—Mañana estoy aquí antes del mediodía —les informo con el pomo en la mano—. Portaos bien.

Lili me lanza un beso y escucho un gritito ilusionado.

Bajo en el ascensor y salgo de nuevo a la calle. Una punzada en el corazón.

Me siento muy sola. Demasiado. Ni siquiera Edgar me podrá hacer compañía esta noche, porque a quien mi cuerpo necesita con cada una de sus células es a un desconocido de ojos azules.

Capítulo diecinueve

Regreso a casa y compruebo que Edgar está tal y como le he ordenado, tumbadito en su colchoneta y más quieto que un muerto. Compruebo la hora en el móvil, son casi las diez de la noche. Podría llamar a mis amigas y proponerles salir un rato para divertirnos un poco con una copa en la mano, pero después escucho a mi cuerpo, que está tan agotado que casi no puedo ni pestañear.

Voy hasta mi habitación, me desnudo dejando caer la ropa al suelo y me meto entre las sábanas. Antes de que mi mejilla toque la almohada, estoy dormida.

Me revuelvo y cojo un cojín para abrazarlo. Me quiero dar la vuelta, pero algo me lo impide. Son unas manos. Unas manos me están sujetando las piernas con fuerza. Abro los ojos. Por un segundo no veo nada, hasta que mis pupilas se acostumbran a la luz que empieza a entrar, aún tímida, por la ventana. No deben ser más de las siete de la mañana.

Me intento incorporar y le veo.

A Hugo.

Encima de mi cuerpo. Con una mirada extraña, desconocida. Ya no es dulce ni amigable. Me recuerda a la mirada de la muñeca de Lili, poseída por el asesino con nombre de detergente.

—Dime dónde está la bruja y te dejaré vivir, mujer —dice Hugo, apretando más sus dedos en mi piel. Hago un gesto de dolor y me miro las piernas, ya casi amoratadas allí donde sus zarpas me están tocando.

—¿Hugo? —pregunto, casi sin poder hablar. Empiezo a temblar. No sé si es por el miedo o porque me falta el chute de cafeína matutino.

—Estúpida. No soy Hugo —responde gruñendo—. Soy Aragán. Cuando derramé sangre, ocupé su cuerpo.

—Déjame levantarme, por favor —suplico, casi llorando.

Se tira encima de mí y utiliza todo su peso para inmovilizarme en la cama. Su aliento golpeándome en la mejilla. Sus fuertes manos rodeando mi débil cuello.

Joder, está obsesionado con los cuellos. Aprieta y empieza a faltarme la respiración.

—¿Dónde está Alina? —susurra en mi oído.

—¿Has dicho gallina? —respondo, con dificultad, en un hilo de voz.

Se incorpora lo suficiente para asestarme un puñetazo en la boca, que por poco no se me han salido todos los dientes. Siento cómo la parte superior del labio me comienza a palpar. Se me va a poner la boca como un chocho.

—Déjate de tonterías. Dime dónde está Alina —insiste, con sus manos regresando a mi tráquea, apretando sin piedad.

Mis pulmones luchan por coger aire, los ojos protestan también, y empiezan a escocerme y a llorar. Debo de tenerlos más rojos que el culo de un mono.

—¡Que me digas dónde está! —grita, perdiendo la paciencia. Me sujeta por los hombros y me zarandea con violencia.

Aprovecho el momento para tomar aire. Intento liberarme de su abrazo asesino, empujarle hacia atrás con todas mis fuerzas. Pero es en vano. Es demasiado fuerte.

Otro guantazo me deja con la cabeza ladeada hacia la almohada y con un mareo horroroso. Empiezo a ver puntitos blancos, estrellitas danzando a mi alrededor. Los oídos comienzan a pitarme. Y sé que pierdo el conocimiento.

Justo antes de dejarme llevar pienso que, por favor, por favor, no me desfigure la cara. Que no me corte ningún dedo.

Otro guantazo me despierta de golpe. Ya no estoy en la cama. Intento abrir los ojos, pero el derecho se me resiste. Tardo unos segundos en darme cuenta de que lo tengo cerrado. Se me habrá hinchado, y ahora solo veo por el izquierdo. Las manos a mi espalda, atadas. Los pies inmovilizados. Mi cuerpo sentado en una silla. En mi habitación. Y él, Aragán, que dicen que es cruel y despiadado, sentado tan tranquilo frente a mí, con una cuchara en la mano. Debe haberla cogido de la cocina. Le da vueltas, tranquilo, observándola con interés. De repente pasa las yemas de los dedos por el borde y comienza a salir una especie de humo.

Sonríe y me enseña la cuchara. Alarga el brazo y me la pasa con demasiada rapidez por la mejilla. Ha sido tan rápido que no me doy cuenta de lo que ha hecho hasta que la mejilla me empieza a escocer muchísimo, y siento cómo la sangre va descendiendo hasta llegar a mi cuello. El muy cabrón ha afilado la puta cuchara con los dedos.

—Ya son tres las veces que inspecciono este lugar —empieza a decir, girando la cuchara entre sus hábiles manos—. Y no consigo encontrar a Alina, la que se hace llamar bruja. —Alza el rostro y me atraviesa con la mirada—.

Tú sabes dónde está, y por eso aún no te he dado muerte. No me malinterpretes, sacaré toda la vida que hace palpar tu corazón más pronto que tarde, pero la diferencia del tiempo que dedique a ello solo depende de ti.

Trago saliva y me niego a llorar. Pase lo que pase, este malnacido no me verá temblar de miedo ante él. Y mucho menos derramar una lágrima.

—Ya te lo he dicho, no sé dónde está. Desapareció sin más —miento, empezando a temblar de nuevo. Ahora tengo claro que si la única que puede acabar con él es Madame Ardelean, no puedo permitir que la encuentre, y menos aprovechando su momento de debilidad, porque supongo que estar encerrada durante muchos, muchos días, en una caja tan pequeña como la palma de mi mano, al menos le supondrá sufrir de tortícolis un tiempo.

No, mi única salvación es que no la encuentre.

Se inclina y me suelta otro bofetón que por poco no me saca la cabeza.

—Anoche, cuando llegaste, ya estaba aquí esperándote —me confiesa, con un brillo maligno en sus ojos—. No tuve que esperar mucho, porque el sueño te acogió con premura. ¿A que no adivinas qué encontré bajo esta cama? —me pregunta, pasándose despacio, muy despacio, la cuchara afilada por el antebrazo.

Del corte que se auto inflige comienzan a salir gotitas de sangre. Parece que disfruta sintiendo dolor.

—¿Un calcetín?

Cierro el ojo sano esperando otra hostia, pero no llega. Le vuelvo a mirar y solo me sonrío. Y creo que eso me acojona más que cualquier otra cosa.

—Un libro poderoso —responde, mientras yo suspiro. A la mierda. Lo que nos faltaba, darle más poder del que ya tiene—. Voy a disfrutar mucho sacándote los ojos. Te vaciaré las cuencas, y estoy seguro de que eso te soltará la lengua.

Joder, ahora sí que me he cagado encima. Que me corte un dedo, pero que me deje los ojos en paz.

—¿Qué quieres? —pregunto, como una gilipollas, porque lleva un buen rato diciéndome que le indique el lugar donde escondí a Madame Ardelean.

—Exijo venganza, eso es lo que quiero —responde, inclinándose hacia delante y dejándome ver sus antaño deseables hombros marcados, y que ahora solo me muestran lo fuerte que es.

—Pues aquí no la vas a encontrar. Vuelve a su piso y sigue buscando, que lo mismo la encuentras.

Suelta una risotada siniestra.

—Ignoro qué has hecho con los espectros que habitaban esta casa — comenta jugando con la cuchara—, y tampoco comprendo por qué conservas a mi víctima en la habitación contigua, lo que sí sé es que tú, y solo tú, insignificante mortal, conoces el paradero de esa don nadie, de esa que osó enfrentarse a mí y consiguió aplacar mi sed de sangre. Reconociste que la encerraste.

—Estabas dentro de la muñeca de porcelana. Y no tiene orejas. Así que debiste oír mal.

Se levanta y me clava la cuchara en la pierna. Aúllo de dolor y me pongo a llorar. Ya te digo que va a ver mis lágrimas. Va a ver mares y mares de gotas saladas.

—¡Sácame la cuchara de la pierna! —suplico, sintiendo el metal incrustado en el muslo derecho.

No dice nada, ni siquiera parpadea. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y me enseña otra cucharilla. Pasa los dedos por el filo y me hace ver lo afiladita que la ha dejado. A este paso voy a tener que ir a Ikea a reponer la cubertería.

Ya he resuelto el misterio de las cucharillas perdidas: en realidad las roban asesinos psicópatas para clavártelas a traición.

—¿Dónde está la bruja?

Me lo quedo mirando en una muda súplica. Como no le contesto, me la clava en la otra pierna.

—¡Ahhhhh! ¡Hijo de puta! ¡Ahhhhh!

Pensaba que las cucharillas eran objetos inofensivos y que nunca jamás se podrían utilizar como instrumentos de tortura.

Le miro con los ojos anegados en lágrimas de dolor, rabia y un cabreo monumental. Me está dejando las piernas como un puto colador, el desgraciado.

—¿Dónde está la bruja? —repite, sacando otra cucharilla del bolsillo. Nunca pensé que miraría a una cucharita con pánico.

Tengo dos opciones: o le digo dónde está, o le digo dónde está. No hay más.

No me queda más carne en los muslos donde poder clavar. Total, mira, que se maten entre ellos. Tendré que hacer caso a Lili y esperar escondida en una esquina hasta que el que quede con vida esté débil para rematarle.

—¡Espera! ¡Espera! —le pido, con la voz tomada—. Si te digo dónde está, ¿me perdonarás la vida?

—Ya te he dicho que te sacaré los ojos y después acabaré con tu vida — me responde tan tranquilo—. Si me revelas el paradero de la bruja de inmediato, tu tortura y muerte durará exactamente lo mismo que has tardado en confesarme el escondite. Te ruego que no me obligues a repetirme las cosas como si tu cerebro no pudiera retener la información.

A tomar por culo.

—Pues vete clavándomela ya —respondo cabreada—. No creo que te queden más de tres en el bolsillo, porque cuando pongo el lavavajillas tengo que remover el café con los dedos. —Le lanzo mi mejor mirada de odio con el ojo sano y alza el brazo, cucharilla en mano—. ¡Ahhhhhhh! ¡Joder! ¡Haberla afilado, que con el borde gordo duele más!

Se empieza a descojonar en mi cara.

—Reconozco tu valor, escoria mortal —dice, levantándose y dando vueltas a mi alrededor—. Pero de nada te valdrá el sufrimiento, porque de un modo u otro hablarás. Y cuando lo hagas, te cortaré la lengua.

Lloriqueo un poco, porque me arden los putos muslos.

—Te voy a dar un consejo —digo, con el moquillo colgando y la saliva bajándome por la barbilla—. Si quieres sacar información a alguien mediante tortura, no deberías decirle desde el principio que, haga lo que haga, va a sufrir, porque entonces no colabora, joder.

Me mete tal sopapo que las ideas me dan vueltas.

¿En qué momento decidí que era una buena idea venirme a vivir aquí? Por favor, pido una máquina del tiempo, retroceder hasta ese momento y matarme a mí misma.

—No te he pedido ningún consejo, mujer —dice, agachándose a mi lado. Le escupiría, pero es que mis reflejos se están viendo mermados por el profundo dolor que estoy sintiendo—. Conozco el dolor, el miedo, el terror de los mortales. Un ojo fuera de su cuenca te soltará la lengua, como he dicho.

—Hugo, si sigues ahí dentro, por favor —suplico en un último intento por hacer que esto no acabe como una película de esas que tanto asco me dan—, impide que esta abominable cosa me saque los ojos.

Acerca peligrosamente otra cucharilla a mi rostro, que no sé de dónde se ha sacado, ignorando por completo mi súplica. Me pongo a gritar, me revuelvo y lucho por soltarme.

—¡Ahhhhhhh! ¡Nooooooooo! ¡Socorroooooooooo!

De repente, la puerta se abre y veo a Edgar. Mi Edgar. Con sus ojos acuosos enfocados hacia mi maltrecho cuerpo. Nunca pensé que me alegraría

tanto de ver esos asquerosos ojazos.

—¡Edgar! ¡Mátale! —grito, echando la cabeza a un lado para que no me saque el puto ojo.

Asiente, y de verdad que me encantaría escucharle decir eso de «Sí, ama».

Pero tal y como le pedí, guarda silencio y se acerca con pasos torpes pero decididos. Aragán da media vuelta y deja caer la cucharilla al suelo.

—¿Cómo has conseguido darle vida, estúpida mujer? —murmura, justo antes de recibir la embestida que le asesta mi Edgar.

Caen a la cama y comienzan a forcejear.

—¡Mátale! ¡Mátale, Edgar! —grito, intentando liberarme de mis ataduras.

Doy unos cuantos brincos atada a la silla y consigo alejarme un poco, porque como sigan así me propinan una patada que me arranca los dientes.

—Deja... de... luchar —masculla Aragán, intentando sacarse de encima el gran peso que supone Edgar. Solo su culo pesa más que todo mi cuerpo—. Ríndete...

Saca un tenedor de a saber dónde y se lo clava en la frente al pobre de mi amigo. Él, por supuesto, ni se inmuta. Ya le incrusté yo uno y ni siquiera parpadeó. Mi esclavo zombie le agarra del cuello y empieza a apretar. Aragán le asesta patatas y puñetazos, pero Edgar no afloja la presión.

—¡Acaba con él! —grito, mirando de reojo las cucharillas de mis muslos.

¿Tendrán que darme puntos?

Aragán consigue soltarse de repente, empujando con fuerza a Edgar hacia atrás. Mete la mano bajo mi cama y saca el libro.

—¡Tira el libro por la ventana, Edgar! —chillo histérica. No debe hacerse con ese «manual para el buen hechicero», porque en sus manos sembraría el terror en la tierra.

Muy obediente, mi esclavo particular le arranca el libro de las manos y lo lanza por la ventana. Me permito el lujo de sonreír cuando veo frustración en su antaño atractivo rostro. Pobre de Hugo. ¿Cuánto de él sigue dentro? ¿Habrá muerto? ¿O está encerrado en su particular prisión siendo testigo de las atrocidades de este asesino psicópata, sin poder hacer nada para remediarlo?

—¡Juro que volveré ! —grita corriendo hasta la ventana. Saca la cabeza y salta al vacío, sin mirar atrás.

—¡Suéltame, Edgar! —grito, insultándome por dentro por habérselo puesto tan fácil a la hora de conseguir definitivamente el libro.

Tres segundos después ha arrancado las cuerdas que me mantenían sentada en la silla. Corro hasta la ventana y me asomo. Ahí está, con el libro bajo el

brazo y una mirada de odio en su rostro.

—Regresaré con mi bastón y te haré filetes, mujer —me amenaza tranquilo.

Da media vuelta y camina por la plaza hasta desaparecer al doblar la esquina.

Me dejo caer apoyada en la ventana hasta quedar sentada en el suelo. Me tiembla todo el cuerpo, pero aún no puedo desmayarme. Tengo que hacer varias cosas antes, y la primera de esa larga lista es ¡sacarme las putas cucharas de las piernas!

—Edgar —susurro, empezando a marearme—. Edgar —le llamo, alargando el brazo para tocar sus pies—. Arráncame las cucharillas que tengo clavadas en los muslos, y hazlo rápido, por favor.

Asiente y se agacha. Con esas manazas tan grandes que tiene, sujeta la primera y tira.

—¡Ahhhhhhhh! ¡Dios! ¡Qué dolor!

Respiro hondo, pero no me deja terminar de coger aire cuando me arranca la segunda.

—¡Me cago en tu padre!

Me quedo sin respiración y cuando tiene la mano cerca de la tercera se la sujeto y suplico clemencia.

—¡Espera! ¡Espera!

No sé que a qué voy a esperar, porque no puedo ir por la vida con una cuchara clavada, y supongo que él piensa lo mismo, porque ignora mi última orden y tira.

—¡Ahhhhhhhhhh!

Me quedo con la cabeza apoyada en la pared justo bajo la ventana. Sin fuerzas ni para darle un pellizco al cruel de mi esclavo, que se mantiene a mi lado sin mover un músculo. Cierro los ojos y empiezo a pensar que debería huir ya, aprovechando que Lili y Ricardo están fuera de peligro. Cogeré a Edgar y nos largaremos los cuatro a Punta Cana a beber mojitos. Pero entonces pienso en que el carnicero grillado tiene en su poder el libro de los hechizos, y si antes era peligroso, ahora lo es mucho más.

Alzo la vista y veo el sol despuntando en el horizonte. No sé el tiempo que he estado siendo torturada, me han parecido siglos, pero supongo que no habrán sido más de veinte minutos. Con un ademán distraído me limpio la sangre de la mejilla, y gruño de rabia al saber que esta maldita herida me va a dejar una cicatriz en la puta cara.

—Edgar, llévame hasta la bañera —le pido, al borde del colapso.

Me coge en brazos con una delicadeza extrema y le voy acariciando lentamente la cabeza redonda y calva elucubrando un plan que nos salve a todos.

Me deposita dentro de la bañera y le pido que se vaya y me espere fuera.

Aunque le considero mi amigo muerto y esclavo, no quiero que me vea el potorro. Me desnudo gimiendo como un bebé y cuando veo las heridas de los muslos, me sobreviene una arcada a la garganta de la impresión. Esto no lo disimulo ni con dos tatuajes de lazos tipo choni.

Abro el grifo enmudecida por la tragedia, por el cruel crimen que se ha cometido sobre mi inmaculada piel. Y juro que lo pagará. No sé cómo, ni sé si será con dinero o con sangre, pero el demonio con nombre de detergente barato de imitación de marca blanca lo pagará.

Entre chillidos, blasfemias, rezos, súplicas y demás sonidos agonizantes mientras me limpio las heridas, consigo salir del baño embutida en un albornoz, un poco más limpia, pero más pálida.

Llego hasta mi móvil, cargándose en la mesita, entre tambaleos y tropiezos.

Me caigo, la cabeza se me está yendo. Busco a Nerea entre mis contactos y pulso llamar. Aunque son las ocho y media, y a estas horas ella continúa durmiendo profundamente, responde a mi llamada.

—Si no te estás muriendo —escucho que dice al otro lado del auricular—, te mataré yo.

—Mi madre se ha caído por las escaleras —miento, rezando para que el karma no me castigue por utilizar su salud en mi provecho—, estoy saliendo para el pueblo ahora mismo.

—¡No me digas! ¿Está bien?

—Sí, pero la están operando de urgencia, así que tengo que estar fuera por lo menos una semana —explico viendo puntitos blancos a mi alrededor—. Hasta que se recupere un poco.

—Claro, por supuesto.

—Así que cancela todas las reservas de los próximos siete días —concluyo, casi con los ojos en blanco. Estoy perdiendo la sensibilidad en los pies, y las manos se me van adormeciendo. Lo único que me mantiene despierta es la pura determinación.

—Joder, Alana, vamos a perder dinero. Se lo tendremos que devolver —se queja.

—Devuelve todo el dinero de las reservas. Y dales otra nueva cita, pero que sea dentro de un mes por lo menos. Te dejo —me despido con las manos temblorosas y sudores fríos recorriendo mi maltrecho cuerpo—, que tengo que coger el autobús.

—Mañana te llamo. Dale un besito de mi parte a tu madre, y que se recupere.

—Edgar —digo sin sentir los labios en cuanto cuelgo—. Vigila la casa, las ventanas, la puerta. No permitas que nadie entre, y mucho menos el hombre que se acaba de tirar por la ventana.

Mueve la cabezota de arriba abajo y cierro los ojos. Solo necesito descansar diez minutos. Y rezar para que en ese tiempo nadie ponga un pie dentro de esta casa.

—Edgar... —balbuceo, dejándome caer al suelo—. Baja a la cocina y prepárame un café bien cargado. Necesito espabilarme.

No soy capaz de comprobar si me ha entendido, porque el ojo sano se me cierra sin que pueda impedirlo por más tiempo.

Despierto sobresaltada con el rostro empapado.

—¡Joder!

Me voy levantando del suelo y en cuanto siento un profundo dolor en las piernas, tomo conciencia de lo que ha pasado. Levanto la mirada y veo a mi amigo muerto a mi lado con una jarra, que hasta hace unos segundos estaba llena de café. Café que ahora recorre mi rostro, mi cuello, mi albornoz.

Recorro la habitación con una mirada enloquecida, esperando que Aragón me sorprenda de nuevo, ya con el bastón en su poder. Por suerte no veo su cabellera oscura, ni sus malignos ojos acechándome desde un rincón.

Me levanto a duras penas y me arrastro hasta el armario. La siestecita me ha venido bien, y el susto me está espabilando un poco.

—Muchas gracias, Edgar —murmuro arrancándole la jarra de sus rechonchos dedos. Me bebo lo que queda, y reprimo una arcada. Joder, este café es el peor que he probado en mi vida.

En el baño me limpio la cara intentando no tocarme mucho el ojo hinchado y lloriqueando por el corte que me llega desde la sien hasta la mitad de la mejilla.

Me pongo un vestido de algodón largo y unas sandalias. Cojo también una chaqueta por si refresca.

Tum, tum, tum, tum, tum.

Pongo el ojo sano en blanco y desciendo por las escaleras maldiciendo.

Edgar

me cubre las espaldas.

—Que sí, pesada —murmuro, sujetándome a una de las puertas del armario para no caerme de nuevo—. Edgar, rompe la pared. Y de prisa, porque no nos queda mucho tiempo antes de que regrese el cabronazo.

Me hago a un lado y mi esclavo le propina un puñetazo certero. Después otro, y otro más. Me sorprende de la fuerza sobrehumana que posee, porque en dos golpes más consigue romper los ladrillos y hacer un agujero del tamaño de mi mano.

—Creo que ya es suficiente. Muchas gracias.

Me acerco y le palmeo la espalda. Me agacho y meto la mano en el agujero. A tientas, tocando yeso, restos de cemento y polvo naranja, mis dedos rozan algo metálico. El corazón me da un vuelco cuando pienso lo que voy a tener que hacer en poco tiempo, pero es lo único que me queda. Ella es nuestra única esperanza. Así que rodeo la cajita con mis temblorosos dedos y la saco. Soplo para limpiarla de polvo y estornudo.

La dejo caer al suelo cuando empieza a temblar.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum.

Da saltitos en la alfombra.

—Te voy a liberar, no te preocupes —le aseguro, toqueteándome el párpado hinchado. No me quiero mirar en el espejo, porque me vuelvo a desmayar seguro—. Pero dame unas horas.

Deja de moverse y aprovecho para cogerla y meterla en el bolso. Ya está. He tomado la decisión. Los dados se han lanzado. Espero no equivocarme. Espero no estar cayendo como una estúpida dentro de una trampa.

Voy hasta la puerta con el bolso colgado del hombro intentando no pensar en lo mucho que me duelen las piernas, el ojo, la mejilla, y el cuello.

—Vamos, Edgar, salgamos de esta casa. Ya no es un lugar seguro. —Se acerca y le cojo la regordeta mano con fuerza. Suelto una lágrima acariciando la pared un segundo—. No me sueltes.

Asiente y salimos a la calle. Los primeros rayos de sol inundan la plaza de un dorado atrayente. Los pájaros trinan, la suave brisa ya empieza a traer el verano consigo, con una promesa de días largos y calurosas noches. Disfrutaría del momento si no estuviera en una situación tan peliaguda.

Llegamos hasta el hotel donde ayer dejé a Lili y Ricardo. Espero que se lo hayan pasado bien y que, al menos, hayan podido celebrar su reciente compromiso. Antes de entrar en la recepción me pongo las gafas de sol y me

echo el pelo hacia delante, para impedir que se me vea la herida del rostro.

—Buenos días —me saluda la recepcionista de ayer. No sonrío mucho, solo nos mira ojoplática y se tapa la boca con una mano.

—Buenos días. Vengo a mi habitación —digo apoyándome en Edgar. Enfilo hacia los ascensores y no me pasa desapercibida la mirada de asombro que nos dirige.

Atravesamos un lujoso pasillo con lustrosas puertas a ambos lados y llegamos hasta la suite. Introduzco la tarjeta y se enciende la luz verde. Giro el pomo y en cuanto entramos, noto que la temperatura está muy por debajo de lo normal. El amplio ventanal con las cortinas echadas, la cama intacta. Todo en penumbras.

Cierro cuando pasa Edgar y me abrazo el cuerpo.

—Lili, Ricardo. Soy yo —susurro con un castaño de dientes que me está provocando jaqueca—. He venido a buscaros.

Un silencio sepulcral hace que frunza el ceño.

—Lili —entono más alto, por si no me han escuchado—. Salid de una vez —ordeno dando un paso más. Llego hasta las pesadas cortinas y las corro, porque con las gafas de sol no veo una mierda.

Recorro con la vista el espacio. El frío es lo único que me indica que están, o han estado aquí. Voy hasta un interruptor y toda la estancia se ilumina.

—¡Lili! ¡Ricardo! —grito perdiendo la paciencia.

Las luces parpadean. Se encienden y apagan en intervalos de quince segundos.

Corro hasta Edgar, que sigue en la entrada sin inmutarse, y me escondo tras su brazo.

De repente, una corriente polar hace que mi flequillo se revuelva. Cierro los ojos, apretando más fuerte el brazo del zombie.

—¡Alana! —grita Lili volando hasta mí. Se tira en mis brazos y todo mi cuerpo se adormece ante su contacto. Un día sin ellos y había olvidado lo jodidamente incómodos que son. No es un frío normal lo que ellos provocan, es una sensación de congelación que hace que te salga vaho por la boca y las narices al respirar, mientras tu cuerpo se va paralizando.

Me deshago de su etéreo cuerpo perfecto e intento sonreír. No quiero que noten que ha pasado algo. No es el plan que tengo pensado para ellos. Y si sospechan, no lo podré llevar a cabo.

—¿Dónde está Ricardo? —pregunto con ganas de llorar. He pasado mucho miedo hace un rato con Aragán, y aunque no lo quiera reconocer, les he echado

de menos.

—En el aseo, ahora viene. Nos estábamos dando un baño de espuma cuando has llegado —me informa, con un brillo especial en los ojos.

Otra corriente de aire y aparece Ricardo, tan gallardo como siempre. Con una mano en la espalda y la otra metida en el bolsillo de su levita marinera. Se inclina y coge mi mano, besándola con elegancia.

—Mi salvadora. Nos habéis concedido unas horas de divertimento, y por ello os estoy eternamente agradecido.

—Y que no se os olvide el secuestro del cura —les recuerdo, levantando un dedo.

Lili se tapa la boca para no reír y Ricardo hace otra reverencia de las suyas.

Voy hasta la cama y les señalo el libro.

—Pues venga, para dentro, que tenemos que irnos.

Se besan, se acarician, se regalan promesas al oído. Me están sacando de quicio.

—¡Que os metáis de una puta vez en el libro!

Lo hacen de la mano, juntos. Reprimo un pinchazo de envidia, porque verles me recuerda lo sola que estoy. Presenciar su amor me recuerda lo estúpida que he sido, y sigo siendo, por soñar con un rubio demasiado guapo para mí, que además, está prometido. Y que para más inri, ni siquiera conozco.

Cierro el libro y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta en cuanto su estela fantasmal desaparece por completo de la habitación. Cojo la mano de Edgar y salimos. Vamos hasta la recepción para devolver la tarjeta y hacer el check out.

La recepcionista se muestra nerviosa, mirando cada poco de reojo a Edgar con una fina película de sudor en la frente y en la comisura del labio. La observo sin entender qué coño le pasa. Miro a mi acompañante, boqueando y parpadeando sin coordinación. Si no estás acostumbrado a Edgar, el pobre te impresiona.

Sobre todo porque acabo de darme cuenta de que tiene un maldito tenedor clavado en la frente.

¡Me cago en la puta!

En cuanto me dice que está todo correcto, le agarro con fuerza y tiro de él para salir lo más rápido posible. Joder, estamos llamando demasiado la atención.

Cruzamos varias calles más y le empujo a una esquina en cuanto veo un

callejón.

Miro a los lados para comprobar que no haya nadie, agarro el mango del tenedor y tiro con fuerza. Ni una gota de sangre desciende de la herida.

—No te preocupes, te lo disimularé con maquillaje —le digo intentando borrar o disimular un poco la brecha que tiene entre los ojos. Él me responde con silencio, abobamiento y un aliento vomitivo.

Retomamos el camino y llegamos hasta la estación de Atocha. Voy hasta el mostrador y pido dos billetes para el Ave a Valencia. El taquillero me informa de que el próximo tren sale en diez minutos. Le pago y arrastro a Edgar por los pasillos, totalmente desquiciada. Llegamos al andén justo a tiempo. Entramos y recorremos los vagones buscando un lugar tranquilo. Encuentro una mesa de cuatro vacía, y sin importarme los asientos que tengo marcados en nuestros billetes, le ordeno que se siente. Yo ocupo el asiento que está frente a él, y apoyo las manos en la mesa.

—Mira por la ventana y disfruta de las vistas —le ordeno con la primera lágrima escapando a traición. Me la seco con el dorso de la mano, luchando por no soltar más.

Sin previo aviso levanta su rechoncha mano y la posa sobre la mía, como si quisiera reconfortarme. Sonríe y le acaricio muy rápido su extraño y antaño repulsivo rostro, girado hacia la ventana, y con sus acuosos ojos perdidos en la lejanía. Ahora es mi amigo, me ha salvado la vida y hace todo lo que le digo. Ya no me provoca asco mirarle de cerca, ahora agradezco su compañía y la seguridad que me inspira tenerle a mi lado.

En cuanto llegamos, en menos de dos horas, montamos en el primer taxi que veo.

—Al puerto, por favor. Al lugar desde donde salen los cruceros.

Pone el cuentaquilómetros en marcha y arranca. La cajita plateada en el bolsillo me empieza a pesar demasiado, y quiero acabar con esto cuanto antes.

Media hora después, tras atravesar el tráfico de la ciudad, para en lo que parece una avenida muy grande. A un lado el puerto, con impresionantes y gigantescos navíos, al otro, una concurrida calle llena de comercios y bares. Le pago y espero hasta que Edgar salga del coche para cerrar la puerta.

—Ya estás aquí, Alana. Puedes hacerlo —me digo para infundirme ánimos—. Andando, Edgar.

Cruzamos la calle y empezamos a caminar al lado de los gigantescos barcos.

Algunos están cerrados a cal y canto, otros con las pasarelas colocadas y

con un constante ir y venir de pasajeros y tripulación. Nos apartamos cuando un camarero empuja sin mucho control un carro hasta arriba de latas de conserva y demás paquetes de consumibles. Alzo la mirada y pienso que debería embarcarme en el primero que salga, tirar la cajita en alta mar y a tomar por culo. Vender la casa de inmediato y desaparecer del mapa durante un tiempo.

Pero después miro a Edgar, y a ver si le puedes meter a este en un piso de setenta metros, pienso en Lili y Ricardo, y me muerdo el labio siendo consciente de que la casa es tanto suya como mía. No podría hacerlo sin su consentimiento, porque no se me ocurriría dejarles allí solos, desamparados ante Aragón.

No, Aragón me encontrará allá donde vaya, lo sé. Y cuando un asesino clava-cucharillas te está acechando, no debes huir. Has de atacar con todo lo que tengas y después, si sales triunfal, reponer la cubertería perdida en combate.

Me detengo al ver a una chica con uniforme de camarera apoyada en el palo de una de las pasarelas. Fuma tranquila mientras ojea distraída el móvil.

Alguien me dijo una vez que había dos tipos de personas en el mundo: los que van en metro absortos en su pantalla y todos los demás, que observan a los primeros. Yo le dije que había un tercer grupo: los que van leyendo. Y que esos eran los que aprovechaban su escaso tiempo de vida mucho mejor que el resto, porque mientras los primeros y los segundos solo vivían una vida, los terceros eran capaces de vivir más de mil. Y que los segundos eran unos malditos voyeurs.

Parece que esta chica es del primer grupo, porque no despega los ojos de su móvil ni aun cuando me planto a escasos centímetros de ella.

—Perdona —digo sacando un cigarrillo de mi bolso—. ¿Tienes fuego?

Solo entonces me mira y un «sí, claro», como respuesta es la única atención que me regala. Acepto el mechero y mis gafas de sol se iluminan bajo el fulgor de la llama.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —pregunto, soltando el humo despacio.

—Claro.

—¿Trabajas en este crucero?

Levanta la vista y mira a Edgar, pegado a mi costado sin inmutarse, dirigiendo su globulosa mirada a todos y a ningún lado al mismo tiempo.

—Sí.

—¿Y a dónde va?

Tira el cigarro a nuestros pies y lo pisa con ganas. Se quiere ir. La estoy empezando a incomodar.

—Es una ruta por el Mediterráneo.

—¿Cuántos días?

—En diez días regresamos a este puerto —responde de mala gana. Se da la vuelta para cruzar la pasarela, así que alargo el brazo y la retengo.

—¿Ves este libro? —le pregunto sacándomelo del bolsillo. Me dice que sí con la mirada. Intento sonreír para que no se asuste y me atuso el flequillo, nerviosa—. Era de mi padre. Falleció hace un mes —miento, cruzando dos dedos a mi espalda—. Su última voluntad fue que su libro favorito viajara por él en un crucero como este.

Se pone las manos en la cadera y empieza a mover una pierna, clara señal de que tiene prisa y se quiere ir.

—Yo no puedo ir personalmente porque no me permiten faltar en el trabajo, pero quiero cumplir el último deseo de mi padre. —Bajo la cabeza y finjo un estremecimiento—. Así que te doy doscientos euros si coges el libro y lo dejas bien escondido en tu camarote. En diez días estaré aquí para recuperarlo, y si me lo devuelves en perfecto estado, te daré trescientos euros más.

—¿Vas a pagarme quinientos euros por llevar un libro conmigo mientras trabajo? —me pregunta, con cierto tono irónico y con una ceja levantada.

—No —respondo muy seria—. Te voy a pagar quinientos euros para que lo escondas en tu camarote y me lo devuelvas en perfecto estado dentro de diez días.

Me mira de arriba abajo. Repasa también a Edgar. Parece que lo está considerando.

—¿Dónde está el truco? —suelta encendiéndose otro cigarrillo.

«Mierda», pienso, dando una patada imaginaria al suelo.

—No hay trucos.

Acerca la mano y lo coge. Al principio con un poco de respeto, después lo da vueltas y lo abre, para comprobar que no hay gato encerrado. Lo que no se imagina es que en realidad hay dos fantasmas dentro. Sonríe con tirantez. Que no se le ocurra ahora mismo a Lili o a Ricardo sacar la cabeza, porque esta chica se pegaría tal susto que se iría de cabeza para atrás al mar. El crucero pondría en marcha las aspas y sería papilla en menos de diez segundos.

—¿Tiene las cenizas de tu padre, algo así? —insiste, devolviéndomelo. Es lógico que sospeche, porque nadie, de primeras, paga quinientos euros para

que lleves un simple libro contigo durante diez días.

Así que me llevo una mano a la boca y finjo varios espasmos provocados por el llanto. Me tiro al brazo de Edgar y gimoteo ridículamente.

—Mi madre manchó las tapas con sus cenizas, pero la mujer de la limpieza, que no lo sabía, lo limpió. Era lo único que nos quedaba de él... ¡Mira cómo se ha quedado mi hermano del shock! —gimo, señalando a Edgar.

Se humedece los labios. Mira con asco a mi «hermano». Sus ojos han tomado una decisión. Ahora falta que la boca sea también partícipe.

—De acuerdo. Trato hecho —consiente—. Pero no lo voy a poner cerca de la cama, que estas cosas me dan *yuyu*.

—Muchas gracias, de verdad. Dame solo cinco minutos, voy al cajero de ahí enfrente, paso un momento al baño de ese bar y vuelvo —le pido, juntando las manos.

—Te espero.

Cojo a Edgar de la mano y cruzamos la calle. Tras sacar efectivo, entramos en el bar. Es bastante grande, y los baños están en la planta baja. Tengo que darme prisa, a ver si la chica se lo va a pensar mejor y el plan se me va a la mierda.

Paso al aseo de mujeres pidiéndole a Edgar que se quede en la puerta y que no deje entrar a nadie.

Dejo el bolso en el lavabo y suspiro al mirarme el hinchado ojo. Joder, espero que vuelva a su ser y que no me quede como «la jorobada de la Almudena».

Dejo el libro al lado del bolso y me retiro un poco. Me coloco las gafas de sol en el último momento.

—Lili, Ricardo —les llamo—. Podéis salir.

Me tengo que proteger la cara con el brazo, cuando una ráfaga huracanada comienza a formarse a mi lado. Primero sale Lili, tan espectacular como siempre. La sigue Ricardo, apuesto y con un aire algo distraído.

—¿Dónde estamos? —pregunta ella, con una mueca de desagrado—. Pensé que deberíamos haber llegado ya a casa. ¿Qué hacemos en este repugnante y cutre cuarto de baño?

Tomo aire y lo suelto lentamente.

—Este va a ser mi último regalo de bodas —les explico, cruzándome de brazos. Las gafas velan mi mirada, uno de mis puntos débiles cuando estoy ocultando algo importante—. Pero no me pidáis más, que me he dejado todos mis ahorros en vosotros.

—¿Nos vas a dejar en un baño sucio y repugnante, y encima dices que te ha costado dinero? —continúa Lili, agarrando del brazo a su marido.

—Mi atardecer en llamas —se apresura a intervenir Ricardo—. Como se dice, no se debe mirar los dientes a caballo regalado.

—Este no es vuestro regalo. Os he pedido que salierais un momento para explicároslo. En realidad se trata de un crucero de diez días por el Mediterráneo.

—Intento sonreír, pero no puedo. Tengo demasiado miedo. Miedo de perderlos, de que el libro acabe en la otra parte del mundo y jamás nos volvamos a ver.

Abren los ojos y su mirada se ilumina. Al menos la de Ricardo, que es más fácil a la hora de ser complacido, pero Lili es de las duras.

—¿Cómo que diez días? Eso es demasiado tiempo.

Empiezo a tiritar, porque la temperatura ha bajado drásticamente. Tengo que alejarlos lo suficiente cuando libere a la bruja, porque si la malnacida se quiere resarcir y cobrarse su seguro que ansiada venganza, espero que solo lo pague conmigo y no con ellos. Porque el único pecado que han cometido es ser amigos míos, y permanecer a mi lado mientras yo me he dedicado a hacer el gilipollas.

Como no le contesto, se acerca y fija su mirada en mis gafas de sol. Corro a ajustármelas, porque no quiero que vea las lágrimas que se agolpan en mi ojo sano.

—¿Por qué nos envías tan lejos? —insiste la pesada.

—Pues porque quiero que disfrutéis, y creo que un viaje así puede ser divertido.

Una ráfaga de aire me tira las gafas al suelo. Entrecierra los ojos y se pega a mi cara hasta el punto que nuestras narices se tocan.

—¿Por qué tienes el ojo hinchado? —pregunta, con esa voz tan afilada que pone cuando quiere—. ¿Por qué tienes un corte en la mejilla?

—¡Ah! ¡Esto! Es que me he caído esta mañana por las escaleras —miento, poniendo toda mi fuerza de voluntad en no cruzar los dedos a mi espalda.

—¿Y por qué Edgar tenía una tenedor clavado en la frente cuando nos has venido a buscar al hotel?

Joder, parece un puto detective.

—Porque iba con el tenedor en la mano, he tropezado en las escaleras, y cuando me he querido dar cuenta, se lo he clavado en la frente —explico atropelladamente—. Y como no se queja, no me he dado cuenta hasta esta

tarde.

Suelto una risotada tan falsa e impostada, que hasta Ricardo me mira con serias dudas.

—No eres tan torpe —masculla mi queridísima amiga fantasma retrocediendo y ladeando la cabeza—. Nos estás ocultando algo.

Decido cambiar de estrategia, porque como siga así me pillan.

—¿Pues sabéis qué os digo? Que si sois tan desagradecidos anulo lo del crucero y nos volvemos a casa. Y te aviso que tenemos reservas para todo el mes, comidas y cenas. ¡Sin un solo día de descanso!

Ricardo se adelanta y pone la rodilla por delante, en el aire.

—Os pido disculpas en nombre de mi señora esposa. Aceptamos gustosos el presente que nos ofreces, y sobre mi palabra de caballero que no haremos más juicios de valor al respecto.

—Disculpas aceptadas —digo, resuelta, señalando el libro—. Ahora meteos ahí dentro, que la chica que os va a llevar en su camarote debe regresar al trabajo.

—Espera un momento —me interrumpe Lili levantando un dedo—. ¿Nos vas a alojar en un cochambroso compartimento para sirvientes?

Si su cara estuviera hecha de carne y hueso, le soltaría un sopapo.

—¡Meteos de una vez! —grito, perdiendo los nervios—. Pero, por favor, salid solo de noche, cuando nadie os pueda ver, y sed discretos, por lo que más queráis.

Ricardo obedece y se introduce en el libro con la maestría propia de un perfecto caballero, no sin antes despedirse cortésmente.

—Nos vemos a la vuelta, mi dama. Esposa mía, espero ansioso tu compañía, pero os daré unos minutos para que os podáis despedir en celosa intimidad.

En cuanto veo que la estela de Ricardo desaparece dentro de las páginas, suelto una lágrima de preocupación. Lili la recoge diestra con su dedo congelado.

—¿Por qué lloras?

—De felicidad —miento, tiritando—. Tened cuidado, por favor.

Me da un beso en la mejilla y se introduce con celeridad en el libro, no sin antes dirigirme una mirada de advertencia. Y sé lo que significa: sospecha que no estoy siendo totalmente sincera con ella, y cuando descubra el motivo de lo ocultado, me lo hará pagar, como siempre hace.

Con el libro bajo el brazo, salgo del aseo cogiendo bien fuerte la mano de

Edgar. Ya solo me queda él, y por puro egoísmo lo retendré a mi lado más tiempo del que se merece mi fiel compañero, porque yo sola no seré capaz de enfrentarme a esos dos demonios encarnados.

Cruzamos la calle y suelto el aire contenido cuando veo que la chica nos está esperando.

—Te llevas parte de mi vida contigo —confieso, tendiéndole el libro—. Cúidalo, por favor. Ya puedes irte, no te entretenemos más. —Digna, a más no poder, me seco otra lágrima y giro la cabeza, como si verla marchar fuera algo que no pudiera soportar.

—Oye, que me tienes que pagar —suelta con el libro en la mano.

—Perdona, estoy tan emocionada que ya no sé ni lo que digo.

Saco la cartera y le doy los doscientos euros. Es poco dinero para poner a mis amigos a salvo. Le daría todo lo que tengo, pero ella, ignorante de lo que en realidad se lleva consigo, acepta estas migajas pensando que la que me está timando es ella. Solo espero que lo siga pensando hasta el día que me los traiga de vuelta y nuestros caminos se desliguen para siempre.

—Muchas gracias —dice, cogiendo con avaricia el dinero—. Nos vemos en diez días, y si tienes el resto del dinero, te devolveré el libro.

Su tonito no me ha gustado mucho, pero lo paso por alto. No me conviene enemistarme con ella. Se da la vuelta, lista para cruzar la pasarela, cuando la retengo, sujetándola de nuevo por el brazo.

—Lo tendrás, no dudes ni un segundo de ello —aseguro muy seria—. Cuida ese libro como si te fuera la vida en ello.

Supongo que la estoy mirando con cara de loca desquiciada, así que se libera de mis garras y sujeta el libro con ambas manos.

—Nos vemos en diez días.

Se marcha. Observo cómo cruza la pasarela apoyándome sobre el gran cuerpo de Edgar. Adiós, amigos del alma. Os juro que nos os pienso abandonar, tan solo estoy intentando ponerlos a salvo. Y espero no equivocarme de nuevo, algo que ya se está convirtiendo en una costumbre.

El gran buque empieza a sonar. Parece que los motores están arrancando. Nos apartamos un poco porque tanto los últimos pasajeros como parte de la tripulación y demás trabajadores corren a cruzar las pasarelas dispuestas a lo largo del puerto. Edgar y yo nos sentamos en un banco, justo donde nos hemos despedido de la chica. Me enciendo un cigarrillo para tranquilizarme. No sé si pasan diez o treinta minutos, cuando el crucero se empieza a mover, separándose con lentitud del puerto.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum.

El bolso me empieza a temblar. Es ella, que reclama ser liberada de inmediato.

Meto la mano dentro y saco la cajita plateada. Baila sobre mis temblorosas manos, y yo me pregunto qué debo hacer ahora, ya sola ante el peligro. ¿Quién me da más miedo? ¿Aragán? ¿Madame Ardelean? ¿Quién de los dos es más peligroso?

Aún estoy a tiempo de subirme a cualquiera de los navieros que salen desde aquí, adentrarme en alta mar y tirar la cajita a tomar por culo. Pero creo que eso me traería remordimientos y una sensación tan profunda de culpabilidad que no podría descansar jamás, ni siquiera en mi lecho de muerte.

Ya me imagino dentro de ciento veinte años, que es el tiempo que pienso vivir de aquí en adelante, dibujando un mapa a mis bisnietos, explicándoles dónde tiré la cajita, y calculando las mareas, el paso del tiempo y demás mierdas, el lugar exacto marcado con una x donde deben buscar. Porque creo que nadie se merece pasar la eternidad bajo el fondo del mar, ni siquiera una que yo me sé. Al menos yo no me considero juez moral para hacer tal cosa.

Tum, tum, tum, tum, tum, tum, tum.

—Que sí, pesada, que ya te saco —le digo a la cajita, acercándola a mis labios.

Espero que no esté muy enfadada por haberla encerrado. Espero que no coja un cuchillo y me rebane el cuello antes de que pueda explicarle lo acontecido todos estos días. Espero que focalice su odio y rabia hacia Aragán, y no hacia mí.

Algo destella en el buque, que ya se está alejando de la costa. Un brillo muy especial sale de una de las ventanas. Está lejos, pero no lo suficiente para que no pueda distinguir a Lili, pegando su hermoso rostro al cristal, con una mirada desorbitada y diciendo que no con sus sonrosados y mullidos labios. Golpea la ventana con las manos y niega con la cabeza. Puedo leer en sus labios mi nombre, gritado a pleno pulmón, a pesar de la distancia que nos separa.

Mierda. Ha visto la cajita plateada entre mis manos.

Me la guardo en el bolso y me levanto como un resorte. Finjo una sonrisa y me despido moviendo todo el brazo. Pero no consigo engañarla. Sigue gritando, maldiciendo, llorando incluso.

De repente, las luces de todo el crucero se apagan y se encienden.

Parpadean.

—Joder —mascullo, tirando de Edgar para que se levante—. Va a conseguir hundir el maldito barco. ¡Me voy! ¡Adiós! —grito y vocalizo en exceso para que me vea y me consiga entender—. ¡Nos vemos en diez días!

Doy media vuelta con Edgar a mi lado. Aprieto el paso cuando miro a mis espaldas y veo las luces de emergencia saltar en una de las terrazas exteriores del crucero. Tengo que poner distancia, que vea que me voy y que sea consciente de que tiene que esperar diez días y que no puede hacer nada durante todo ese tiempo. Solo espero que disfrute y consiga relajarse. Solo espero que no haya podido distinguir en la distancia que la cajita que tengo conmigo es la misma donde encerramos a la bruja.

Pero por las alarmas que están sonando, me parece que sí que lo sabe.

Nos metemos en el primer taxi que se nos cruza.

—A la estación del Ave, por favor —digo sin aliento sujetando el bolso con fuerza.

Debo poner toda la distancia que pueda. Eso es lo que me asegurará que están a salvo.

O al menos, eso creo.

Capítulo veinte

Son casi las diez de la noche cuando llegamos a Atocha. Está siendo un día muy, pero que muy largo.

Atravesando el pasillo central dentro la estación me quedo paralizada.

Bloqueada.

—¿Dónde vamos, Edgar? —pregunto a mi acompañante.

Nunca me ha gustado huir de los problemas, y supongo que necesito volver a la casa y protegerla porque, lo quiera reconocer o no, tiene algo que me atrae tanto que no soy capaz de eludirlo. La odio y la quiero a partes iguales. Saca lo mejor y lo peor de mí misma. Pero es demasiado peligroso, así que decido estar cerca de ella pero lo suficientemente lejos.

En cuanto salimos a la calle, ponemos rumbo a la plaza.

Un cuarto de hora más tarde me paro en seco, lo que hace que la barrigona de Edgar, que veía justo detrás, me dé tal hostia que me tira al suelo. Cuando me levanto entre maldiciones corro a resguardarme tras la espalda del zombie.

La casa tiene todas las ventanas encendidas, que en la oscuridad de la noche resulta aún más aterrador. De repente una figura se desplaza en una de las habitaciones de la segunda planta, moviendo la cortina a su paso.

—Joder —murmuro acojonada cerrando las manos en dos puños—. Está aquí.

Ha vuelto.

Y no me queda ningún atisbo de duda cuando veo la sombra de algo alargado en la mano de esa persona. Es un bastón.

Corro hasta la esquina y me escondo, no vaya a ser que le dé por mirar por la ventana y nos pille.

—Edgar —susurro, llamándole con la mano—. Ven aquí.

Con pasos lentos y desquiciantes llega hasta mi lado, y le empujo contra la pared. La boca se me ha secado de tal manera que parece que estoy chupando sal.

—Edgar —le digo, pegando mi cara a la suya para que no se pierda palabra alguna—. Sígueme de cerca, bien despacio y con la espalda pegadita a la pared.

Y no hagas ruido.

Se queda como está, pero supongo que me ha entendido.

Asumo la cabeza por la esquina y le veo en la antigua biblioteca. Me parece que tiene a la asquerosa muñeca de porcelana en la mano. Lo mismo siente morriña del tiempo que estuvo dentro de su acolchado cuerpo de algodón y la tiene como mascota. Se gira y da la espalda a la ventana. Es el momento.

—Ahora, Edgar. Vamos.

Empezamos a recorrer la pared del bloque de la izquierda como dos ninjas mal adiestrados. Las luces de las farolas nos enfocan cada poco y pisamos pipas, bolsas de gusanitos... hacemos todo lo que no hay que hacer cuando quieres ser sigiloso y fundirte entre las sombras. Por suerte llegamos al portal de la vecina sin que nos vea.

Como siempre, la puerta está abierta. Entramos y la cierro despacio, intentando no hacer más ruido del que ya hemos hecho.

—Vale, de acuerdo —digo, recuperando el aliento. Miro a mi zombie especial y sujeto más fuerte el bolso, apretándolo contra el pecho—. Vamos, Edgar.

Subo las escaleras despacio, cerrando los ojos con fastidio a cada paso que da mi acompañante. El silencio más absoluto se rompe con cada pisada que da. Y para colmo, me empieza a sonar el móvil.

Tirorirorí, Tirorirorí, Tirorirorí.

—¡Me cago en la puta! —grito, tirando el bolso al suelo y rebuscando como loca entre pañuelos, paquetes de tabaco vacíos, mecheros que se han quedado sin gas... Aparto unas pilas y desbloqueo la pantalla para colgar. Era Nerea.

Supongo que quería saber qué tal se encuentra mi madre. Para que no vuelva a llamar, le escribo un mensaje diciéndole que estamos bien, y que se asegure que todos los clientes se han enterado de la anulación de los eventos. Lo último que me faltaba era que un grupo llegara a la casa y que nuestro querido Aragón les hiciera un espectáculo en vivo y en directo sobre cómo descuartizar a una persona mientras su corazón sigue latiendo.

Respiro hondo y sigo subiendo. Paso la primera planta, dejando atrás el piso de la bruja, y continúo ascendiendo. Llegamos hasta la última, la tercera planta.

Solo hay dos puertas. Una a la derecha y otra la izquierda. Empujo a Edgar hasta la pared y pongo un dedo sobre los labios, indicándole que guarde silencio. El pobre dice poco, más bien nada, pero por si acaso.

Acerco mi oreja con cuidado a la puerta de la derecha. Espero unos minutos en esa posición, y como no escucho nada, voy hasta la de la izquierda. Un rato después, estoy casi segura de que no hay nadie en ninguno de los dos pisos. Me aliso el flequillo, algo ondulado debido a las gotitas de sudor que lo están humedeciendo, y me obligo a respirar hondo de nuevo, pidiendo a mi corazón que se tranquilice.

—Edgar, abre la puerta de la derecha.

Se mueve y con su regordeta mano intenta empujarla, sin ejercer mucha presión. Como no consigue abrirla, se echa hacia atrás y la golpea con todo la fuerza que tiene. La madera casi se sale de sus goznes y el marco protesta, levantándose algunas astillas. Alza una mano tranquilo y empuja la puerta de nuevo, abriéndose hasta golpear la pared.

—Muchas gracias —digo, tocándole el hombro y entrando con cuidado.

El pasillo está a oscuras. No quiero encender ninguna luz, no vaya a ser que desde las ventanas que dan a la calle se puedan ver nuestros pasos inseguros.

Voy a tientas y abro la primera puerta. Dejo que se abra completamente para asomarme y ver una cocina antigua y descuidada. La puerta de mi derecha me revela una habitación completamente vacía. Sigo avanzando con Edgar detrás de mí. Más adelante encuentro un baño horroroso, y menos mal que no hay luz suficiente, porque si pudiera ver los azulejos con todo lujo de detalles, tendría que sacarme los ojos de inmediato. Otra habitación más, con un canapé y un colchón que ha vivido tiempos mejores y al fondo, el salón. Bajo las persianas y corro las cortinas. Pongo la linterna de mi móvil para tener algo de visibilidad.

El piso está desierto, y por el polvo y el olor, se nota que nadie ha puesto un pie dentro desde hace mucho tiempo.

Me siento en una silla y le ordeno a Edgar que pose su orondo trasero en un tresillo del año de mi abuela, que en paz descansa.

—Creo que ha llegado el momento —murmuro, sacando la cajita plateada del bolso. Le doy vueltas con la mano, pensando si lo que voy a hacer nos salvará, o si por el contrario, nos estoy condenando a todos.

Miles de ideas, cada cual más absurda, pasan por mi cabeza a una velocidad de vértigo: llamar a la policía y que ellos se encarguen, llamar a Cuarto Milenio, llamar a mi madre como si aún tuviera cinco años, verter gasolina y tirar una cerilla en mi casa, esperando que el espíritu de Aragón desaparezca bajo el fuego, irme de una vez a Punta Cana a tomarme esos

merecidos cócteles de frutas tropicales...

Nada de lo que pienso me convence, todo lo que se me ocurre pone en peligro a terceras personas inocentes. Y eso no es justo.

Así que tomo aire, lo suelto despacio, rezando a lo que sea que supuestamente vela por nosotros, y abro la tapa con fuerza.

Un brillo cegador me obliga a cerrar el ojo sano y una corriente de aire me empuja hacia atrás. Caigo de la silla de espaldas y veo que a Edgar le ocurre lo mismo. El tresillo se levanta de sus patas de madera y vuela hasta la pared, donde se deshace en mil pedazos.

Abro el ojo, temerosa, y veo cómo una fina voluta de humo va ascendiendo desde la cajita abierta. Toca el suelo y empiezan a formarse unos zapatos, unos tobillos hinchados, unas rodillas flácidas y bulbosas claramente afectadas por retención de líquidos, unas... ¿Qué coño es eso? ¿Unas polainas? Ni idea. La falda que llevaba el día que la encerramos, la blusa pasada de moda... Joder, es ella. Su pelo negro, sus ojos brillantes.

Me arrastro hacia atrás hasta que mi espalda toca la pared. No tengo escapatoria. Me va a matar. Lo hará. Después intentará hacer lo mismo con Edgar, pero el pobre seguirá vivo aunque le corte la cabeza, los brazos y las piernas. Le he condenado a vivir en un cuerpo inmortal, y ahora me doy cuenta de que eso es una putada. Porque supongo que lo mío será rápido, pero él tendrá que seguir boqueando y parpadeando con la cabeza separada del cuerpo, esperando mis órdenes. Unas órdenes que nunca llegarán, a no ser que acabe convertida en un fantasma...

«Joder, Alana, deja de desvariar», pienso, levantándome del suelo con las rodillas temblonas.

Cuando su cuerpo se recompone por completo, incluyendo el fular anudado al cuello, se da la vuelta y me traspasa con la mirada. Mi corazón se salta un latido y las palmas de las manos me empiezan a sudar. No me está lanzando una mirada muy amigable, que se diga.

—Niñata estúpida —comienza a decir, acercándose lentamente—. No sabes lo que has hecho.

Llega hasta mi lado y me sujeta por la camiseta con fuerza. Me eleva unos centímetros del suelo y comienza a zarandearme cual simple trapo desmadejado.

—¡Cómo se te ha ocurrido liberarle! ¿Sabes acaso lo que has provocado? ¿Eres consciente de lo que has hecho?

Empiezo a gritar y cierro el ojo. Siento un brusco movimiento y caigo al

suelo. Veo a Edgar delante de mí, interponiéndose entre la bruja y mi persona.

Madame Ardelean abre los ojos, enmudecida ante la presencia de Edgar. Pero se recompone rápido, levantándose del suelo y acusándome con un dedo enfurecido.

—¡Has estado jugando con mi libro de hechizos! ¿Es eso lo que has hecho con este infeliz?

Desde la gran espalda de mi protector me siento algo más segura. Digo «algo»

por decir algo, porque me tiemblan hasta las pestañas.

—Sí —respondo con la boca pequeña.

—Maldita niñata —farfulla, con los ojos saliéndose de las órbitas—. ¡Maldita seas una y mil veces!

Empieza a dar vueltas en círculos, murmurando unas palabras extrañas. Edgar y yo nos quedamos en silencio, observándola. Pero al cabo de unos minutos pega una patada al suelo y dirige su encolerizada mirada hacia mí.

Joder, a ver lo que quiere ahora.

—¿Dónde está mi bastón? Lo necesito para enfrentarme a esa bestia —me reclama.

—¿Qué bastón? —murmuro, con los labios metidos hacia dentro.

Se acerca con la mano levantada, pero la baja al acercarse a Edgar.

—No te hagas la tonta. ¡Mi bastón!

—¿El que tenía el cuchillo afilado con el que pretendías cortarme el cuello?

—pregunto, levantando una ceja.

—El mismo. Es imperativo que lo encuentre de inmediato, porque sin él, nada puedo hacer contra Aragán.

—Pues...

Dios, ¿cómo se lo digo? ¿Cómo le digo que él tiene el libro y el bastón?

¿Cómo le digo que ya ha poseído a una persona, y que intenta matarla a ella la primerita de su, seguro, larga lista?

Echa a un lado a Edgar y me mete tal guantazo que reboto contra la pared y caigo al suelo casi sin conocimiento. Me consigo levantar de cintura para arriba, sintiendo la sangre que va descendiendo desde el labio, para manchar el suelo gota a gota.

—Aragán tiene el bastón, tu libro de hechizos y, que yo sepa, ya se ha cobrado al menos una vida —digo, apoyando una rodilla en el suelo. Después la otra—. Te está buscando. Y te va a encontrar.

Me pongo en pie y alzo la barbilla, haciendo caso omiso del dolor que siento.

—Te voy a...—. trabajamos juntas para acabar con él, o ambas estamos muertas —puntualizo, secándome la sangre del labio partido con el dorso de la mano—. Tú decides.

Un millón de pensamientos cruzan raudos y veloces por sus oscuros ojos. Los entrecierra, seguramente barajando sus opciones. Al final libera la tensión de sus hombros y se acerca para empujarme de nuevo hasta la pared.

—Harás todo lo que yo te diga —me avisa, apretando mi cuerpo sin piedad contra el muro, apenas dejándome respirar.

Edgar la coge desde atrás y la lanza como si fuera un pelele hasta el otro lado de la habitación. De bruces en el suelo, con la falda levantada hasta las orejas, no resulta tan intimidante. Ahora soy yo la que me voy acercando, paso a paso, hasta quedar a su lado.

Me agacho y me apoyo en las rodillas.

—No, bruja. Haremos lo que sea necesario para acabar con él, y después...

Se incorpora y acerca su asquerosa cara a la mía, antes comprobando que mi protector está lo suficientemente lejos.

—Después tendrás que vértelas conmigo —me amenaza siseando—. Porque no pienses, ni por un segundo, que se me va a olvidar lo que me has hecho.

—Fue en defensa propia —respondo, sin dejarme amedrentar—. Y lo sabes.

Me obligaste a hacerlo. Eras tú o yo. Y te recuerdo que gané yo, así que no vuelvas a ponerme a prueba, porque quizás salgas perdiendo de nuevo.

He de mostrarme fuerte, porque si siente mi debilidad, estoy perdida. Escondo mis temblorosas manos cruzándome de brazos y le sostengo la mirada.

—Lo que estás es desesperada —apunta, mostrándome su diente de oro—. Y asustada también —continúa acercándose más y más—. Me necesitas.

—Sí, y tu a mí también. Solo por eso he abierto la caja —reconozco con ganas de llorar.

—No, niña, lo habrías hecho antes o después, ya me aseguré de ello cuando tenía la mitad del cuerpo dentro de esa cárcel de metal.

—¿De qué estás hablando?

Suelta una carcajada.

—Recordarás. Aún no, pero el hechizo se deshará muy pronto, y entonces comprenderás que no ganaste al encerrarme, sino que te condenaste tú también al hacerlo. Si esa niña fantasma no hubiera estado a tu lado, me habrías liberado hace mucho tiempo.

¿Qué hechizo? ¿De qué hechizo está hablando?

Ve la duda en mi semblante, porque se crece por momentos. Está tomando el control de la situación, y no se lo puedo permitir.

—Señora, le voy a dejar esto muy claro. No juegue conmigo porque, si lo hace, se arrepentirá.

Me sujeta la cara y me aprieta los mofletes como si fuera un bebé, ejerciendo tal presión que comienza a dolerme el labio partido.

—No eres nadie, estúpida. Sin la ayuda de esos fantasmas, habrías sido mi alimento hace tiempo —escupe, clavándome las uñas en el rostro—. Pero cuanto todo esto acabe, le pondré remedio, no temas.

—Edgar —susurro intentando soltarme—. Ataca.

No se hace esperar. Da dos pasos, la agarra por el cuello y la levanta del suelo.

—No la sueltes, Edgar —le ordeno, tocándome la mandíbula con un gesto de dolor. Ella se revuelve sin conseguir que la rechoncha pero fuerte mano de mi amigo afloje la tensión en torno a su tráquea—. Sin el bastón y sin el libro no tienes poder —le recuerdo, acercándome a su rostro, demudado en una máscara de odio—. Te volveré a encerrar de nuevo si no hacemos un trato, aquí y ahora.

Ambas juraremos no infligir daño alguno a la otra, ayudarnos para derrotar a Aragón y, cuando lo hayamos conseguido, que cada una continúe su camino.

Quedando totalmente prohibido causar daño a la otra.

No me contesta, me fulmina con la mirada e intenta escupirme. Sí señor, muy maduro por su parte, y eso que tiene bastantes más años que yo.

—Ni lo sueñes, niña —dice, con grandes dificultades.

Frunzo el ceño y pongo los brazos en jarras.

—Muy bien, entonces no me dejas otra opción —digo, agachándome para recoger la cajita del suelo.

Se empieza a reír enloquecida, a pesar de que no le debe de quedar mucho aire en sus pulmones.

—Me necesitas. Mírate, estás desesperada —me recuerda agitando sus abultadas piernas en el aire.

Me encojo de hombros y abro la tapa despacio, disfrutando del sonido

metálico que envuelve la habitación un segundo.

—Ahora mismo hay dos desgraciados que quieren matarme —explico, pasando los dedos por las filigranas del delicado objeto—. Y entre mis manos tengo la posibilidad de impedirselo a uno de ellos. —Levanto la mirada y le muestro la cajita—. Tú decides. O eres mi aliada, o eres mi enemiga.

Se revuelve dando patadas al aire. Le queda poco tiempo, y ella lo sabe. Me lo dice su mirada, sus movimientos cada vez más desesperados. Desconozco si puede morir como cualquier persona, o alimentarse de fantasmas tanto tiempo la ha vuelto inmortal.

—De acuerdo —escupe, con la cara ya amarotada por la falta de oxígeno—. Está bien. Suéltame.

—No. —Niego con la cabeza despacio—. No me fío de ti, así que haremos el juramento primero, y después podrás respirar de nuevo.

—Busca algo afilado —pide, entre estertores.

Me giro y recorro la estancia con la mirada. Prácticamente está vacía.

—Ve a la cocina —dice con los ojos llenos de lágrimas—. En el primer cajón encontrarás un cuchillo.

—¿Cómo lo sabes?

—Este bloque es mío desde antes de que tú nacieras, estúpida —explica con dificultad. Claro, por eso no tiene vecinos.

Como la veo ya púrpura, atravieso el pasillo corriendo y llego hasta la cocina.

En el primer cajón, tal y como me ha dicho, encuentro un único cuchillo, además de velas, incienso y sal.

Regreso con el objeto punzante en la mano derecha, demasiado asustada para reconocerlo.

—Córtate la palma de la mano —dice, llevándose sus manos a la garganta, allí donde Edgar le está quitando la vida poco a poco.

Extiendo la palma de la mano izquierda y paso el filo del cuchillo rápido, con la cabeza ladeada. Me comienza a escocer y reprimo un gritito de dolor.

—Ahora hazlo con la mía —dice extendiendo su mano. Empieza a emitir angustiosos ruidos cada vez que toma aire.

Me acerco con miedo y toco con asco su mano. Le atravieso la piel sin mirar.

Sin darme cuenta coge con fuerza mi mano herida y la junta con la suya. Nos damos un apretón de manos forzado. La situación nos lo exige, y si hace dos meses me hubieran dicho que haría lo que estoy a punto de hacer, lo habría

negado en rotundo.

—Repíteme conmigo, niña —me ordena tomando aire con fuerza—. Juro aquí y ahora.

—Juro aquí y ahora —recito despacio.

—No infligir daño alguno a la persona cuya mano estrecho.

—No infligir daño alguno a la persona. —Me detengo un segundo pensando si ella está catalogada como persona o como animal de compañía—. Cuya mano estrecho.

—Nuestra sangre es testigo.

—Nuestra sangre es testigo —repito como en trance, mirándola a los oscuros y profundos ojos, cargados de determinación.

—Ahora y siempre.

Trago saliva y aspiro con fuerza.

—Ahora y siempre.

Desprende su mano y cierra los ojos.

—Ya está, niña. Ya puedes soltarme.

Aunque no termino de fiarme, le pido a Edgar que la deje con cuidado en el suelo. Cierro la mano y pienso si habré hecho lo correcto. La miro, incorporándose con dificultad, manchado el suelo con las gotas que caen desde su mano herida. Pero su sangre no es del color de los humanos, es negra y espesa, como sus ojos.

De repente caigo en la cuenta de algo trascendental. Joder, como tenga sida, hepatitis o gonorrea, estoy jodida.

—¿Tienes alguna enfermedad importante que se pueda contagiar por la sangre? —le pregunto, cuando veo que ya está más o menos recompuesta, ajustándose su fular eterno al cuello.

Una carcajada brota desde lo más profundo de su garganta.

—Ahora mismo eso es de lo último que te tienes que preocupar. —Se acerca y tira de mi brazo—. Vamos, debemos ir al segundo piso.

—Pero con cuidado, que Aragón está en mi casa —comento, llevándome la mano herida al pecho.

Edgar y yo la seguimos escaleras abajo. No encendemos ninguna luz, así que tanteamos los escalones en penumbra. Para delante de la puerta de la derecha y chasquea los dedos. Un clic nos indica que se ha abierto. Tras abrir la puerta entra y avanza por el pasillo. Yo me quedo rezagada, desconfiando de sus intenciones. Sí, hemos hecho un trato, pero joder, es la maldita bruja que intentó matarme hace pocos meses.

—Vamos, niña. Debemos actuar con celeridad —escucho que dice a lo lejos.

Cojo de la mano a Edgar y atravesamos el pasillo oscuro. Llegamos hasta un salón idéntico al que tiene un piso más abajo, pero este, a diferencia del otro, está impecable. La mesilla está vacía, las estanterías libres de objetos y demás mierdas. Se sienta haciendo grandes esfuerzos en una de las sillas y hace un gesto para que ocupe la que está a su lado. Las cortinas corridas nos proporcionan intimidad. Voy a encender la luz cuando me detiene.

—No lo hagas, insensata, o Aragón sabrá que estamos aquí.

—¿Cómo sabes tantas cosas del tiempo que has estado encerrada? —quiero saber, muerta de curiosidad, alejando mis dedos del interruptor.

—Que hayamos hecho un pacto de no agresión no significa que tenga que ir contándote todos mis secretos, ¿no te parece?

Tomo asiento y cruzo las piernas. Las descruzo al segundo cuando siento las heridas de los muslos. Me toco el ojo hinchado, el labio partido, la mano me escuece... Estoy para el arrastre. Giro el cuello y la observo un segundo.

Concentrada en la palma de su mano. Está susurrando algo mientras se pasa un dedo por la herida, con los ojos en blanco. Abro la boca cuando veo que la herida se va cerrando como por arte de magia. En pocos segundos tiene la piel como si no se la hubiera cortado hace pocos minutos con un cuchillo afilado.

Alargo la mía, con la sangre empezando a secarse.

Me la aparta de un manotazo.

Frunzo el ceño. Joder, esperaba que me curara también a mí.

—Si vamos a trabajar juntas, te sería más mucho más útil sin heridas —sugiero con la boca pequeña.

—No me hagas reír, que aún me duele la garganta —suelta, lanzándome una mirada de odio. Repite el proceso allí donde Edgar la ha estado sujetando y pone los ojos en blanco.

Me levanto. Será gilipollas...

Paseo por la estancia y llego hasta los libros de la estantería. Los voy moviendo todos, hasta que uno de ellos se me resiste. Tiro de él y el suelo se mueve bajo mis pies. Pego un grito y me echo hacia atrás.

—¡Es que no puedes estarte quietecita ni dos segundos! —grita tras de mí.

Unas escaleras descendentes se empiezan a formar en el suelo, revelando otro pasadizo secreto.

Me aparta de un empujón y coloca el libro de nuevo. Otro ruido de

mecanismos chirriantes y los escalones van desdibujándose ante mis ojos.

—Eres la cosa más molesta que he conocido nunca —se queja, parándose a dos centímetros de mi rostro. Levanta un dedo y me toca la sien sin apretar—. Piensa, niña tonta, piensa.

—¿Qué?

—Aragán se ha atrincherado en la casa. Y nos está buscando para darnos muerte.

—¿Y?

—Que no deberías ir abriendo puertas que le lleven directamente hasta nosotras —explica, enfurecida pero conteniendo su tono de voz. Parece que le está costando horrores no arrancarme la cabeza de cuajo.

Tuerzo el labio sin entender lo que quiere decir.

—¿Tus pasadizos secretos están conectados con mi casa de algún modo?

—Mis «puertas» nos llevarían a la casa, sí.

—A mi casa —puntualizo.

—A la casa —responde, levantando una ceja.

—Mi casa —repito poniéndole énfasis al «mi».

—Lo que tú digas —dice, dándose por vencida.

Se aleja hasta el otro lado del salón y abre un baúl. Empieza a sacar plumas, un reloj de arena, varias sortijas de oro. Me acerco y me cruzo de brazos.

—¿Dónde están esas puertas? Porque yo no he visto ninguna viviendo allí.

No me hace caso, sigue sacando trastos y más trastos, dejándolos en el suelo.

—Cállate, me provocas dolor de cabeza —se queja sin mirarme—. He de encontrar la pluma negra.

Suspiro y me siento en una de las butacas. Edgar entretenido con las cortinas, jugando con los horribolos bolardos que cuelgan de ella.

—Si no te hubiera sacado de mi casa, Aragán te habría encontrado —comento, encendiéndome un cigarrillo.

—Si no me hubieras encerrado, jamás le hubieras podido liberar —responde molesta.

—Si no te hubiera encerrado, me habrías matado —aclaro, soltando el humo despacio. El párpado sano me empieza a pesar. Tengo tal cansancio en el cuerpo que voy a dormirme de un momento a otro si no me espabilo.

La escucho trastear en el baúl. Parece que la pluma negra que dice buscar no está. Empieza a maldecir. De repente suelta una exclamación y se acerca

con una sonrisa dorada, mostrándome una pluma estilizada y preciosa, más grande de lo normal, completamente negra.

—Si no matara unas pocas personas, él asesinaría a miles —me asegura, inclinándose hacia mi cuerpo. Me muestra la pluma oscura y sonrío con tristeza—. Hacía muchos, demasiados años, que no la tenía entre mis cansadas manos.

Me coge el brazo, y sin previo aviso empieza a escribir en mi piel. Comienzo a chillar, porque me está clavando el maldito filo de la aguja, trazando unos símbolos raros a base de cortarme.

Intento rescatar mi brazo, pero lo mantiene fuertemente sujeto con su otra mano.

—¡Ahhhh! ¡Escuece mucho! —me quejo, sin importarme qué asesino en serie pueda escucharnos en mitad de la noche.

De pronto, Edgar se pone a mi lado y le mete tal empujón que la tira contra la estantería.

Me llevo el brazo al cuerpo y lo abrazo. Me pongo a lloriquear, porque me arde, es como si me estuvieran quemando con la llama de un mechero.

—Hemos jurado que no nos haríamos daño —me quejo, soltando una lágrima.

Voy a decir: «Edgar, mátala», pero las palabras se me atraviesan en la garganta.

Se incorpora y se queda apoyada en la pared. Me mira con hastío.

—Qué paciencia voy a tener que tener contigo... —murmura, moviendo la cabeza.

De repente, los símbolos marcados en mi brazo empiezan a brillar, y la quemazón desaparece. Eso sí, me deja una especie de tatuaje impreso en la piel.

Me miro la herida de la mano, y como si se tratara de un dibujo, la herida va borrándose poco a poco. Me levanto y atravieso el pasillo. Abro todas las puertas hasta que doy con la del baño. La luz de las farolas entra tímida, pero incluso en penumbra y casi total oscuridad, puedo verme reflejada en el espejo. El ojo hinchado va recuperando su forma normal, el corte en la mejilla desaparece, el labio se va cerrando. Entorno los párpados y siento que el dolor de todo mi cuerpo va desvaneciéndose. Me toco los muslos y ya no tengo que reprimir una mueca, porque es como si las cucharillas nunca hubieran estado dentro de mi carne.

Corro de nuevo hasta el salón, sonriendo. Está de pie frente a la estantería,

comprobando algo en uno de sus libros. Gira la cabeza cuando me escucha llegar y me lanza una mirada de rencor.

—¿Tienes una pluma que haga crecer las tetas? —pregunto.

Ni siquiera se digna a responderme. Por el contrario, se sienta en el sofá con el libro en el regazo.

—Necesito investigar —dice, frotándose los ojos. De repente parece muy cansada—. En la segunda habitación a la izquierda hay una cama. Aprovecha para dormir y reponer fuerzas, porque las vas a necesitar.

—Pero te puedo ayudar...

—Ve y duerme —me interrumpe en un tono que no admite réplicas—. Necesito concentrarme.

Cojo a Edgar de la mano y le arrastro hasta la habitación. Abro la puerta y miro con desconfianza una cama pequeña y tan solo cubierta con una sábana antigua. Me acerco y aspiro cerca del colchón, intentando discernir si está limpia, o si por el contrario, está plagada de chinches, pulgas o ladillas.

Toco la sábana y me la acerco a la nariz. Huele a cerrado. Apolillado. Pero estoy tan agotada que le pido a Edgar que se acueste. Me tumbo a su lado y apoyo la cabeza en su barriga, blandita y cómoda.

El sueño me recibe como una vieja amiga que llevaba tiempo sin ver, y aunque estoy asustada y realmente preocupada, porque no sé si en cuanto cierre los ojos Madame Ardelean me sorprenderá cortándome el cuello, me dejo llevar por el cansancio y poco a poco voy perdiendo la consciencia.

Capítulo veintiuno

El dolor de cuello me despierta poco a poco. Me incorporo sin saber dónde estoy y me asusto al ver a Edgar tendido a mi lado, con los ojos abiertos y sin dar muestra alguna de vida. Miro a mi alrededor y me incorporo de un salto. Voy hasta la ventana, con la persiana casi bajada, y compruebo que está amaneciendo.

Me froto los ojos para desperezarme y me aliso el vestido, totalmente arrugado. Es agradable estar curada, es como si tuviera todas las energías del mundo acumulándose en mi interior.

Atravieso el pasillo en silencio y llego hasta el salón. Me asomo con cuidado y la veo sentada en el sofá, con un libro abierto en su regazo.

—Buenos días —me saluda, sin despegar los ojos de una de sus páginas. Una arruga en su frente me muestra que está concentrada.

—Buenos días —respondo, sintiéndome algo incómoda. Es extraño, hace unas horas quería matarme.

No sé qué hacer con las manos, no sé si sentarme a su lado, no sé qué paso dar ahora. Llego hasta mi bolso, que anoche dejé en el suelo, y compruebo que no tengo ni llamadas ni mensajes. Suspiro, porque, una vez más, siento que mi vida se hace a un lado para dar paso a cosas que escapan de mi control.

—No hagas ruido —me reprende sin mirarme.

Cojo el bolso y lo abrazo.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto por educación, más que por otra cosa.

—No. Regresa a la cama y déjame tranquila.

Pongo los ojos en blanco. De nada serviría explicarle que una vez que abro un ojo a un nuevo día, lo que necesito como agua de mayo es una café bien cargado.

Pero como no quiero que me lance el libro a los ojos, doy media vuelta y regreso a la habitación. Me tumbo en la cama con cuidado de no molestar a Edgar.

Un rayo de sol entra en la habitación. Está amaneciendo. Toca el borde la cama, y poco a poco, lo veo ascender por las sábanas. Primero roza a Edgar, pero unos minutos después, llega hasta mis pies desnudos. Sube por mis piernas hasta llegar a mi cintura. Y cuando la dorada luz asciende hasta mi

corazón, me quedo sin respiración.

Me atraviesa el cuerpo y abro mucho los ojos, iluminándome desde el interior como un fogonazo de vida.

Una sucesión de imágenes se suceden en mi cabeza, demasiado rápido como para entenderlas.

Nuestra primera cena temática. El grupo de la despedida de solteros. Sus intensos ojos azules, atravesándome sin piedad. Ese gesto canalla y altanero. Sus llamativos tatuajes. Nuestro primer beso bajo la ducha. Sus dedos acariciándome bajo las sábanas. Su aliento contenido en mi nuca, erizándome la piel. Su cuerpo, encajando a la perfección con el mío. La bruja lanzándome la maldición del olvido. Mis gritos llamándole en el hospital al ver su espalda torneada atravesando la puerta, dejándome sola. En el ring, recibiendo diestros y certeros golpes hasta caer al suelo. Su mirada en la distancia, buscando el motivo de nuestra ignorante atracción. Sus labios húmedos bajo la lluvia, pidiéndome perdón. La noticia del compromiso. El dolor de mi corazón ante una traición.

Me incorporo de golpe con un nudo en el corazón, y chilló con todas mis fuerzas.

—¡Gabriel!

Agradecimientos

Como siempre, gracias a todos lo que me apoyáis en este solitario camino.

Mi familia, que siempre me anima y me escucha parlotear sobre tal y cual personaje. Sé que a veces me pondríais un esparadrapo en la boca, pero os entiendo, no pasa nada.

Mi sobrino Adrián a veces me pregunta dónde voy, cuando intento escapar de su habitación de juguetes sin que se dé cuenta. Le digo: «a escribir», y él rebuzna y suelta: «¿pero cuándo vas a acabar ese maldito libro?»

Mis amigos, aquellos seres extraños que compran mis novelas por miedo a que les ahogue con una almohada mientras duermen. Algunos hasta se las leen, e incluso varios me piden más. Víctor, el otro día, me dijo: «escribe más rápido, que ya me he terminado el último». Creo que iba borracho.

Mi marido Ángel. A veces le pido que lea un manuscrito inacabado que no me termina de convencer. Entonces él susurra: «venga, me lo voy a tomar como un trabajo», y el bendito no despega los ojos del portátil hasta que no termina.

Después es mi mayor crítico, y por eso le quiero un poquito más.

Por supuesto, gracias a la Agencia Literaria Mdm, y a María José de Miguel.

Eres mi gran apoyo desde el principio. Gracias una y mil veces.

Como se lo debo todo a Selecta, y especialmente a Lola Gude, siempre dejo sus agradecimientos para el final. Sin vosotros esto no se haría realidad, y no dejaría de ser un archivo de Word escondido y olvidado en una carpeta.

GRACIAS.

Por último, mis lectores. Sois los que dais sentido a mis horas dale que te dale a la tecla. Por vosotros me exijo más y más en cada nueva novela, porque no soportaría decepcionaros.

Podéis encontrarme en las redes sociales como «La rata careta escritora».

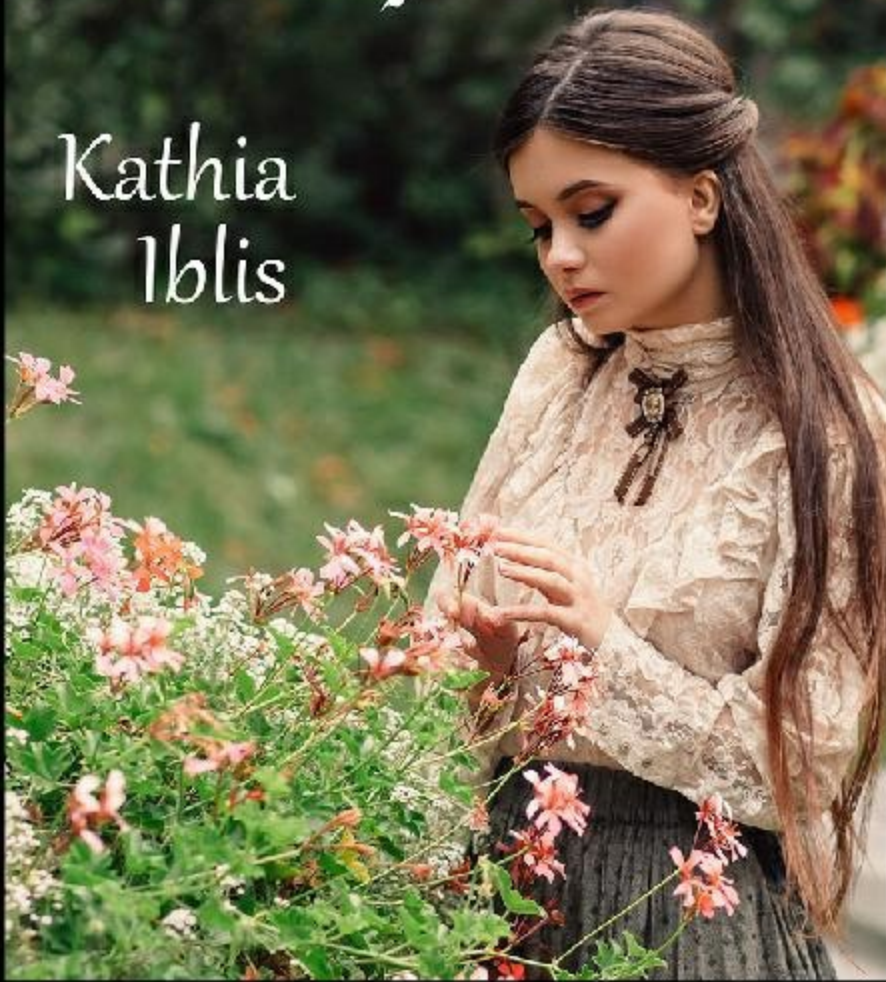
GRACIAS

Selecta

El corazón de un libertino 1

*Un amor
inesperado*

Kathia
Iblis



Si te ha gustado *Y si tú me recuerdas*
te recomendamos comenzar a leer

Un amor inesperado
de Kathia Iblis

Prólogo Londres, 1870

—Ahora, muñequita preciosa, no nos causes problemas o de lo contrario nos obligarás a herirte —susurró el más alto de los dos hombres, apenas oculto por la penumbra en el interior del carruaje.

—Pe-pe-pero, Ch-ch-charles dijo que... —lo interrumpió su acompañante, que Calíope recordaba tenía una notable cojera y fue precisamente eso y su contextura delgada lo que se ganó su confianza cuando él se le acercó para informarle que su tía lo había enviado a buscarla.

—Charles exigió que la lleváramos con vida, no mencionó nada respecto al estado en el que debíamos entregársela —prácticamente le gruñó en respuesta mientras continuaba con toda su atención focalizada en ella. El frío brillo de sus ojos fue lo que la asustó. Era la clase de mirada que tan solo poseían aquellas personas sin conciencia alguna.

Más por autopreservación que por cualquier otra razón, Calíope desvió ligeramente la mirada en dirección a los detalles que cada tanto se podía vislumbrar recostada como estaba sobre el asiento. Al menos podía agradecer que fuera mullido, y que tan solo se hubiesen limitado a maniatarla y colocarle una mordaza en la boca, aunque de ninguna otra manera ayudaba a su causa.

Tenía que escapar tan pronto se le presentase una oportunidad. Nadie sabía de su llegada antes de tiempo a la ciudad y, hasta que su tía no avisase que no la había hallado al día siguiente en el muelle, estaba por su cuenta.

—De-de-déjala tran-tran-tranquila, Lock. —Finalmente el otro hombre pareció hallar algo de coraje porque se interpuso entre ambos pese a lo reducido del espacio.

—Eres solo un pobre y estúpido tartamudo, Harry. ¿Cuándo vas a comprender que las señoritas estiradas como ella no se fijan en insectos como tú? —se burló el hombre y lo apartó de un empujón para luego acercársele hasta que Cali pudo sentir su pútrido aliento bañarle el rostro—. En cuanto a ti: mejor que no recuerdes nada.

Tardó unos segundos en comprender y cuando lo hizo, se retorció en un intento por apartarse del alcance del hombre. Lo cual resultó imposible. Un sucio paño fue presionado contra su rostro, y pronto todo se volvió borroso hasta que la oscuridad pareció cubrirlo todo.

Lord Alexander Sebastian Kensington, duque de Warwick, cerró los puños con fuerza e inhaló hondo varias veces en un intento por controlar su temperamento.

De lo contrario, terminaría retorciendo el cogote de su hermano menor Charles, quien, pese a todas las promesas hechas a la duquesa viuda, nuevamente había logrado arrastrar el apellido de su familia por los suelos. Con las consabidas consecuencias, una en particular que no deseaba analizar en profundidad hasta que no estuviese más calmado.

Ya el último problema había sido tan comentado que hasta él mismo se vio forzado a ocultar sus más recientes conquistas o, al menos, asegurarse de que su abuela jamás escuchase nada al respecto. Precisamente por eso se había limitado a involucrarse con damas en su misma situación. O así fue hasta que Arabella Clemens, la famosa actriz, aceptó convertirse en su amante.

El descubrirla horas antes en brazos de su compañero de reparto, ambos retozando en el departamento por el cual él pagaba los gastos, logró agriar su humor y no tardó en dar por terminado su convenio. Si tan deseosa estaba por andar con otros hombres, entonces ellos bien podían hacerse cargo de sus gastos.

A sus treinta y cinco años, y siendo poseedor de uno de los títulos más antiguos y prestigiados del reino, no tenía necesidad alguna de estar soportando caprichos femeninos cuando ellas corrían en tropel a su cama. Tan pronto solucionase las cosas con su hermano, arreglaría para encontrarse con sus amigos en el lugar de siempre. Una noche de distracción era lo que necesitaba. Y nada mejor para ello que una visita al Black Cat para relajarse y olvidarse de todo.

El trueno estalló cerca y el sonido de las gotas de lluvia golpeando el techo del carruaje le hizo maldecir. Lo último que necesitaba esa noche era que hasta el clima conspirase en su contra.

—¿Milord? —Angus, su cochero de confianza, esperaba junto a la puerta abierta cuál sería su decisión. Lo conocía lo suficiente como para saber que bien podía cambiar de idea respecto a lidiar con su hermano en su estado actual, pero, al escuchar la lluvia comenzar a caer con mayor fuerza, decidió postergar la visita al *club* de caballeros.

—Eso será todo por esta noche —le informó mientras se apresuraba a abandonar la protección del vehículo. Pero apenas si se alejó unos pasos que

se giró de nuevo en dirección al hombre—. Averigua qué se trae mi hermano con la señorita Meredith Sommers.

Con apenas un asentimiento perceptible, Angus se apeó al carruaje y se alejó en dirección a la parte trasera de la propiedad. Para obtener la información que le solicitaba, debía pasar lo más desapercibido posible.

Se giró de nuevo en dirección a la solitaria casa y fue cuando un relámpago lo iluminó todo por unos instantes: le pareció observar movimientos en su habitación, pero al instante lo descartó. Ni siquiera Charles era tan suicida como para irrumpir ahí. No luego de lo que había ocurrido varios años atrás. Pese a que siempre se le inculcó la lealtad hacia su familia, una noche, después de haber acompañado al difundo duque a supervisar las propiedades, descubrió que no solo Charles había estado haciendo uso de todas sus pertenencias, sino que, además, había osado golpear severamente a una de las hijas del capataz de las caballerizas y había intentado comprar el silencio de la familia con una de las joyas de su madre... Faltaba decir que fue necesaria la intervención de su abuelo para calmar los alterados ánimos. Y el díscolo muchacho fue enviado a pasar una larga temporada en el campo con unos parientes.

Ese recuerdo terminó por agriar su humor y le hizo apurar el paso. Quería tener ese asunto solucionado esa misma noche. Por eso, una vez que subió el segundo tramo de escalones, lo último que esperó fue escuchar un grito y elevar el rostro para ver cómo una pequeña figura parecía caer del cielo, directo a sus brazos.

Pese a tratarse de un muchachito, le sorprendió la fuerza que el menudo cuerpo poseía, en especial cuando recibió un fuerte codazo en las costillas que le hizo aflojar su agarre al instante, pero no con la suficiente velocidad porque el intruso no tardó en darle una patada en las espinillas, por lo que logró su objetivo de verse liberado.

—¡A-a-a-alto! —El grito de Harold, uno de los sirvientes de su hermano, solo pareció asustar más al muchacho porque se lanzó frente a un carruaje y poco faltó para perecer bajo los cascos de no ser por sus rápidos reflejos. Segundos después lo vio desaparecer entre las sombras de la propiedad; la intensidad de la lluvia ayudó en su cometido.

Consciente de que si enfrentaba a su hermano en esos momentos el encuentro tan solo terminaría en desastre, se encaminó rumbo a sus habitaciones en busca de la tan preciada soledad que solo hallaba en su interior. El único lugar donde, aunque fuese tan solo por unos instantes, su

título carecía de importancia alguna.

Lástima que hallar eso en alguna otra parte era un imposible.

Selecta

Iris Romero Bermejo



Y si tú me recuerdas
Trilogía Alana 2

¿Qué harías si te hubieras olvidado de tu novio? ¿Y si él tampoco se acordara de ti?

Alana se ha olvidado de Gabriel. Siente que algo le falta, pero no es capaz

de recordar qué. Pero una mañana cualquiera...

alguien le tira el bolso sin querer cuando pasa por su lado. Alza la mirada y le ve. Y como si se conocieran, quizás de una vida pasada, algo en su interior le dice que ese desconocido y atractivo chico es alguien muy especial.

Acompaña a Alana en esta emocionante aventura, donde tendrá que enfrentarse a un nuevo enemigo y luchar contra sus recuerdos borrados.

Iris Romero Bermejo. Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*” .

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Iris Romero Bermejo © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase:

CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-68-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Y si tú me recuerdas](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Iris Romero Bermejo](#)

[Créditos](#)